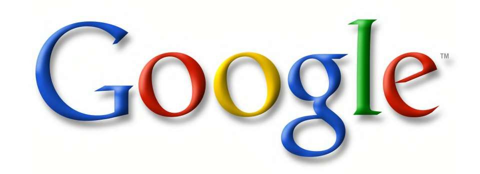
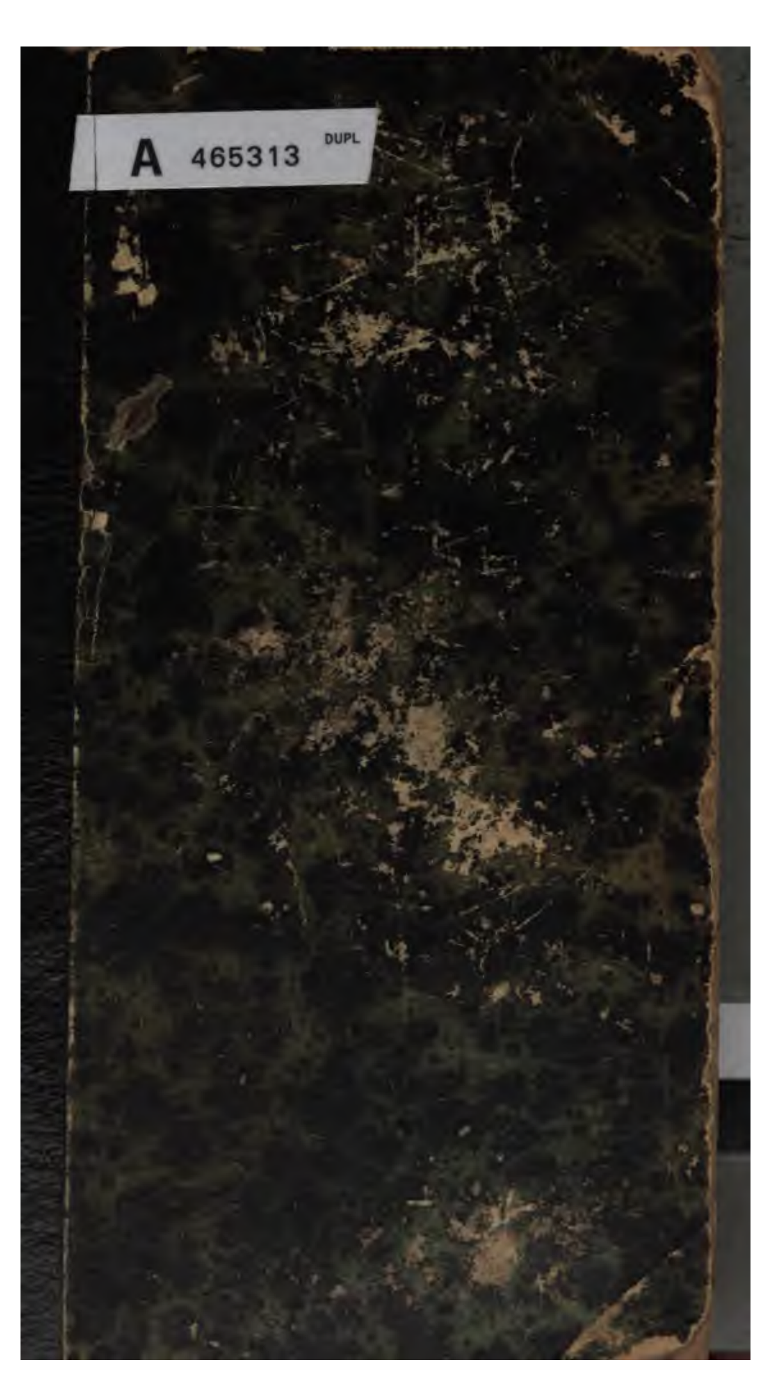
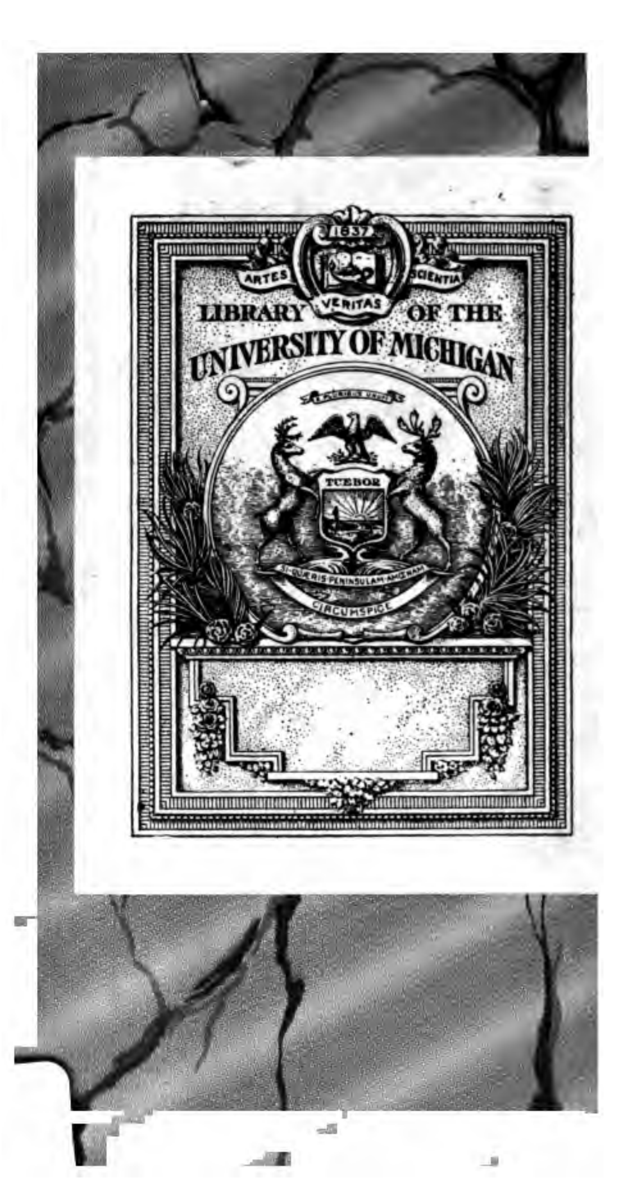



A 465313
DUPL


1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE



OBRAS DRAMÁTICAS

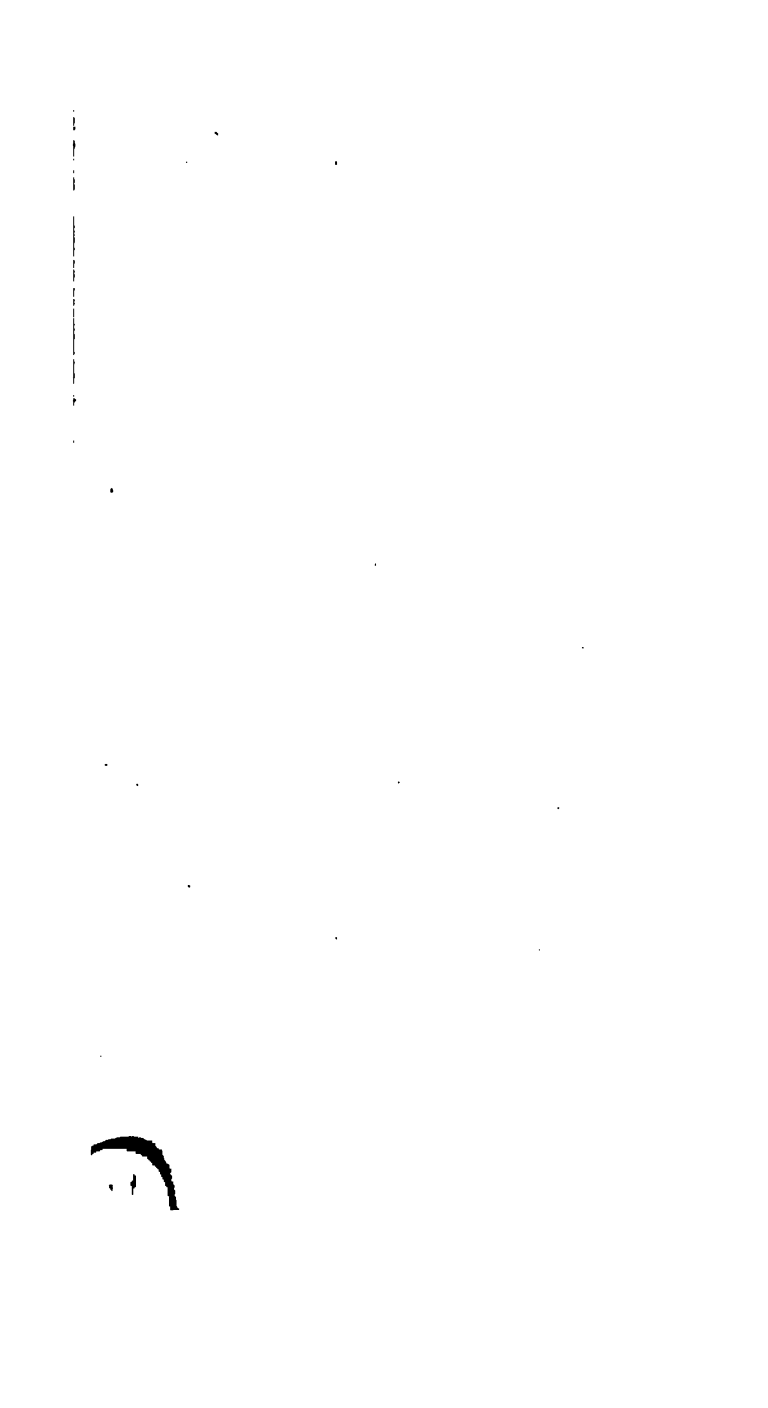
ESCOGIDAS

DE

D. JOSÉ ECHEGARAY

MADRID — IMPRENTA DE TELLO — 1884


(J.) ECHEGARAY y
Eizaguirre, José
OBRAS
DRAMÁTICAS
ESCOGIDAS
Tomo II
Fco Laporta
MÉLIDA
1 2 3





ACTO PRIMERO.

La escena representa el salón principal de un castillo roquero próximo á una pequeña villa, ambos situados en las gargantas de los Pirineos. Ventana á la derecha: á la izquierda dos puertas: puerta en el fondo. Estilo severo. Á la izquierda mesa y sillón blasonado. Es la caida de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

Roger de Peralada, en primer término. Por el fondo, un momento después, Berenguel de las Panizas.

BERENGUEL.

Dios guarde al buen Peralada.

ROGER.

Dios traiga para algo bueno
al àlcaide de la torre,
que en este maldito cerco,
más nos importa guardar
contra el francés, por Don Pedro.

BERENGUEL.

Mientras tenga Berenguel
las llaves del *torreón viejo*,
quien entre al grito de «¡Francia!
en él dejará los huesos;
que aquella vetusta mole
y aqueste almogávar fiero,
no reconocen más rey
de Valencia al Pirineo,
que el monarca de Aragón
el noble *Pedro tercero*. (Saludando.)

ROGER.

Me agrada en tí ese lenguaje.

BERENGUEL.

¿En qué ocasión, ni en qué tiemp
no afirmé con mis palabras
lo que proclaman mis hechos?
¡Dudas de mí!

ROGER.

¡Yo dudar!...

BERENGUEL.

¿No? Pues por tí lo celebro.

ROGER.

Es, Berenguel, que muy tristes
son los años que corremos,
más fecundos en infamias
que ricos en escarmientos.
Que la *lealtad* anda viuda,
porque no hay un caballero
que la despose, y en cambio
la traición los halla á cientos.
No hay amigo del amigo.
Ni los deudos son ya deudos.
Ni hay hermano para hermano,
si anda la ambición por medio.

BERENGUEL.

Dígalo el que el Rosellón
ha vendido al reyezuelo,
que entre un *legado del Papa*
y el *rey de Francia* soberbio,
mandó Roma vengativa
á recoger de este suelo
la noble y férrea corona
de Don Jaime y de Don Pedro.
Él *le* abrió nuestras fronteras:
¡mal rayo le hubiera abierto!
mas á cerrarlas venimos
con peñascos y con pechos,

y el Pirineo es muy duro,
y el aragonés muy terco.

ROGER.

¡Ojalá que todo salga
á medida del deseo!
Pero asómate á las torres
de este castillo roquero,
y verás la odiosa hueste
en que nos vemos envueltos,
apretando sus anillos
contra nuestros muros viejos.
¡Ah, Berenguel, que no bastan
duras piedras, nobles pechos
para atajar el torrente
que asoma por esos cerros!
El mismo Carlos de Francia
de sus fuerzas con el grueso,
se nos vino por sorpresa
encima.

BERENGUEL.

Ya le tendremos
debajo, que para todo
se encuentra manera y tiempo.
Como el conde de Argelez
(Con misterio.)
de aqueste castillo dueño
quiera resistir...

ROGER.

¡Don Jaime!
Si hay un hombre en todo el reino
capaz de arrancar al diablo
corona, cabeza y cetro,
ese hombre es el Conde. Y pon
en lo que dices más tiento.

BERENGUEL.

Ni dudo de su coraje,
ni hay barón de más esfuerzo,
ni en las torres de Argelez
nació mejor caballero.
Pero el hombre al fin es hombre,
y si lo que hay aquí dentro
(Golpeándose el pecho.)
está en poder de una hermosa,
ya no es suyo.

ROGER.

¿Y temes?...

BERENGUEL.

Temo
que la Condesa le apoque,
y que en llegando el momento
del estrago, por salvarla,

abra el muro al extranjero.
Ya lo dije.

ROGER.

Y si lo dicho
no recoges, te prevengo
que á estocadas volverá
(Poniendo mano al puño de la espada.)
á tu garganta de perro.

BERENGUEL.

Es poco hombre Peralada
para Berenguel el viejo.
No bastan manos de niño
para tan curtidos cueros,
y son dardos mis palabras
que se meten carne adentro.

ROGER.

En eso sí que verdad
dijiste.

BERENGUEL.

Pues ya lo creo.
En eso, y en todo y siempre
sé lo que digo, mancebo.
En este castillo sobran
mujeres: y me refiero
á la Condesa; y si acaso

no te basta, darte puedo
otro nombre: cierta Juana,
esposa de un escudero,
sin tacha como soldado,
pero como hombre sin seso.

ROGER.

Y por si no te bastase
morder al Conde tu dueño,
y ultrajar á la Condesa
con tus malos pensamientos,
¿babeas contra mi Juana
lo que queda de veneno?
Pues probemos si es tan duro
como dices tu pellejo,
que ya no te aguanto más
insolencias ¡vive el cielo!
(Desnuda la espada.)

BERENGUEL.

Qué ¿te empeñas?

ROGER.

¿No lo ves?

BERENGUEL.

Pues probemos. (Lo mismo.)

ROGER.

Pues probemos.

ESCENA II.

ROGER, BERENGUEL, BEATRIZ, JUANA.

Las dos últimas por la izquierda, primer término: Juana hace un movimiento; la Condesa la contiene. Los pajes se retiran después de dejar las luces sobre la mesa.

ROGER.

¡La Condesa! (Bajando su acero.)

BERENGUEL.

¡La Condesa! (Lo mismo.)

BEATRIZ.

¡Roger!

ROGER.

¡Señora!

BEATRIZ.

¿Qué es eso?
¿Es que ya no hay enemigos
en los altos Pirineos,
y armas que huelgan afuera
distracción buscan adentro?
¿Es que al ver á los franceses
guardar tan poco respeto
á estos muros señoriales,
queréis los dos no ser menos?

BERENGUEL.

(Envainando la espada: lo mismo Roger.)
Perdóneme mi señora;
hice mal y lo confieso.

BEATRIZ.

¿Á qué vienes?

BERENGUEL.

Me llamó
el Conde y aquí le espero.

BEATRIZ.

Salió á visitar los fuertes,
las atalayas y puestos
avanzados, y no sé
cuándo volverá.

BERENGUEL.

Si es eso...
y licencia concedéis... (Como para retirarse.)
Hago falta hace ya tiempo
en mi torreón. Cuando cierre
la noche, vendré de nuevo.

BEATRIZ.

Adios, Berenguel.

BERENGUEL.

(Saludando para salir.) Señora...

ROGER.

(¿Cuándo podré verte? (En voz baj

BERENGUEL.

(Lo mismo.) Luego.)

(Váse Berenguel por el fondo.)

ESCENA III.

BEATRIZ, JUANA, ROGER.

Beatriz se sienta junto á la mesa: Juana y Roger á

BEATRIZ.

¿Por qué reñíais?

ROGER.

Ese hombre
infunde á todos sospechas.
Si en el castillo no hay brechas
todavía, ¡por mi nombre!
que abrirlas al enemigo
puede de noche un traidor,
y que la brecha mejor
para un muro es un postigo.

BEATRIZ.

Berenguel fué siempre leal.

ROGER.

Eso pensé yo también.

BEATRIZ.

¿Y ahora no lo piensas?

ROGER.

¿Quién
se libra de pensar mal?

BEATRIZ.

¡Sin pruebas!

ROGER.

Alguna tengo
y con ella brego y lucho.

BEATRIZ.

Pues habla, que ya te escucho.

ROGER.

Pues á la verdad me atengo.
(**Pausa.** Se acerca con misterio á la Condesa.)
Anoche para cumplir
orden que el Conde me dió,

ya muy tarde, bajé yo
al subterráneo, que abrir
como encubierto camino,
hizo el conde Bonifacio,
desde este antiguo palacio
hasta el collado vecino.
Sabéis que rodeando pasa
del torreón viejo el cimiento,
que en él busca fundamento,
que su enorme cueva rasa,
y que de ella, bien ó mal,
le separan noche y día
un muro de cantería
y una verja de metal.
Por la angostura avancé
con la linterna tapada:
llegué á la verja cerrada,
me detuve y escuché.
Sombras: silencio medroso:
húmedo y frío el ambiente,
y por encima el torrente
que viene á llenar el foso.
Á pasar iba más lejos,
cuando en la cueva de al lado,
y por entre el enrejado,
ví de una luz los reflejos.
Me asaltan extrañas dudas:
me paro y miro al través:
son Berenguel y un francés,

los dos con cara de Judas.
Escucho, pero no hay modo
de entender su charla eterna:
salen por una poterna...

BEATRIZ.

¿Y el Conde?

ROGER.

Lo sabe todo.
Por eso le llama aquí,
y él por eso teme el daño.

BEATRIZ.

Es extraño.

ROGER.

Muy extraño.

JUANA.

Don Jaime. (Mirando al fondo.)

ROGER.

(Lo mismo.) Don Jaime, sí.

ESCENA IV.

BEATRIZ, JUANA, ROGER, JAIME.

Este aparece en la puerta del fondo con algunos capitanes. Allí se detiene y habla con ellos. Viene con loriga, guanteletes y casco, ó como el actor crea oportuno, dado que acaba de efectuar un reconocimiento.

JAIME.

(En el fondo como dando órdenes.)
De asalto al menor asomo
la campana el aire hiera:
de trecho en trecho una hoguera
para derretir el plomo:
las catapultas armadas,
los honderos prevenidos,
los hierros enrojecidos
y las estopas mojadas.
Esta noche no hay reposo,
que en el campo hay movimiento;
y que vengan al momento
Lauria, Marquet y Barroso.
(Los capitanes se retiran. Jaime avanza quitándose el y los guanteletes.)

BEATRIZ.

Jaime... mi Jaime...

JAIME.

Beatriz...

BEATRIZ.

¿Temes algo?

JAIME.

Por mí, nada:
por tí, todo, prenda amada.
¿Hablaste? (Á Roger con afán.)

ROGER.

Hablé con Ortiz.

JAIME.

(Llevándole aparte y en voz baja.)
¿Y dará paso seguro
el francés?

ROGER.

¡Buenas son esas!
Cien doblas aragonesas,
mejor que el mejor conjuro,
en el diablo hacen desmoche
y le truecan en cordero.

JAIME.

¿Y él responde?...

ROGER.

Por entero.

JAIME.

¿Y ha de ser pronto?

ROGER.

Esta noche.

JAIME.

¡Gracias á Dios! Me has quitado
horrible peso de encima.
¡Porque sé que se aproxima
el trance desesperado,
que está Carlos prevenido,
que sus máquinas apresta,
que ya cruje la ballesta,
que ya el arco está tendido!
Y antes que luzca sus galas
la aurora del nuevo día,
veremos con agonía,
por cien flotantes escalas,
sujetas con garfios duros,
cual del jabalí los perros,
los franceses de esos cerros
colgándose á nuestros muros.
Oye, Juana. (En voz alta.)

JUANA.

Mi señor.

JAIME.

¿Amas mucho á tu marido?

JUANA.

Cumplo lo que he prometido
por mi Dios y por mi honor.

JAIME.

Para el rey pliegos le dí,
y paso pude lograrle.
¿Tú quieres acompañarle?

JUANA.

(Sin poder dominar su contento.)
¿Fuera del castillo?

JAIME.

Sí.

JUANA.

¿Y vos me lo preguntáis?

JAIME.

Pues bien, prepáralo todo.
Y tú le explicas...
(Volviéndose á Roger: éste hace una señal de inteligencia.)

JUANA.

¿Y hay modo?...

JAIME.

De que esta noche salgáis.

JUANA.

Pero ¡dejaros! Jamás (Á Beatriz con cariño.)
podré yo salir sin vos.

BEATRIZ.

Padre y madre, dijo Dios,
por tu esposo dejarás.

ROGER.

En la colina cercana (Como dando prisa.)
está esperando el francés.

JAIME.

(Á Juana separándola de Beatriz.)
De eso hablaremos después.

JUANA.

Adios, señora.

BEATRIZ.

Adios, Juana.

(Vánse Juana y Roger por la izquierda, primer tér

ESCENA V.

BEATRIZ Y JAIME.

JAIME.

Pálido está tu semblante
y tristes están tus ojos.
¿Tienes enojos?

BEATRIZ.

¿Enojos,
con esposo tan amante,
con mi Jaime, con mi bien?
Si contigo me enojara,
¿para quién, Jaime, guardara
mi cariño... para quién?

JAIME.

Las angustias del asedio,
sus martirios, sus rigores,
pudieran darte temores,
ó al menos tristeza y tedio.

BEATRIZ.

No: te equivocas: jamás
tan dichosa me he sentido.
El mismo Dios ha querido
reunirnos; y tú verás

cómo este lazo es tan fuerte,
que resiste, y no te asombres,
á la maldad de los hombres
y al estrago de la muerte.

JAIME.

¡Ah, pobre niña, mecida
en la cuna de mis brazos
desde que en divinos lazos
despertaste á nueva vida!
¿qué sabes tú del deshecho
furor de esta horrible empresa,
si siempre estuviste presa
en la cárcel de mi pecho?
Si el mundo no conociste,
ni entre sus olas luchaste;
si á mí tan sólo adoraste
y á ninguno aborreciste.
Si yo forjé en mis castillos,
entre enamorado y terco,
de mis manos con el cerco
tus esposas y tus grillos.
Si jamás llegó el dolor
en tu blanco seno á herir;
si á nadie viste morir
más que á tu Jaime de amor.
¿Qué sabes tú del delirio
que infunde al hombre la guerr
si no sentiste en la tierra

más martirio, que el martirio
que impuso á tu blanca tez
algún beso enamorado
en el carmín dorado
de mi torre de Argelez?

BEATRIZ.

Ese recuerdo tenaz
de aquellos tiempos ¡me mata!

JAIME.

Sí, Beatriz, bien se retrata
el dolor sobre tu faz.
¡Ahora la muerte doquiera;
muy pronto el asalto fiero!...
Oye, Beatriz: yo no quiero...

BEATRIZ.

Yo sí: ¿qué importa que muera?
Con tal que yo muera aquí,

(Dice esto aproximándose á Jaime, aferrándose á él cual si temiese que los separaran, y mirando con recelo al rededor.)

á tu lado, como honrada;
con tal que no venga nada
á separarme de tí;
con tal que del alma el foco,
en que eterna esencia hierve,
puro hasta el fin se conserve;
¡lo demás me importa poco!

La muerte es sueño profundo
que sólo espanta al cobarde:
la verdad viene más tarde
con la vida de otro mundo.
Me basta, Jaime, con verte,
pero verte sin espanto,
y siempre amándome tanto,
en el seno de la muerte.

(Se abraza aún más á él y oculta el rostro.)

JAIME.

Y yo, conde de Argelez,
el más noble de esta tierra,
el espanto de la guerra
contra el moro de Jerez,
por lograr tu salvación,
y sacarte de esta villa,
diera al *árabe* Castilla
y al *francés* el Aragón.

BEATRIZ.

Es fantástica quimera
y es tristísimo desbarro
en un ídolo de barro
poner la existencia entera.
No, Jaime, no: tu deber
y tu honor conserva ilesos;
esos tus ídolos, esos,
que siempre son, deben ser.

JAIME.

Tu nobleza al contemplar,
tu hermoso acento al oir,
más te amara á no sentir
que más no te puedo amar.
Por fortuna, la honra mía,
y tu amor no se preparan
á luchar, que si lucharan
yo sé bien cuál vencería.
Muy al contrario, á mi ver,
en este trance de horror,
sólo salvando mi amor
puedo cumplir mi deber.

BEATRIZ.

No te comprendo.

JAIME.

Pues oye,
Beatriz, y no me interrumpas.
En lamentos no prorrumpas
cuando mi mano se apoye
en tu mano de este modo;
(Se acerca á ella, le coge una mano, la mira fijamente y la atrae á sí.)
y en tus ojos busque tu alma;
y te pida fuerza y calma
para decírtelo todo.
(Pequeña pausa.)

Que mi castillo es muy viejo
que el sitiador entrará,
que quien no ceje caerá,
y que yo, Beatriz, no cejo.
Sin recursos no es de ley,
ni yo puedo resistir;
pero yo puedo morir
por Aragón y su rey.

BEATRIZ.

Ya lo sé. Ya lo he pensado;
que esa gente es fiera y terca
por eso quiero estar cerca,
para morir á tu lado.

JAIME.

Mira lo que he de evitar.

BEATRIZ.

Pues mira como ha de ser.

JAIME.

Estando al amanecer,
mi esposa, en el castañar,
que por la parte de Oriente
termina ese bosque umbrío;
pasando después el río,
y escoltada por mi gente,
que es de confianza y de prez

en todo el camino viejo,
del sol al postrer reflejo
llegando al fin á Argelez.

BEATRIZ.

¿Yo? ¡sola!

JAIME.

No: por mi hermano
Manfredo allí protegida,
aguardas de esta embestida
el desenlace cercano.
Responde, Beatriz; ¿irás?

BEATRIZ.

No. ¡Separarme de tí,
y mientras mueres aquí
yo con Manfredo! Jamás.

JAIME.

Pues todo está preparado
y con Roger y con Juana
has de partir.

BEATRIZ.

Lucha vana.
No hay poder en lo creado,
mal á mal ó bien á bien,
que me obligue á abandonarte.

JAIME.

Es que yo quiero salvarte.

BEATRIZ.

(Para sí.) (Salvarme quiero también.

JAIME.

¡Beatriz!

BEATRIZ.

¡Jaime!

JAIME.

¡Por mi amor!

ESCENA VI.

BEATRIZ, JAIME, un PAJE por el fondo.

JAIME.

¿Quién va?

PAJE.

¿Si me dais licencia?

JAIME.

¿Qué buscas?

PAJE.

Con gran urgencia
hablaros quiere, señor,

un capitán que por ley
de su arrojo y su fatiga,
burló la línea enemiga,
y es mensajero del rey.

JAIME.

Que pase. (Se retira el paje.)

ESCENA VII.

BEATRIZ, JAIME, MANFREDO por el fondo.

JAIME.

¡Beatriz!

BEATRIZ.

No cedo.

MANFREDO.

(Aparte.) (Ella y él. Juntos están.)

JAIME.

Acérquese el capitán.

MANFREDO.

(Avanzando.) Jaime.

JAIME.

Reconociéndole.) ¡Manfredo!

BEATRIZ.

(Con horror.) ¡Ma

(Jaime va á su hermano con afán y le abraza c

JAIME.

¿Por qué vienes?

MANFREDO.

Porque el rey
pliegos me dió para tí:
(Saca unos pliegos y se los entrega.)
y porque supe que aquí
se luchaba, y es de ley,
mientras se conserve entera,
que no esté ociosa la espada
contra esa infame cruzada
que cruzó nuestra frontera.

JAIME.

Pero dí, ¿cómo pudiste
pasar el campo francés?

MANFREDO.

Mi lema sabes cual es:
querer y basta.

JAIME.

¿Y quisiste?

MANFREDO.

Y quise y pasé. Y es cosa
averiguada, que ya
nadie me separará
de mi hermano y de su esposa.

JAIME.

Pues ya tardas, y es desliz,
en darle brazos de hermano.
(Señalando á su esposa.)
Á mí primero, esto es llano,
pero después á Beatriz.

MANFREDO.

(Acercándose á Beatriz.)
Los estragos de la guerra
empañar no consiguieron,
cuando al espacio subieron
en vapores de la tierra
y en una y otra jornada
del asedio de esta villa,
ni el carmín de esa mejilla
ni el fulgor de esa mirada.
Pálido pensé encontrar
ese divino semblante,
¡pero no hay sombra bastante
para tanto luminar!

BEATRIZ.

Velaba Jaime por mí
y por mí velaba Dios.

MANFREDO.

Pues ahora seremos dos
y Dios, á velar por tí.

JAIME.

Tarde es ya: la ruina llega,
y el muro ya no protege,
y es forzoso que se aleje
de este castillo, y se niega.

MANFREDO.

¡Salir del castillo!

(Con sorpresa y enojo mal contenidos.)

JAIME.

Escudo
que se rompe, se abandona.
Torre que se desmorona
no aprovecha.

MANFREDO.

(Á Beatriz con afán.) ¿Y tú?...

BEATRIZ.

Yo dudo.

(Con intención y mirándole fijamente.)

JAIME.

¿Qué dices, que el corazón
se me ensancha al escucharlo?

BEATRIZ.

Digo, después de pensarlo,
que quizá tengas razón.
Aquí tu cuidado absorbo,
amortiguo tu pujanza,
soy estorbo á tu venzanza
y á tu gloria soy estorbo.
Todo el tiempo que á mis piés
con caricias te aseguro,
haces falta sobre el muro
cerrando el paso al francés.
Tienes que pensar en dos,
en tanto que yo esté aquí,
pues no pienses más que en tí
y en tu patría. Jaime... ¡adios!

JAIME.

¡Beatriz, alma de mi vida!
(Atrayéndola á sí: ella huye la mirada de su esposo.)
¡Que tu faz á mí se incline!...

MANFREDO.

(Aparte.) (¡Entonces para qué vine!)

BEATRIZ.

¿Y la fuga?

JAIME.

Prevenida.
Roger... Juana...

(Acercándose á la primera puerta de la izquierda mando.)

ESCENA VIII.

JAIME, BEATRIZ, MANFREDO, JUANA, ROGER.

Los dos últimos por la izquierda, primer término.

ROGER.

Todo está
esperando á la Condesa.
El crepúsculo acabó,
la noche viene muy negra,
el campamento en reposo,
á la escucha el centinela.
Tan sólo se oye á lo lejos,
cual bramido de una fiera,
el del torrente que baja
desde la vecina sierra,
engrosado por las nieves
é irritado por las peñas.

JAIME.

¿Y la luz?

ROGER.

Apareció
en la atalaya, que cierra
la boca del subterráneo.

JAIME.

¿Entonces?...

ROGER.

Ese hombre espera.

JAIME.

Pues esperad un instante,
sólo un instante, á que lea
estos pliegos, y á que traiga
otros que al rey interesan
y que has de llevar tú mismo (Á Roger.)
á Gerona ó á Figueras,
ó á donde don Pedro se halle
y le alcance tu presteza.
Volveré. Beatriz... (Despidiéndose.)
Hermano,
entra luego, que una idea (Á Manfredo.)
tengo y quiero consultarte.

MANFREDO.

Entraré, Jaime, no temas.
(Váse Jaime por la izquierda, segundo término.)

ESCENA IX.

BEATRIZ, MANFREDO, JUANA, ROGER.

BEATRIZ.

(Habla afectando cierta alegría y procurando domin[ar su] emoción.)
Al fin vamos á escapar
de este infierno. Aquí se quedan
los hombres para la lucha.
Manfredo, no te lo ruega
mi labio, porque es inútil.
¡Por mi Jaime! ¡por él vela!
¡Es mi vida!

MANFREDO.

Si es tu vida
por él daré mi existencia,
que vida que á tí te importa
bien vale la que me pesa.

BEATRIZ.

(Separando la vista de Manfredo.)
Aun cuando no me importase,
es tu hermano.

MANFREDO.

Mala cuenta;
que á veces en esta lucha

de las pasiones revüeltas,
se vierte la sangre propia
mejor que la sangre ajena.

BEATRIZ.

Pues yo sé bien que por él...

MANFREDO.

Por él y *por tí.*

(Bajando la voz y acercándose. Juana y Roger hablan en el fondo.)

Tan negra
es mi suerte, ¿qué te ofende
de mi cariño esta prueba?

BEATRIZ.

(Mirando con recelo á Juana y á Roger.)

Más bajo, por Dios, más bajo.

MANFREDO.

¿Pues qué sentido le prestan
á tal palabra «*cariño*»
tu razón y tu conciencia
que tanto temes que se oiga?

(Acercándose con apasionamiento.)

¿Mi cariño á qué te suena,
que quieres que sólo á tí
llegue y en tí sólo muera?

BEATRIZ.

(Turbada.) ¿Yo temer? ¿Y por qué cau
Ha sido no sé qué idea...
De tanto fragor de muerte,
de tanto grito de guerra,
cuajados están los aires,
manchadas están las piedras,
y los más dulces acentos
y las palabras más tiernas,
contra esos ásperos muros
y en esta atmósfera densa,
toman algo de siniestro
y en algo infame se truecan.
Manfredo, verdad dijiste:
¡yo la torpe! ¡yo la necia!
¡Manfredo, tu brazo es fuerte!
¡vela por tu hermano, vela!
¡que es mi esposo, que es tu sangr
¡yo lo pido!... ¡Dios lo ordena!
(Oculta el rostro entre las manos y llora.)

JUANA.

(Acercándose y procurando consolarla.)
No lloréis.

BEATRIZ.

¡Ay, Juana mía!
Tú estás libre de esta prueba;

tu Roger contigo parte,
aquí mi Jaime se queda.

MANFREDO.

(En voz baja y separándola de Juana.)

Si tanto te ama, ¿por qué
no te sigue? Yo muriera
por él dentro de estos muros,
sin proferir ni una queja,
si esto te agradase. Y mira,
la misma sangre corriera,
ya muriendo el de Argelez,
ya Manfredo el de Provenza.
Y aunque su mano es muy fuerte,
no es más fuerte que mi diestra.
Y el que rodase hasta el foso,
ó ensangrentase la almena,
bajo el golpe formidable
de mi doble hacha de guerra,
entre el uno y otro hermano
no es fácil que distinguiera;
que no hiere más profundo
que yo, ni con más presteza.

BEATRIZ.

Si fuera capaz mi Jaime
de aceptar tan vil oferta,
y de manchar por mi amor

el nombre ilustre que lleva,
entonces, Manfredo... entonces...

MANFREDO.

(Con energía.)
Es que amaría de veras:
que así saben los *bastardos*
(Golpeándose el pecho.)
amar; aunque nunca llegan
ni á señores de Argelez,
ni á dueños de tal belleza.
(Señalándola con pasión.)

BEATRIZ.

(Turbada y temerosa.)
Por qué me miras así?

MANFREDO.

Perdón: mi señor me espera.
(Váse por la misma puerta que Jaime.)

ESCENA X.

BEATRIZ, ROGER, JUANA.

Beatriz separada de los otros, que forman un grupo.

ROGER.

(Á Juana.) Siniestro el bastardo va
y ella espantada se queda.

Algo dijo él por lo bajo
que en voz alta no dijera.

JUANA.

¿«*Siniestro*,» dices? Quizá:
como todo hombre de guerra
que acorralado se ve
y apareja la defensa.
¿«*Espantada*» mi señora?
Juzga cómo yo estuviera,
si al abandonar la torre,
mi Roger quedase en ella.

ROGER.

No es eso. Si es que el bastardo,
más que por la descendencia,
es bastardo por el alma
que dentro del cuerpo lleva.

JUANA.

Mal le quieres.

ROGER.

Lo confieso.

JUANA.

Roger, ese odio me inquieta,
que temo que alguna vez,
por no refrenar tu lengua,

de Manfredo los enojos
al fin contra tí se vuelvan.
Eres humilde escudero
y él es noble.

ROGER.

Sólo á medias;
y es preferible tener
toda la sangre plebeya,
pero honrada, á dividirla
en dos mitades opuestas,
una limpia, otra manchada,
y ambas por las mismas venas;
que basta muy poco cieno
para enturbiar una alberca.

JUANA.

Habla más bajo, que puede
escucharnos la Condesa. (Sigüen habla

BEATRIZ.

Pensamiento, que me abrasas;
corazón, que te rebelas,
voluntad, que desfalleces;
alma, que no estás entera,
¿qué fuísteis, que ya no sois?
¿Qué sois, que me da vergüenza
tan sólo el imaginar

que tan sólo allá en la idea,
y sólo por un momento,
y del sueño entre las nieblas,
y por mi parte sin culpa,
hayáis sido por sorpresa,
lo que si yo sospechase
que pudiérais ser de veras,
á todos cuatro os llevara
á la muerte con mi afrenta,
arrojándome en el foso
por el hueco de una almena?
¡Á todos cuatro conmigo
y con mi cuerpo que os lleva!
A tí, por ser tan impuro;
(Oprimiéndose la frente: habla con su pensamiento.)
á tí, por tu ruín ralea;
(Oprimiéndose el pecho: se refiere al corazón.)
á tí, voluntad, por débil;
alma, á tí, porque eres media,
y si la otra está en el cieno,
en el cieno estés entera.
Juana, partamos al puntc;
Roger, tu brazo me presta,
que aquí se me acaba el aire,
que aquí se me hunde la tierra,
que ya me falta hasta el cielo
bajo esta bóveda negra.

ROGER.

¿Pero el Conde?...

BEATRIZ.

Ven, Roger...

JUANA.

Un instante...

ROGER.

El Conde llega.

ESCENA XI.

BEATRIZ, JUANA, ROGER, JAIME, MANFREDO.

Los dos últimos por la izquierda, segundo término. Jaim[e] pergamino que entrega á Roger.

JAIME.

Para don Pedro. Y apura
tanto, que así que lleguéis
al castillo, y que dejéis
á la Condesa segura,
á llevarlo has de salir.
(Señalando el pergamino.)
Y tú, que veles por ella. (Á Juana.)
Y tú, mi Beatriz, mi estrella,
(Separándola de los demás y hablándola á ella sola.)

cielo de mi porvenir,
si es posible adivinar
en un rostro el pensamiento,
adivina lo que siento
porque no lo sé expresar.
Sólo sé que há rato lucho
con una lágrima osada
bajo el párpado encerrada,
y si no lo oprimo mucho
para que bien la sujete,
no es difícil que consiga
ó rodar por la loriga
ó manchar el coselete.
Y ya ves que en un guerrero,
tal flaqueza indigna fuera:
mi mismo hermano dijera
que este arnés de fino acero
no forjó con tanto afán,
ni á costa de fuego tanto,
para mancharlo de llanto,
el armero de Milán.
Conque sal pronto de aquí.

(Rechazándola dulcemente. Manfredo, aparte, los contempla con enojo. Juana y Roger, algo en segundo término.)

BEATRIZ.

¡Jaime!

JAIME.

Mi Beatriz, mi fé,

no olvides lo que te amé
cuando estés lejos de mí.

BEATRIZ.

Si hoy nos separa á los dos
la muerte, aún queda otra vida.

JAIME.

¡Adios, mi esposa querida!
¡Adios!... No digas «¡adios!»
(Conteniéndola y separándose de ella.)
Dame los brazos, Manfredo,
(Acercándose á su hermano, abrazándole y ha voz baja. Beatriz los mira con extrañeza.)
es quizá la última vez.
Cuando llegues á Argelez
desciende, pues yo no puedo,
á la cripta sepulcral
en que mi padre reposa;
besa su fúnebre losa,
y dí á su sombra inmortal,
que he muerto en este torreón,
en que él vió la luz primera,
abrazado á la bandera
de don Pedro de Aragón.

MANFREDO.

¿Pero la puerta de bronce
de la cripta?...

JAIME.

Franca está.

BEATRIZ.

(Aparte con terror.)
(¡Qué están diciendo! ¿Será?...)

MANFREDO.

Adios, Jaime.

JAIME.

Adios.

(Suena la campana de una torre.)

ROGER.

Las once.

(Manfredo se acerca á Beatriz. Jaime se separa hacia la derecha.)

BEATRIZ.

¡Y vas á venir! (Á Manfredo.)

MANFREDO.

Él mismo
me lo ha rogado allá dentro.

BEATRIZ.

(Aparte.) (¡De modo que siempre encuentro

en mi camino el abismo!)

(Pausa. Manfredo procura llevarse á Beatriz,
lucha consigo algunos instantes, al fin se prec
esposo y le abraza.)

¡Jaime!... No quiero partir.

JAIME.

¡Beatriz!

BEATRIZ.

Contigo.

JAIME.

Qué hacéis,
Manfredo, Roger, ¿no veis
que no puedo resistir?

(Manfredo y Roger se acercan.)

BEATRIZ.

Si tus enojos provoco
recházame de tu pecho;
pero en ellos no hay derecho.

JAIME.

¡Si yo no puedo tampoco!
¡Puede el hombre en su pasión
el corazón traspasarse,
pero no puede arrancarse
(Contemplándola amorosamente.)
á sí mismo el corazón!
¿Por qué no venís? ¿por qué?

BEATRIZ.

¡Nadie romperá estos lazos!

JAIME.

¡Arrancadla de mis brazos
que no la defenderé!
(Manfredo la separa llevándola hacia la izquierda, donde esperan Juana y Roger.)

BEATRIZ.

No quiero.
(En voz baja.) (¡Me das horror!)

MANFREDO.

(Horror ¡ni siquiera pena!
Yo cumplo lo que él me ordena.)

BEATRIZ.

(¡Es tu hermano!)

MANFREDO.

(Y mi señor.)

BEATRIZ.

¡Suelta!
(Juana se aproxima, y entre ella y Manfredo se la llevan hacia la izquierda, primer término. En la puerta aguarda ya Roger. Jaime en el extremo derecho.)
¡Jaime!

MANFREDO.

Has de venir
conmigo.

BEATRIZ.

¡Que no ha de ser,
Jaime! (Tendiéndole los brazos.)

JAIME.

No la quiero ver.
(Después de un movimiento como para ir á buscarla, vuelve la cabeza.)

BEATRIZ.

¡Jaime!
(En este momento, y al dar este último grito Beatriz, salen ella, Juana, Manfredo y Roger por la izquierda, primer término.)

JAIME.

No la quiero oir.
(Tapándose los oidos. Cae desplomado en un sillón á la derecha.)

ESCENA XII.

JAIME, BERENGUEL después por el fondo.

BERENGUEL.

(Acercándose á Jaime, que permanece anonadado,
beza entre las manos, y sin notar la presencia
gávar.)
¿Eso es dormir ó llorar?
Si duerme muy mal la torre

vigila, y peligro corre
de ir al foso á despertar.
Y si llora, ¡por mi tierra
y mi santo! que el remedio
no es muy propio de un asedio,
ni gran máquina de guerra.
Á su edad, ¡qué ha de servir
(Mirándole desdeñosamente.)
aunque se llama Argelez!
Para enamorar tal vez,
pero no para reñir.
Para esta marcial función
es preciso haber vivido,
y tener ya muy curtido
el cutis y el corazón.
Tiempo es ya de concluir.
Aquí estoy. (En voz alta.)

JAIME.

¿Y quién es él?
(Levantándose con ímpetu.)

BERENGUEL.

El de siempre.

JAIME.

¡Berenguel!

BERENGUEL.

Me habéis mandado venir;

pero si acaso importuno...

JAIME.

No importunas.

BERENGUEL.

Ó si canso...

JAIME.

Ya para mí no hay descanso
ni más pensamiento que uno.

BERENGUEL.

Entonces aquí me quedo.

JAIME.

Mírame de cerca y fijo,
y dí la verdad. La exijo.
Al mirarme ¿sientes miedo?

(Pausa. Jaime le mira fijamente; Berenguel desdén.)

BERENGUEL.

Allá en mis años, señor,
con *otro don Jaime* andaba;
con *otro*, que se llamaba
don Jaime el Conquistador.
Me miró más de una vez,
y nunca miedo sentí.

(Dice esto con cierta insolencia.)

JAIME.

¿Pero ahora lo sientes, dí,
al mirar al de Argelez?
Á esto responde ó al potro
tu lengua y tu cuerpo doy.
Y en cuanto á si fué ó si soy,
soy tan bueno como el *otro*.

BERENGUEL.

¿Y vos qué pensáis de quien
os mira de modo tal?

JAIME.

Que te han juzgado muy mal
(Después de mirarle un momento.)
ó que tú finges muy bien.

BERENGUEL.

¿Qué dicen?

JAIME.

Corre el rumor,
rumor que llegó á mi oido,
que al francés estás vendido.

BERENGUEL.

¿Me acusan pues?...

JAIME.

De traidor.

BERENGUEL.

Ya tiene algún fundamento
lo que dicen.

JAIME.

(Con voz amenazadora.) ¡Berenguel!
¿Con el francés?

BERENGUEL.

Pues con él.

JAIME.

¿Tú?

BERENGUEL.

Cabal. Yo nunca miento.
Con el extranjero trato,
(Dice todo esto con aire de triunfo y como goz
sorpresa de su dueño.)
aunque no por mi ganancia.
Con el mismo rey de Francia
hablé claro y largo rato.
Y en la enorme cueva vieja,
cual fantasmas con arneses,
un buen golpe de franceses
ya sus armas apareja. (Riendo.)

JAIME.

¡Traidor! (Echándole mano con ímpetu.)

BERENGUEL.

Sí: traidor se llama,
al pronto, al que os ha traido
á Felipe el atrevido
con su famosa oriflama,
al centro del gran torreón
clave de la fortaleza;
mas si por traidor empieza,
es con su cuenta y razón.

JAIME.

(Sin poder dominar su impaciencia.)
¿Cuál es?

BERENGUEL.

Así les arguyo.
(Con malicia y refiriéndose á los franceses.)
«Una señal. El asalto.
¡Arriba entonces! Yo falto,
y claro, el torreón es suyo.»
(Ríe de nuevo por el chasco que les prepara.)

JAIME.

Jugando estás con la muerte
y jugada va tu vida:

ten la espada prevenida
porque voy á echar la suerte.

BERENGUEL.

Echada está y no me aterra.

JAIME.

¡Pero con traición y dolo!

BERENGUEL.

Como queráis; yo sé sólo
que son artes de la guerra.

JAIME.

En un infierno has metido
mi pensamiento anhelante,
aún no comprendo bastante,
pero ten por entendido,
que yo no mancho mi honor
con empresas traicioneras,
y que de todas maneras
vas á resultar traidor.

BERENGUEL.

(Ya algo desconcertado ante el enojo de Jaim
Pues ó traidor ó leal
ya en la empresa me metí,
que estando en guerra creí,
que no os pareciese mal.

Pero tal como ella es,
si vos no la rematáis,
la fortaleza entregáis
cual un traidor al francés.

JAIME.

(Con suprema angustia.)
¿Puedo impedirlo?

BERENGUEL.

(Le mira y se rie con risa entre estúpida, maliciosa y feroz.)
Es corriente.
(Acercándose á él y con voz de triunfo y de misterio.)
En el hueco cavernoso
se mete *el agua* del foso
y también *la* del torrente.
(Jaime da un grito de terror y retrocede: Berenguel le sigue explicando su plan.)
Una les corta la entrada:
otra corta la salida:
¡la gente queda cogida:
y es ya nuestra la jornada!
Lo mejor de aquella grey:
seis barones esforzados,
más de quinientos soldados,
y tal vez el mismo rey.

JAIME.

Pero ¡mal rayo te parta

y partido te confunda!
Ese torrente que inunda
y de su cauce se aparta,
¿á dónde va, Berenguel?

BERENGUEL.

Al desagüe que le dejo.

JAIME.

(Cogiéndolo por un brazo y sacudiéndolo furioso.)
¿Cuál?

BERENGUEL.

El subterráneo viejo.

JAIME.

(Con voz terrible.)
¡La Condesa va por él!

BERENGUEL.

¡Ella!... Lo siento... y me pesa.

JAIME.

¡Tu infame traición lo quiso!

BERENGUEL.

(Rehaciéndose y con fiereza.)
Pues elegir es preciso
entre el Rey y la Condesa.

JAIME.

¿Y lo dudas, infeliz?

BERENGUEL.

Que empiezo á dudar infiero.
(Con desconfianza.)

JAIME.

Lo primero es lo primero.

BERENGUEL.

¡El Aragón!

JAIME.

¡Mi Beatriz!

BERENGUEL.

Pues me encontráis frente á frente.
(Disponiéndose á salir.)

JAIME.

(Poniéndose delante.)
Siempre así me encontrarás.

BERENGUEL.

Paso, Conde.

JAIME.

¿Á dónde vas?

BERENGUEL.

Á desatar el torrente.

JAIME.

¿Para qué? (Con voz terrible.)

BERENGUEL.

Para arrojarlo...

JAIME.

¿Sobre quién?

BERENGUEL.

¡Sobre quien sea!

JAIME.

Pues quien tanto lo desea,
al fin logra desatarlo;
(Desnudando la espada.)
pero el torrente yo soy.

BERENGUEL.

(Lo mismo.) El traidor debéis decir.
(Quiere pasar y Jaime le cierra el paso.)
¡Paso!

JAIME.

Jamás. ¡Á reñir!

BERENGUEL.

¡Y á muerte!

(Riñen con furia y en silencio.)

JAIME.

Que es la que doy.

(Cae Berenguel muerto. Jaime queda en pié contemplándolo.)

ESCENA XIII.

JAIME, BERENGUEL, en tierra. LAURIA, MARQUET y BARROSO, por el fondo apresuradamente y con las espadas desnudas. Se oye una campana.

JAIME.

Fué por mi Beatriz. Bien hecho
está lo que hice.

LAURIA, MARQUET Y BARROSO.

¡El francés!

MARQUET.

¡El asalto!

BARROSO.

Suyo es
el torreón y un largo trecho
de la muralla.

LAURIA.

¡Él ha sido!

(Reparando en el cuerpo de Berenguel.)

MARQUET.

¡El Judas!

BARROSO.

¡El renegado!

LAURIA.

¡Lo ha pagado!

MARQUET.

¡Lo ha pagado!

BARROSO.

¡Merecido!

LAURIA.

¡Merecido!

JAIME.

Basta ya de rabia loca.
Si él responderos pudiera
algo en su abono dijera.
Sólo á Dios juzgarle toca.
De esta noche en los furores
todos seremos iguales:

los leales por leales,
los traidores por traidores.
Y para todos su juez
habrá también de seguro:
conque á morir sobre el muro
por Aragón y Argelez.

LAURIA.

Ceñid el casco, señor,
que los golpes menudean.
(Presentándole el casco, al ver que se dispone á salir sin cubrirse la cabeza.)

JAIME.

(Rechazándole.) Para que todos me vean
voy así mucho mejor.
Y de este modo he de ir,
y así todos me han de ver
sobre el muro combatir;
los de fuera hasta caer,
los de adentro hasta morir.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La escena representa uno de los salones principales del castillo de Argelez, en los Pirineos.—Puerta en el fondo con un gran tapiz. Á los lados trofeos. Á la derecha, en primer término, una ventana ojival con vidrios de colores; en segundo, otra puerta con tapiz también.—Á la izquierda, en primer término, una gran chimenea de campana interior, y en ella una hoguera. Á los lados, bancos y tres sillones blasonados; en segundo término otra puerta como la de enfrente.—La estancia grande, severa, algo sombría. —Á la izquierda, en una mesa, una lámpara encendida.—La hoguera despide grandes llamaradas; cuando se amortigua y domina la luz exterior, la luna proyecta sobre el suelo la ventana con sus varios colores.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, MANFREDO, sentados junto á la chimenea y muy cerca uno de otro.

MANFREDO.

Estás triste como nunca,
y de mi mano tu mano
huyó, sintiendo tal vez
repugnancia á mi contacto.

BEATRIZ.

Estoy triste como siempre,
que la tristeza ha tomado

asiento en mi corazón
con tal imperio y tal mando,
que sólo la muerte puede
dar libertad al esclavo.

MANFREDO.

Pues venga para los dos,
que tampoco la rechazo.

BEATRIZ.

¿Tú morir? ¿Por qué, Manfredo?
¿Pues no conseguiste acaso
mi amor? ¿Y mi amor no ha sido
todo lo que has codiciado?
Pues vive y goza: ó confiesa
que del deleite en el vaso
ya sólo queda amargura,
y vergüenza y desencanto.

MANFREDO.

Porque es mentira tu amor.
Porque te tengo en mis brazos
y sólo estrecho una fría
inerte estatua de mármol.
Y tu sér, tu pensamiento,
tu alma, lo que yo más amo,
hielo escupiéndome al rostro
se escapan bajo mis labios,

diciendo en voz desdeñosa:
«no somos para el bastardo.»

BEATRIZ.

No es eso, no me comprendes.

MANFREDO.

Que sólo á Jaime has amado:
esto es lo que yo comprendo.

BEATRIZ.

Yo te amé, Manfredo, tanto,
que con ser Jaime tan noble,
y con ser tú tan villano,
huyó de *él* y fuese á tí
todo mi sér, arrastrado
por la atracción del abismo
que en tu corazón labraron,
ó las garras de Satán,
ó la hiel del desengaño.
Y ya vencido mi honor,
y ya tu empeño logrado,
me dije: pues esta dicha
impura me cuesta tanto,
apurémosla, que debe
ser digna del ángel malo.
Y quise gozar, vivir,
cobrarme de mi pecado...
y no pude, porque siempre

entre mi pecho y tus brazos
¡él! se interpuso.

MANFREDO.

¿Quién?

BEATRIZ.

Jaime.
Sentí el fuego de sus labios,
y su cariñosa voz,
y á veces hasta su mano
recogiendo en mis mejillas
los despojos de mi llanto.

MANFREDO.

Yo también. (Pensativo.) Mas fué ilusión.
Los muertos jamás lograron
ni alzar la fúnebre losa,
ni desgarrar los sudarios.

BEATRIZ.

(Con supersticioso terror.)
¿Y si quedan insepultos,
de un castillo abandonado
entre las sangrientas ruinas?
¿Y si tan sólo lograron
por losa un torreón hundido,
la ortiga y el jaramago
por mortaja, y en el pecho

su sangre por epitafio?
Y entonces, dí, ¿no podrán
una noche y á los rayos
de la luna levantarse?...
¿Qué es eso?... ¿No has escuchado?
De la noche en el silencio,
el eco triste y lejano,
de una trompeta de guerra
repitió los toques bárbaros.
Alguien se acerca al castillo
y avisa á los castellanos.
¡Si fuera Jaime!

(Con espanto, acercándose á Manfredo y buscando en él protección.)

MANFREDO.

Imposible.
Nada se oye. **(Asomándose á la ventana.)**
Fué un engaño
de tu loco pensamiento:
ó de ave salvaje el canto;
ó quizá de hambriento lobo
el aullido prolongado.

BEATRIZ.

¿No será Jaime?

MANFREDO.

Beatriz,

¿aún dudas? Murió mi hermano
la noche aquella, después
de rechazar tres asaltos.
Los fugitivos lo dicen,
la fama lo ha pregonado;
y lo demuestra su ausencia...

BEATRIZ.

(Al oido.) Y nosotros lo deseamos.
¿Verdad?

MANFREDO.

Basta ya.

BEATRIZ.

Pues oye:
no sé cómo, ni sé cuándo,
pero yo sé que vendrá.
Alguna vez con espanto
le veremos al volver
hacia atrás el rostro cárdeno.
Manfredo! Manfredo! Mira!...
(Volviendo la cabeza y señalando su propia sombra.)

MANFREDO.

Es de tu cuerpo adorado
la sombra, que sobre el muro
esas llamas arrojaron.

BEATRIZ.

¡Y qué negra me parece!

MANFREDO.

¡Y á mí tu cuerpo qué blanco!
¡Malhaya fuego que trueca
en negrura el alabastro!

BEATRIZ.

Pues el fuego de tu amor
hizo conmigo otro tanto.
(Se vuelven á sentar junto al fuego, y quedan silenciosos.)

MANFREDO.

¿En qué piensas?

BEATRIZ.

No lo sé.
¡Son pensamientos tan vagos!
Y tú ¿qué tienes?

MANFREDO.

¿Qué tengo?
Que siempre sabor amargo
hay en todas las palabras
de tus labios y mis labios.
¿Por qué no somos felices? (Con desesperación.)
¿por qué, dí, si nos amamos?

BEATRIZ.

Yo no lo sé. ¡Calla! ¡Escucha!

MANFREDO.

Ahora sí.

(Escuchan los dos con angustia.)

BEATRIZ.

Fué un prolongado
gemido.

MANFREDO.

Tienes razón;
pero es Juana. Está llorando.
Pasa un día y otro día,
sin reposo y sin descanso,
junto á la puerta de bronce
que cierra el fúnebre espacio
en que fué á morir Roger.
Y si sube por acaso,
es que escuchó desde lejos
del puente el desplome rápido.
Entonces viene.

BEATRIZ.

¿Y á qué?

MANFREDO.

(Con misterio.) Á preguntar si ha llegado.

BEATRIZ.

¿Si ha llegado? ¿Quién? Responde. (Con temor.)

MANFREDO.

¿Quién ha de ser? (Con repugnancia.)

BEATRIZ.

¿Él?

MANFREDO.

Mi hermano.

BEATRIZ.

Ve á buscarla. Quiero verla.

MANFREDO.

Será inútil el mandato.

BEATRIZ.

¿Su presencia te da miedo?

MANFREDO.

¿Miedo yo?

BEATRIZ.

Pues ve. Te aguardo.

MANFREDO.

¿Ella no sabrá?....

BEATRIZ.

¡No sé!

MANFREDO.

Prudente es averiguarlo.

(Váse por la izquierda, segundo término.)

ESCENA II.

BEATRIZ.

Cuando se aleja Manfredo
me parece que respiro;
pero si sola me quedo
todo lo que en torno miro,
no sé por qué, me da miedo.

Toda voz es son doliente;
todo sér, mónstruo irritado;
y todo acude á mi mente,
cual fantasma del pasado
ó amenaza del presente.

Mi dorado camarín
en que con Jaime veía,
allá de la tarde al fin,
ponerse al astro del día
tras cortinas de carmín.

Esa ventana ojival
á que ansiosa me asomaba
al escuchar la señal
de que mi dueño tornaba
á su castillo condal.

Y la banda carmesí,
que bordé con embeleso
una y otra noche aquí,
y que al partir le ceñí
mientras él me daba un beso.

Esa armadura, terror (Señalando á un trofeo.)
de los moros de Granada,
que limpié con tanto amor,
porque venía manchada
con sangre de su señor.

Hasta su clarín de guerra,
que imagino que otra vez
(Se oye en efecto el toque de un clarin.)
resuena al pié de la sierra,
anunciando que á su tierra
vuelve el conde de Argelez.

Hasta el noble y viejo hogar
en que al amor de la lumbre
él me solía contar,
bajo la ahumada techumbre,
las consejas del lugar.

Todo como estaba se halla:
todo le espera fiël,
desde la piedra á la malla:
hasta su viejo lebrel
y su corcel de batalla.

Todos constantes le han sido:
todos la fé le han guardado:
ninguno le dió al olvido,
más que su dueño querido,
más que su dueño adorado.

Y todo así en el torreón,
desde el muro á la coraza,
desde el lebrel al bridón,
es una eterna amenaza
y una eterna acusación.

¡Qué más! hasta ese tapiz
(Mirando con horror al fondo.)
el espanto comprendiendo
de esta mujer infeliz,
parece que está diciendo:
«¡aquí está!»

ESCENA III.

BEATRIZ, JAIME seguido de algunos PAJES y ESCUDEROS. Se levanta el tapiz y aparecen Jaime y los que le acompañan.

¡Jaime!

(Retrocede al ver á su esposo.)

JAIME.

(Avanzando.) ¡Beatriz!

(Beatriz da un grito y cae desmayada en tierra. Jaime la levanta y la sostiene entre sus brazos. Los demás se aproximan.)

No temáis... Fué la emoción.
Que venga pronto mi hermano.
Vuelve el calor á su mano
y el latido al corazón.
¡Mi Beatriz!... ¡Mi amor!... ¡Cuán bella!
Manfredo y no más testigos.

(Dirigiéndose al acompañamiento.)

Idos, mis buenos amigos:
dejadme á solas con ella.
Mas preparad el torreón,

(Deteniéndolos con el gesto.)

como os he dicho al entrar,
que me sigue y va á llegar
el monarca de Aragón.

(Sale por el fondo el acompañamiento.)

ESCENA IV.

JAIME, BEATRIZ desmayada.

JAIME.

Único amor de mi vida,
por quien perdí como infame
torre por mí defendida,
abre los ojos y dame
con ellos la bienvenida.

Yo arrojé por tí contento,
en la sangrienta jornada,
honra y existencia al viento,
y ahora quiero una mirada
de amor y agradecimiento.

Más no tardes, vida mía,
que helada estás por acaso
como una escultura fría,
y este fuego en que me abraso
á un mármol animaría.

Si vives, vive, mujer: (Con ansiedad.)
si has muerto, no tardes, no,
en hacérmelo entender,
que tú muerta y vivo yo
¡ya ves que no puede ser!
(Beatriz comienza á volver en sí.)

¡Alma, si del cuerpo inerte
rompiste ya la clausura,
dímelo, que yo iré á verte
y á contemplar tu hermosura
en el seno de la muerte!

Ya el calor vuelve á su mano,
ya de vida una centella...

ESCENA V.

BEATRIZ, JAIME Y MANFREDO.

Beatriz desmayada en los brazos de Jaime, pero volviendo poco á poco en sí. Manfredo por la izquierda, segundo término.

MANFREDO.

Rogué á Juana, pero en vano.
(Aparte reparando en el grupo que forman Jaime y Beatriz
(¡En ajenos brazos ella!...)
¡Miserable!
(Dice esto precipitándose sobre Jaime: este se vuelve y se reconocen.)
¡Jaime! (Retrocediendo

JAIME.

(Con explosión de alegría.) ¡Hermano!
A mi pecho, ó vive Dios
que creeré que te doy miedo.

MANFREDO.

Jaime... Jaime... (Acercándose poco á poco.)

JAIME.

¡Ven, Manfredo!
¡En un abrazo los dos!
(Sin soltar á Beatriz coge con el brazo libre á su hermano.)

MANFREDO.

Basta...

JAIME.

Mira, vuelve en sí.

BEATRIZ.

¿Dónde estoy?
(Mirando, como si no comprendiese, á Jaime y á Manfredo.)
¡Virgen sagrada!...
¡Jaime! y ¡tú!... (Reconociéndolos al fin.)

JAIME.

¡Beatriz amada!

BEATRIZ.

¡Suéltame!...

MANFREDO.

¡También á mí!
(Los dos se arrancan de los brazos de Jaime: los dos retroceden unos pasos y quedan á alguna distancia de él contemplándole con terror. Pausa.)

JAIME.

Singular recibimiento
y recibimiento triste.
No comprendo en qué consiste.
pero extraña angustia siento.
Vuestro aspecto al contemplar
dudo si soy, y esto es llano,
el esposo y el hermano
que torna al fin á su hogar;
ó más bien sombra importuna,
sin contornos y sin vida,
de unas ruinas desprendida
á los rayos de la luna;
sombra de muerte y tristeza,
que viene á llamar medrosa
á la puerta desdeñosa
de su antigua fortaleza.

MANFREDO.

(Reponiéndose algo y acercándose con fingido afán.)
¿Qué dices?... No: por favor...
Confunde nuestra alegría... (Á Beatriz.)

JAIME.

Pues cualquiera pensaría
al veros que era pavor.

MANFREDO.

(Esforzándose de nuevo por fingir.)
¡Qué idea!... Si es, que... se dijo...
por gentes que aquí llegaron,
que los franceses que entraron,
á nadie, á nadie... de fijo...
dejar quisieron con vida.

JAIME.

No quisieron, eso es cierto.

BEATRIZ.

Y entonces te juzgué muerto.
(Dice esto con supremo esfuerzo, por decir algo, y rompe á llorar. Jaime se acerca á ella con interés. Ella le tiende los brazos con afán convulsivo.)
¿Ves mi faz descolorida?

JAIME.

Sí: cual lirio que se trunca.
Esta faz...

BEATRIZ.

Ya no es aquella.

JAIME.

Pero aun así estás muy bella:
quizá más bella que nunca!

BEATRIZ.

Y mis ojos, Jaime, dí:
¿brillan como antes mis ojos?

JAIME.

Sí brillan, pero están rojos.

BEATRIZ.

De tanto llorar por tí.

JAIME.

¿No me engañas? ¿No? Mi bien,
ese llanto triste y puro
¿fué por mí?

BEATRIZ.

Por tí: lo juro.

MANFREDO.

(Con verdad y celosa amargura.)
Por tí: lo juro también.

JAIME.

¡Os creo! (Con arranque de noble confianza. Pausa. Queda de nuevo pensativo.)
¿Pero el horror
que sentísteis y el espanto?...

BEATRIZ.

¡Es que se parecen tanto,
Jaime, el placer y el dolor!

JAIME.

¡Eso para ser feliz
es necesario que sea!
¡Eso es preciso que crea!
(Como queriendo imponerse á sí mismo.)

BEATRIZ.

¿Pero lo crees? (Con ansiedad.)

JAIME.

(Con nuevo arranque de amor y de confianza.)
¡Sí, Beatriz!
Con tanta sangrienta herida
y con tanto delirar,
casi he llegado á olvidar
cómo se vive en la vida;
que del dolor el tormento
en mí se cebó de suerte,
que las sombras de la muerte
aún traigo en el pensamiento.
¡Otra vez á mí los dos!
(Abriéndoles los brazos con expansión y alegría.)

BEATRIZ.

(Se acerca á su esposo. Manfredo también.)
Sí, Jaime.
(Se abrazan otra vez: pero Manfredo se retira al instante aunque con dulzura, y trata de dar otro giro á la conversación.)

MANFREDO.

No nos dijiste
cómo salvarte pudiste.

JAIME.

¿Cómo? Por obra de Dios.
(Coge á Beatriz por una mano y la hace sentar. Él se sienta á su lado. Manfredo en pié. Pausa.)
Rechazar pude el asalto
con mis bravos montañeses
y con cuerpos de franceses
vióse el foso rebosar.
Por el fuego derretido,
vomitaba cada almena,
como mónstruo á boca llena,
plomo hirviente sin cesar.

Siempre las hondas silbando,
y las ballestas crugiendo,
y los de afuera cayendo
al pié siempre del torreón.

Y á la luna, y en mi mano,
por mi sangre ya manchada
y por todos aclamada
la bandera de Aragón.

Pero estaba el enemigo
en la misma fortaleza,
y aunque Dios me es buen testigo
que luché para morir;
ó por débiles sus brazos,
ó mi cuerpo por robusto,
ó el destino por adusto,
no lo pude conseguir.

Sólo sí perdí el sentido:
algo horrible vino luego:
tempestad de sangre y fuego
por encima me pasó.
Trascurrieron muchas horas:
el castillo fué incendiado,
y fué luego abandonado
cual cadáver: *como yo.*

El y yo en abrazo estrecho.
Yo enterrado hasta los hombros,
como si él con sus escombros
consiguiérame abrazar.
Y á mi vez con ansia loca,
aferrado en mi agonía,

á las piedras que podía
con mis brazos alcanzar.

Á otra noche, entre las ruinas,
moribundo y desangrado,
ó ya en ellas sepultado,
ó guardándolas tal vez;
por piedad, que el cielo premie,
con mi helado cuerpo dieron
unos monjes que vinieron
del convento de Argelez.

Mal cerradas mis heridas,
pero el alma otra vez brava,
del rey supe, que se hallaba
detenido en Cervellón.
Llegué: vile, y dije al punto:
«aún me queda alguna sangre:
»si aprovecha cual barrunto,
»tómala, rey de Aragón.»

Y esta es toda mi aventura.
Pero el rey...
(Se oye el ruido del puente levadizo.)

MANFREDO.

¿El Rey te sigue?

JAIME.

Ha querido que le abrigue

una noche por leal
el castillo de mis padres.
Y presumo que ha llegado,
porque el puente han desplomado
de la torre señorial.

(Se levanta, va á la ventana y mira por ella.)

Ya se escuchan los clarines:
y las armas ya rechinan:
y hacia el puente se encaminan:
ven, Beatriz: vamos los dos.
Que don Pedro te contemple,
y que piense bien y note
que más vale que su lote
el que quiso darme Dios.

(Vánse por el fondo Beatriz y Jaime.)

ESCENA VI.

MANFREDO.

Á todos dió este reparto
ó buena parte ó buen lote:
solo al bastardo por befa
su bastardía tocóle.
Al Rey su reino y á más
el de Sicilia, que á botes
supo ganar de su lanza,
en eso estamos conformes;
pero que aun siendo muy buenos,
no han podido ser mejores,

que los que yo hubiera dado
al frente de mis barones,
á tener una corona
y un ejército de nobles.
Á mi hermano, sus castillos,
y su condado, y su nombre,
y por completar su dicha,
de mujer tal los amores,
que por lograrlos he dado
de los inmortales goces
del cielo, toda mi parte,
si es que alguna en tales dones
á un bastardo como yo
se le guarda y reconoce.
Á mí en cambio... nada, nada;
ni coronas, ni blasones,
ni gloria, ni amor siquiera,
que de traidor y de torpe
no lleve sello maldito,
y no manche cuanto toque.
Y por si esto no bastase,
siempre, de día y de noche,
una voz que nunca suena
y que eternamente se oye,
en las largas galerías,
en los huecos de las torres,
en los pliegues de las nubes
y en las frondas de los bosques.
Voz que dice sin cesar:

«Caín, Caín fué más noble.
»Por algo Dios y tu padre
»no quisieron darte nombre.»

ESCENA VII.

MANFREDO, JUANA por la izquierda, segundo término. Viene vetida de luto, y al entrar mira con empeño á Manfredo.

MANFREDO.

Juana, ¿qué buscas aquí?

JUANA.

Lo único que ya me resta:
la venganza.

MANFREDO.

¿Quién la apresta?

JUANA.

Yo.

MANFREDO.

¿Contra quién?

JUANA.

Contra tí.

MANFREDO.

Eres injusta.

JUANA.

¡Villano!
¿No fuiste tú su asesino?

MANFREDO.

Yo, no. Lo fué su destino.

JUANA.

Pero lo fué por tu mano. (Pausa.)
El amor de mi Roger
era cuanto yo tenía:
ni más venturas pedía,
ni más codiciaba ser,
de este tránsito mortal
en el áspero sendero,
que del humilde escudero
la compañera leal.
Dió por ciega la fortuna
á tí y á los tuyos todo:
y á nosotros ¡pobre lodo!
mala fosa y mala cuna.
Para la cuna, el dolor;
para la fosa, una cruz;
y sólo un rayo de luz
de la una á la otra: *el amor*.

Pues ese rayo, remedo
de más altos resplandores,
lo apagaron tus furores,
¡y no se por qué, Manfredo!
¿Tomé parte alguna vez
en tus glorias ó reveses?
¿Te he impedido yo que fueses
conde ó duque de Argelez?
¿Fuí yo de tu bastardía
la causa ni la ocasión?
¿Pues qué ganó tu blasón
con *su muerte* y mi agonía?

MANFREDO.

Deliras y te perdono.

JUANA.

¿Tu perdón? Ya viene tarde;
y con mostrarte cobarde
aún haces mayor mi encono.

MANFREDO.

Vete.

JUANA.

Cuando hable con él.

MANFREDO.

¡Con él! ¿Con quién?

JUANA.

Con tu hermano.

(Al notar un movimiento de Manfredo.)

Sé que vino. Aunque lejano
oí ladrar á su lebrel.
Tendido y triste esperaba
junto al puente levadizo.
Yo en un negro pasadizo
junto á una puerta lloraba.
Pero él tuvo mejor suerte
que mi suerte maldecida:
su dueño tornó con vida,
mi dueño quedó en la muerte.
En fin, ello es que los dos
al mismo tiempo esperamos
y al mismo tiempo lloramos;
y de este modo ante Dios,
en lenguaje bien sencillo,
de un puente los duros gonces
y de una puerta los bronces
probarán que este castillo,
dentro de su barbacana,
no vió bajo su dinteles,
más que dos seres fieles:
un lebrel y una villana.

MANFREDO.

(Acercándose amenazador.)

¿Por qué dices eso?

JUANA.

Tú,
no puedes interrogarme.

MANFREDO.

¿Y tú puedes afrentarme?

JUANA.

Sí puedo.

MANFREDO.

(Cogiéndola de un brazo.)
¡Por Belcebú,
que hablarás!

JUANA.

Al de Argelez.

MANFREDO.

Llevo su sangre.

JUANA.

No entera.
Alguna: y de tal manera,
que esa te sube á la tez.

MANFREDO.

¡Juana! (Amenazando.)
Vete. (Conteniéndose.)

JUANA.

Cuando le hable.

MANFREDO.

Pronto.

JUANA.

Que no.

MANFREDO.

¡Y me provoca!
Eres implacable ó loca.

JUANA.

Lo que tú fuiste implacable.

MANFREDO.

No puedes verle.

JUANA.

Es de ley
que le vea.

MANFREDO.

El soberano
viene con él.

JUANA.

(Con alegría.) ¡Con tu hermano!

MANFREDO.

El Rey. (Asomándose al fondo.)

JUANA.

Pues mejor; al Rey.

ESCENA VIII.

JAIME, BEATRIZ, D. PEDRO TERCERO DE ARAGÓN, MANFREDO, JUANA, BARONES, CAPITANES, ESCUDEROS, PAJES, ETC.; todos llegan por el fondo.

Delante dos pajes que corren el tapiz, y otros dos con luces, que las dejan ó sobre la mesa ó en las basas de los trofeos. Jaime, Beatriz y el Rey, á medida que el diálogo lo indica, avanzan hasta colocarse en primer término, pero á la izquierda; Manfredo y Juana quedan en primer término, pero á la derecha; los barones casi en primer término: en segundo el resto del acompañamiento: guardia de almogávares á la puerta.

JAIME.

Entrad, señor, y tenga mi castillo,
baluarte heróico de pasados tiempos,
la honra de ver sobre sus anchos muros
al vencedor, y al rey, y al caballero.

REY.

Barón aragonés, mi noble conde,
bien defendiste el apretado cerco.
Mucho Aragón te debe.

JAIME.

(Con repugnancia y enojo.) ¡Nada, nada!

REY.

Tu mano: yo también mucho te debo.
(Le da la mano.)
Para tí no quisiste recompensa.

JAIME.

No la quise, señor; no la merezco.

REY.

Mal juez en propia causa es uno mismo.

JAIME.

¿Dónde hallarlo, señor, más justiciero?
(Con amargura.)
El perder un castillo, más merece
que noble galardón, duro escarmiento.

REY.

Al que infame vendió la fortaleza
tu brazo se lo impuso y yo lo apruebo.
Al que cual tú se hundió bajo sus ruinas...

JAIME.

Nególe Dios, por justo ó por severo,
el solo galardón á que aspiraba:
de ellas hacer sepulcro de su cuerpo.

REY.

Venza tu voluntad, pues tú lo quieres;
pero en esta ocasión yo te recuerdo,
que muchas veces me pediste, conde,
lo que yo te negué y hoy te concedo.
(Movimiento de Jaime.)
Ennoblecer á un hombre, que tu sangre
lleva en sus venas y quizá tu aliento.
(Movimiento de Manfredo.)

JAIME.

¡Señor, señor!... (Con extraordinaria alegría.)

REY.

¿En dónde está tu hermano?
Quiero hacerle tu igual.

(Manfredo retrocede instintivamente á segundo término, y se hunde por decirlo así en sí mismo. El actor interpretará con su talento las sensaciones que debe experimentar al ver que por méritos del hermano á quien deshonra y por ruegos suyos, puede realizar todos sus sueños de ambición.)

MANFREDO.

(Aparte.) (¡Gran Dios!)

JAIME.

(Se dirige gozoso á Manfredo, le trae de la mano y se lo presenta al Rey. Manfredo dobla la rodilla y aún más la cabeza.)

(Al ir á traerle.) Manfredo...

REY.

Conde del Ampurdán, que un mismo padre
su sangre os repartió prueben tus hechos.
(Le hace levantar.)
¿También rechazas la merced que le hago?
(Á Jaime.)

JAIME.

Esta no la rechazo, no: la acepto.
Y aunque él la pagará, que mucho puede,
somos dos los deudores, Rey don Pedro.

MANFREDO.

Para que haya deudor, es necesario
que haya otra cosa más: deuda primero.

REY.

La deuda existe, pues la acepta el Conde.
(Con extrañeza y acento de severidad.)

MANFREDO.

(Con energía.)
Si él acepta, señor, yo no la acepto.

JAIME.

¿Qué dices?

MANFREDO.

La verdad. Y esto no amengua
ni mi lealtad, señor, ni mi respeto.

Mas por mérito ajeno concedida,
la merced es afrenta antes que premio.
(Con fiereza.)

REY.

(Con enojo y desdén.)
Las mercedes que otorga tu monarca
jamás afrenta son, ni aun recayendo
en un sér... como tú.

MANFREDO.

Porque no corran
peligro semejante, no las quiero.

REY.

¿Y si lo mando yo?

MANFREDO.

De llevar nombre
ó no llevarlo ¡oh Rey! yo soy el dueño:
ni mi hermano, ni vos. Soy lo que he sido.
Pues bastardo nací, bastardo quedo.

REY.

¿Tú desprecias?... (Avanzando amenazador.)

JAIME.

¡Señor!... (Interponiéndose.)

BEATRIZ.

Señor. (Lo mismo.)

REY.

(Conteniéndose.) Ya basta.
En Aragón del noble y del plebeyo
la libertad es ley, según afirma
de la *Unión general el privilegio.*
¿Quieres bastardo ser? Como te plazca;
mas retírate atrás, y al par quedemos
los que somos iguales: reyes unos,
barones otros y ambos caballeros.
(Aparte, pensativo y sombrío.)
(Como un bastardo, todos: mala yerba.
Así fué Fernán-Sánchez, bien me acuerdo.)

JAIME.

Su fiereza excusad: es noble arranque...

REY.

Basta, Argelez.

JAIME.

Señor...

REY.

Aquí acabemos.

JAIME.

Enojado quedáis.

REY.

No ciertamente:
y la noche pasar en prueba de ello
quiero contigo y con tu noble esposa
en íntima velada y junto al fuego.
No ved al Rey en mí. El huesped sólo
es el que os pide lumbre, albergue y lecho

(Se sienta el Rey en uno de los sillones blasonados al lado de gar: á su derecha Beatriz, á su izquierda Jaime. Manfredo, sie en pié, en el segundo término. Juana muy cerca de él.)
(Con tono bondadoso y familiar.)

¿Á este castillo feudal
no trajo jamás el viento
el enamorado acento
de la musa provenzal?
¿Ningún trovador llegó
bien amado ó mal ferido?

JAIME.

(Con interés.) Uno solo y ese ha sido
mi hermano.

REY.

(Con disgusto.) Tu hermano no.
(Á Beatriz.)
Aunque soy hombre de guerra
me agrada la poesía.
La Condesa no tendría,
de esta torre ó de esta tierra,
guardada allá en su memoria

que yo sé que es peregrina,
alguna fabla divina,
ó alguna sabrosa historia?

BEATRIZ.

(Con tono glacial á pesar suyo. Es mujer y no olvida que acaba el Rey de afrentar á Manfredo.)

No puedo al Rey mi señor
ofrecer lo que desea.
Nada recuerdo que sea
digno de tan alto honor.

REY.

(Cortés y respetuoso, pero contrariado y sin poder dominarse por completo.)

Perdonad: ¿cómo ha de ser?
Seguiré la vuelta dando
á la estancia, mendigando
un poco de gay-saber.
Á tí no te he de pedir
(Fijando la vista en Jaime y hablándole afectuosamente.)
lo que no me puedes dar.
Tú sólo sabes luchar.

JAIME.

Y mal, pues no sé morir.

REY.

(Volviéndose á los de segunda fila.)

¿Y entre esa gente tampoco

habrá ninguno que quiera,
de trovador á manera,
ó de bufón ó de loco,
inflamar su fantasía,
aguzar su entendimiento,
y de este modo contento
procurarnos y alegría?
Que estén solas no es razón
en tal empresa esas ramas,
(Señalando á la hoguera.)
que todas se vuelven llamas
para dar luz al salón.
(El Rey pasa la vista por varios grupos que le rodean. Silencio; pausa. Á cada momento se muestra más y más contrariado y juega maquinalmente con el puño de su espada.)
Nada: silencio otra vez.
Por ninguna parte medro.
Mal tratan al Rey don Pedro
en la torre de Argelez.
Menos me costó en rigor
la conquista de Sicilia,
que encontrar en tu familia
bueno ó malo un trovador.

JUANA.

(Adelantándose.)
Si una leyenda deseáis,
Rey de Aragón, y tras ella
de un crimen la roja huella,
dísteis con lo que buscáis.

JAIME.

¡Juana! (Con sorpresa.)

BEATRIZ.

¡Juana! (Con terror.)

REY.

Esa mujer,
que se presenta enlutada,
trayendo á nuestra velada
dolor en vez de placer,
¿quién es?

JUANA.

Quien viene á pedir
venganza, rey justiciero.

BEATRIZ.

(Con cierto apresuramiento.)
La esposa de un escudero.

JUANA.

Su viuda querréis decir.

JAIME.

¿Murió Roger?
(Con verdadero sentimiento y con sorpresa.)

JUANA.

Sí murió.

REY.

(Á Jaime.) Roger se llamaba, un bravo
que tú me enviaste, y que al cabo
de San Feliú mandé yo.
Cierto mensaje le dí
que contestación pedía.
¿La traía?

JUANA.

La traía
cuando murió.

REY.

¿Dónde?

JUANA.

Aquí.

REY.

Expón tu agravio.

JUANA.

Al final
del cuento ó de la conseja.

REY.

¿Una conseja?...

JUANA.

Tan vieja
como esta torre feudal.

REY.

¿Y tú la sabes?

JUANA.

Tal vez.
Mas contarla corresponde
en justicia...

REY.

¿Á quién?

JUANA.

Al Conde.

REY.

(Volviéndose á Jaime.)
Pues comience el de Argelez.

JAIME.

(Á Juana.) ¿Una leyenda?

JUANA.

Sí.

JAIME.

¿Cuál?

JUANA.

La de la puerta de bronce,
que al girar sobre su gonce
se cierra de modo tal,
que ninguno á no ser vos,
ó aquel que el condado herede
y el secreto, abrirla puede.

REY.

¿Y ahora?...

JAIME.

Sí.

REY.

Gracias á Dios.

(Pausa. Movimiento general para prepararse á oir la leyenda.)

JAIME.

En otros siglos de ambiciones locas
fundaron esta torre mis abuelos:
diéronle base las gigantes rocas,
y á sus almenas pabellón los cielos.

El moro fronterizo, el tiempo duro,
despoblado el breñal, el torreón fuerte,
sólo su ancho recinto era seguro
albergue en vida y sepultura en muerte.

Y así en la base de la torre erguida,
bajo el cimiento y en la roca brava,
cual negra cripta ó fúnebre guarida
labróse extensa y anchurosa cava.

Allí fueron, señor, de mis mayores
á dormir en sepulcros esparcidos
por fosas, nichos y anchos corredores
los despojos del alma desprendidos.

Y en ese, del descanso eterno, centro,
que grandezas humanas avasalla,
descansaré también, si antes no encuentro
sepultura en el campo de batalla.

REY.

¿Y la leyenda?

JAIME.

Señor,
antigua crónica cuenta,
que halló muerte en lid sangrienta
contra el árabe Almanzor,
cierto conde de Argelez;
que su cadáver trajeron
al castillo, y que le hicieron
exequias de su alta prez,
y de su nombre y caudal,
dignas por toda manera,
que según pensaban, era

caballero sin rival.
Tendido en su sepultura,
entre las manos su espada,
la lápida levantada,
por mortaja la armadura,
le dejan: salen: en pos
la puerta de encina y hierro
gira, y en aquel encierro
se quedan el muerto y Dios.
Pero no: también quedaron,
cual severos juzgadores,
las sombras de sus mayores,
las de aquellos que bajaron
antes que él á la región
de la eterna oscuridad,
donde se ve la verdad
sin la llama de un hachón,
donde el engaño no medra
ni el criminal nos fascina,
donde el cuerpo se reclina
y duerme en lechos de piedra.
Y la leyenda al llegar
á este punto, diz que luego
que todo quedó en sosiego,
comenzaron á brotar
fantasmas en larga hilera,
que el sepulcro circundaron,
y que del muerto miraron
por tan extraña manera,

y con mirada tan dura,
si mira huecos sin ojos,
los terrenales despojos,
al través de la armadura,
que ante el negro tribunal
aquella carne sin vida
agitóse estremecida
en su cárcel de metal.
¿Recordó algún olvidado
secreto antiguo y profundo?
¿algo que ignoraba el mundo,
crimen, deshonra ó pecado?
Ello es que poco después
rompió la puerta de encina,
y huyó á la torre vecina
un cadáver con arnés.
Y ya desde aquella noche
no hubo paz en el castillo;
porque al extinguirse el brillo
del sol y su rojo broche
traspasar el monte oscuro,
mostrábase el alma en pena,
ya apoyada en una almena
ya vagando por el muro:
sombra con fieros rigores
por otras sombras tratada,
y por ellas arrojada
del panteón de sus mayores:
mísero despojo inerte

de un sér noble y poderoso,
á quien nunca dió la suerte
ni una noche de reposo
en el seno de la muerte.

JUANA.

(Aparte.) (Todos bajan la frente:
¿por qué todos,
tiemblan y palidecen, y se callan?)
(En voz alta al Rey.)
¿No queréis conocer de la leyenda
la conclusión?

REY.

Sí á fé.

JUANA.

Pues bien...

REY.

Acaba.

JUANA.

La puerta del panteón, que era de encina
por otra se cambió fuerte y pesada:
toda de bronce la segunda, y dicen,
que desde Roma una reliquia santa
trajeron, y por ella, y entre rezos,
la metálica puerta fué tocada.
Con esto y con abrirse por oculta

combinación de misteriosa máquina,
que sólo el Conde sabe, se ha librado
este viejo castillo de fantasmas.
Hasta aquí la leyenda, y ahora el crimen.

REY.

Y también la justicia.

JUANA.

Á reclamarla,
Rey de Aragón, á tu poder acudo.

REY.

Á nadie la negué.

JUANA.

Lo sé.

REY.

Pues habla.

JUANA.

Pues en ese panteón, que hace algún tiempo
del castillo á las gentes franco se halla,
porque en él una imagen milagrosa
se venera en capilla subterránea,
un hombre á mi Roger penetrar hizo,
no sé por qué razón ni por qué causa,
si por engaño fué, que sí sería...

MANFREDO.

(Adelantándose.)
Mintió quien dijo tal, que fué á estocadas.
(Movimiento de sorpresa en todos.)

REY.

(Á Juana.)
Más tarde lo sabremos: tú prosigue.

JUANA.

El hombre de quien hablo á mi monarca,
dentro la presa ya, la hoja de bronce
con estruendo y furor cierra y encaja...

REY.

¿Y tiempo no será?...
(Levantándose: todos se levantan.)

JUANA.

Ya sólo es tiempo
para el castigo ¡oh Rey! ó la venganza.

REY.

El asesino, dí. Pronto su nombre.

JUANA.

El bastardo.

MANFREDO.

Yo fuí.

REY.

Lo adivinaba.

JAIME.

(Acercándose á él como para protegerle.)
¡Manfredo!

JUANA.

¿Vaciláis porque es su hermano?
La justicia es mentira.

REY.

No, insensata.
De mi ley la cuchilla segar supo
cabeza tan indómita y tan alta,
que el nivel alcanzó no pocas veces
de don Jaime, su padre y su monarca.
Nivel halló después por mi mandato
del turbio Cinca en las revueltas aguas.
Si con mi propio hermano hice justicia
con *ese* ¿qué no haré?

BEATRIZ.

(Aparte.) ¡Dios Santo!

JUANA.

Gracias.

JAIME.

(Avanzando respetuoso pero decidido ante el Rey.)
Es mi sangre, señor.

REY.

No por entero,
tan sólo la mitad.

JAIME.

Pues esa basta
para que yo le quiera y le defienda
con todo el corazón y toda el alma.

REY.

Justicia en él haré si la merece.

JAIME.

Que la merezca ó no de mí se ampara.

MANFREDO.

No, Jaime: mi delito reconozco.
La sentencia, señor.

REY.

Será mañana.

JAIME.

¡No será!... perdonad... mientras yo viva.
Es mi vasallo.

REY.

:ncio.) Y yo soy tu monarca.
:e sale á cumplimentar la orden.)
:r, coloca centinelas
ı en la puerta. Con el alba
ne que asuntos hay que importan.
ıble conde, de mi cámara
ne muestra, que fué ruda
nso alguno la jornada.

JAIME.

liendo al Rey hacia la puerta derecha.)
ır, que vuestro es mi castillo.
:n luces y se disponen á marchar delante del Rey, sus capitanes á acompañarle. El Rey se dirige ha- ıresada, pero lentamente después de saludar á los Beatriz se acerca á su esposo: Juana se coloca al . Manfredo en el centro.)

MANFREDO.

te el Rey al pasar éste.)
ero.

BEATRIZ.

nos pasos.) ¡Compasión!

JUANA.

¡Venganza!

REY.

el umbral de la puerta.)

n la luz de la aurora querrá el cielo
r luz también al que de allí la aguarda.

len en el orden siguiente por la puerta de la derecha. Los dos es con las luces: el Rey: dos capitanes. Quedan al lado de la rta Jaime y Beatriz. Algo separada, Juana. En el centro, Manlo. Salen por el fondo las demás personas.)

ESCENA IX.

BEATRIZ, JUANA, JAIME, MANFREDO.

triz y Jaime vienen al centro á buscar á Manfredo. Juana en pié al lado de la puerta por donde salió el Rey.

BEATRIZ.

Manfredo.) Huye.

MANFREDO.

Jamás.

JAIME.

No temas. Con mi vida
la tuya respondo. Con mi espada
ajaré si necesario fuere
mismo Rey, si ciego se empeñara
contra-fuero y contra-ley en darse
r juez de mis vasallos en mi casa.
mi hermano le escuda mi cariño!

MANFREDO.

Abandóname, Jaime.

JAIME.

No. Te aguarda,
monarca de Aragón, quien no te cede
ni por el corazón ni por el alma.

(Volviéndose hacia la puerta por donde salió D. Pedro.)

JUANA.

(En voz alta como desafiando á Jaime.)

Duerme, Rey de Aragón, junto á tu puerta
en vela está la viuda y la villana.

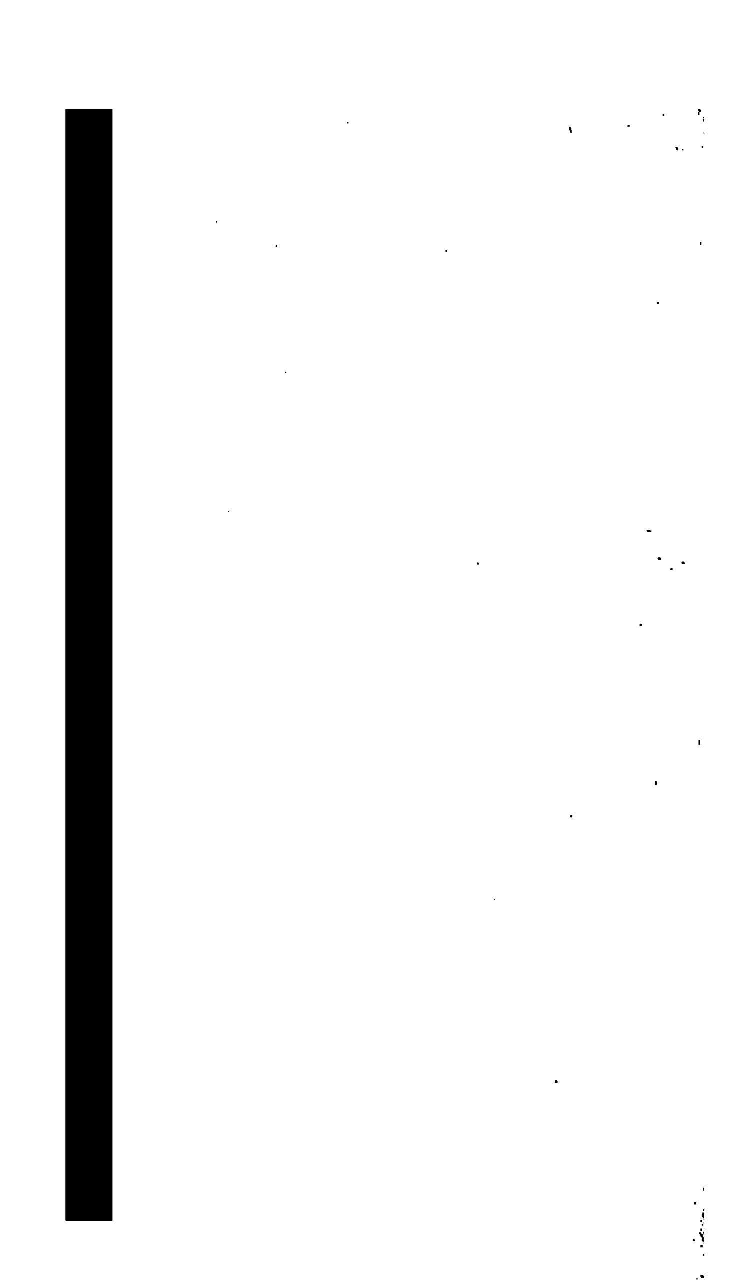
JAIME.

(Como en contestación.)

El Conde de Argelez vela tu sueño:
duerme, Rey de Aragón, duerme hasta el alba.

(Queda Juana en pié al lado de la puerta: Jaime en el centro mirando hacia aquella parte: Beatriz y Manfredo á su izquierda.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

La escena representa el panteón subterráneo del castillo de Argelez. En esta decoración cabe cuanto la imaginación quiera; y sin embargo, para las necesidades del drama, todo ello puede reducirse á muy poco. Lo puramente preciso es lo siguiente: puerta en el fondo; estando abierta se ve bajar de frente, ó algo inclinada, una ancha escalera entre dos muros macizos, la cual termina por abajo en un corredor transversal; es decir, que entre la puerta y el principio de la expresada escalera hay un espacio de nivel que representa el ancho del pasadizo. Después de la puerta, por la parte interior de la cripta, puede haber dos escalones, aunque no son precisos. El panteón muy sombrío: á uno y otro lado se ven los acometimientos de varias galerías transversales. En rigor basta con uno de cada lado. En primer término, casi de frente, á la izquierda del actor, un sepulcro, que se supondrá que es el del padre de Jaime. Este sepulcro no debe ser muy alto: sobre él una escultura yacente, á ser posible con armadura de bronce y cara de mármol. Al pié del sepulcro un escalón alto que pueda servir de banco. Á un lado, la boca muy baja de un pozo. La decoración, sobre todo, muy severa: detalle que no pueda presentarse dignamente debe suprimirse.

ESCENA PRIMERA.

CABRERA, ZURITA, que son dos soldados de la guardia del Rey, armados de picas. Un hachón encendido, clavado en un hueco lateral del sepulcro: ésta ha de ser la única luz.

ZURITA.

De estas cosas, tú, ¿qué piensas?

CABRERA.

Yo pienso poco, Zurita.

En estas cosas y en todas
obedezco sin malicia
ni repugnancia á quien manda,
si manda en ley. Mi consigna
cumplo como buen soldado;
y que entre por Algeciras
el moro, ó que entre el francés
por el Coll de las panizas,
á mí poco se me importa.
Yo no dejo que alma viva
entre, ni dejo que salga
de esos huecos ni una hormiga,
sin aplastarla en las losas
con el cuento de mi pica.
Y lo demás que lo arregle
el Rey como es de justicia.
Pero aunque nada me importa
de eso que tú dices, mira
que lo que es hoy no cambiara
mi pobreza y villanía
por toda la sangre noble
del bastardo.

ZURITA.

¡Mala víbora
le muerda, que no ha de darle
más veneno del que cría
el de Provenza en sus venas
y por sus ojos destila!

CABRERA.

Dicen que el pobre escudero
era mozo de valía.

ZURITA.

Dicen que por celos fué.

CABRERA.

¿Una mujer en la intriga?
Si era preciso.

ZURITA.

Manfredo
há tiempo que perseguía
á Juana, pero ella, honrada
le rechazó.

CABRERA.

Si esa gente
que en la Provenza se anida,
fué siempre mala y aviesa
y tocada de herejía.
Si esos trovadores traen
con sus cántigas malditas
la corrupción á esta tierra
y el vicio á nuestras familias.
Si eso lo tengo yo dicho.
Pero escucha, yo creía,

porque anoche lo dijeron,
que la causa era distinta;
que en ella nada hay de amor,
sino infame alevosía.

ZURITA.

Pues tú ¿qué sabes, Cabrera?

CABRERA.

Lo que la gente allí arriba
murmuraba: que el bastardo
es un traidor.

ZURITA.

Lo sería
de fijo.

CABRERA.

Que al rey de Francia
vendido está de por vida.
Que él fué quien abrió el torreón
aquella noche maldita.
Y que como el escudero
un mensaje de Castilla
para el rey don Pedro trajo
de importancia decisiva,
quiso impedirle... ¿comprendes?
que lo llevase. ¿Se explica
la cosa de esta manera?

ZURITA.

Ya lo creo: á maravilla.
Traidor; preciso. Pero esto
á lo que dije no quita.

CABRERA.

Habrán sido las dos cosas.

ZURITA.

Y si otras cien adivina
de escuderos, y de pajes,
y de dueñas, la malicia,
siendo en contra del bastardo
ciertas son.

CABRERA.

Esa es la mía.

ZURITA.

Pero yo digo algo más.
Á ser yo el rey ¿qué imaginas
que hiciese?

CABRERA.

Pues no lo sé.

ZURITA.

En el tormento pondría

dos personas: y á las cuñas,
y á las cuerdas, y de prisa.

CABRERA.

¿Dos personas?

ZURITA.

El bastardo.

CABRERA.

Ese bien.

ZURITA.

¿Y no adivinas
la otra quién es?

CABRERA.

No por Dios.

ZURITA.

La Condesa.

CABRERA.

¡Ave María!

ZURITA.

Más culpable es que Manfredo;
porque, díme, alma sencilla,
¿no le bastaba mandar
que, con una buena viga

por ariete y diez jayanes
en el golpe, hiciesen trizas
la puerta, para salvar
de ese pobre hombre la vida?
Pues ¿por qué no lo hizo?

CABRERA.

Dicen,
que la puerta está bendita.

ZURITA.

Más bendito es un cristiano,
que el bronce de alguna mina,
que del diablo fué antesala
y camino á sus guaridas.
Te digo que la Condesa
del castigo no se libra
de don Pedro, que es gran Rey
y duro cual su loriga.

CABRERA.

En eso no piensas mal.
¡Y esta mañana tenía
una cara! Levantóse
con las luces matutinas;
bajó con el de Argelez;
mandóle abrir esta cripta;
puso dobles centinelas;
subieron, oyeron misa

él, la Condesa y el Conde,
y el bastardo, en la capilla
principal... En fin, los cuatro
prepaaráronse en la guisa
de gente que va á juzgar
y busca la luz divina,
ó de gente que al morir
de sus pecados se limpia.

ZURITA.

Ello es que algo se prepara.
¿En cuál de esas galerías
estará?

(Separándose de su puesto y mirando á uno de los lados con curiosidad.)

CABRERA.

¡Guay del curioso!
Á tu puesto: es la consigna.

ZURITA.

Yo en su caso, por dar fin
de una vez á mi agonía,
de cabeza voy derecho
al pozo y luego á la sima.

CABRERA.

¡Gran pecado!

ZURITA.

Pero el último.

CABRERA.

Á tu puesto, que ya brillan
de la escalera en el fondo
luces que en la sombra oscilan.

ZURITA.

El Rey... que venga y que juzgue.

VOZ.

(Dentro.) El Rey.

CABRERA.

El Rey se aproxima.

ESCENA II.

JAIME, JUANA, el REY; delante dos pajes con hachones. CABRERA y ZURITA, siempre de centinela.

REY.

Sin alardes vengativos,
por hechos claros y ciertos,
en esta mansión de muertos
voy á juzgar á los vivos.
Ese banco por sitial,

esa tumba por testero,
y nunca un rey justiciero
halló mejor tribunal.
¿Dónde presumes, mujer,
(Volviéndose á Juana.)
que el cadáver de tu esposo
cayó, buscando reposo?

JUANA.

¿Decís?... ¿que dónde, Roger?...
¿Dónde?... ¡Me vence el dolor!... (Vacilando.)

JAIME.

Apóyate, Juana, en mí. (Queriendo sostenerla.)

JUANA.

No: dejadme. (Rechazándole.)

REY.

(Sosteniéndola.) Ven aquí.

JUANA.

(Con respeto y asombro.)
¡Vos me sostenéis, señor!

REY.

Quedaron mis pompas reales
en mi cámara desierta:

del lado acá de esa puerta
ya todos somos iguales.
Como en región montaraz
la tierra desmoronada
busca en la roca quebrada
algo á que asirse tenaz,
sobre mí, tu cuerpo inerte,
sólo es, si lo miras bien,
tierra que busca sostén
en otra *tierra* más fuerte.
(Pausa. Juana recobra su fuerza.)
Mi pregunta es bien sencilla.
Responde si has comprendido.

JUANA.

Sí, señor. Habrá caido
allá... junto á la capilla.
En sus últimos instantes
la lámpara del sagrado
hacia sí le habrá llamado
con destellos vacilantes.

REY.

(Á los centinelas.)
Donde dice, buscad bien,
y avisadme si le halláis.
(Cabrera y Zurita, precedidos de los pajes, hacen un movimiento para salir.)

JUANA.

Un momento: no vayáis
sin mí, que quiero ir también.

REY.

Mas vencer y resistir
¿podrás al verlo el dolor?

JUANA.

Cuando al perderlo, señor,
no me hizo el dolor morir,
no ha de matarme de cierto,
en mi empresa de buscarlo,
la ventura de encontrarlo
ni aun encontrándolo muerto.

(Salen por una de las galerías de la izquierda Juana, Zurita, y Cabrera, precedidos de los pajes.)

ESCENA III.

JAIME, el REY.

JAIME.

Pensáis á todo pensar
para mi hermano un castigo,
y pensando estoy conmigo
cómo poderlo salvar.

REY.

¿Tan grande afecto le tienes?

JAIME.

Es mi hermano, y en rigor
jamás alcanzó, señor,
ni más gloria, ni más bienes
que mi fraternal ternura;
y si á esa piedra tornáis
(Señalando al sepulcro de su padre.)
la mirada, y si escucháis
algo, que sé que murmura,
aunque escuchéis con desdén,
mal que os pese y mal que os cuadre,
oiréis la voz de mi padre,
que me dice que hago bien.

REY.

Sobre cariños humanos,
y sobre humanas pasiones,
que al llegar á estas regiones
se deshacen en las manos,
hay, Argelez, algo eterno,
algo que no es de este mundo:
un cielo allá en lo profundo...

JAIME.

Sí ya lo sé: y *un infierno!*
(Con cierto enojo y como si completase el pensamiento del Rey.)

Y bien, será ceguedad,
ó pecado, ó maleficio,
mas si deseáis á tal juicio
someter mi voluntad;
si queréis, Rey de Aragón,
que esa justicia severa,
que en vos implacable impera,
impere en mi corazón,
arrancadme de raíz,
porque yo, señor, no puedo,
el cariño de Manfredo,
y el amor de mi Beatriz.

REY.

(Después de contemplarle algunos momentos.)
¡Por Dios que estás apegado
á las cosas de la vida!
No importa, tu rey no olvida
que eres un noble soldado.
Quedamos, pues, en que haré
cuanto pueda por el mozo,
que yo ni medro ni gozo
con dar tortura á tu fé.

JAIME.

¡Ah! mi señor...

REY.

En conciencia

no me debes gratitud,
que mi virtud no es virtud.
¡Ay de aquel que en la existencia,
renunciando á mejor palma,
y por capricho bizarro,
en un ídolo de barro
pone por entero el alma!
Que si contra el mármol frío
(Señalando al sepulcro.)
choca y se deshace al fin,
al trocarse en polvo ruín
queda el alma en el vacío.
Pero escucha...

JUANA.

(Desde fuera.) ¡Mi Roger!

JAIME.

Es Juana.

REY.

Su llanto, sí.

JUANA.

¡Rey de Aragón, por aquí!
(Como antes, pero más cerca.)

JAIME.

Ya viene.

REY.

Pobre mujer.

ESCENA IV.

JAIME, REY, JUANA, por una de las galerías de la izquierda.

JUANA.

(Vacilante, pálida, terrible: en suma, como la actriz crea que debe de presentarse después de haber abrazado el cadáver de su esposo, y al venir á reclamar venganza del Rey.)

Me prometísteis justicia,
¿no es verdad? Pues ha llegado
el momento. Está encontrado.
(Señalando hacia dentro.)
¿No decís que nada vicia
ni destruye en Aragón
la rectitud de la ley?
Pues á demostrarlo, Rey,
que allá espera la ocasión.
Sobre las losas mi esposo,
muy cerca de la capilla;
y la lámpara que brilla
de ordinario en el piadoso
recinto de la sagrada
Virgen, que en él se venera,
en el suelo, por de fuera,
á su lado y apagada.
Un pergamino ó papel
estruja su mano fría:
el mensaje que traía
debe estar, señor, en él;

en la otro mano un punzón
ó de madera una astilla:
lo que sea rojo brilla
al resplandor del hachón.
Lo mojó en sangre sin duda,
que encerráronlo ya herido:
el pecho tiene partido,
y su espada está desnuda.
Venid conmigo de priesa:
venid y vos lo veréis;
venid, si es que mantenéis
vuestra justicia y promesa.
Y pronto, que están, señor,
este suelo profanado,
aquel cadáver helado
y aun impune el matador.

REY.

Ya te sigo.
(El Rey y Juana se dirigen á la galería por donde ésta vino. Jaime les acompaña.)

JUANA.

¿El de Argelez (Deteniéndose.)
viene con nosotros?

JAIME.

Sí.

JUANA.

Pienso que bastan allí
las dos víctimas y el juez.
(Con reconcentrado encono.)
Su presencia no apetezco.

JAIME.

(Señalando al Rey.)
¿Torcer pretendes su fallo?

REY.

Basta, Conde. (Con severidad.)

JAIME.

Basta y callo.

REY.

Espéranos.

JAIME.

Obedezco. (Salen el Rey y Juana.)

ESCENA V.

JAIME.

¿Qué tiene esa losa fría,
techumbre de un mundo helado,
que ilumina lo pasado

con la luz de un nuevo día?
¿Por qué en su región sombría,
por qué en su cóncavo inerte,
todo se ve de otra suerte,
todo pasa de otro modo?
¿Por qué se transforma todo
en el seno de la muerte?
¿Sepulcro de mis mayores,
que me tienen reservado
en ese cóncavo helado
de la muerte los rigores?
¿Qué suplicios, qué dolores,
qué engendros de su furor?
¿Ni cómo hasta mí, Señor,
sus asaltos llegarán,
si entrar no puede Satán
en el cielo de mi amor?

ESCENA VI.

JAIME, BEATRIZ, MANFREDO, los dos últimos por el fondo, ya por la escalera, ya por el corredor en que la escalera termina.

JAIME.

Cuando la negra barrera,
que separa vida y muerte,
traspase, cayendo inerte
hacia dentro desde fuera,
¿bajo qué forma primera

la verdad vendrá hacia mí?
¿Sepulcro, qué veré en tí,
que no lo sé y tengo miedo?

BEATRIZ.

¡Mi Jaime!...

JAIME.

¡Beatriz! ¡Manfredo! (Volviéndose.) ¡Vosotros!...

BEATRIZ.

Nosotros, sí. (Pausa.)

(Beatriz con angustia profunda, como si aún viese lo que pinta y como buscando instintivamente amparo en Jaime.)

BEATRIZ.

Las horas pasaban rápidas
y mi impaciencia era grande.
Algo sucede, decía,
cuando no regresa Jaime.
Por la ventana miré,
y en el patio hay un enjambre
de escuderos y soldados
y de fieros almogávares.
Todos hablan de Roger,
y á veces miran audaces
á mi ventana. De fijo
murmuran cosas infames.

Me dió espanto y fuíme adentro
cerrando bien los cristales,
cuyos colores tomaban
tinte cárdeno al mirarme.
El solitario salón
más solitario mostrábase
que nunca, y aunque llamé,
fué en vano: no acudió nadie.
Sólo por la galería,
de cuando en cuando, algún paje,
como si huyese, cruzaba
muy de prisa y sin mirarme;
ó algún soldado del Rey,
su oscuro y feroz semblante
mostraba un punto á la puerta
entre curioso y cobarde;
ó algún pájaro nocturno
que el alba sorprendió errante,
chocaba ya atolondrado
del balcón en los cristales,
pintando un monstruo con alas
su sombra en los arquitraves.
Tuve miedo. (Abrazándose á Jaime.)

JAIME.

¡Mi Beatriz!

BEATRIZ.

Perdí el juicio, y á llamarte

me puse á gritos.

MANFREDO.

Entonces
yo acudí, y á todo trance
quiso bajar al panteón;
con lo cual, para librarle
de impaciencias sin motivo,
y de temores sin base,
á ser su guía prestéme
y aunque á mi pesar la traje.

BEATRIZ.

(Aparte.) (Parece que es su destino
á estas regiones guiarme.
¡Bien venida! si hallan fin
en sus sombras mis pesares.)
¡Qué negro todo! (En voz alta.)

JAIME.

Fué negro
antes de que tú bajases;
pero al verte sus tinieblas
se convierten en celajes.
Vuelva el carmín á tu rostro
con tinta cálida y suave,
y al menos por una vez
aquestos helados mármoles
comprendan lo que es la vida

al ver tu hermoso semblante,
y por sus cuerpos de piedra
¡circule calor de sangre!

MANFREDO.

(Á Beatriz que está en los brazos de Jaime.)

Tú eres la vida, bien dice,
y por ser tuya es de Jaime:
con que mal estáis los dos
entre losas sepulcrales.
Idos arriba: á la luz.
Á mí entre sombras dejadme,
que yo soy de estas regiones,
y aquí estoy con mis iguales,
como ese Rey de Aragón
dijo anoche al afrentarme.

JAIME.

¡Manfredo!...

MANFREDO.

(Asomándose á una de las galerías trasversales de la izquierda.)

Mira, allí viene,
y á su lado á Juana trae,
y les preceden á entrambos
con hachas dos almogávares.
La justicia y la venganza
juntas por la misma calle

de sepulcros; buen camino
tomaron para buscarme.
Que vengan, que yo seré
maldito, mas no cobarde:
que vengan, que aunque bastarda
es de Argelez esta sangre,
y quizá desde su lecho
de muerte me ve mi padre.

ESCENA VII.

BEATRIZ, JAIME, MANFREDO, el REY, JUANA, CABRERA, ZURITA y un paje.

Cabrera y Zurita vienen delante: los dos pajes con hachas; después el Rey; después Juana: todos por la izquierda. El Rey trae un pergamino en la mano.

REY.

(Á Manfredo.)

Por tu impulso viniste: no me pesa.
Mi enojo no te espanta: que me place.
El hombre que no afronta su destino
de cara y sin temblar, es un cobarde.
Puedes estar tranquilo por tu víctima:
del suelo del panteón sepulcro y cárcel
hicieron esos dos, dando piadosos
(Señalando á los almogávares.)
cristiano fin á lo que tú empezaste.
Al lado de su fosa, ya colmada,
otra mandé cavar profunda y grande,

por si hay quien quiera al acabar sus días,
junto al fiel escudero reclinarse.
Él cumplió como bueno, que afanoso
guardó en su helada mano este mensaje:
(Á Juana.)
buen marido te dió tu buena estrella:
mala muerte le dió mano implacable.

JAIME.

Señor...

REY.

Espera. Á tu castillo sube,
ordena que mi gente se prepare,
y la tuya dispón, que antes que el día
del cielo hasta la cumbre se levante,
voy á partir, y partirás conmigo,
á librar de un segundo Roncesvalles
al Rey de Francia, que humillado vuelve
en procesión luctuosa á sus hogares.
Demandóme perdón; yo generoso
le permití volver sin inquietarle,
pero vamos á ver desde las cumbres
quien entra en esta tierra como sale.

JAIME.

Obedezco.

REY.

Salid.

(Á los almogávares y á los pajes. Se dirigen al fondo Jaime, los almogávares y los pajes; éstos delante.)

Tú, Juana, vete.

JUANA.

' el castigo, señor? (En voz baja.)

REY.

mismo.) Aquí con sangre
Roger lo escribió.

JUANA.

¿Y ha de cumplirse?

REY.

ando venció mi brazo en el combate,
siempre perdoné: decirlo puede
e soberbio rey que á Francia váse.
as nunca en mí, clemencia hallar pudieron
la traición las alevosas artes;
e lo diga también, y era mi hermano,
sde el fondo del Cinca, Fernán-Sánchez.

JUANA.

anquila os dejo.

REY.

En mi palabra fía.
á castigar su muerte, tú á llorarle.

le Juana mirando á Manfredo y á Beatriz, que instintivamente
ín juntos.)

Vosotros no. Que de este pergamino
(Previniendo un movimiento de ambos.)
hemos de hablar los tres, ¡voto á San Jaime!

ESCENA VIII.

BEATRIZ, el REY, MANFREDO.

REY.

Con sólo miraros creo
lo que me dice el escrito,
que la prueba del delito
la lleva en su rostro el reo.

MANFREDO.

Inútil prueba á mi ver,
porque jamás he negado
que esté mi hierro manchado
con la sangre de Roger.

REY.

Escucha y el labio sella,
que con la verdad arguyo.
Tu crimen no es sólo tuyo;
un cómplice tienes: *ella*. (Señalando á Beatriz.)

MANFREDO.

¿Quién?... ¡Beatriz!...

BEATRIZ.

(Aparte.) (¡La expiaci

MANFREDO.

(Con violencia y señalando el pergamino.)
¡Miente el impostor inmundo!

REY.

Jamás miente un moribundo,
ni miente el Rey de Aragón.
Con su mano casi inerte,
y con caracteres rojos,
la causa de tus enojos
y la historia de su muerte,
en aqueste pergamino
dejó escrito el infeliz.

MANFREDO.

¿Y en él habla?... (Con ansiedad.)

REY.

De Beatriz,
y además de su asesino.
(Acercándose al hachón, que está en el sepulcro, y
«Yo juro, y juro al morir
»ante esa santa capilla,
»decir la verdad sencilla
»en lo que voy á decir.

»Anteayer de madrugada
»bajé al salón, según creo
»á recoger del trofeo
»para mi viaje una espada.
»La estancia estaba desierta,
»la mañana estaba oscura,
»rechinó una cerradura
»y á poco abrióse una puerta.
»Alzó un doncel el tapiz,
»pasó una dama el dintel:
»era Manfredo el doncel
»y era la dama Beatriz.
»Se miran con embeleso
»y se despiden los dos,
»ahogando un último adios
»en un suspiro y un beso.
»Grito: *¡infames!* sin querer;
»viene á mí, después luchamos;
»luchando al panteón llegamos
»y llego para caer.
»Él la puerta de metal
»empuja sobre su gonce
»y da sepulcro de bronce
»á su secreto fatal.
»De este modo conseguir
»mi silencio imaginaba,
»si acertaba ó no acertaba
»que lo diga el porvenir.
»Yo la infamia de los dos

»y su pena ó su destino,
»dejo en este pergamino
»á la voluntad de Diòs.
»Sea, pues, lo que ha de ser:
»yo muero como leal.»
(Sin leer.) Y acaba y dice al final:
(Leyendo.) «El escudero Roger.»

(Pausa. Manfredo y Beatriz quedan confundidos y anonadados. El Rey los contempla frío y severo.)

¿Es exacto lo que aquí
ese vasallo escribió?
Responde, Manfredo.

MANFREDO.

(Con enérgica desesperación.) No.

REY.

Responded, Condesa.

BEATRIZ.

(Resueltamente.) Sí.

REY.

Confesión de buena ley.

MANFREDO.

Que sólo el delirio arranca.

REY.

No tan firme, no tan franca.

BEATRIZ.

Como la debo á mi rey.

REY.

(Á Beatriz.) Que mucho arriesgas advierte.

BEATRIZ.

Á todo estoy prevenida.

REY.

¿Tanto te pesa la vida?

BEATRIZ.

Tanto, que busco la muerte.

REY.

Quien deshonra su blasón
y deshonra el de Argelez;
quien echó sobre su tez
para siempre tal borrón,
si ha buscado por castigo
la muerte en esta jornada,
que la dé por encontrada
al encontrarse conmigo.

MANFREDO.

Si alardes de justiciero
queréis hacer, no me opongo,

y el cuello tranquilo pongo
bajo el corte de ese acero.
Pero es irritante yugo,
más que justicia severa,
confundir de esa manera
la víctima y el verdugo.
Yo terco la perseguí,
yo en mi fuego la inflamé,
ocasiones preparé
y por la fuerza vencí.
Yo, don Pedro de Aragón,
yo que triunfé de este modo,
lo merezco todo, todo:
ella, sólo compasión.

BEATRIZ.

Cuando no perdí la vida
es que falté á mi deber;
cuando me dejé vencer
es que debí ser vencida.
Ya veis que todo me acusa,
que yo misma me he juzgado,
que no busco á mi pecado
causa, pretexto ni excusa.
Pero ya que de este modo
mi vida yo misma os doy,
por quien sois y por quien soy,
¡que Jaime lo ignore todo!

MANFREDO.

Él debe ignorarlo, sí.

REY.

(Aparte y pensativo.)
(Quizá lo mejor sería.)

MANFREDO.

Y yo solo sufriría
lo que solo merecí.

BEATRIZ.

Si de ambos la culpa ha sido,
de ambos el castigo sea.

REY.

Ya ves cómo lo desea.

MANFREDO.

¡Si ha mentido! ¡si ha mentido!
(Al Rey procurando convencerle.)

BEATRIZ.

¿Tú solo? No. Yo también.
¿No es verdad? (Al Rey como suplicando.)

MANFREDO.

¡Calla, infeliz!

BEATRIZ.

¡Quiero morir!

MANFREDO.

¡No, Beatriz!

BEATRIZ.

¡Quiero morir!

MANFREDO.

¡No, mi bien!

(En un arranque de pasión, olvidándose del Rey, acercándose á ella y cogiéndole las manos.)

REY.

¡Tanto os amáis! ¡Vive Dios
que ni la misma agonía
os ataja en tal porfía!
¡Pues bien, moriréis los dos! (Con terrible enojo.)
Nada sabrá el de Argelez:
limpia su honra quedará,
que venganza le dará
su monarca como juez.
Y libre veráse al fin,
por justicia soberana,
de una esposa cortesana
y de un hermano Caín.

MANFREDO.

Basta ya.

BEATRIZ.

Gracias ¡oh Rey!
Cuanto deseaba me dais.

MANFREDO.

¡La justicia atropelláis!

REY.

Á igual delito, igual ley.

ESCENA IX.

BEATRIZ, MANFREDO, el REY, JAIME, cuatro pajes con hachones, varios caballeros y escuderos. Todos por la puerta del fondo.

REY.

Mas un rumor lejano se percibe
cual si bajase gente la escalera,
haciéndola crugir al peso grave
y al choque rudo del arnés de guerra.
Ahí vienen, sí: con Argelez al frente,
(Acercándose al fondo.)
y entre rojas antorchas que flamean.

JAIME.

Justicia ¡oh rey! á demandaros vengo;

aunque ya dí comienzo por mi cuenta
á la que vos sin duda haréis más tarde
en esa maldecida soldadesca,
y algunos que braveaban hace poco
en el patio las losas ensangrientan.

REY.

Á punto vienes si justicia pides,
que estábamos los tres en tal faëna.
¿Quiénes faltaron, Conde?

JUANA.

Los soldados
á que con vos, señor, la fortaleza
hospedaje lëal brindó orgullosa.

REY.

¿Y cuál la causa fué?

JAIME.

La airada lengua
de Juana; y de mis gentes las patrañas;
y la ruín condición de la plebeya.

REY.

En suma: ¿á qué llegaron?

JAIME.

¡Á pedirme!...

¡Si no lo adivináis! ¡Si no hay quien pueda
ni la maldad llevando hasta el delirio,
ni alzando hasta lo absurdo la insolencia,
ni aun así, sospechar lo que esos hombres
pidieron... ¡no, que aullaron como fieras!

REY.

¿Pidieron?... dí.

JAIME.

¡La vida!...

REY.

¿De tu hermano?

JAIME.

(Hace una señal afirmativa; se detiene y al fin dice acercándose al Rey.)

¡Y la vida, señor, de la Condesa!
¡De Beatriz! ¡de mi esposa!... ¡Si yo al pronto
ni pude comprender tanta demencia!

REY.

¿Y comprendiste al fin?

JAIME.

Ellos lo digan,
pues ellos recibieron la respuesta.
«¿Vidas queréis, les dije, miserables?
Pues á cargo de aquéllas tomad éstas;»
y arremetiendo á la canalla imbécil,

de tal modo sacié mi rabia en ella...
que ya lo veis, señor, casi tranquilo
pude volver del Rey á la presencia.

REY.

Que á la ley de hospedaje mis soldados
turbulentos faltaran, bien me pesa,
que aun pidiendo en justicia, quien mal pide,
de su propia razón hace su afrenta.

JAIME.

¡Aun pidiendo en justicia!
(Pausa. Mira al Rey con asombro; mira alternativamente á Beatriz y á Manfredo, que deben estar á su espalda y derecha del actor, y queda durante algunos momentos como extático.)
No comprendo
lo que queréis decir.

REY.

Que una sentencia,
por crimen de traición á su monarca
dictaba yo aquí dentro, mientras fuera
por reclamar castigo semejante
acuchillabas á la guardia regia.

JAIME.

¿Una sentencia?

REY.

Sí: contra el bastardo...
y otro cómplice más.

JAIME.

¿Quién?

REY.

La Condesa.

JAIME.

¡Contra Beatriz! ¡No es cierto! ¡No es posible!
¡Contra Beatriz! ¡y vós! ¡Vana quimera!
Yo sólo soy su dueño. Esa corona,
todo vuestro poder, vuestra grandeza,
las glorias de Sicilia, las del mundo,
ante Beatriz ¿qué son? ¡humo y pavesas!

REY.

Que yo nunca he pecado de sufrido,
y que hablas con tu Rey, ten muy en cuenta,
y freno de respeto date prisa
á poner á tus manos y á tu lengua,
si no quieres que ponga otro de hierro
que hace bajar al suelo las cabezas.
Roger por mi mensaje *era sagrado*
hasta llegar con él á mi presencia.
Sin embargo, Manfredo muerte dióle,
y Beatriz toleró tan grave ofensa.
Condesa de Argelez, perpetuo encierro
te enseñará con sombras y tristezas,
que á la lealtad debida no se falta
(Con doble intención.)
mientras don Pedro en Aragón gobierna.

Bastardo de Argelez, saldremos todos
de esta mansión, en que la muerte impera,
nosotros á buscar la luz del día,
á entregar tú al verdugo la cabeza.
(Á los caballeros señalando á Beatriz.)
Llevadla á Barcelona.
(Á Manfredo.) Tú á la muerte.
(Á Jaime.)
Y tú conmigo, á lo alto de la sierra.

JAIME.

(Con ira contenida, pero con reposo y dignidad, á menos que el actor crea otra cosa.)
Ni á Barcelona irá mientras yo exista
y un hierro sostener mi mano pueda;
(Señalando á Beatriz.)
ni he de salir sin él, si el firmamento
encima de la torre se viniera;
(Señalando á Manfredo.)
ni el conde de Argelez ha de seguiros,
monarca de Aragón, ni en paz ni en guerra.
(Golpeándose el pecho.)
Barón aragonés al fuero acudo
de libertad en la ocación extrema.
Diránlo así *de desafiâmiento*
cartas que provocó vuestra fiereza.
Y con *ella* y con *él*, y con mi gente
(Señalando á Beatriz y á Manfredo.)
pasaré de Castilla las fronteras.
Desnaturalizarme es mi derecho,
la ley me ampara de mi noble tierra,

y á donde más sus glorias se respeten,
mi espada llevo y llevo mi bandera.

REY.

Desnaturalizarte es tu derecho,
y nadie lo disputa, ni lo niega;
por más que de esta vez el fuero ampare
torpes ingratitudes y soberbias.
Pero Beatriz, pero Manfredo, Conde,
bajo mi ley están y aquí se quedan.
Traidores á su rey fueron entrambos
y ha de cumplirse en ellos mi sentencia.
¡Hola! de esa mujer y de ese hombre,
sin más vacilación, de grado ó fuerza,
afiáncense los cuerpos: y tú, ingrato,
vete, que yo te libro de obediencia.

(Los caballeros á quienes el Rey se ha dirigido pretenden apoderarse de Beatriz y de Manfredo; Jaime desnuda la espada, describe con ella un terrible semicírculo, aleja á todos y pónese delante de su esposa y de su hermano.)

JAIME.

Quien se acerque á los dos, bueno es que mire
que á mi espada y á mí también se acerca.

REY.

¡Preciso es acabar!

JAIME.

Todo se acaba:
el honor, la lealtad...

BEATRIZ.

¡Allí!...

(Á Manfredo señalándole el lado en que está el Rey y como proponiéndole que pasen.)

MANFREDO.

Pues sea.

Gracias, hermano.

(Por la espalda de Jaime pasa al grupo de caballeros y se entrega.)

BEATRIZ.

Gracias, Jaime.

(Lo mismo que Manfredo.)

JAIME.

¿Á dónde,

insensatos, corréis?

BEATRIZ.

(Ya desde la izquierda.) Á donde llevan
á tu hermano el deber, porque es tu sangre;
á mí, Jaime, tu amor y mi conciencia.
(Al Rey.)
Tuyos somos, señor, que Jaime salga.

JAIME.

¿Sin vosotros? ¡Jamás! Pensad que llegan
¡olas de sangre al corazón hirviente;
olas de fuego á la abrasada lengua;

olas de sombra á mi cerebro loco;
olas de muerte á mi indomable diestra!
Y en esta tempestad de mis pasiones,
sobre el mar de mis iras turbulentas,
sólo flotan dos seres: dos tan sólo:
Manfredo... ¡por hermano! Ella... ¡¡por ella!!

REY.

(Sin poder contenerse.)
Mal te está el defender con tanto empeño...
¡tu deshonra!
(Movimiento de Jaime, Beatriz y Manfredo.)

JAIME.

¡No más!

REY.

¡Y tu vileza!

JAIME.

¿Por vileza tenéis, que de un hermano
la vida con mi vida así defienda?
Bien se advierte, señor, que el fratricidio
¡es el primer florón de tu diadema!

REY.

¡Miserable! (Arrojándose sobre él.)

JAIME.

¡Yo no: quien en el Cinca
hundió de Fernán-Sánchez la cabeza!

(El Rey se detiene; queda un momento como acobardado ante aquel recuerdo; después con acento sombrío y reconcentrado.)

REY.

¡Mejor es eso que vivir sin honra!

JAIME.

¿Y quién vive sin ella?

REY.

¡Tú!

(Jaime, que está todavía con la espada desnuda, se arroja sobre el Rey: los caballeros que rodean á éste se arrojan sobre Argelez: D. Pedro los separa con ademán soberbio y se acerca á él: Jaime se detiene.)

JAIME.

¡La prueba!

REY.

Por traidor á tu rey más que la muerte
de merecer acabas. Toma, y lean
esos ojos, si pueden, estas líneas,
y cieguen, lloren, salten de vergüenza.

(Le entrega el pergamino. Pausa. Jaime lo toma sin comprender nada y mirando á todos con asombro: después se aproxima al hachón que está clavado desde que principió el acto en el sepulcro de

su padre. Beatriz y Manfredo se hunden, por decirlo así, en la sombra, á espaldas de dicho sepulcro, pero de manera que sean vistos por el público. El Rey á la derecha de Jaime.)

JAIME.

(Á medida que lee.)

¡Ah!... ¡No!... ¡Jesús!...

(Suspende la lectura; se oprime la cabeza entre las manos como para coordinar sus ideas. De pronto lanza un grito como recordando la extraña escena de la noche precedente, cuando se presentó de improviso á su esposa y á su hermano.)

¡Á mi llegada!...
¡Pronto!...
¡Beatriz! (Buscando por todas partes.)

REY.

Se oculta entre la sombra espesa:
no acudirá á tu voz. (Al oido.)

JAIME.

(Vacila: mira al Rey, mira á todas partes, al fin se acerca á la tumba de su padre.)

¡Yo también quiero
silencio!... ¡y soledad!... ¡muerte!... ¡y tinieblas!
¡Acójeme en tu seno, padre mío!
¡Dame un beso de amor, uno siquiera!
¡Escultura que duermes, junta, junta
á mi afrentada faz tu faz de piedra!

(Cae sobre el sepulcro de su padre, abrazándose á la escultura yacente y uniendo su rostro al de ella. Pausa. Toda esta situación queda encomendada al actor y á su talento. Algo hay que hacer aquí: el autor no lo sabe: la inspiración del artista puede adivinarlo tan sólo.)

acias, padre: me dió tu helado mármol
nto á poder pedir yo le pidiera:
frío de la muerte. Á tus mejillas
las mías pasó toda la afrenta.
s yo te vengaré: me diste calma;
te daré satisfacción completa.

REY.

rcándose y en voz baja.)
perdono, Argelez.

JAIME.

Ya no es posible
mismo.)
perdonarme á mí, ni á *él*, ni á *ella*.
voz alta.)
vez de ese perdón, yo necesito
gracia no más.

REY.

Pide y no temas.

JAIME.

jadme castigar á los infames.
nsentid que una vez el juez yo sea...

REY.

autoridad te doy: lo que dispongas
cumplirá.

JAIME.

Juradlo.

REY.

Por la eterna
memoria y por el alma de mi padre.
Que Dios si falto me lo tome en cuenta.

JAIME.

Gracias, señor. (Pausa.)
(Inclinándose ante el Rey como suplicando.)
Salid de este recinto. (Á los demás.)
Al monarca seguid. La doble puerta
á su cerco de bronce haced que ajuste.

REY.

¿Y tú?

JAIME.

Me quedo aquí.

REY.

¿Solo?

JAIME.

(Con acento que el actor sabrá cuál debe ser.)
¡Con *ella!*...
y también con *Manfredo*. Ha de cumplirse
y con creces, señor, vuestra sentencia.

REY.

¡La tuya! ¿por qué causa?

JAIME.

Yo á la vida
del monarca atenté. Mi torpe lengua
á su corona osó.
(En voz baja.) (Yo fuí quien loco,
por aquella mujer la fortaleza
entregó al enemigo.
(El Rey le mira con sorpresa.) ¿No os parece
que á mi crimen se ajusta bien mi pena?)
Jurásteis por don Jaime vuestro padre.

REY.

¿Tú lo quieres?

JAIME.

Lo exijo.

REY.

Pues bien, sea.
Salid.
(Al acompañamiento que comienza á salir muy lentamente.)

JAIME.

Señor, la mano.

REY.

Toma, Conde.

(Se arrodilla y besa la mano al Rey.)

Aún es tiempo.

JAIME.

Ya no. Vedlos: *esperan.*

(Señalando á Beatriz y á Manfredo, que están en un ángulo.)

REY.

Que Dios, cuando te juzgue por tus faltas,
tu amor y su maldad reciba en cuenta.

(Sale también por el fondo. Se ve subir lentamente por la escalera una masa de caballeros, pajes, luces y pendones. Es la vida que sube y se va como expresan los siguientes versos. Jaime va al último término. Siempre procurando ocultarse Beatriz y Manfredo: la actitud de ambos queda encomendada á los actores.)

JAIME.

¡Ya la luz, ya la vida, ya las pompas
del mundo y sus honores y grandezas;
ya del arnés el fulgurante brillo,
ya el soberbio ondular de las banderas,
ya todo huye de mí; ya todo sube
de mi viejo castillo á las almenas!
¡Adiós, fantasmas de ilusiones vanas,
seres que allá volvéis á la existencia,
imágenes de luz y de colores,
tornad al sol, yo quedo en las tinieblas!

(Cerrando él mismo la puerta del fondo: se oye el rechinar de los

goznes y el choque metálico al encajar. Esto es preciso, porque es de buen efecto. Queda el panteón iluminado tan solo por la antorcha del sepulcro: en un rincón Beatriz y Manfredo: en el centro Jaime.)

¡Cruje, puerta de bronce, negra valla
que entre dos mundos el camino cierras!
No volverás á abrirte, que tu llave
á un abismo sin fin conmigo rueda.

(Arroja la llave en el pozo. Pausa.)

¡Ya estamos en el seno de la muerte;

(Á Beatriz y Manfredo, pero sin acercarse á ellos y con acento terrible.)

caiga deshecha en polvo la materia;
almas, mostrad lo que en la vida fuísteis,
si espíritus, la luz; si tierra, tierra!

ESCENA X.

BEATRIZ, JAIME, MANFREDO.

Para hacerme traición habéis tenido
no más que rapidísimos momentos,
para vengarme yo y atormentaros
tengo ante mí la eternidad del tiempo.
Acércate, Beatriz: ven á mis brazos,

(Le obedece Beatriz maquinalmente pero con lentitud.)

esposa de mi amor, luz de mi cielo,
la de la tersa frente alabastrina,
la del nevado y pudoroso seno,
Ven á mí: más aún.

(Al fin la coge y la sujeta fuertemente entre sus brazos.)

Quiere tu Jaime
de esa antorcha contar á los reflejos,
sobre tu suave cutis nacarado,
de tu amante feliz todos los besos.

(Le arroja la cabeza hacia atrás y la acerca á la luz: ella lucha por ocultar el rostro y por separarse de Jaime.)

¡No te separes, no: si no es posible!
¡Si siempre ya los tres hemos de vernos,
unidos por los mismos eslabones,
de infamia y de dolor en el infierno!
Habla, Beatriz, ¿por qué fuiste traidora?
¡Habla pronto! ¿por qué? ¿por qué?

BEATRIZ.

No puedo:
un nudo en la garganta...

JAIME.

¡En la garganta!
En ella con mis manos debí hacerlo
la vez primera en que de amor ya loco
ceñí mis brazos á tu blanco cuello.
¡Beatriz! ¿no me contestas? ¿que no puedes?
Pues descansa, respira, toma aliento:
si no quiero que mueras todavía:
si quiero oir tu voz, si escuchar quiero
cómo mientes, y finges, y me acusas:
descansa... ya hablarás...

(La arroja á un lado, haciéndola pasar por delante con extrema violencia, y llama con la mano á Manfredo.)

Ven tú, Manfredo.

(Manfredo, que ya estaba muy cerca, se aproxima.)

Y en tanto que la sierpe sus anillos
prepara y que destila su veneno,
cuéntame tú de la traición infame
los lances mil, dulcísimos y tiernos.
¡Todo! ¡todo! ¿Comprendes? Allá arriba
mi deshonra saber, y hundir mi hierro
en aquel corazón y en tu garganta,
hubieran sido rápidos momentos;
pero aquí ¿para qué? ¡si estamos solos:
si escapar no podéis: si ya hemos muerto:
si este es el solo goce que me resta
al bajar con vosotros al averno!
¡Habla, hermano! ¿También tú desfalleces
como débil mujer ó niño enfermo?
¡Como niño! ¡No hay más! Es que recuerdas
de nuestra infancia los alegres juegos.
El que ahora duerme allí, en sus rodillas

(Señalando el sepulcro.)

á los dos nos tomaba, y algún cuento
refería de moros ó gigantes
del ancho hogar junto al rojizo fuego.
Con sus robustas manos acercaba
tu cabeza á la mía... ¡así, Manfredo!...

(Hace lo que dice con feroz complacencia juntando mucho su cabeza á la de su hermano. Beatriz los contempla con terror.)

y en una sola, espléndida madeja,
tu cabello abarcaba y mi cabello.
Ahora escuchar le toca en ese mármol,

quizá le ha despertado nuestro acento,
y para oir mejor, hacia la piedra
arrastrándose van sus pobres huesos.
¡Háblale de tu infamia y mi deshonra!
¡Devuélvele á tu vez *cuento por cuento!*
¡Pero el tuyo ha de ser largo, muy largo:
que no acabe jamás! ¡Ya ves, el tiempo
es como tu traición y mi desdicha:
inagotable, inconcebible, eterno!

MANFREDO.

Dí pronto qué prefieres: ¿darme muerte
ó que me mate yo? Si lo primero
toma y clava. (Presentándole un puñal.)
Si acaso es lo segundo,
dílo, y yo mismo lo hundiré en mi pecho.

JAIME.

Junto á la de Roger, dijo el monarca
que abierta está una fosa.

MANFREDO.

Basta: entendido.

JAIME.

Yo daré luz á tu camino, hermano.

(Arranca Jaime la antorcha del sepulcro [illegible] al [illegible] de [illegible]nario y la levanta en alto: Manfredo, apretando el puñal [illegible] pecho, con la cabeza baja, pero [illegible] hacia arriba [illegible] para ver á su hermano, se dirige á una de las [illegible] abiertas.)

Adiós, ¡Caín! No tuerzas tu sendero.

MANFREDO.

¡Adiós! Si soy Caín por mi delito,
no lo soy por odiarte.
(Con cierta ternura y ya desde dentro.)

JAIME.

Adiós, ¡Manfredo!
(Se oye el ruido de un cuerpo que cae.)
¡Cuanto en el mundo amé!
(Después de mirar á Beatriz, que permanece inmóvil en el centro, y también hacia el sitio en que supone que cayó Manfredo.)
Luz ¡ya me sobras!
(Arroja la antorcha hacia la izquierda: se apaga y queda la escena completamente á oscuras: da algunos pasos, se oprime la cabeza con las manos: arranque de desesperación que el actor interpretará.)
Y tú también me sobras, ¡pensamiento!
(Se hiere en el pecho, da unos pasos vacilante y va á caer junto al sepulcro. Beatriz se acerca.)

ESCENA XI.

JAIME, BEATRIZ.

BEATRIZ.

¡Jaime!... ¡Jaime!... ¡Por piedad! (Buscándolo.)
(Al fin le encuentra, le abraza y le sostiene.)

JAIME.

¡Me encontraste!... ¡Buena suerte!
Antes se encuentra la muerte

que no la felicidad.
¡Adiós!... Vete. (Rechazándola.)

BEATRIZ.

¡No ha de ser!
Antes, Jaime, de morir (Desesperada.)
¡quiero hablarte!... ¿Vas á oir?
Dime, ¿y me vas á creer?

JAIME.

¿Creerte?... ¡Bah!... ¿Por qué no?
La mentira inútil fuera,
con aguardar á que muera
te bastaba. Pero no:
(Beatriz se prepara á decir algo: Jaime la interrumpe.)
responde y no digas nada,
que no hay tiempo para todo,
y llega el fin de tal modo
que mi vida está acabada.

BEATRIZ.

¿Si supieras?...

JAIME.

Basta; aquí...
(Llevando la mano á la garganta.)
¡siento de sangre una ola!
Contesta á una cosa sola...
¿Has de contestarme?

BEATRIZ.

Sí.

JAIME.

Manfredo murió también
y tú pronto morirás:
al morir... ¿donde caerás?

BEATRIZ.

Á tu lado.

JAIME.

¿Sí? Pues ven...
acércate... ¿No es mentira?
Responde. (Incorporándose.)

BEATRIZ.

¡No!

JAIME.

Y entre tanto,
¿donde correrá tu llanto?

BEATRIZ.

¡Sobre tu cuerpo!

JAIME.

Pues mira...
Abraza mi cuerpo inerte...

y no ceses... de llorar...
que así... vinimos á dar...
en el seno... de la muerte.

(Cae muerto sobre el banco de piedra, y Beatriz se abraza á él sollozando. Hasta que el telón baje por completo deben oirse sus horribles y desesperados sollozos.)

FIN DE LA LEYENDA.



LA MUERTE EN LOS LABIOS

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

JOSÉ ECHEGARAY

Representado por primera vez en el Teatro Español el 30 de Noviembre de 1880.

PERSONAJES DE ESTE DRAMA
Y ACTORES QUE LO DESEMPEÑARON EN LA NOCHE
DEL ESTRENO.

MARGARITA, Doña Elisa Mendoza Tenorio.
BERTA, Doña Luisa Calderón.
MIGUEL SERVET, D. Donato Jiménez.
CONRADO, D. Rafael Calvo.
WALTER, D. Antonio Vico.
JACOBO, D. Ricardo Calvo.
NICOLÁS, D. José Calvo.
Soldados, esbirros.

La escena pasa en Ginebra, año de 1553, que fué el del suplicio de Miguel Servet.

Á LA MEMORIA

DE

D. GREGORIO DE LAS POZAS.

JOSÉ ECHEGARAY.



ACTO PRIMERO.

La escena representa una sala modesta, pero no pobre.—Á la derecha dos puertas; se llega á la de segundo término por dos ó tres escalones. Á la izquierda, primer término, un balcón. En el fondo otra puerta. En primer término, á la izquierda, una mesa y un sillón; á la derecha otro sillón.—Las palabras derecha, izquierda, refiérense al espectador.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA asomada al balcón, luego se retira.

El sol desciende: la tarde acaba: cada vez parecen más oscuras las aguas del lago y menos trasparente el azúl del cielo. ¡Otro día sin verle! ¡Ah, Conrado, mucha crueldad es la tuya, si en tí consiste la tardanza! y si en él no consiste, ¿por qué, Dios mío, no escuchas mi ruego? ¡Era yo tan feliz á su lado! ¡qué alegría cuan-

do llegaba el domingo y escapábamos de Ginebra, después de oir misa en la capilla secreta de Roger; y él, y yo, con Berta y con Jacobo, íbamos por esos campos á los valles, á las lomas; donde no hay ni odios, ni luchas, ni salmos que hielan, ni pregones que espantan, ni calvinistas de trage oscuro y rostro sombrío! ¡Desde que se marchó Conrado me parece que he caido en un abismo sin aire y sin luz! Y luego ese Walter... ¡que recobre la salud, Dios mío, y que nos deje!... ¡que huya, que huya de esta casa ese infame calvinista!

ESCENA II.

MARGARITA, BERTA por la derecha, primer término.

MARGARITA.

¡Ah!... ¡Berta!... Ven: acércate, ¿por qué no te acercas?

BERTA.

(Desde la puerta levantando el tapiz y en voz baja.) ¿Estás sola, Margarita?

MARGARITA.

Sola estoy; no temas.

BERTA.

Pero él... ¿no vendrá? (Acercándose poco á poco, con precaución y después de mirar á la segunda puerta del mismo lado.)

MARGARITA.

¿Hablas de Walter?

BERTA.

Calla, no pronuncies su nombre. Sí, de él te hablaba.

MARGARITA.

Pues nunca viene á esta sala de propio impulso, y cuando hasta ella, por acaso, acompaña á Jacobo, ya se le oye bajar la escalera, que su paso lento y firme hace crugir la vetusta armazón.

BERTA.

Es que si yo lo viese, si clavase en mí su mirada... ¡Margarita, hija mía, yo creo que me moriría de espanto!

MARGARITA.

Para tal espanto no hay causa, ni hay razón. Más que á tí me repugna ese feroz hereje, ese calvinista cruel, que en Francia y en Alemania fué azote de católicos, que con sangre de nuestros hermanos está manchado, y que es, aquí en Ginebra, gran consejero de Calvino; pero entre la repugnancia y el espanto hay buen trecho que andar, mi pobre Berta.

BERTA.

Ya: á tí ningún mal puede hacerte; antes debe estarte agradecido, si de agradecimiento es capaz Walter; pero á mí... es distinto.

MARGARITA.

¿Por qué, Berta? (Con interés.) ¿Le conociste en otro tiempo?

BERTA.

Acaso. ¡Ah!... ¡suceden cosas tan extrañas! (Pensativa.)

MARGARITA.

Tú me ocultas algún secreto, madre mía. En las dos semanas que Walter está en mi casa, ni una vez has querido verle, y huyes, cuando él se acerca, como huirías de la muerte.

BERTA.

Esa es la palabra; como huiría de la muerte.

MARGARITA.

Te ruego que me expliques tu conducta, y callas y lloras.

BERTA.

¿Qué otra cosa he de hacer?

MARGARITA.

Insisto y huyes también de mí. ¡De mí, que te quiero como si fueses mi madre!

BERTA.

No; de tí no, hija mía, mi querida Margarita. Tú eres muy buena y muy hermosa. Hermosa como las madonas que veíamos en Italia; buena como los ángeles que tiene Dios en el cielo.

MARGARITA.

No me adules así, que tal adulación como ésta dejos tiene de blasfemia.

BERTA.

No fuera maravilla que á blasfemia sonase; ¡quién no blasfema teniendo cerca á Walter!

MARGARITA.

¡Otra vez!

BERTA.

¡Sí, otra vez! Ah, Margarita, ¿por qué le admitiste en tu casa?

MARGARITA.

Por Dios, madre, ¿qué querías que hiciese?

Horrible paroxismo le acomete al pasar por delante de ella y cae desplomado á sus mismos umbrales; ayuda nos piden Calvino y Nicolás, que con él venían; baja Jacobo con nosotras y declara con la autoridad de su ciencia y la energía de su carácter, que en esta casa ha de quedarse Walter si ha de salvarle la vida... y aquí se queda, y aquí le tenemos.

BERTA.

Mal hecho.

MARGARITA.

Pero en aquel estado ¿había de cerrarle mi puerta?

BERTA.

Si la peste negra llamase á ella, aun viniendo en compañía de Calvino, que sí vendría, ¿le abrirías la de tu casa?

MARGARITA.

¡Oh, Berta, no digas cosa tal! Walter es hereje, es infame, es maldito; pero con ser todo eso, es criatura de Dios, y yo no podía rechazar su cuerpo inanimado, ni negar á su alma, con una hora de vida para ese cuerpo, el arrepentimiento y la salvación tal vez.

BERTA.

¡Ojalá no te pese!

MARGARITA.

Haga yo lo que deba, y haga después Dios su voluntad soberana. Esto me enseñó mi santa madre.

BERTA.

Eres un ángel; pero los ángeles no son para esta tierra de herejes. Hija mía, Conrado volverá pronto, y cuando vuelva...

MARGARITA.

¡Seré su esposa!...

BERTA.

¿Y dejaremos Ginebra para siempre?

MARGARITA.

Para siempre; los tres. ¡Aragón nos espera con la casa solariega de mis padres, el cielo de mi patria con su alegre azul!

BERTA.

¡Cuándo llegará ese día!... Pero... oye... una trompeta lejana... es un pregón...

MARGARITA. (Asomándose al balconcillo.

Sí. ¡Allá... en la orilla del lago... un sonido estridente... tortura y dolor anuncia!... ¡Pero

escucha, aquí, en la plaza... otro pregonero!... Allí lejos le veo... mantellina negra pende de su metálica trompeta... con roncos y destemplados sones llama á la gente: ese no anuncia tortura... anuncia suplicio!... ¡Dios mío!

BERTA.

¿Qué dice?

MARGARITA.

Nada se oye, está muy lejos.

ESCENA III.

MARGARITA, BERTA, JACOBO por el fondo.

BERTA. (Retirándose de la ventana.)

¿Quién es?... ¡Ah, eres tú!

MARGARITA.

¡Jacobo!... ¡Cuánto me alegro que vengas!... (Yendo á su encuentro.)

JACOBO.

¿Qué hacíais ahí, imprudentes? ¿No sabéis que Calvino es inflexible y severo? ¿que ante su moral implacable el amor á la luz es tanto como el amor á las tinieblas; y la dicha, cosa muy parecida al mal; y el lujo, un crimen; y la alegría, un ultraje á Dios! ¡Mujeres á la ven-

tana y quizás con la sonrisa en los labios! ¿De qué servirá que los ministros del culto reglamenten las costumbres; que la inquisición suiza clave su mirada inquieta y vigilante en el hogar doméstico, si la primera mozuela de lindo palmito, que espere á su adorado, ha de osar echarse á los abiertos balcones prendida y adornada y con la luz del sol sobre la frente?
(Todo esto dicho con ironía, pero con ironía triste.)

MARGARITA.

No te burles, Jacobo.

JACOBO.

¡Burlarme! Burlarme de Calvino, el rey pontífice, y de sus batallones de emigrados franceses! ¿Yo? un pobre español! un médico que ni cree en Dios, ni en el Diablo!

MARGARITA.

¡Jacobo!...

JACOBO.

Walter no me oye y vosotras no me denunciaréis. Yo, el entusiasta admirador de Lucrecio, el discípulo predilecto de Miguel Servet, ¿tomar á risa á estos protestantes suizos? ¡Buena me esperaba á mí, donde han sucumbido los primeros patriotas ginebrinos, aquellos

ilustres vencedores de la casa de Saboya! Preguntad al consejero Pedro Ameaux si no tuvo que ir descalzo, y con enorme blandón en la mano, en retractación y penitencia de no sé qué palabras poco respetuosas para Calvino. Que os cuente Francisco Fabre qué tal lo pasó en el calabozo por negarse á ser capitán de arcabuceros. Que os refiera Bolsec á dónde tuvo que ir por el nefando crimen de defender el libre albedrío contra la predestinación. Que os diga Perrín, con ser todo un presidente del consejo ginebrino, si por haber puesto la cara fosca al amo y señor espiritual de toda esta gente, no vió citada ante el Consistorio á su propia mujer, bajo la infamante acusación de vida escandalosa. ¿Os parece poco? Pues no diré más: pero como remate y coronamiento á toda esta máquina de tiranía calvinista, alzad el tajo en que puso su cabeza el desgraciado Pedro Gruet, y preguntad de paso á los muros de la sala del tormento, si conservan memoria de cuantos gritos le arrancó el dolor; y si por acaso no os contestasen, más allá del lago, á la vuelta de una verde loma, y al pié de un sauce, encontraréis bajo tierra un tronco humano sin cabeza y una cabeza sin tronco, que quizá recuerden lo que la insensible piedra haya olvidado ó por dura de condición ó por sobra de costumbre.

MARGARITA.

Basta, Jacobo.

JACOBO.

Pues el crimen de Gruet no fué otro que el de atacar por escrito las censuras del Consistorio.

MARGARITA.

Todos esos que has citado eran grandes personajes: de nosotros, gente humilde, ¿quién se acuerda?

JACOBO.

Tan humilde como tú es Juana, y sin embargo el Consejo...

MARGARITA.

¡Ah!... ¡Juana!... ¿decidieron ya?... ¡habla!

BERTA.

¡No!... ¡escucha!... ¡él!

MARGARITA.

Sí: Walter.

BERTA.

Pues no ha de verme... (Dirigiéndose á la derecha.)

JACOBO.

¿Á dónde vas?... ¡Berta!... ¿por qué huyes

despavorida como si viniese el Ante-cristo?

BERTA.

¡Porque él viene! (Sale apresuradamente.)

JACOBO.

Siempre lo mismo; el seso perdió tu pobre nodriza.

MARGARITA.

Silencio.

ESCENA IV.

MARGARITA, JACOBO, WALTER por la derecha segundo término.

WALTER.

(Deteniéndose un momento después de bajar los escalones y dirigiéndose á Jacobo: mientras Margarita se sienta junto á la mesa y se ocupa de sus labores.) Tarde vienes.

JACOBO.

Tarde vengo, cuando nadie me necesita: á punto llegué, cuando llegué para salvarte.

WALTER.

Pues te equivocas, que hoy necesitaba de tí.

JACOBO.

¿Quién? ¿el corazón ó la cabeza?

WALTER.

El corazón va bien: hace muchos años que no lo siento.

JACOBO.

Lo creo.

WALTER.

La cabeza es la que va mal. Llevo en ella algo que gira: no parece sino que traigo aquí dentro una picota y que á su alrededor van dando vueltas una docena de herejes.

JACOBO.

Ya se cansarán.

WALTER.

De sufrirlos lo estoy yo: con que dame de esa medicina prodigiosa que entre tú y el diablo inventásteis, y que me deja más sosegado que una plática de Calvino ó que una noche de buen sueño. (Se sienta en el sillón de la derecha.)

JACOBO.

No puede ser.

WALTER.

Puede ser, pues yo lo quiero.

JACOBO.

Pues yo no, y de tu cuerpo respondo al Consistorio y á las cuatro iglesias de Berna, Zurich, Schaffausen y Basilea; con que ya ves. (Con ironía.)

WALTER.

¿Pero hay razón?

JACOBO.

Y buena: que la droga es endiablada como tú dices, y aunque es segura, á ella sólo ha de acudirse en casos muy extremos. (En este punto se oye, pero no muy cerca, la trompeta de un pregón.)

MARGARITA.

Otra vez el pregón. (Asomándose á la ventana.) Sí: en la plaza. Me asomaré al balconcillo de la escalinata. ¡Dios mío, pobre Juana! (Sale por el fondo.)

ESCENA V.

WALTER, JACOBO.

WALTER.

Tendré paciencia: eres mal cristiano, pero buen médico.

JACOBO.

Discípulo de Servet.

WALTER.

¡Que Dios confunda!... ¡ó que Dios ponga en mis manos, que como en ellas caiga, ya le confundiré yo!

JACOBO.

Pues á la obra, Walter, porque cerca anda.

WALTER.

¿Quién?

JACOBO.

¿Quién ha de ser? El *malvado español*, como dice Zuinglio.

WALTER.

(Levantándose con ímpetu.) ¿Qué?... ¿En Ginebra?... ¡Servet!... ¿Servet ha venido?

JACOBO.

Así lo anuncia un pregón que oí sobre el puente.

WALTER.

¡Al fin!... ¡ah!... ¡justicia de Dios!... ¿Pero es verdad?

JACOBO.

Al menos lo suponen los síndicos.

WALTER.

Sí: lo será: él es osado y el abismo atrae.

JACOBO.

(Hablando lentamente, con tono irónico y como en forma de pregón.) Pues requeridos los dichos síndicos por Calvino, en forma de acusación contra el hereje, «mandan y ordenan á todos los ciudadanos libres de nuestra libre ciudad de Ginebra, »que lo denuncien y entreguen,» bajo las penas de costumbre y otras nuevas y severísimas que lo especial del caso exige. Así gritaba allá arriba, cuando pasé, un enorme jayán de destemplada voz, entre cuatro suizos con picas, dos trompeteros con sendas dalmáticas, y buen golpe de gente, que desocupada ó bobalicona, á escuchar el pregón acudía de todas las callejas.

WALTER.

Así: bien hacen: darle caza. ¡Y después, el suplicio, la hoguera, con él su infame libro, y sobre aquella frente que inspiró Satanás, una buena corona de paja empapada de azufre! Esto no más hay que prevenir para ese infame discípulo de Maniqueo.

JACOBO.

¡Pobre maestro, quién te trajo á esta ciudad de Ginebra!

WALTER.

La voluntad de Dios, que antes de nacer nos marca á todos camino, y derrotero, y término. Santificada sea hoy como siempre, y hoy más que nunca, pues nos manda á Servet y á su *Restitución del cristianismo*, ese libro abominable de que ayer me hablabas con entusiasmo mal contenido.

JACOBO.

Pero que, por mi desgracia, jamás leí.

WALTER.

Por tu buena fortuna, dirás mejor; que si en tus manos estuviese, no habían de servirte, ni tu ciencia, ni la salud que me has dado, ni todas tus artes, porque á la más negra mazmorra del Consistorio ibas á dar con tus huesos.

JACOBO.

Nunca me forjé grandes ilusiones sobre tu gratitud, Walter.

WALTER.

La gratitud es crimen cuando ataja el camino á la justicia.

JACOBO.

Pues no hablemos de gratitud, hablemos de justicia; y en ley de justicia te digo, que fueras injusto, porque si en mi poder cayese el tal libro, infame ó sublime, que poco me importa lo que sea, yo te juro que no había de engolfarme, ni en sus metafísicas, que han trastornado el seso á mi pobre maestro, ni en sus teologías, que le van aparejando una buena hoguera de leña verde; y que dando de mano á Plotino, y Porfirio, al mismo Hermes Trismegisto y al mismísimo Zoroastro, sólo habían de buscar mis ojos *una página*... no, *dos páginas*, que serán gloria eterna para el buen aragonés. Dos páginas, repito, que no lograríais quemar, aunque en el brasero amontonáseis más leña, que leña hay en todos los bosques de vuestras montañas helvéticas; aunque sobre la llama sopláseis, para avivarla, más odios, que odios hay en vuestros corazones, y eso que cuento con el de Calvino; aunque levantáseis más fuego en la hoguera, entre católicos, luteranos y calvinistas, que fuego venís encendiendo hace veinte años en estas maltrechas y peor aconsejadas tierras, por campos, ciudades, plazuelas y encrucijadas.

WALTER.

¿Dos páginas, dices?

JACOBO.

No más.

WALTER.

¿Hay encanto ó brujería en ellas?

JACOBO.

Y no flojo encanto, ni brujería de baja ralea, sino de lo más exquisito y alambicado de la quiromancia.

WALTER.

¿Dan muerte?

JACOBO.

Dan vida, y dan gloria; y á la postre inmortalidad.

WALTER.

¿A quien las lee?

JACOBO.

No; á ese dánle sólo placer singularísimo, y unas, así como lucecillas, por dentro de este hueso redondo que se llama cráneo.

WALTER.

¿Pues á quién dan inmortalidad?

JACOBO.

A quien las escribió.

WALTER.

¿A Servet?

JACOBO.

Ni más ni menos: á Miguel Servet, aragonés de origen, vecino que fué de Villanueva, perturbador contumaz de iglesias protestantes, escándalo de católicos, y enemigo á muerte de Calvino.

WALTER.

Pues entrégame al autor de esas páginas con las dos famosas que dices, y vuelve en busca de esa inmortalidad de que hablabas cuando yo te avise.

JACOBO.

Por el desgraciado Servet temería la prueba, por ellas no.

WALTER.

¿De qué tratan?

JACOBO.

De un gran misterio.

WALTER.

¿De la Santísima Trinidad?

JACOBO.

No acertaste.

WALTER.

¿Del verbo increado?

JACOBO.

Menos aún.

WALTER.

¿De la gracia? ¿Del bautismo?

JACOBO.

Aunque te rompas el tuyo, ni por gracia das con ello.

WALTER.

¿No es nada de eso?

JACOBO.

Nada de eso, mi sublime teólogo.

WALTER.

¿Pues de qué tratan?

JACOBO.

De una quisicosa que se llama, ó pudiera llamarse, *la circulación de la sangre*. ¿Sabes tú lo que esto significa?

WALTER.

Sangre he visto correr y mucha.

JACOBO.

Y aun has ayudado á que corriese. ¿No es así, Walter?

WALTER.

A veces: siempre que lo exigió la religión; cuando lo apeteció la venganza.

JACOBO.

Correr no es *circular*, es lo contrario.

WALTER.

¿Pues por dónde circula?

JACOBO.

A lo que yo comprendo, por dentro de toda tu máquina: ahora mismo y apriesa, por tu cerebro, en esa danza de picota de que hace poco te doliste.

WALTER.

Embustes ó hechicerías. Si son engaños, como presumo, buen embaucador está tu maestro: si fuesen verdades, como supones, ¿de qué las sabe él? ¿ni quién se las dijo? ¿ni cómo pu-

do descubrir lo que Aristóteles ignoraba? Pacto con algún espíritu de las tinieblas tendrá, y bastara esta prueba, si otras no hubiese, de que practica magias y hechizos y artes abominables.

JACOBO.

Será lo que quieras, pero media vida diera yo por leer ese pasaje de su libro.

WALTER.

Y como á leer el libro de Servet te dieses, de la otra media vida yo me encargaba.

JACOBO.

Gracias, Walter; pero no aspiro á la gloria de Pedro Gruet, ni apetezco lo que á la pobre Juana habéis preparado.

WALTER.

¿Fallaron los síndicos?

JACOBO.

¿No has oido unas trompetas destempladas y lúgubres?

WALTER.

Sí: ¿acaso eran?...

ESCENA VI.

WALTER, JACOBO, MARGARITA, por el fondo.

MARGARITA.

¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Walter!...

WALTER.

¿Qué ocurre, Margarita?

JACOBO.

Pálido está tu rostro: lágrimas lo inundan, ¿qué tienes?

MARGARITA.

¿No habéis oido?

JACOBO.

Sí, el pregón.

MARGARITA.

(Sollozando.) ¡Juana!... ¡á muerte!... ¿en la hoguera?... ¡en esta misma plaza!... ¡Ah, Walter, no es posible! ¡no seréis tan crueles!

WALTER.

Mal nombre pones á nuestra justicia.

MARGARITA.

¡Justicia! no lo es: no puede serlo. Juana es inocente: lo juro. ¡Ella hechicerías! ¡Virgen santísima! ¡Es tan buena! ¡La queria yo tanto! ¡Cuántas veces esta primavera pasada, nos sentábamos juntas en el jardin al lado del rosal!

JACOBO.

Lo abrasó el sol de este verano: ¡mal presagio! Si el fuego del cielo lo convirtió en marchito ramaje, cuenta no quiera el ramaje convertirse en fuego.

MARGARITA.

No, Jacobo, no digas eso: no es posible, Walter no lo consentirá: ¿verdad, que no lo consentirás? y tú lo puedes todo con Calvino. Oye, Walter: yo te recogí en mi casa cuando á su puerta caiste sin aliento; yo te velé muchas noches; sequé tu frente empapada en sudor; humedecí tus secos labios. Oye, Walter: yo no te conocía antes: si algo sentí al verte fué miedo, y sin embargo recé por tí, lloré por tí; ¡ya ves que he sido buena, muy buena contigo!

WALTER.

Dios lo quiso; Él dispuso que lo fueses: no

reclames para tí méritos que no son tuyos.

MARGARITA.

¡Walter!...

WALTER.

Esto no quita para que, en lo humano, yo te agradezca el esmero con que me cuidaste. Pero si por gracia de Dios fuiste compasiva, porque Dios retiró de ella su mano, fué Juana culpable, y no han de valerle tus merecimientos, cuando ni aun para tí son tuyos.

MARGARITA.

Eso que dices...

WALTER.

Basta: tu ruego me golpea en el cráneo como una maza de plomo. Calvino sabe lo que hace: hay mucho que corregir: la debilidad es un crimen, y la mujer fué siempre para el pecado tentación y apetito. (Alejándose de ella con enojo.)

MARGARITA.

¡Walter! ¡por Dios santo, no me rechaces!

WALTER.

¿Y por qué no he de rechazarte? Crees tú, que si tú misma cayeses mañana en el abismo de la culpa ¿yo te ampararía? Mira, Calvino

explica esto bien. El libre albedrío no existe; quien delinque, delinque por voluntad divina; su crimen es sello de infamia y muerte que Dios pone sobre él; es el dedo del Altísimo que le señala y que claramente ordena su castigo. ¿Y no habíamos de castigar nosotros? Predestinados al bien ó al mal nacemos todos: recoja cada cual lo suyo.

MARGARITA.

(Con exaltación.) ¡Ah! ¡esa doctrina es impía, es execrable, es falsa! ¡Yo, yo que soy una pobre mujer, digo que es falsa!

WALTER.

¡Margarita!... (Con voz amenazadora.)

JACOBO.

¡Margarita!... (Conteniéndola.)

MARGARITA.

¡Déjame! (Á Jacobo.)

WALTER.

¡Desdichada!

JACOBO.

Silencio. (Señalando hacia la puerta del fondo.)

ESCENA VII.

MARGARITA, WALTER, JACOBO Y NICOLÁS LA FONTAINE, por el fondo.

WALTER.

Nicolás, bien venido.

NICOLÁS.

Walter, bien hallado.

WALTER.

(Á Margarita en voz baja.) (No quiero recordar lo que has dicho, y con no recordarlo, si mucho hiciste por mí, no hago yo menos en tu favor.)

NICOLÁS.

Buen semblante. (Á Walter.) Ni cuando argumentabas en el Consistorio te ví color más encendido.

WALTER.

La frente me arde; me hierve el pecho; no estoy bueno, Nicolás.

NICOLÁS.

Y aun así argumentabas cuando llegué.

WALTER.

La santa doctrina ha de sustentarse hasta en la hora de la muerte.

NICOLÁS.

¿Era contra Jacobo?

JACOBO.

¡Dios me libre!

NICOLÁS.

Entonces... si no eras tú... ¿Qué... sería?... (Señalando á Margarita.)

WALTER.

Dudas, que yo quise resolver, sometió á mi experiencia.

NICOLÁS.

Consulta te traigo también, Walter; pero de mayores alturas viene.

WALTER.

¿Es de Calvino?

NICOLÁS.

Precisamente.

WALTER.

Honor y grande sería para mí, si en estas

materias cupiesen vanidades humanas. Discutiremos. (Pequeña pausa.) ¿Y se trata?...

NICOLÁS.

De Servet y de su proceso.

WALTER.

¿Dieron con el malvado español?

NICOLÁS.

Todavía no, pero se dará con él.

WALTER.

¿De suerte que Calvino por anticipado se ocupa?...

NICOLÁS.

De su acusación ante el Consejo. Yo la sostendré como parte criminal; el hermano de Calvino será mi fiador: los puntos teológicos vienen en este papel.

WALTER.

¿Cuántos son?

NICOLÁS.

Treinta y ocho.

WALTER.

Con uno me basta para encender su pira en esa plaza.

JACOBO.

(Aparte á Margarita.) (Y con los restantes á mí para encender la suya en el infierno.)

WALTER.

¿Los principales?...

NICOLÁS.

Son estos. Se le acusa de negar la Trinidad santísima, la divinidad de Cristo y la inmortalidad del alma. En fin, aquí están todos. (Mostrando un papel.)

WALTER.

Pues ven, ven: ahora mismo quiero verlos. (Dirigiéndose á la puerta de la escalerilla.)

NICOLÁS.

Sin embargo... si tu cuerpo anda débil...

WALTER.

Mi voluntad es fuerte. (Sigue marchando; Nicolás le sigue.)

JACOBO.

(Desde su puesto y riendo irónicamente.) ¿Tu voluntad, Walter? ¿De voluntad hablas? ¿Luego con libre albedrío te supones? ¡Como yo fuera miembro

del Consistorio ó del pequeño Consejo, sin una buena acusación de hereje no te escapabas de mis manos!

WALTER.

(Desde lo alto de la escalerilla y ya junto á la puerta, pero volviéndose á Jacobo que está siempre en primer término.)

¡Pues á ello, y á ver cómo prueba algo contra mí el médico famoso de los filtros endiablados!

JACOBO.

Que tú aprovechas.

WALTER.

Pero que tú fabricas.

JACOBO.

¿Quién más culpable?

WALTER.

El que lo es por oficio.

JACOBO.

Que da la vida.

WALTER.

Pues más dijera yo que va la muerte conmigo. (Salen él y Nicolás.)

ESCENA VIII.

MARGARITA, JACOBO.

JACOBO.

Y en eso acierta.

MARGARITA.

¿De modo que Walter?...

JACOBO.

Lleva la condenación en el alma, según tú dices; y la muerte en el cuerpo, según digo yo. De lo tuyo nada sé; de lo mío respondo por ante Hipócrates y Galeno y la Universidad de París.

MARGARITA.

¿Pues cómo?...

JACOBO.

Del primer ataque le salvó mi famoso filtro, como él dice; vendrá el segundo muy pronto, y aún le sacaremos á tierra de vivos; pero ¡qué poco durará después! Días, horas, quizá instantes.

MARGARITA.

Sea de él lo que Dios disponga; pero... ¡ah, mi pobre Juana!

ESCENA IX.

MARGARITA, JACOBO, BERTA, por la derecha primer término.

BERTA.

(Avanzando la cabeza poco á poco, mirando á todas partes y entrando después con grandes demostraciones de alegría.)

¡Margarita!... ¿No está?... ¿Verdad que no está?... ¡Ay, Dios mío!

JACOBO.

Marchóse á sus alturas. Entra sin empacho, y acaba de una vez con tus aspavientos y conturbaciones, que vas estando temosa con el tal Walter.

BERTA.

¡Margarita!... ¡si supieses!... ¡Estaba yo en el jardín, y por entre los mal unidos tablones de la empalizada me llamaron!... me llamaron... y voy... (Dirigiéndose al fondo.)

MARGARITA.

(Deteniéndola.) ¿Pero quién era?

BERTA.

«¡Berta!» dijo alguien; «corre, ve y abre... ¡pronto!»

MARGARITA.

¿Pero quién era?

BERTA.

(Abrazando á Margarita.) ¡Quién ha de ser cuando pongo tanto afán en obedecerle! (Se separa presurosa de Margarita y se va hacia la puerta del fondo.)

MARGARITA.

(Yendo tras ella.) ¡Conrado!

BERTA.

¡Ese!... ¡ese!... ¡mi Conrado! (Sale presurosa.)

MARGARITA.

Gracias, ¡Dios mío!

ESCENA X.

MARGARITA, JACOBO.

JACOBO.

¡Ya era tiempo! Y ahora lo que importa es no perderlo más. Mañana doy por bueno á Walter ¡que es dar! y os deja libres: rociáis la casa con agua bendita, como primera precaución; os encomendáis de seguida á Dios mise-

ricordioso, como quien afronta mortal empresa, y os casáis en la capilla de Roger antes de tercero día. Con lo cual y con despediros de vuestro buen Jacobo, sin dar más espacio al diablo, ¡á España! que ancha es Ginebra por hoy para calvinistas; y para suizos, Suiza; pero no para españoles, cristianos viejos y católicos de los de ¡Roma y el Apóstol!

ESCENA XI.

MARGARITA, JACOBO, CONRADO, BERTA. Los dos últimos por el fondo. Conrado con gran apresuramiento y ansiedad.

CONRADO.

¡Margarita! (Corriendo hacia ella.)

MARGARITA.

¡Conrado!... ¡Al fin!... ¡para siempre! (Yendo á su encuentro.)

CONRADO.

Para siempre, ¡amor mío!... ¡Jacobo!... (Tendiéndole la mano.) ¡Pero oye!... (Volviéndose hacia Margarita.)

MARGARITA.

¿Qué tienes, Conrado? ¡Algo más que el contento de verme hay en tí!

CONRADO.

¡Hay alegría; pero hay angustia horrible también!

MARGARITA.

¿Por qué ó por quién?

CONRADO.

Por un hombre...

MARGARITA.

Sigue.

CONRADO.

¡Á quien en otro tiempo llamaba padre; por un español, que salvó mi vida; por el sér más perseguido y desdichado que conozco; por el alma más noble que existe!

JACOBO.

(¡Ah... ¿qué dice?...) (Aparte como adivinando algo.)

MARGARITA.

¿Y en peligro está?

CONRADO.

¡De muerte!

MARGARITA.

¡Pues á salvarle! (Diciéndole con ademán enérgico que vaya.)

CONRADO.

Tú lo puedes.

MARGARITA.

Que es poder tú. Dí, cómo.

CONRADO.

Abriéndole la puerta de tu casa.

MARGARITA.

¿No es tuya más que mía?

CONRADO.

¡Casa! ¡ah! yo no la tengo: cuarto mezquino de mísero estudiante, que con otros divido: á tenerla no le trajera á la tuya.

MARGARITA.

¡Calla, cruel! ¡que hasta hoy jamás me ofendiste!

CONRADO.

¿Luego consientes?

MARGARITA.

¿Por qué tardas en ir á buscarle?

CONRADO.

Abajo espera.

MARGARITA.

¡Pues pronto!

CONRADO.

Gracias, Margarita. (Estrechándole la mano.)

MARGARITA.

¡Conrado!

CONRADO.

Se llama...

MARGARITA.

¡Qué importa!... ¡Ve!

CONRADO.

Sí: los instantes son siglos. (Sale apresuradamente.)

ESCENA XII.

MARGARITA, JACOBO, BERTA. Margarita corre á la puerta de la escalerilla y la cierra y asegura. Después viene al primer término.

BERTA.

(Á Jacobo.) ¿Quién será?... ¡Margarita y yo oimos dos pregones desde el balconcillo de la escalinata: uno, el de Juana; otro, el de Miguel Servet!... ¡Si fuese!...

JACOBO.

¡Si fuese!... ¡Dios mío, qué idea!

BERTA.

(Á Margarita.) ¿Qué has hecho?

MARGARITA.

Cerrar aquella puerta. Y ahora, prepara el pabellón del jardín para ese desdichado. Nadie ha de verle, nadie, y Walter menos que nadie.

BERTA.

Margarita, los impulsos más generosos son á veces los más imprudentes. ¿Sabes lo que vas á hacer?

MARGARITA.

Sí, madre: cumplir mi obligación.

ESCENA XIII.

MARGARITA, BERTA, JACOBO, CONRADO, SERVET: los dos últimos por el fondo.

CONRADO.

¡Esa!... ¡esa es mi Margarita!... (Á Servet desde que entran.)

JACOBO.

¡Él!... ¡Servet!...

BERTA.

(Á Margarita.) (¡El proscripto!... ¡el hereje!)

MARGARITA.

(Á Berta.) (Lo sabía.) (Adelantando unos pasos hacia Servet.) Señor... (Todo esto rápido.)

SERVET.

Conrado lo ha querido: fuerzas me faltaban, y cedí á su ruego. Pero al verte niña angelical, vacilo entre dos contrarios impulsos: el de la gratitud me lleva á tus plantas; el del remordimiento me arroja otra vez á esa triste plazoleta, en donde me recogió Conrado, y que fué reposo de un instante en esta eterna calle de mi amargura.

MARGARITA.

No harás eso si de algo sirve mi súplica.

JACOBO.

(Adelantándose.) Eso harás, si algo vale para Miguel Servet el leal consejo de un compatriota, de un amigo, de un discípulo.

SERVET.

¡Ah!... ¡Jacobo!... ¡mi buen Jacobo! (Se abrazan.)

JACOBO.

Sí, tu buen Jacobo, que te dice: huye de esta casa; quiso salvarte y al abismo te arroja. (Señalando á Conrado.)

CONRADO.

¡Yo!... ¡al abismo! ¿de qué modo?

JACOBO.

Trayéndole á donde está Walter.

CONRADO.

¡Walter aquí!

JACOBO.

Y por si él no bastase, arriba tienes á Nicolás Lafontaine.

CONRADO.

¡Ira de Dios!... ¡Huyamos! (Á Servet.)

SERVET.

¡Sea! pero dejadme, dejadme solo, me fatiga esta lucha. Yo mismo me entregaré al primer esbirro que encuentre, diciéndole: yo soy Mi–

guel Servet y este es mi libro; no nos busquéis más, que al triunfo ó al martirio venimos los dos. (Dice esto mostrando un libro bajo la ropilla y hablando con exaltación.)

CONRADO.

No, eso no. Pero ven por allí. (Señalando hacia el fondo.)

MARGARITA.

Eso tampoco; por allá, al pabellón del jardín. (Señalando la primera puerta de la derecha.) ¿Dónde más seguro que en la misma casa que ocupa Walter? ¿Quién ha de buscarle en ella?

CONRADO.

Es cierto.

JACOBO.

En eso, bien mirado, razón tienes.

MARGARITA.

Walter, ya restablecido por completo, saldrá mañana: tú me lo asegurabas há poco; (Á Jacobo.) y después nos queda la buena sombra de su mala sombra, que sólo por obra de Dios pudo convertirse en algo bueno cosa tan funesta. Creedme, tan seguro estará aquí Miguel Servet como jamás estuvo en parte alguna.

CONRADO.

¡Oh, Margarita; si no fuese mi amor adoración fervorosa por el alma que Dios puso en tí, orgullo sería sin límites por el peregrino ingenio que le plugo darte! Ya lo veis, todos perdemos el juicio y el sentido menos ella, y la mejor prueba de juicio y de sentido que nos resta por dar, creedme á mí también, es obedecerla ciegamente. Al pabellón del jardín.

JACOBO.

Pues sea, que á discreción nadie le gana y me doy por vencido. (Con rapidez como todo lo que sigue.)

BERTA.

(Aparte.) (¡Dios mío! ¡ese hombre en nuestra casa!)

MARGARITA.

Ven. (Á Servet.)

CONRADO.

Sí, Servet, vamos.

JACOBO.

Y pronto, porque si bajan...

MARGARITA.

No temas; cerré aquella puerta y además se les oye venir.

CONRADO.

No obstante... (Invitando á Servet.)

SERVET.

Un momento. Bien pensado, yo no puedo, pobre niña, aceptar tu sacrificio. ¿Qué culpa tienes tú de que yo quisiese luchar con Calvino? ¿Ni menos aún de que el infame... ¡él, un protestante!... me delatara á la inquisición católica de Francia en el Delfinado? ¿Por qué has de pagar tú, Margarita, mis imprudencias ó sus crímenes? Á Miguel Servet la hoguera ginebrina, si este es su destino; á su verdugo el fuego eterno de los réprobos; á vosotros el amor, la felicidad, la vida! (Dirigiéndose á Conrado y Margarita.) Adiós; él os bendiga por el bien que me habéis hecho. (Quiere salir, pero Conrado y Margarita le detienen.)

MARGARITA.

No, Servet. Conrado te debe la vida, ¿no es cierto?

SERVET.

Á mí, no: á Dios.

CONRADO.

Y á la ciencia y á la caridad que Dios puso en tí.

MARGARITA.

Pues si él vive por tí, no sería mucho aunque los dos te diésemos la vida que te debemos. (Con entusiasmo.)

CONRADO.

¡No: calla! ¿Morir tú? ¡No, eso no! (Á Margarita con ansia.) Pero ¿quién habla de morir? ¡qué mezquinos alientos tenéis! ¿No está enfrente el lago? ¿no hay barcas que lo crucen? ¡Pues dentro de dos ó tres días á Zurich, y eres libre, y Calvino se abrasa de ira en su propio fuego, por no lograr abrasarte en el de sus hogueras!

SERVET.

(Tristemente, luego con animación.) ¡No me persuades, Conrado! ¡No hay para mí paz, ni descanso, ni albergue seguro en ningún rincón del globo. Me odian por igual católicos y protestantes; *malvado español*, me llaman todos; Alemania, y Francia y Suiza, condenan mis obras á una voz, lo mismo la Geografía de Tolomeo, que la Biblia anotada, que la Restitución del cristianismo; sentencias de muerte llueven sobre

mí, como fuego del cielo; oía esta tarde pregonar mi cuerpo, y aún zumbaba en mis oidos el lúgubre vocear del pregonero de Lión!

CONRADO.

¡Servet, mi buen amigo!...

SERVET.

¡Sí; bien trataban á tu buen amigo en el Delfinado!

CONRADO.

Por Dios, Servet, habla más bajo y calma tu delirio.

JACOBO.

Adentro, Servet, que ya más tarde nos contarás tu historia. (Queriendo llevarle.)

SERVET.

No, es inútil. Saldré de esta casa, volveré á la hospedería de la Rosa, y que Dios disponga de mí lo que sea servido. ¡Ah! ¡si yo os digo que Miguel Servet nació para consumirse en las llamas! ¡Qué mucho que entregue esta carne miserable á las de una hoguera, si las de la ciencia han abrasado todo mi pensamiento, si las del amor divino han inflamado, sublimándolo, mi espíritu! (Animándose por grados, á pesar de las muchas protestas de todos, y reuniéndolos á su alrededor.) ¡Por

eso, por eso me odia Calvino! ¿No lo sabíais? No soy yo, es este libro la causa de su inquina. *La restitución del cristianismo:* ¡esto, esto es lo que le muerde en las entrañas, y por esto le asaltan á una, como tres furias, la envidia, la rabia y la impotencia!

JACOBO.

Basta, por Dios santo.

SERVET.

(Exaltándose cada vez más.) No, si no le temo: llegué á Ginebra y fuí el mismo dia al templo donde predicaba.

CONRADO.

¡Insensato!

SERVET.

¡No! ¡Calvino! ¡él! ¡él, el insensato! Espíritu frío, seco, estrecho, jamás sintió sobre su frente, en las largas horas de la silenciosa noche, el beso místico de su Dios, ¡y yo, sí! El misterio de la Trinidad, el más profundo de cuantos rodean la esencia eterna del solo Dios, ante cuya grandeza me humillo, fué para él, como para todos, misterio incomprensible, símbolo vacío, cancerbero espantable, como yo le digo aquí: (Golpeando el libro.) algo, en suma, que

no está hecho para espaciarse por su frente, más estrecha y más oscura que correa de pastor luterano. En cambio mi Dios no ha tenido para mí ni sombras ni misterios, y le siento todo luz en mi alma toda fuego!

CONRADO.

En él acabarás, si no atajas los insensatos vuelos de tu fantasía.

JACOBO.

Ven, Servet; Walter y Nicolás pueden sorprendernos.

MARGARITA.

¡Sí, por Dios!

BERTA.

(Aparte.) (¡Ah! ¡este hombre ha de perdernos al perderse!) (Dicen lo que precede afanándose todos, menos Berta, que está en acecho, alrededor de Servet.)

SERVET.

(Como volviendo en sí.) Perdonad; tenéis razón. ¡Pero hace tanto que no puedo contar á nadie estas cosas!... Adiós, niña; no quiero trocar tus bodas en funerales: sé feliz. Adiós, Conrado, eres digno de ella. Adiós, Jacobo: en tu frente hay luz, y fuego en tu alma; adelante!... Adiós, amigos míos, dejadme salir.

CONRADO.

¿Pero tú imaginas que yo he de permi

MARGARITA.

No, Servet, no es posible.

CONRADO.

Aunque tengamos que atarte como á un aquí te quedas.

JACOBO.

Y bien mirado, quedarías, maestro, coı que eres.

SERVET.

¡Sois muy buenos!.... pero es preciso. andando.)

CONRADO.

¡No! (Poniéndose delante.)

MARGARITA.

¡Servet!...

JACOBO.

¡Oh! ¡no le detengáis! ¡si él lo quiere! C corre al abismo; entrégate á Calvino, ent le ese libro; ¡y ya verás cómo no sólo tu cu sino tu nombre, tu gloria, tus portentosas

ciones, tus admirables descubrimientos, *todo es humo*, que un instante se mece sobre esa colina, que por algo se llama el Campo del Verdugo, y que luego la brisa del lago se lleva á sus montañas para siempre! ¿Quién fué Servet? Un insensato ó un brujo á quien quemaron en Ginebra. Sigue, maestro, sigue.

SERVET.

(Que al oir las primeras palabras de Jacobo se detuvo y escuchó atentamente, se va acercando al proscenio poco á poco.) ¡No!... ¡mi libro, no! (Apretándolo contra su pecho.) En eso verdad dices. Sólo quedan dos ejemplares en el mundo de toda la edición de Baltasar Arnollet y de Guillermo Gueroult. ¡Los demás los han quemado! ¡los han destruido! ¡ya no son! ¿Pero comprendes tú esto? ¡Infames! ¡impíos! ¡malvados!... Toma, Jacobo: toma, hijo mío; guárdalo: ¡es mi alma, mi alma entera, abrasada por el amor de Cristo, lo que aquí te entrego!

JACOBO.

¿Á mí?... ¡á mí, tu libro!... ¡ah!... ¡sí!... (Con loca alegría: desde este momento él también se exalta y aparece tan loco como Servet.) ¡Sí, maestro, dame!... ¡Ah!... ¡por fin!... ¡por fin lo tengo!

SERVET.

Tú lo pondrás á salvo, ¿no es verdad?

JACOBO.

Antes perderé mi vida que perderlo. (Apretándolo contra su pecho.) Aquí está el gran misterio, ¿no está aquí? (Los dos, separándose de los demás personajes, van á colocarse á la izquierda, cerca de la mesa, y allí hablan en voz no muy alta, pero con exaltación mal contenida. Quedan, pues, divididos en dos grupos: á la izquierda Servet y Jacobo; á la derecha Margarita, Berta y Conrado.)

SERVET.

¿El del hombre-Dios? Sí: ahí está.

JACOBO.

No es eso.

SERVET.

¡Ah, el del Dios trino? También está.

JACOBO.

No, maestro: tu gran descubrimiento: tu gloria imperecedera: tu adivinación maravillosa.

SERVET.

¿Cuál mayor gloria, ni maravilla mayor que las dichas; ni quién, antes [illegible], las pu[illegible] comprender?

JACOBO.

No [illegible] esas teolog[illegible]

SERVET.

¡Ah! tú vuelas firme, pero no tan alto. El de la Encarnación. Por él me preguntas.

JACOBO.

Más bajo aún, pero más firme.

SERVET.

Pues no sé.

JACOBO.

Maestro, el misterio de la vida humana: ¡el de la circulación de la sangre!

SERVET.

(Con desdén.) Ya... ¡era eso! Sí: ahí está. Pero ¿qué importa, ni qué vale, pobre Jacobo? **(Entre tanto hablan en voz baja, dando muestras de impaciencia y señalando hacia ellos, Margarita, Berta y Conrado. En el calor de la conversación, y como buscando algún pasaje, pone Jacobo el libro sobre la mesa y lo abre y examina discutiendo con Servet.)**

BERTA.

¡Ah, qué tiempos y qué hombres, y cómo desprecian la vida cuando se enfrascan en sus sueños y delirios!... ¡su vida... y la de los demás!...

...DO.

(...dose á Ja... ...estás tú también, Ja-

cobo, tanto como tu maestro: con su teología, él; tú, con tu ciencia, y sobre ambos van á caer Walter y Nicolás, que será dar que reir al diablo, y dar nuevos huéspedes á los calabozos del Consistorio.

JACOBO.

(Como volviendo en sí.) Bien dices. Sigue á Conrado.

(Á Servet, dejando abierto el libro sobre la mesa.)

CONRADO.

Ven conmigo.

SERVET.

No; he de ir solo y por allí. (Se dirige al fondo; en la puerta le detiene Conrado.)

JACOBO.

¡Ah, maldita obstinación, y qué cara has de pagarla!

(Se aproxima al grupo que en el fondo forman Servet y Conrado.)

CONRADO.

Que no pasas; ¡ni Aragón y Navarra juntos han de ganarme en terquedad!

SERVET.

¡Conrado!

MARGARITA.

¡Pronto! (Acercándose á la segunda puerta de la derecha y prestando oído.) Creo que bajan: hay tiempo, pero el preciso no más.

BERTA.

¡Sí, ya viene: por Dios y su Santísima Madre, huid!

SERVET.

Adiós, ¡adiós para siempre! (Los personajes están colocados en el orden siguiente: Margarita y Berta á la derecha, segundo término; la primera ha subido los escalones y está junto á la puerta; la segunda al pié de la escalera. Servet, Conrado y Jacobo en el fondo; Servet pugnando por salir; los otros dos cerrándole el paso. En todos profunda ansiedad: hablan en voz muy baja y con rapidez.)

CONRADO.

¡Pues no pasas, aunque todos nos perdamos contigo!

MARGARITA.

¡Pronto!... ¡pronto!

JACOBO.

¡Por ella al menos!

BERTA.

¡Aquí están!... (Huye de la escalerilla y viene á colocarse en la puerta del primer término, disponiéndose á salir.)

WALTER.

(Golpeando.) ¿Quién cerró?... ¡Eh!... ¡Margarita!

SERVET.

¡Ah!... pues bien... por ella... ¡pero mañana!... (Dirigiéndose á la derecha.)

BERTA.

¡Venid!... (Llamándole desde la puerta.)

JACOBO.

Sí... pronto... (Acompañándole desde la puerta del fondo hasta la primera de la derecha. El mismo movimiento hace Conrado.)

WALTER.

¡Margarita!... ¡Jacobo!... ¡Ira de Dios! (Golpeando la puerta.)

SERVET.

¡Ira de Dios!... ¡Esa es la que caerá sobre tí! (Deteniéndose un instante. Berta y Servet salen por la derecha.)

CONRADO.

¡Gracias al cielo!

MARGARITA.

(Disponiéndose á abrir la puerta.) ¿Ya? (Preguntando á Jacobo.)

JACOBO.

Sí. (Después de pronunciar esta palabra, y mientras Margarita abre la puerta, recuerda que el libro quedó sobre la mesa y se precipita á recogerlo.) ¡Ah! (Dirigiéndose á la mesa.)

ESCENA XIV.

MARGARITA, CONRADO, JACOBO, WALTER, NICOLÁS.

La colocación y movimiento de los personajes son los siguientes: Margarita, cuando Jacobo dice que sí, abre la puerta, baja los escalones, y se retira á un lado. Walter y Lafontaine aparecen en este momento, y queda Walter dominando la escena desde lo alto de la pequeña escalera. Conrado siempre en la puerta de la derecha. Jacobo se ha precipitado para coger el libro de sobre la mesa, pero ya Walter está en lo alto de la escalerilla y sorprende este primer impulso. Empieza á anochecer: poca luz en la escena.

WALTER.

(Á Jacobo deteniéndole con el ademán y hablando con enojo.) ¿Por qué huías? ¿Qué llevas ahí? ¿Quién cerró la puerta? ¿Somos fieras para enjaularnos de ese modo? (Bajando los escalones y avanzando: Nicolás le sigue.) Y tú, Margarita, ¿es así como honras y respetas á tus huéspedes? ¡Hola, hola!... ¿aumentó el ilustre senado? ¿quién es aquél? (Señalando á Conrado. Pausa.) ¿No contestáis?

JACOBO.

Ni huía, ni sé quién os enjauló, como tú dices. Y si de enjaular se tratase, ten por cierto

que no sois vosotros quienes más lo merecen. En cuanto á lo que llevo en este libro, pregúntaselo á la droga endiablada que te dió vida, que de él ha salido.

NICOLÁS.

(Á Walter en voz baja.) Serenidad finge y muy oscuro está para verle el rostro, pero no sé qué turbación hay en su acento.

WALTER.

(Á Margarita.) Y tú, ¿nada dices?

MARGARITA.

Digo que mía fué la inadvertencia, señor... y has de perdonarme... Por lo demás, conversábamos cuando llegastéis... y nada oimos... Y ese... ese... es mi prometido.

WALTER.

Muchas cosas pregunté, y en montón y sin orden van llegando las respuestas. ¿Dices que tu prometido es aquél?

MARGARITA.

Sí señor.

WALTER.

(Á Conrado que permanece en la primera puerta de la derecha.) ¿Suiza por patria?

CONRADO.

No: España.

WALTER.

¿Castellano?

CONRADO.

Aragonés.

WALTER.

¿Tu nombre?

CONRADO.

Conrado.

WALTER.

¿Conrado?... ¡Ah, Conrado!... Sí; ¿por qué no? (Pequeña pausa. Los personajes están en el orden siguiente de izquierda á derecha: Jacobo, Nicolás, Walter, Margarita, Conrado. Nicolás observa con curiosidad á Jacobo, que se muestra un tanto inquieto.) Casi con enojo me hablas y sin embargo me agrada tu voz. Hay en ella no sé qué, que me complace y me regocija. El espíritu de gracia debe estar contigo. Sigue: dí más: ya te oigo.

JACOBO.

Dios os guarde. (Haciendo un movimiento para salir.)

WALTER.

Espera: te necesito: mi cabeza va cada vez peor; pero no me interrumpas. Ven, Conrado,

quiero ver tu rostro, y en esta sala ya no hay luz. Acerquémonos á esa ventana y aprovechemos la última claridad del crepúsculo. (Le lleva á la ventana.)

NICOLÁS.

(Aparte y observando á Jacobo y á su libro.) Yo conozco otro libro muy parecido á ese. De las prensas lionesas... ó algo así... ha salido: no hay más. Sabueso soy de herejías, y cuando este médico lo guarda y lo acaricia, no hay que decir si merecerá un buen rescoldo. (Se acerca más á Jacobo: éste se retira: le alcanza, sin embargo, y hablan en voz baja señalando el libro.)

WALTER.

El mismo noble reposo que hay en tu voz, hay en tu mirada, mancebo. Pero aguarda... no hay duda... sí... yo te he visto otra vez.

CONRADO.

¿Á mí?

WALTER.

Ciertamente.

CONRADO.

¿En dónde?

WALTER.

Junto al lago.

CONRADO.

¿Cuándo?

WALTER.

Una tarde.

CONRADO.

No lo recuerdo.

WALTER.

Yo sí: escucha. (Viene con Conrado al primer término: Margarita se acerca: los tres forman un grupo. Otro grupo Jacobo y Nicolás. El primer grupo hacia la derecha: el segundo algo retirado pero hacia la izquierda.) Salía enojado del Consistorio, esa tarde que te digo, por no sé qué disputa teológica: abrasaba mi frente, mis labios estaban secos, irresistibles impulsos de destrucción se agitaban en el fondo de mi sér. Llegué junto al lago: caí sobre una piedra, que de banco servía: en un grueso tronco apoyé la espalda, sobre su ruda corteza mi sien para contener sus latidos, y cerré los ojos. ¿Dormí? creo que no. ¿Pasó mucho tiempo? no lo sé. ¿Logré descansar? eso sí: descansó mi cuerpo y descansó mi espíritu. Sobre mi abrasado rostro sentí la fresca brisa del lago, los tibios rayos del sol poniente, no sé qué efluvios dulces, consoladores y amorosos, como los de otros tiempos que ya pasaron. Abrí los ojos, y tú estabas cerca y me mirabas distraido; pero no eras nota discordante en toda aquella armonía: antes bien, en la primera vaguedad del despertar, porque ahora creo que había dormido, me

figuré que luz y calor, y brisa y efluvios emanaban de un solo foco, y que ese foco de misteriosa calma... eras tú... ¡Pero bravas cosas te estoy diciendo, y bueno es que Walter ande al fin de sus años con mimos y lagoterías!

CONRADO.

No tienes en verdad esa fama.

WALTER.

Ni tampoco la apetezco. Todo ello es, que yo conozco y distingo al primer golpe de vista los réprobos y los elegidos, y conocí que era de los últimos. Mancebo, sé feliz (Volviéndose.) ¿Y tú qué haces, Nicolás, que no llevas mis notas á Calvino? (Los personajes quedan de izquierda á derecha en el orden siguiente: Jacobo, Nicolás, Walter, Conrado y Margarita; los tres primeros hacia el segundo término, los dos últimos en el primero.)

NICOLÁS.

Disputaba con Jacobo.

WALTER.

¿Sobre qué?

NICOLÁS.

Asegurábale yo, que ese libro no es de prensa lícita y conocida.

WALTER.

¿Y él?

NICOLÁS.

Lo negaba.

WALTER.

¿Y acabásteis la disputa?

NICOLÁS.

No acabó, que antes se encrespaba cuando tú nos interrumpiste, y á punto estábamos de ponerle yo cien coronas de oro contra un maravedí de Castilla.

WALTER.

¿Y aceptó él?

NICOLÁS.

No quiso.

WALTER.

Pues pronto se desvanece la duda en viendo el libro.

JACOBO.

¿Dudas? yo no las tengo.

NICOLÁS.

Pero yo sí.

JACOBO.

Pues buen provecho te hagan, que con ellas te dejo.

(Al decir esto pasa delante de Nicolás y quiere salir.)

WALTER.

Mal corazón y buena descortesía. (Deteniéndole.)

JACOBO.

Él responde de ella. (Golpeándose el pecho.)

MARGARITA.

(En voz baja á Conrado.) (¡Dios mío!)

CONRADO.

(Lo mismo á Margarita.) (Silencio.)

WALTER.

Dame ese nido de víboras. (Extendiendo el brazo. Conrado deja á Margarita y va á colocarse al lado de Jacobo.)

JACOBO.

Lo mío es mío, y nadie pone en ello mano sin que yo se la taladre con este hierro. (Golpeando el puñal.)

WALTER.

Nadie que no tenga derecho, pero ese lo tiene.

NICOLÁS.

Y por tenerlo... (Intenta coger el libro: Jacobo retrocede hacia la derecha y queda junto á Walter: con una mano, como para huir de Nicolás, retira el libro que de este modo queda al alcance de Walter; con la otra coge el puñal y hace frente á Lafontaine.)

JACOBO.

¡Ni tú, ni el mismo Calvino!

WALTER.

¡Pues en su nombre te lo arranco! (Le quita el libro.)

JACOBO.

¡Miserable! (Puñal en mano se arroja sobre Walter. Conrado le contiene: después los dos vienen al primer término y con Margarita forman un grupo. Los gritos que siguen casi simultáneos.)

CONRADO.

¡Jacobo!

MARGARITA.

¡No!

JACOBO.

¡Walter! (Queriendo ir hacia él.)

WALTER.

(Á Nicolás, que se dirige á él, dándole el libro.) Toma y mira. (Nicolás mirando el libro junto á la ventana; delante y como defendiéndole, Walter; más allá, formando un grupo, Jacobo, Conrado y Margarita.)

MARGARITA.

(Aparte.) (¡Dios mío!)

CONRADO

(Aparte á Jacobo.) (Calma... calma, Jacobo.)

JACOBO.

¡Déjame, déjame, Conrado!... ¡Yo basto para los dos!... ¡Ese libro es mío!... ¡es mío!

WALTER.

(Á Nicolás.) ¿Qué es ello? ¿árabe ó turco?

NICOLÁS.

Espera... ¡por Cristo!... ¡No!... ¡me engaña el deseo!

WALTER.

¿Qué ves?

NICOLÁS.

Detén á ese hombre.

JACOBO.

(Recobrando su serenidad.) No huía.

WALTER.

¿Qué libro es ese? (Á Nicolás.)

JACOBO.

El de Servet. Yo te lo digo antes que él te lo diga.

WALTER.

No es cierto.

NICOLÁS.

Lo es.

WALTER.

(Poniéndole la mano en el hombro.) ¡Ah!... En nombre del Consistorio eres mío.

JACOBO.

No es maravilla, que há tiempo dí mi alma al diablo.

CONRADO.

¡Walter, él te salvó!

WALTER.

De salvarle trato.

MARGARITA.

¡Te dió la vida!

WALTER.

¡La del cuerpo, y la del alma voy á ¡procu–

rarle! (Volviéndose á Nicolás.) Avisa á Calvino: v
ve con gente: yo entre tanto de él respond
bien pronto ha de ver la cristiandad regocij
cómo Ginebra reprime herejías, consume
probos, y aplica la ley inflexible del Dio
las justicias á los impíos que hicieron reb
la copa de sus misericordias!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del anterior.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA Y CONRADO.

MARGARITA.

¿No quieres que hable á Walter? ¿que le pida, que le ruegue por Jacobo?

CONRADO.

No.

MARGARITA.

Tú has de ver cómo es preciso.

CONRADO.

Y si el caso llega, tú has de ver cómo es inútil. (Pausa.)

MARGARITA.

¿Qué tienes, Conrado? No me miras: tu voz es áspera: hay sombras en tu frente y relámpagos en tus ojos, signos ciertos de que en tu alma ruge la tempestad.

CONRADO.

¿Qué tengo? ¿y tú me lo preguntas? ¡Ah! garita, recuerda nuestra infancia y mira ı tro presente. ¡Entonces todo nos acer hasta la muerte: hoy todo nos separa, ha: deber! Mueren mis padres asesinados e primeras luchas religiosas de Alemania, s dice Berta, y ella por caridad y amor m coge. ¿No es esto empezar la vida por m bien triste? Pues no tanto, porque viu madre, sin amigos y en tierra extraña,] bre y sola mi nodriza, bien pronto la cc desgracia la unió bajo el mismo techo, miseria y la muerte, con ser ángeles de : bra, estrecharon en dulcísimo abrazo á lo niños. ¡Y cómo nos queríamos, aun ant saber lo que era cariño! y cómo te amé, cu supe lo que era amar!

MARGARITA.

¡Conrado!

CONRADO.

¡Hoy, Jacobo en peligro, en peligro Se cómo pensar en bodas, ni en amores!.. que yo te decía: hoy hasta el deber, has amistad nos separa! ¡Por qué habremos do á Ginebra!

MARGARITA.

Éramos pobres: mi madre tenía que recoger la herencia de su hermano... ¡ya ves!

CONRADO.

Sí, ya veo que hubo razón: pero así es la vida, lo que parece más razonable es no pocas veces suprema insensatez. ¡Cuándo podremos huir de esta casa?

MARGARITA.

¡Ingrato! ¡llorando la abandonaré yo! ¡Aquí murió mi madre! ¡aquí me amaste!

CONRADO.

¡Ah! sí. ¿Lo recuerdas, Margarita? Era una noche: tu madre y Berta trabajaban allí, junto á tosca mesa en que ahumaba más que lucía mezquina lámpara. ¡Pobres ancianas! así las ví al entrar, porque yo no estaba.

MARGARITA.

Es verdad.

CONRADO.

Tú habías abierto aquella ventana; en pié, detrás de sus cristales, esperabas á que yo viniese; y un rayo de luna formaba plateado

nimbo alrededor de tus rubios cabellos, Margarita. Al fin llegué, y te ví desde la calle, y me detuve, y nos miramos. ¡Qué extraño, Margarita! ¡qué extraño! Vivir juntos diez y ocho años: primero, niños; luego, yo mozo, tú ángel; al fin, hombre yo, tú ángel siempre. Mezclar risas y lágrimas, placeres y penas: tenerte mil veces en mis brazos: quererte con toda el alma, y no haberte dicho nunca, «¡te amo, Margarita!» Y tú tampoco.

MARGARITA.

Tampoco yo, Conrado.

CONRADO.

Y aquella noche, sin estar juntos, tú en la ventana, yo en la calle, al mirarte, decir «¡qué hermosa es, Dios mío!» Y pensar de repente, «¡pero si yo amo á Margarita!»

MARGARITA.

Y abrir yo los cristales y gritarte «¡Conrado!»

CONRADO.

Sí, pero aquel grito era decirme «¡te amo!»

MARGARITA.

Eso era.

CONRADO.

Así es, que yo te contesté «¡yo también, Margarita!»

MARGARITA.

Y yo te comprendí: ¿cómo no?

CONRADO.

No, si las palabras son inútiles cuando las almas se comprenden. ¡Ah! ¡Dios mío, cómo subí! ¡No era subir, era remontarme á un cielo!

MARGARITA.

¡Y cómo te esperaba yo!

CONRADO.

¿Te acuerdas? Entré, y sin decirnos nada, nos cogimos de las manos, y nos acercamos á las pobres ancianas: te arrodillaste tú llorando y ocultaste el rostro en el seno de tu madre, y yo dije: «nos amamos: has de ser mi esposa: me muero sin ella.»

MARGARITA.

Y yo no puedo vivir sin él, repetí yo, como si mi voz fuese un eco de la tuya.

CONRADO.

Y lo era.

MARGARITA.

Sí.

CONRADO.

Y las pobres mujeres... ¿te acuerdas?... ¡primero, qué sorpresa; después, qué alegría; al fin, qué crueldad! «Bien, será tuya, dijo tu madre; pero hasta entonces... ya ves, hijo mío... no podéis vivir juntos.» De manera que nos separaron, y fuíme con Jacobo. ¡Nuestro primer grito de amor fué nuestra primera separación!

MARGARITA.

Es verdad.

CONRADO.

Pero en fin ¡iba á ser tan corta! ¡Ya las lámparas del desposario eran estrellas en el cielo de mi esperanza... cuando murió tu madre!

MARGARITA.

¡Pobre madre mía!

CONRADO.

¡Trocáronse las bodas en funerales!

MARGARITA.

¡Ah, Conrado, en aquellos días de llanto pensé á veces que os había perdido á los dos!

CONRADO.

Pasa un año: clarean los enlutados ropajes; vuelven fugitivas sonrisas á tus labios... ¡Á mí para siempre! ¿quién podrá separarnos? ¡Ah, la fatalidad terca y traidora! Tengo que ir á Zurich para recoger los dispersos restos de tu herencia. ¡Separados de nuevo!

MARGARITA.

¡Oh! ¡esta vez por breves días!

CONRADO.

Eso creía yo; pero ¿cómo pensar en dichas ni en venturas mientras peligre la vida de Jacobo?

MARGARITA.

¿Temes acaso?...

CONRADO.

¡Sí: todo lo temo del furor de esos calvinistas! ¡Ay del noble aragonés, si cae en poder de Calvino! ¡ay de Jacobo, que ya cayó! ¡ay de tí, si supieran que en tu casa está el blasfemo, el hereje, el demoniaco, el hombre del cancerbero! Margarita, para un sér como tú, los calabozos del Consistorio, negros y fríos, son la muerte; la muerte son los gar-

fios del tormento; y ¿quién sabe? Estos herejes son feroces: por causas fútiles han sacrificado ilustres patricios... ¡Y pensar que es por mí!... ¡por mí!... ¡que yo le traje!... ¡que yo traje á Servet!...

MARGARITA.

¡Calla!... ¡calla!...

CONRADO.

¡No!

MARGARITA.

¡Servet!... (Señalando hacia la derecha.)

CONRADO.

Servet... (Mirando hacia el mismo lado.)

ESCENA II.

MARGARITA, CONRADO, SERVET: este último por la derecha, primer término.

SERVET.

(Deteniéndose un momento.) ¡Ah, la juventud, el amor! Sentimiento divino sería el amor, si no existiese el *amor divino*. Cuando un rayo de sol desciende de allá arriba, y viene á iluminar el perfumado cáliz de flor entreabierta, ¿no es verdad, Margarita; no es verdad, Conrado,

que causa enojo la torpe y oscura nube, que en los aires se interpone y trueca la claridad de los cielos en sombra y tristeza? Vuestro amor, es el cáliz: la dicha, su radiante luz: este proscripto, la negra nube. Pero no os enojéis conmigo: viento de tempestad me trajo, viento de tempestad me llevará muy pronto.

MARGARITA.

¡Causarnos enojos tu presencia!... ¡Servet!

CONRADO.

Mal nos juzgas, si tales cosas piensas. Importa, sí, que huyas de Ginebra, pero no por nosotros: por tí.

SERVET.

No es posible.

CONRADO.

Lo es. Tengo ya barca, fuerte, ligera y segura: hombre tengo también: ahí en frente te esperarán cuando la noche llegue, y con Dios por guía y tu noble aliento, ver puedes el nuevo sol desde la otra orilla del lago.

SERVET.

Te repito que es imposible.

CONRADO.

¿Pero por qué?

MARGARITA.

¿Por qué razón?

SERVET.

Porque no he de salir de Ginebra.

CONRADO.

¡Pero aquí te espera la muerte!

SERVET.

Es posible, no es segura.

MARGARITA.

¿Tienes alguna esperanza?

SERVET.

La de vencer á Calvino.

CONRADO.

¡Ah, siempre esa idea!

SERVET.

En disputa teológica tendría que probarme que soy hereje, y no es fácil probar lo que no

es. (Animándose por grados.) ¡Allí tendría que convencerme Calvino de todas las cosas horribles y execrables de que me acusa! ¡Qué! ¡si no sabéis lo que ese impío dice de mí!

CONRADO.

Eso te da medida de su odio.

SERVET.

Eso sí: su odio. ¡Pues no supone que yo niego la inmortalidad del alma! ¡cuando no hay crimen mayor que éste, porque para todos los demás hay esperanza y para un tal crimen no puede haberla! (Exaltándose por grados.) Quien tal cree, ni cree que hay Dios, ni justicia, ni resurrección, ni Jesucristo, ni santas Escrituras, ni nada; sino que todo es tinieblas y muerte. Así con estas mismas palabras lo diré yo, y quedará escrito, y se oirá en los siglos venideros. Si yo hubiese pensado ó impreso tales abominaciones, inficionando con pestilencia semejante los aires y las almas, yo mismo me condenaría, antes de que me condenase Calvino. ¡Ah! que yo me vea ante él, y ya me oiréis decirle: «¡Mientes, mientes, mientes sin pudor, embrollón infame, Simón el Mago, endemoniado furioso!...» No; no es posible que yo no convenciera á los demás, ya que á él por hereje y empedernido no pudiese.

MARGARITA.

(Dejándose llevar por la exaltación de Servet.) ¡Le oyes, Conrado! Su alma es fuerte, su fé profunda: ¿quién sabe?

CONRADO.

¡Esas ideas, ese furor por la controversia le perderán! ¡El fuego de su fé le abrasa!

SERVET.

¡Eso sí: el fuego de mi fé!

CONRADO.

¡No comprende que está solo!

SERVET.

Eso no: Miguel Servet no está solo, ¡porque Dios está con él!

CONRADO.

¡Vives en otro mundo!

SERVET.

Mejor que éste.

CONRADO.

Pero en éste vive Calvino y por eso no le conoces.

SERVET.

Porque le conozco estoy dispuesto á todo.

CONRADO.

Perecerás en la lucha.

SERVET.

Seré inmortal en el martirio.

CONRADO.

¡La pierdes al perderte! (Señalando á Margarita.)

SERVET.

¿Perder á Margarita? ¡no! Saldré esta noche como deseas.

CONRADO.

¡Ah! (Con alegría.)

SERVET.

Pero no para alejarme de Ginebra, sino para entregarme á Calvino.

CONRADO.

¡Tú!...

MARGARITA.

¿Pero qué dice?



SERVET.

¿Qué os admira? El pobre Jacobo está en poder del Consistorio por culpa mía, y es preciso que yo le salve.

CONRADO.

Salvarle sí, ¿pero de qué manera?

SERVET.

Ofreciendo á Walter que yo mismo me entregaré á su amo y señor si dan libertad á mi pobre discípulo.

CONRADO.

¿Pero tú has hecho?...

SERVET.

Lo que digo.

CONRADO.

¿Cómo?

SERVET.

Escribiendo á Walter.

MARGARITA.

¡Ah!... ¿y Berta?

SERVET.

Fué á buscar un hombre, que entregase mi carta.

MARGARITA.

¿Te convences de que es preciso que yo le hable? (Á Conrado.)

CONRADO.

No me convenzo; pero cedo á la fatalidad que á todos nos arrastra no sé á dónde.

SERVET.

¿También tenéis un proyecto?

CONRADO.

Que hará inútil el tuyo, ó es Walter el más infame de los seres.

MARGARITA.

Pues ve pronto. (Á Conrado.)

CONRADO.

Yo no sé resistir á tus súplicas, Margarita. Iré, aunque algo me dice aquí (Golpeándose el pecho.) que mal consejo me das.

MARGARITA.

Conrado...

CONRADO.

No temas; allá voy. (Se dirige á la puerta del fondo; luego vuelve.) Pero si nada consigo, te prevengo, Servet, que en cuanto cierre la noche te ato como á un demente que eres, te meto en la barca que dispuse, empuño los remos, y entre el barquero y yo nos llevamos por ese tranquilo lago, como á cualquier pobre diablo, al más sublime, pero al más desatentado filósofo de la cristiandad; al más noble, pero al más testarudo aragonés. (Se dirige resueltamente al fondo.) Adiós.

SERVET.

¡Pobre Conrado; qué bueno, pero qué niño!

ESCENA III.

MARGARITA, CONRADO, SERVET, BERTA por el fondo.

BERTA.

(Deteniendo á Conrado en la puerta.) ¿Á dónde vas, hijo mío?

CONRADO.

Á donde Margarita quiere que vaya: á ver á Walter.

BERTA.

¡Tú! ¿á ver á ese hombre? No; pues no has de ir.

CONRADO.

¡Ah, mi buena Berta!... ¡déjame!

BERTA.

No.

MARGARITA.

(Acercándose á los dos.) Es preciso, madre.

CONRADO.

Presto vuelvo, no temas; al fin y al cabo Walter no es basilisco que mate con la vista.

BERTA.

¡Lo es! ¡No vayas! ¡Yo te lo ruego, hijo mío!

CONRADO.

Perdona, ¡Berta!... ¿No ves que Margarita lo desea? (Desprendiéndose de su nodriza.)

BERTA.

¡Hijo!...

MARGARITA.

(Conteniendo á Berta.) ¡Por Dios, Berta!

CONRADO.

(Conrado desde fuera ya.) ¡Adiós!

ESCENA IV.

MARGARITA, BERTA, SERVET.

BERTA.

(Queriendo seguir á Conrado; Margarita la contiene.) ¡Conrado!... ¡hijo mío!... ¡ah, no me oye! ¡Así van los que van al abismo de su perdición!... ¡Insensato!... ¡insensato! (Berta y Margarita vienen al primer término.)

MARGARITA.

¿Pero qué daño puede resultar á Conrado de ver á Walter?

BERTA.

De ver á Walter, ninguno: de que Walter le vea, mayor daño del que tú imaginas.

MARGARITA.

(Con extrañeza.) ¿Por qué?

BERTA.

¿Por qué? No preguntes la razón de las cosas; son porque son.

SERVET.

¿Llevaste mi carta? (Á Berta.)

BERTA.

¡Yo!... no. Pero busqué quien la llevase.

SERVET.

¿De suerte que ya estará?...

BERTA.

En su poder.

SERVET.

Así sea.

BERTA.

Así será, si ha de ser causa de desdichas, que entre Walter y el mal hay atracción irresistible. (Se sientan todos: junto á la mesa Margarita y Berta se ocupan en sus labores. En el sillón del lado opuesto Servet.)

SERVET.

Mucho le odias y sentimiento poco cristiano es ese.

BERTA.

Menos cristiano es él.

MARGARITA.

Le conoció en otro tiempo, presenció sus hazañas, y sólo el nombre de Walter horroriza á mi pobre Berta.

SERVET.

¿Le conociste? (Á Berta.)

BERTA.

Sí.

SERVET.

¿En dónde?

BERTA.

En Alemania.

SERVET.

¿En qué ciudad de Alemania?

BERTA.

En Witemberg.

SERVET.

¿Era ya reformista?

BERTA.

Y verdugo de católicos. Más de una vez la sangre de nuestros hermanos saltó á su frente,

y el humo del incendio tiznó su rostro, y del rasgado paño del altar hizo dogales. Fué en los campos soldado de la herejía; cabeza de motín en las ciudades; asaltó iglesias como lobo carnicero desamparado aprisco, y blandió su brazo, enorme martillo de herrero contra las sagradas imágenes, agudo puñal de Italia contra mujeres y niños.

MARGARITA.

¡Jesús, Berta! no es posible; en esa pintura hay exageración. Perversa en su índole, pero en todo hay límites, hasta en el mal.

BERTA.

Pues eso decían.

SERVET.

Sin duda sus enemigos.

BERTA.

Que para el caso lo eran todos, porque todos repetían el mismo son.

MARGARITA.

No, Berta: Satán existe, pero en sus infernales antros.

BERTA.

Y á veces también bajo forma humana; esto se sabe, y el que lo niegue poco aprendió de magias y de hechicerías.

MARGARITA.

¡Dios nos libre!

SERVET.

En suma, tú solo conoces las maldades de Walter por cuentos de viejas y por inquinas de católicos. Yo le conozco más y mejor, ¡que por experiencia hablo! y con todo no le creo tan malo.

BERTA.

(Exaltándose.) Por experiencia hablo yo también.

SERVET.

¿Tú? (Mirándola fijamente; Margarita suspende su labor.)

BERTA.

Sí.

SERVET.

¿Tú le has visto asaltar templos?

BERTA.

¡Pues no! Y profanar altares.

SERVET.

¿Tú le has visto matar?

BERTA.

(Exaltándose más.) ¡Matar mujeres!... ¡y niños!... No, eso no: matar niños no le he visto; pero es muy capaz.

MARGARITA.

Cuenta, madre; cuéntanos la historia de Walter. No sé por qué, pero quiero saber quién es Walter.

BERTA.

¿Quién es? Ya lo sabes por desgracia, y si no, pregúntaselo al desdichado Jacobo.

MARGARITA.

Pues bien, si sé quién es, quiero saber quién fué.

BERTA.

Un ciudadano de Witemberg; esposo de la mujer más buena y más hermosa de la Sajonia, y padre de un ángel, que por no tener alas, no pudo volar al cielo.

SERVET.

¿Le amaba Walter?

BERTA.

¿Á quién?

SERVET.

¿Á su hijo?

BERTA.

No: él jamás amó; le miraba, sí, horas enteras, sin fruncir el entrecejo, ni apretar los dientes, que esto era en él el límite supremo de la ternura, pero nada más.

SERVET.

¿Ni un beso siquiera?

BERTA.

¿Un beso? tampoco: nunca... Sí, una vez; yo creo que entre sueños, por distraido, más que por amante.

MARGARITA.

Vamos, Berta, eso ya no es justicia.

BERTA.

Te diré cómo fué. (Pausa. Margarita y Servet escuchan con interés marcado.) Era la caida de la tarde. Walter salió al jardín y dejóse caer en un banco de piedra: el niño jugaba entre las flores: le vió su padre y le llamó, y hacia él fuese el pe-

queñuelo. Púsole al fin sobre sus rodillas, le miró largo rato y cerró los ojos. No sé cuánto tiempo pudo pasar; ello es que el niño permaneció inmóvil. Despertó Walter, le contempló con afán, le apretó entre sus brazos, y entonces... entonces fué cuando le dió un beso. Aquel grupo, iluminado por el sol poniente, parecióme que era Satanás y un ángel besándose en un rayo de luz.

SERVET.

Todo lo que quieras, pero le besó.

BERTA.

Fué maldad, no amor; y la prueba es que el niño, que al principio reía, al fin se echó á llorar, y yo tuve que ir á quitárselo á su padre.

SERVET.

¡Tú! (Con extrañeza.)

MARGARITA.

¡Tú! (Idem.)

BERTA.

Yo... que casualmente estaba allí: éramos muy amigas la nodriza del niño y yo... ¿Qué hay en esto que os extrañe? (Turbada.)

SERVET.

Bien mirado, nada. Pero decias que habíasle visto asaltar templos, romper imágenes y matar mujeres, y nos encontramos conque hasta ahora sólo le has visto dar un beso á un niño.

BERTA.

Y también... *¡lo otro!*

MARGARITA.

(Con cierta impaciencia.) Pues dí, acaba: ¿cómo fué? ¿cuándo? ¿por qué?

SERVET.

Si en ello no hay misterio...

BERTA.

¿Misterio?... ¡No! ¡No creais!... El hecho fué público...

SERVET.

Pues dinos lo que sepas.

BERTA.

(Fingiendo indiferencia.) Pues lo diré: sí, lo diré. Fué el caso que la pobre mujer de Walter era católica, y católica la nodriza del niño... aquella amiga mía.

SERVET.

¿Pero Walter?...

BERTA.

¡Lo ignoraba!... ¡ya lo creo que lo ignoraba!

SERVET.

¿Y bien?...

BERTA.

Pues llegó un domingo: Walter había ido de expedición: luego se supo cuál era. Conque no le esperábamos: mal hace quien no cuenta con él. Las luces de la mañana blanqueaban el horizonte, cuando la pobre Dorotea, y el niño, y yo... y además, por supuesto, la nodriza... nos deslizamos por las oscuras y revueltas callejas hasta llegar á casa de don Gonzalo, un buen hidalgo español, que tenía capilla secreta, y sacerdote católico, y licencia de Roma. Entramos y empezó al punto el santo sacrificio de la misa, que sacrificio fué al cabo. ¡Dios mío, veinte años han pasado y aún me parece que veo aquella escena, tan de paz al principio, tan horrible al fin!

(Se levanta agitada; Margarita y Servet se levantan al mismo tiempo y se acercan á ella con afán é interés.)

MARGARITA.

Sigue.

SERVET.

¿Y qué más?

BERTA.

(Como evocando recuerdos.) Dorotea de rodillas; de rodillas yo y empeñada en que el niño doblase las suyas: ¡pobre pequeñuelo! me miraba, sonreía y vuelta á levantarse. D. Gonzalo junto al altar, á su alrededor la servidumbre, algunas velas encendidas, mucha sombra por los muros, por una claraboya del techo un rayo del alba, el sacerdote, sus cabellos blancos, una campanilla que á intervalos suena débilmente, una pequeña nube de incienso que parece que sube por el rayo de luz!... ¡qué dulzura, qué calma, qué inefable misterio!... (Pequeña pausa.)

MARGARITA.

¿Y después?

SERVET.

¿Y luego?

BERTA.

¡De repente un grito de dolor allá fuera! ¡otro grito allí mismo junto á mí! ¡luteranos que entran! ¡brazos que golpean! ¡un hombre

que hiere á Dorotea en la garganta! ¡era Walter!... ¡Hijo mío! grité yo y me abracé al niño... No, dejadme... les veo aún... ¡Dorotea!... ¡Walter!...

MARGARITA.

¿Y el niño?

BERTA.

¡Yo le salvé, yo; con él huí, con mi Conrado!...

MARGARITA.

¿Qué?

SERVET.

¿Qué has dicho?

MARGARITA.

¿Se llamaba?... ¿dices que se llamaba?...

SERVET.

Que se llamaba Conrado, ¡eso te hemos oido!

BERTA.

(Retrocediendo hacia la derecha.) Y bien... ¿por qué no?

SERVET.

¡Berta!...

MARGARITA.

Madre, una idea horrible se aferra á mi rebro...

BERTA.

¡Quiero irme de aquí!... ¡estos recuer me enloquecen!

SERVET.

¡Acaba!...

MARGARITA.

¡Por Dios santo, dílo todo!... ¡todo!

BERTA.

(Siempre retrocediendo. Margarita y Servet la siguen.) inútil... no diré más... dejadme... paso... ¡ so...

SERVET.

¡Hablarás!

MARGARITA.

¡Berta!... ¡Berta!... ¡has de hablar!...

BERTA.

¡No!... ¡no!... ¡apartaos!...

WALTER.

(Desde fuera.) Espera, Lafontaine...

BERTA.

¡Su voz!... ¡que no me vea!...

MARGARITA.

¡Madre mía!...

BERTA.

¡Pues si lo soy, no quieras matarme!...
(Se desprende de ambos y huye por la derecha, primer término.)

ESCENA V.

SERVET, MARGARITA.

SERVET.

Esa mujer no lo dice todo.

MARGARITA.

Pues ha de decirlo.

SERVET.

(Dirigiéndose á la derecha.) Yo la obligaré.

MARGARITA.

(Yendo tras él, deteniéndole y hablando en voz baja.) ¿Será cierto?

SERVET.

¿Qué?

MARGARITA.

Lo que yo estoy pensando.

SERVET.

¿Y cuál es tu idea?

MARGARITA.

La tuya.

SERVET.

¿Tú crees?

MARGARITA.

No: ¡no lo digas!... Vete... arranca de sus tercos labios ese secreto... Pronto... ya vienen..

SERVET.

No temas; yo sabré la verdad. (Sale por la recha.)

MARGARITA.

¡Dios mío!... ¡no: imposible!

ESCENA VI.

MARGARITA, CONRADO por el fondo.

MARGARITA.

¡Él!... ¡él!... (Retrocediendo con espanto.)

CONRADO.

¡Margarita!... Margarita... ¿por qué huyes de mí?

MARGARITA.

¡Huir!... ¡huir de tí!... ¡no, jamás!... (Corre á su encuentro.)

CONRADO.

Fué tu primer impulso.

MARGARITA.

¡No!... ¡no!... ¡digo que no! (Distraida y contestando á su propio pensamiento.)

CONRADO.

¿Por qué no me miras? ¿por qué ocultas el rostro entre las manos?

MARGARITA.

¡Creí que venía Walter!... ¡Pero no es Walter!... ¡Tú no eres Walter!... ¿Verdad que no?... ¡Dí que no, Conrado!...

CONRADO.

Sí...

MARGARITA

¿Qué?...

CONRADO.

)ue sí: que ahí viene. Cediendo á tu ruego, on galantería, que es en él raro prodigio, eñóse en venir, pero al entrar se ha encon- lo á Lafontaine, y hablando quedan mien- s yo te aviso. ¿Pero por qué me miras de ese lo, Margarita? ¡en tus dilatadas pupilas s hay espanto que amor!

MARGARITA.

parte después de escucharle atentamente y sonriendo con ale-) (¡Ah, su voz, qué dulce suena para mí!... es la de Walter!) Mírame: mírame, Con- o.

CONRADO.

Que te mire? ¡Sí, te miraré y me miraré en ojos! ¡Ah, Margarita, allá en su fondo veo roducida mi propia imagen... pero muy ueña, como se ven los objetos cuando están y lejos ó muy arriba!... ¡qué mucho, si va iendo por el cielo de tu alma!

MARGARITA.

parte como antes.) (¡Ah, su mirada!... ¡cuánta ... ¡no: no es la de Walter!)

CONRADO.

Qué tienes, Margarita?

MARGARITA.

¿Qué sientes por ese hombre... por Walter?

CONRADO.

Odio.

MARGARITA.

¿Profundo?

CONRADO.

¡Implacable!

MARGARITA.

¿Á qué llega?

CONRADO.

¡Á desear su muerte! (Con voz terrible y mirada sombría.)

MARGARITA.

(Aparte con espanto y separándose de Conrado.) (¡Ah, como Walter! ¡así habla, así mira!)

CONRADO.

(Siguiéndola.) ¡Margarita!...

MARGARITA.

¡Calla, insensato! (Rechazándole.)

CONRADO.

¿Por qué me rechazas?

MARGARITA.

¿Sangre en tus manos?... ¡No!... ¡Me das horror!

CONRADO.

¿Ya no me amas?... (Con expresión de horrible angustia.)

MARGARITA.

¡Ah! ¡no amarte!... (Da un grito, se precipita á él y le abraza con trasporte.) ¡No amarte yo!... ¿Quién lo ha pensado?... ¿Quién lo ha dicho?... ¡Insensato!... ¡ahora sí que eres insensato!... ¡Yo te amaría aunque fueses el más infame de los hombres! ¡aunque me odiases! ¡aunque fueran tus brazos mi dogal!... ¡Qué más! ¡yo te amaría aunque en tus venas hubiese sangre de Walter!... ¿Puedo amarte más?

CONRADO.

¡Así, Margarita, así!...

WALTER.

(Desde dentro.) ¡Margarita!...

MARGARITA.

(Desprendiéndose de Conrado.) ¡Él!... ¡no!... ¡ahora no!...

CONRADO.

Espera...

MARGARITA.

En este momento... no sé lo que digo... Después... muy pronto... volveré... ¡Adiós!

CONRADO.

Margarita...

MARGARITA.

(Ya en la misma puerta de la derecha.) ¡Te amaré siempre!... ¡siempre, Conrado!...

CONRADO.

¡Ah, mi amor!... (Con expresión de dicha.)

ESCENA VII.

Conrado, Walter, Lafontaine, por el fondo los dos últimos.

WALTER.

(Deteniéndose un momento en la puerta.) ¿Y Margarita?

CONRADO.

Pronto vendrá. Á prevenirla voy. Perdona si te dejo.

WALTER.

¿Por qué tanta prisa? Yo no la tengo, y no

me desagrada platicar contigo. (Aparte á Nicolás.) (Parece mozo de valía.)

NICOLÁS.

(Aparte á Walter.) (Lo será sin duda, pero no sé en qué lo conoces, ni qué muestras dió de ello.) (Aparte.) (Mal anda la cabeza de Walter.)

WALTER.

(Aparte á Nicolás.) (Eso se conoce en todo.) (Aparte.) (Este Lafontaine es un pobre mentecato; pero Calvino se empeña en hacerle un personaje!) (En voz alta á Conrado.) ¿Eres ginebrino?

CONRADO.

Ya me lo preguntaste en otra ocasión, y en ella contesté.

WALTER.

Cierto. ¿Y tus padres?

CONRADO.

Murieron cuando era muy niño, y de ellos sólo sé lo que me ha referido mi nodriza.

WALTER.

¿Tienes parentesco con Jacobo?

CONRADO.

No: somos amigos; pero tan amigos que por hermano le tengo.

WALTER.

Mal amigo y amistad peligrosa. Supongo que no serás como ese infeliz, todo un desaforado hereje y un empedernido ateo. No lo seas, mancebo, no lo seas. (Con vivo interés.)

CONRADO.

Ni soy hereje, ni soy ateo, á Dios gracias; pero tampoco eres tú mi confesor, ni la confesión forma parte de la doctrina de tu maestro.

NICOLÁS.

Sin ser confesor pudiera ser juez. (En tono de amenaza.)

CONRADO.

¿Y quién el reo? (Con fiereza.)

NICOLÁS.

Tú, por ejemplo.

CONRADO.

¡Vive Dios!

WALTER.

No, Conrado: yo no soy tu juez; no le hagas caso; Lafontaine no sabe lo que se dice: Calvino piensa por él de ordinario, y él perdió la costumbre por inútil.

NICOLÁS.

¡Walter, cuenta con los insultos, que no he de sufrirlos!

WALTER.

Ni Walter sufre réplicas de nadie, ni siquiera de tí.

NICOLÁS.

Las sufre de ese. (Señalando á Conrado.)

WALTER.

¿De ese?... Bueno: pues será capricho, y mis caprichos hay que respetarlos porque llevo consigo razón que los abona y los mantiene. (Golpeando en el puño de la espada.)

CONRADO.

Mucho tarda Margarita. Permíteme...

WALTER.

Como te plazca.

CONRADO.

En breve estaremos aquí los dos.

WALTER.

Bueno: ve allá, Conrado. (Sale Conrado por la derecha, primer término.)

ESCENA VIII.

WALTER, LAFONTAINE.

WALTER.

(Se deja caer como fatigado en el sillón próximo á la mesa y se queda pensativo. Aparte.) (¡Conrado!... ¡Conrado!... ¡Su nombre!... ¿Y qué? un sonido igual á otro sonido: no más. Sombra vana de algo que ya no es.)

NICOLÁS.

¿Sabes lo que pienso?

WALTER.

Lo sabré si lo dices, que en adivinarlo no he de poner empeño.

NICOLÁS.

Que no eres el mismo hombre que antes.

WALTER.

Gasta el día sus horas de luz y de calor, y en negra y fría noche viene á dar al fin. Derrocha el torrente sus aguas invernales, y queda seco y pedregoso en el estío. Desmorónanse las montañas lentamente, y al mar van los escombros de sus cúspides. ¿Qué mucho que yo pase, y me desmorone, y me derrumbe? Si eso no más discurriste, no has de heredar á Calvino en aquella su incomparable sabiduría para interpretar santas escrituras.

NICOLÁS.

Palabras nunca te faltan.

WALTER.

Ni obras me faltaron jamás.

NICOLÁS.

Hasta hoy.

WALTER.

Ni hoy siquiera.

NICOLÁS.

Cierto será, pero no se conoce.

WALTER.

¿Pues qué hice?

NICOLÁS.

Dejar de hacer.

WALTER.

Sepa yo lo que ha sido.

NICOLÁS.

Pues ahí es nada. Casi á la mano tenemos á Servet, y te opones al último esfuerzo que nos resta para dar con ese desapoderado herético, lepra de la religión en el mundo y quizá conspirador en Ginebra.

WALTER.

Si tan á vuestro alcance está, tended la mano.

NICOLÁS.

En sabiendo dónde se oculta.

WALTER.

¡Ah! pues en no sabiéndolo no hay para qué alardear de victoria.

NICOLÁS.

Pues hay para qué, porque hay medio de conseguirla.

WALTER.

¿Cuál?

NICOLÁS.

El que tú sabes. (Con misterio y en voz baja.) Aquí encontramos á Jacobo con el libro de la mentira y de la blasfemia de ese teólogo de Barrabás.

WALTER.

Y á pesar de que yo le era deudor de la vida, yo mismo le entregué al Consejo, que, quién sabe, si fué entregarle á la muerte: él mitigó los dolores de mi cuerpo y yo dí tortura al suyo. Si esto no es celo religioso, descontentadizos sois á fé mía.

NICOLÁS.

Tortura que fué inútil, porque no habló.

WALTER.

Ó tan bajo que no le oísteis.

NICOLÁS.

¿Y tú? (Con interés.)

WALTER.

Algo: una palabra de que os daré cuenta á su tiempo.

NICOLÁS.

Y entre tanto... ¿por qué no apoderarnos de Margarita y de Conrado? Cómplices son: no hay duda.

WALTER.

Cuando no haya otro medio se hará lo que dices.

NICOLÁS.

Tu terquedad es por ese mancebo, que metiósete en el corazón como diablillo travieso por boca entreabierta de vieja bobalicona.

WALTER.

Mi terquedad... mi terquedad... Yo sé lo que hago.

NICOLÁS.

Pero...

WALTER.

(Levantándose y cogiéndole por un brazo.) Oye y no seas botoso. Mañana, no más tarde que al rayar el día, antes de que comience la ejecución, á la cual he de asistir, ve á buscarme, y yo te diré dónde se oculta Servet, quiénes son sus cómplices, cuáles los altos personajes que le protegen: todo. Déjame unas horas no más: des-

pués pregunta, que como me quede una centella de vida, yo te contestaré.

NICOLÁS.

¡Al fin vuelves á ser lo que fuiste!

WALTER.

Espera. Supón que yo muero antes.

NICOLÁS.

¡Walter!... ¡por Dios!... ¡qué idea!

WALTER.

Lo supongo, no lo afirmo: caso posible, no seguro. Mi vida va tambaleándose como libertino beodo al salir de desenfrenada orgía, y de un instante á otro puede caer. Algo, que será la sangre, si Jacobo acierta, y que sino, será el dogal que la muerte va tanteando sobre mi cuerpo antes de echarlo á mi garganta, siento bullir por mi piel. En fin, oye y no me distraigas. Si yo muriese, no ha de decirse que por tema mía el español se escapó de Ginebra, y este pliego os da el medio de echarle mano. (Entregándole un papel.)

NICOLÁS.

¿Este pliego?

WALTER.

Es una carta de Servet.

NICOLÁS.

¿De Servet? ¿Sabes lo que dices?

WALTER.

Acabo de recibirla: promete entregarse si dais libertad á Jacobo.

NICOLÁS.

(Después de leer.) Promete entregarse; pero ¿se entregará?

WALTER.

¡Oh, Servet es aragonés y el orgullo le pierde! No faltaría á su palabra, así tuviese que ir al infierno á cumplírsela al diablo.

NICOLÁS.

Bien dices. Seguro le tenemos. Todo debe esperarse de su valor ó de su soberbia. ¿Pues no osó, el mismo día de su llegada á Ginebra, ir por la tarde al templo en que predicaba Calvino? ¡Será nuestro: será nuestro!

WALTER.

Pero sólo acudís á ese recurso en el caso de

que yo muera; que como Dios me conserve la vida, yo cogeré á la fiera en su cubil y al lobo con la manada.

NICOLÁS.

Fía en mi palabra, Walter.

WALTER.

En ella fío, aunque no tanto como en la de Servet, que eres tú tan humilde como él es vanidoso. (Con ironía.)

NICOLÁS.

¡Walter!...

WALTER.

Y mira... (Como dudando.) una vez el hereje en vuestro poder... ¡qué diablo!... os dais por contentos... y á los demás... ¿eh? ¿me comprendes?... no quiero que resulte de todo ello daño ni aun amenaza para Conrado.

NICOLÁS.

¿Lo ves? ¡ves, Walter, lo que te decía! ¡Hechizos te ha dado el tal mozo!

WALTER.

¿Hechizos?... ¡Imbécil! (Cogiéndolo por un brazo con furia.) Yo tuve un hijo... se llamaba Conrado... y ese nombre... ese nombre... ¿qué te impor-

ta lo que ese hombre sea para mí!... ¿Qué? ¿que esto es capricho? ¿que es delirio?... ¡porque debilidad no es!... ¡pues sea delirio ó capricho hay que respetarlo! ¡hay que respetarlo!... ¡Nicolás!...

NICOLÁS.

¡Basta, Walter!... [illegible] ¡Basta! ¡será como deseas! ¡Tu rostro se inyecta de sangre! ¡tus ojos saltan de las órbitas! ¡tu mano es una tenaza!... ¡Oh! ¡no temas!... Además, ese caso no es probable... y mañana...

WALTER.

Te lo diré todo. Ahora mándame á Jacobo: se entiende, bien guardado. Quiero interrogarle, aquí delante de Margarita.

NICOLÁS.

Aquí te lo enviaré. Adiós, Walter. Buen ánimo. (Con tono sumiso.)

WALTER.

(Cayendo en el sillón.) Adiós.

NICOLÁS.

(Aparte cerca de la puerta del fondo y volviéndose para mirar á Walter.) (Oportuno está en lo de llamar á Jacobo. Como el paroxismo no llegue antes...)

WALTER.

(Volviendo la cabeza.) ¿No te vas?

NICOLÁS.

Sí, al momento: adiós... adiós. (Sale por el fondo.)

ESCENA IX.

WALTER, después MARGARITA, y CONRADO por la derecha.

WALTER.

Mayor impertinente no ví jamás. Ocurrencia fué la de Calvino: convertir á este pobre diablo en teólogo.

CONRADO.

Walter...

WALTER.

¡Ah! ¿sois vosotros?... Ven tú, Margarita; más cerca. Deseabas verme y aquí estoy.

CONRADO.

No temas, Margarita. Habla: Walter lo desea. (Margarita muestra profunda agitación y huye instintivamente de Walter cuando Conrado la lleva hacia él.)

WALTER.

Ya espero, ya oigo. ¿Nada dices? ¿Por qué

con espantados ojos nos miras alternativamente á Conrado y á mí? ¿Qué buscas en nosotros?

CONRADO.

(Aparte.) (Valor, Margarita. Á tu lado estoy. Tú lo deseaste.)

WALTER.

¡Por la gran bestia de la Apocalipsis, que eres estatua más que mujer!

MARGARITA.

¡Walter!... (Avanzando.)

WALTER.

¿Qué vas á pedirme?

MARGARITA.

¡La vida, la libertad de Jacobo!

WALTER.

En tus manos están.

MARGARITA.

¿Yo puedo?...

WALTER.

Salvarle.

MARGARITA.

¿Cómo?

WALTER.

Pronunciando una palabra.

MARGARITA.

¿Cuál? ¿qué quieres que diga? (Acercándose á él con afán y esperanza.)

WALTER.

(Después de una pausa y mirándola fijamente.) ¿Dónde está Servet?

MARGARITA.

(Retrocediendo.) ¡Walter!...

CONRADO.

(Lo mismo.) ¡Esa pregunta!...

WALTER.

Por menos que por el desatentado aragonés no soltamos á ese sabio sin seso, que se nos vino á la llama como atolondrada mariposa.

MARGARITA.

¡Pero yo!...

CONRADO.

¿Cómo quieres que Margarita?...

WALTER.

¡Ea! es inútil fingir. Escucha. (Á Margarita.) Jacobo fué interrogado: no quiso contestar: convirtióse la pregunta en *cuestión* ¿comprendes? (Con sonrisa cruel.) Allá se le calzaron unos borceguíes que le venían estrechos y diósele por añadidura un buen trato de cuerda; ello es, que al cabo de un rato púsose pálido como doncella melindrosa, dobló la cabeza y perdió el sentido. Pero antes, dijo quedo, muy quedo, á pesar suyo, y sin conciencia de lo que decía... ¡yo le creí más fuerte!... pues dijo esto: «¡No temas, Margarita, no temas!» Yo mismo le oí las palabras que acabó de repetirte.

CONRADO.

¡Ah!

MARGARITA.

(Acercándose á Conrado.) ¡Conrado!...

CONRADO.

¡Y los demás oyeron!...

WALTER.

Nadie más que yo, porque en aquel momento me inclinaba sobre él para animarle y con-

vencerle. ¡Oh! yo no le quiero mal: es un atolondrado, pero hace famosos filtros.

CONRADO.

(Con afán.) Nadie le oyó; pero tú, después, habrás repetido sus palabras.

WALTER.

Aquí por vez primera.

CONRADO.

(Aparte, retrocediendo unos pasos y con terrible explosión de alegría.) (¡Pues cuenta con que lo has dicho por última vez!) (La situación de los personajes es como sigue: Walter en pié; junto á él Margarita; Conrado algunos pasos más atrás apretando el puño de su espada y como en acecho. Esta última actitud, con las variantes necesarias, se conserva hasta el fin del acto.)

WALTER.

(Cogiendo á Margarita por una mano y atrayéndola.) Escucha y vamos claramente al asunto. Que Servet está en Ginebra, no admite duda: el mismo Calvino le vió en el templo. Que no vino á tu casa es evidente, porque yo estaba en ella. Que tú sabes dónde se oculta, no hay para qué negarlo, porque Jacobo lo confesó, de suerte que son inútiles tus aspavientos y melindres. Á no ser tú mi enfermera, tu casa mi asilo, y Conrado el nombre de aquél, ya estaríais los

dos ante los síndicos; pero yo con la edad voy haciéndome blando de corazón y me he propuesto salvaros: me dices dónde está Servet, y por tan gran servicio á la causa de Dios, razón será perdonaros los demás pecadillos.

MARGARITA.

No puedo, Walter: si no lo sé, ¿cómo adivinarlo? Si lo supiese, ¿cómo venderle?

CONRADO.

(¡Ah! ¡mi Margarita!) (Aparte con expresión de orgullo.)

WALTER.

¡Cuenta que no le salvas! De todas maneras el hereje estará mañana en mi poder.

MARGARITA.

¿Pues qué falta te hace entonces mi delación?

CONRADO.

(Aparte.) (¡Inútiles son tus teologías de infamia! ¡ya lo ves!)

WALTER.

¡Ya te lo he dicho: quiero cazar la fiera y descubrir la guarida!

MARGARITA.

De achaques de montería, Walter, yo no entiendo: allá, tú y Calvino.

WALTER.

(Con expresión de ira.) ¡Margarita!...

CONRADO.

(Aparte.) (Suplica, convence, amenaza; que yo estoy en esta puerta, y en mi cinto la espada, y ya mi mano la busca con caricias de muerte!)

WALTER.

¡Te cuesta la vida!

MARGARITA.

¿Qué importa?

WALTER.

¡Y la vida á Conrado!

MARGARITA.

¡Eso no! (Con espanto.)

WALTER.

¡Eso sí!

MARGARITA.

¡Él no querría tampoco!... (Volviéndose á Conrado.)

CONRADO.

¡No, mi Margarita!... ¡así!... ¡así!... (Animándola desde lejos.)

WALTER.

¡Mira que acaban las súplicas y que comienza el mandato!... (Á Margarita.)

MARGARITA.

¡Mira que acaba el terror y que comienza el desprecio!

CONRADO.

(Aparte.) (¡Mira, Walter, que acabas tú y que comienzo yo!)

WALTER.

¿Dónde está Servet? (Acercándose á Margarita.)

MARGARITA.

Sin duda en sitio seguro, pues no le encuentras.

WALTER.

¿Dónde está pregunto? (Acercándose más.)

MARGARITA.

Pregúntaselo á tus esbirros.

WALTER.

¿Te niegas á contestarme?

MARGARITA.

Sí.

WALTER.

Pues ven; ven á donde preguntan cuerdas de cáñamo, tenazas de hierro y cuñas que con tan irresistible persuasión se insinúan, que no hay modo de que una delicada doncella como tú las desoiga y desaire. (La coge por un brazo y la lleva hacia el fondo.)

MARGARITA.

(Resistiéndose.) ¡No; déjame! ¿dónde me llevas?

WALTER.

Ya lo verás.

MARGARITA.

¡Conrado!... ¡Conrado!...

CONRADO.

(Cubriendo la puerta con su cuerpo.) ¡Aquí estoy, Margarita! ¡Aquí estoy, Walter!

WALTER.

¡Paso!

CONRADO.

¡Atrás, miserable!

WALTER.

(Soltando á Margarita y retrocediendo hacia la derecha.) ¡Conrado!...

CONRADO.

Cuando tanto te dejé atormentarla, es porque estaba saboreando mi venganza, y por el deseo de que fuese mayor, ¡calvinista del infierno! quería que creciese tu crimen. ¡Cuando consentí que hablaras y hablaras, es porque ibas á callar para siempre! ¡Cuando no te partí el corazón, es porque no lo tienes; pero tienes garganta, que por ella vomitaste, entre roncos alientos, el veneno y la hiel de tu alma, y á segar tu garganta voy con el filo de este hierro (Desnudando la espada.), aunque tenga después que ir en peregrinación á Toledo á comprar otra hoja limpia, por si la magia negra, y Lucifer tu deudo, te lograran resucitar!

MARGARITA.

(Abrazándose á él.) ¡No!... ¡Conrado!... ¡por Dios!... ¡calla!... ¡calla!

WALTER.

(Oprimiéndose la cabeza entre las manos.) ¿Qué ha di-

cho?... ¿qué ha dicho?... ¡Él!... ¡Ah!... Por ningún sér humano he sentido, mancebo loco, la insensata simpatía que por tí: algo al verte se me aferró á este corazón que me niegas, y del que reniego yo también, porque siempre que en la vida quiso dar muestras de sí, dió muestras de torpe y de pazguato; pero no importa: cariño, simpatía ó locura, fuéronse ya de mi pecho, y pues de resucitados hablas, oye lo que te digo.

CONRADO.

Sí: ya te oigo: habla. (Margarita siempre á su lado conteniéndole.)

WALTER.

Si mi propio padre volviese á la vida y me dijese lo que tú me has dicho; si la mujer á quien amé tornase á mis brazos y en sueños lo murmurara; si el Conrado que perdí, él, mi hijo, no un Conrado cualquiera como tú, sino mi propia sangre, niño aún, sin comprender lo que decía, lo repitiese... padre, mujer ó niño, fueran bien pronto ante mí lo que vas á ser tú, miserable, ¡tierra inerte, polvo frío, cuerpo yerto!

CONRADO.

¡Pues prueba!

WALTER.

¡Mira si pruebo!... (Desnuda la espada y se arroja sobre él.)

MARGARITA.

¡No!... ¡no!... (Abrazándose á Conrado.)

CONRADO.

¡Aparta si no quieres mi muerte! (Rechazándola.)

MARGARITA.

¡Walter!... (Cogiéndole el brazo.)

WALTER.

¡Suelta!... (Desprendiéndose de ella.)

CONRADO.

¡Al fin! (Riñe con furor.)

WALTER.

¡El tuyo! (Idem.)

MARGARITA.

¡Conrado!... ¡Walter!... ¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡á mí! (Dice esto dirigiéndose á la derecha, primer término, y llegando á la misma puerta, mientras Conrado y Walter riñen con encarnizamiento en el fondo.)

CONRADO.

¡Ah!

WALTER.

¡Ves!....

CONRADO.

¡No!... ¡toma!...

WALTER.

¡Nada!... ¡esta!...

CONRADO.

¡Tampoco!... (Todo esto muy rápido, al compás de las estocadas, y al mismo tiempo que Margarita llama en su auxilio.)

ESCENA X.

MARGARITA, WALTER, CONRADO, SERVET, BERTA.

Los dos últimos por la derecha. Berta queda detrás del tapiz que cubre la puerta, pero de suerte que el espectador la vea. Servet avanza hasta colocarse entre Conrado y Walter. Margarita corre á buscar á Conrado, y ambos quedan junto á la puerta del fondo.

SERVET.

¡Insensatos!

WALTER.

¡Ah!... ¡No!... ¡Mentira!... ¡Servet!...

SERVET.

Sí, yo: Miguel Servet.

WAL[illegible].

¡Al fin!... [illegible]... [illegible]... [illegible] [illegible]
([illegible] al [illegible])

[illegible]

¡Todos [illegible] pasaréis esta puerta, pero tú no la pasarás!

[illegible]

¿Que no? ([illegible])

[illegible]

¡O saldrás como entraste [illegible]... ¡sin vida!

[illegible]

Sin vida ¡yo!... ([illegible] Servet le detiene y sujeta.)

[illegible]

No será.

[illegible]

(Ya ciego de [illegible] y [illegible] habla con cierta torpeza y confusión en las ideas.) ¿Que yo no voy á hundir esta espada en aquel pecho? ¿eso dices tú?

[illegible]

Eso digo: que no puedes.

WALTER.

¿Por qué?... ¿porque la sangre me ahoga? ¿porque me ahoga la alegría? Ya lo sé. ¡Siento un nudo aquí! (Llevándose la mano á la garganta.) ¡y aquí como el golpe de un martillo! (Indicando el cráneo.) Pero no importa... me queda vida aún para arrancarle la suya... Suelta... suelta... que después vendrás tú...

SERVET.

No es por eso.

WALTER.

¿Pues por qué?

SERVET.

(Llevándole al extremo de la derecha junto á la primera puerta y hablándole en voz baja. La puerta queda á su espalda y por ella asoma Berta con precaución procurando escucharles. Margarita y Conrado en el fondo formando un grupo.) Porque aquel Conrado...

WALTER.

¿Qué?

SERVET.

(Al oído.) ¡Es tu Conrado!

WALTER.

(En voz muy baja.) ¿Cómo?... no te comprendo... ¡mi Conrado!...

SERVET.

¡Sí, el que perdiste en Witemberg aquella mañana!... ¡tu hijo, tu Conrado, tu sangre!

WALTER.

¡Él!... ¡mientes!... ¡hereje del infierno!... ¡mientes!...

SERVET.

¡Mira! (Da un paso atrás: coje á Berta; la obliga á salir por completo y se la presenta.)

BERTA.

¡No!... ¡por Dios!... ¡déjame!...

SERVET.

¿La conoces?...

WALTER.

¡Berta!... (Después de mirarla.)

BERTA.

¡Walter!

WALTER.

¿Él?... (Cogiéndola con ansia y señalando á Conrado.)

BERTA.

¡Sí!... ¡pero no me mates!... (Arrodillándose.)

WALTER.

h!... ¡él!... ¡Jesús! **(Da unos pasos como para ir á lo, y cae sin sentido en el centro del escenario.)**

ESCENA XI.

rgarita, Berta, Conrado, Servet, Walter, Jacobo.

ltimo por el fondo, andando dificilmente y **apoyándose en el** de la puerta. **Berta se levanta y se separa hacia la derecha.**

MARGARITA.

acobo!

CONRADO.

acobo! **(Casi simultáneos.)**

SERVET.

tiempo llegas: salva la vida de ese hombre.

JACOBO.

a vida de ese hombre? **(Con acento rencoroso.)**

CONRADO.

í, para que yo le dé muerte!

SERVET.

o, para cumplir tu deber.

JACOBO.

¡Servet!...

SERVET.

¡Yo lo mando!... No: Dios lo manda. Obedece, obedece, Jacobo. (Conrado y Margarita se han corrido hacia la izquierda: en pié en la puerta del fondo, Jacobo que después avanza apoyado en Servet: Berta á la derecha: en el centro y en tierra Walter: junto á Walter en pié y dominando con su ademán, Servet.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO [1].

La escena representa otra sala de la casa de Margarita distinta de la de los dos actos anteriores.—En el fondo, á la izquierda del espectador, un lecho con grandes cortinas oscuras medio corridas; en el lecho, Walter sin sentido. Siempre en el fondo, y en el centro, una puerta. Á la derecha, pero en el mismo lienzo, una ventana con reja dando al jardín.—Á la izquierda, en el primer término, una ventana con hojas de cristal; el lecho debe estar muy próximo á dicha ventana, para que de este modo se halle lo más inmediato que sea posible al proscenio.—Á la derecha, en primer término, una puerta; además una mesa, un sillón, y sobre la mesa una lámpara encendida.—Junto al lecho otro sillón.—Es de noche: grandes sombras por todas partes; aspecto humilde, pero no pobre; carácter sombrío en el conjunto del cuadro.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, CONRADO, SERVET, JACOBO, WALTER.

Walter sin sentido en el lecho, medio oculto por el cortinaje; junto al lecho Servet y Jacobo; éste sentado en el sillón, aquél en pié á la cabecera. Conrado en el sillón de la mesa y con la cabeza entre las manos; á su lado, y en pié ó sentada, Margarita.

SERVET.

La crisis se aproxima; marcha la sangre más violenta cada vez; el calor crece y crece la ca-

(1) Á fin de aligerar la representación de este acto, pueden hacerse todas las supresiones que van marcadas: se indica el principio de cada supresión con el núm. 1; el fin con el núm. 2.

lentura; su corazón golpea contra mi mano, como su mano golpearía contra mi corazón, á estar Walter en su sentido y tenerme á su alcance... (Con la mano puesta sobre el corazón de Walter.)

JACOBO.

Contrastes de la vida y caprichos de la suerte, ¡sobre un tal corazón mano como la tuya! Quita, quita; que juntas no están bien, cosas que tan poco se parecen.

SERVET.

¡Calla; escucha, escucha cuán angustiosa es su respiración! Conrado ¿qué hora será?

CONRADO.

El reló del Consistorio dió las cuatro y la corneja graznó tres veces. (Dice esto levantando la cabeza: luego vuelve á inclinarla.)

SERVET.

Al amanecer será la crisis; cuando la sombra y la luz luchen en Oriente, sobre ese lecho la muerte y la vida se disputarán su presa.

JACOBO.

Buena presa y segura.

SERVET.

No es segura por hoy, aunque mañana tal vez lo sea.

JACOBO.

Días, horas de diferencia, poco importa.

SERVET.

Importa mucho un solo instante de vida, y yo te digo, que por esta vez entre los dos le salvaremos.

CONRADO.

(Levantando la cabeza.) ¿Le salvaréis?

SERVET.

Sí.

JACOBO.

Capaces somos. Él, de puro bueno; yo, de puro imbécil.

SERVET.

No te comprendo.

JACOBO.

Gracias á Dios, maestro, que dí con algo que tú no comprendieses. Pero déjame descansar, que el tormento que Walter permitió que

me dieran, metióseme en los huesos y aún me muerde en ellos. (Se apoya aún más sobre el lecho.)

MARGARITA.

¡Pobre Jacobo!

CONRADO.

(Aparte.) (¡Ay, Margarita!)

SERVET.

¿Qué le diste en la pasada crisis? (Á Jacobo.)

JACOBO.

(Levantando la cabeza.) ¿En cuál?

SERVET.

En aquella de que tú le salvaste.

JACOBO.

¡Ah! sí. Pues debí darle una buena mistura italiana de esas que no dejan ni sombra de vida, ni rastro de muerte; pero inspiréme, maestro, en tus lecciones y en tu ciencia, y ademas en un cierto libro árabe que ya te mostraré, si escapamos con vida de entre las manos de ese muerto, y compuse esta droga (Sacando del pecho un frasquito.) que por digna de figurar la tengo en tu célebre tratado, ya sabes

cuál: no el de las teologías, sino aquel otro en que tan reciamente la emprendes con Averroes. ¡Pero que no puedas estar en paz con nadie!

SERVET.

(Que ha estado examinando el frasco sin atender á Jacobo.)
¿Y su efecto?

JACOBO.

Fué admirable y fué inmediato.

SERVET.

¿Bastará con esto? (Devolviéndole el frasco.)

JACOBO.

La cantidad precisa. Ni gota más, ni gota menos.

SERVET.

¿Y el instante?

JACOBO.

El de la crisis.

SERVET.

Pues esperemos. (Quedan ambos como estaban: Servet observando á Walter, Jacobo en el sillón. Pequeña pausa.)

CONRADO.

¡Margarita!

MARGARITA.

¡Conrado!

CONRADO.

¿Ves aquel hombre tendido en aquel lecho? ¿Ves aquel cuerpo inerte, sin memoria, sin pensamiento, sin vida casi? Pues ahí está nuestro destino. ¡Una palabra de Walter es tu muerte, pero no la pronunciará aunque tenga yo que clavarle en la garganta mi puñal hasta el pomo!

MARGARITA.

(1) No digas eso, Conrado, que mayor muerte y más cruel que todas las que pueda darme el odio de aquel hombre, me da tu amor cuando tales pensamientos acoge y en ellos se recrea.

CONRADO.

¿Recrearme en ellos? No. ¡Ellos están mordiendo mi cerebro como impalpables monstruos; ellos se enroscan en mi corazón y entre mi sangre se deslizan como víboras; en ellos agonizo cuando su sombra se extiende sobre mi conciencia! Y sin embargo... ¿qué pecado habría en ello? (2)

MARGARITA.

¡Calla, por Dios santo!... ¡No sabes lo que dices!

CONRADO.

¡Sí lo sé todo! (Con misterio.)

MARGARITA.

¡Que lo sabes todo! (Con asombro.)

CONRADO.

Sí.

MARGARITA.

¿Pero qué? ¿pero cómo?

CONRADO.

Aquella escena fué muy extraña, ¿no es verdad? ¡Cuando le dijo Servet al oido... no sé qué... y él me miró... y reconoció á Berta... y luego vino á tierra desplomado!

MARGARITA.

¿Y tú?...

CONRADO.

Yo, al fin arranqué su secreto á mi nodriza.

MARGARITA.

¡Ah!

CONRADO.

Al menos creo haberlo adivinado.

MARGARITA.

¿Y qué adivinaste?

CONRADO.

¡Que aquel hombre... aquel... Walter... hirió á mi madre!... ¡quiso darle muerte!... Eso dice Berta... pero ¿quién sabe?... ¡quizá no lo dice todo: tal vez murió á sus manos!... ¡Ah!... y me niegas el derecho... (Echando mano al puñal y levantándose.)

MARGARITA.

(1) ¡No, Conrado!... ¡No!... ¡eso no!... ¡Por mí!... ¡por mí!... (Conteniéndole: Conrado vuelve á caer en el sillón.)

CONRADO.

Bueno; ya sé que no. Pero ¿por qué no? ¿Ese hombre es algo mío? ¿es siquiera un hombre? Aquella masa que apenas alienta tras aquel cortinaje, ¿qué es, Margarita? Pregúntaselo á Jacobo. Un puñado de tierra que hoy se mueve por virtud de la calentura, y que mañana será polvo, y aguaceros y vientos se llevarán; una lámpara que se extingue, que ya sólo tiene un punto de luz y que muy en breve será eterna sombra. Pues lo que ha de ser mañana ¡sea esta noche y te salvo!

MARGARITA.

Jacobo no dice verdad; quien dice verdad es Servet. Ni aquello, como tú supones, es tierra que se deshace, ni lámpara que se extingue, ni sombra en la sombra. Es un hombre, un hombre infame, es cierto; un monstruo, tal me parece; pero por cuanto sea monstruo é infame no deja de tener un alma, que puede salvarse por el arrepentimiento, y no hay arrepentimiento humano sin vida humana.

CONRADO.

¿Un alma dices que tiene? Pues digna del infierno será, con que le damos lo que merece.

MARGARITA.

Pero no querrás que lo merezcan las nuestras: tu alma y la mía, que es donde pusimos nuestro amor. Conrado, vuelve en tí: sé lo que siempre fuiste, modelo de nobleza y de hidalguía; cumple como caballero y como cristiano, que eso eres, y así te quiero, y no por las sombras, sino por los resplandores de tu espíritu me enamoraste.

CONRADO.

Eres un ángel, pero yo soy un hombre enamorado, á quien de entre los brazos quieren

arrancarle su amor; con que no es mucho que se trueque en fiera, fiera digna de aquella.

MARGARITA.

¿Un ángel yo? No, Conrado, no lo creas. Pobre pecadora soy, mujer que te ama, criatura que empieza á vivir y á quien encanta la vida. ¡La vida contigo, con mi Conrado! ¡Ah! ¡si supieras cómo la deseo! ¡con qué suprema angustia me aferro al borde del abismo para no caer! ¡cómo tengo que ahogar en mi garganta gritos de desesperación, para no desesperarte más! Mira: si aquel hombre estuviese en pié, fuerte y amenazador, la espada en la mano, el fuego de Satanás en los ojos... y sobre todo ¡si no fuese lo que es!...

CONRADO.

¿Si no fuese lo que es? No te comprendo. Si no lo fuese, no sería Walter.

MARGARITA.

(Conteniéndose.) Pues por eso lo digo.

CONRADO.

¿Y bien?...

MARGARITA.

Pues si no fuera... Walter y pudiera defenderse, y quisiera perdernos, yo te gritaría:

«¡adelante mi Conrado, mi bravo esposo! ¡á él! ¡hiere, mata, sálvame, sálvanos!» Ya ves que para ser ángel, como afirmas, de sobra me dejo llevar por la ira y la pasión.

CONRADO.

Hay ángeles de consuelo, pero los hay también de justicia, y aun de celestes venganzas, y como tú quisieras serlo, yo me encargaría de ellas. (2)

MARGARITA.

¿En un hombre vencido y moribundo? ¡noble hazaña!

CONRADO.

Eso ata mis manos y desata el infierno en mi corazón.

MARGARITA.

¡Y además... en mi propia casa está! ¡ah, Conrado!

CONRADO.

Sagrada es para mí como la bóveda del santuario.

MARGARITA.

¿Luego sagrada será para él?

CONRADO.

Lo será, Margarita. (Con nobleza y resignación.)

MARGARITA.

Así te amo: así eres mi Conrado. Lo demás ¿qué importa? Vivamos juntos, ó hiéranos la muerte á la vez.

CONRADO.

¡Morir! ¡tú! ¡mi Margarita! ¡No: eso no: mil veces no! ¡Lucharé como bueno, mientras pueda: como si en mí llevase sangre de Walter, si él me obliga; como infame, si no hay otro medio y con infamias logro tu salvación! Esto ha de ser.

MARGARITA.

¡Conrado!

CONRADO.

¡Ah! ¿por qué hablaste de morir? ¿no sabes que esa idea me enloquece?

MARGARITA.

Calma tus temores: ¿quién sabe lo que sucederá?

CONRADO.

(Levantándose con ímpetu.) Espera. (Dirigiéndose á Servet.) ¡Servet!

SERVET.

(Sin separarse del lecho.) ¿Qué me quieres?

CONRADO.

¿Vais á salvar á ese hombre?

SERVET.

Con la ayuda de Dios, y con la de un maravilloso elixir que Jacobo ha compuesto, así lo espero.

CONRADO.

Y recobrará los sentidos, y despertará su memoria, y se desatará su lengua ¿no es eso?

SERVET.

Sí.

CONRADO.

¿Cuándo?

SERVET

Al amanecer: dentro de una hora.

CONRADO.

Y al volver á sentir, lo primero que sentirá será odio.

SERVET.

Fué su costumbre.

CONRADO.

Y al recordar de nuevo, recordará que en esta casa estabas.

SERVET.

Fué su última idea, será la primera.

CONRADO.

Y cuando la palabra acuda á sus labios, estará Lafontaine junto á su lecho, y la primera que pronuncie será para entregarte á Calvino.

SERVET.

Al mar va el río: á su destino el hombre: á donde Dios disponga iré yo.

CONRADO.

¿Y á pesar de todo quieres salvarle?

SERVET.

Quiero cumplir mi deber.

CONRADO.

Pues cúmplelo, que á cumplir voy el mío. (Dice esto dirigiéndose á la puerta del fondo.)

MARGARITA.

¿Á dónde vas?

SERVET.

¿Á dónde vas, Conrado?

CONRADO.

Pronto lo sabréis. ¡Por ahora lo que importa que sepáis, si es que no lo sabíais, es que Margarita es mi vida, mi fé, mi cielo, mi todo: que esa frente limpia y pura no fué modelada para el dolor, ni el dolor ha de empañarla mientras yo pueda atajarlo con mi pecho ó con mis brazos: que esos ojos serenos y radiantes no se encendieron para anegar su luz en lágrimas, en tanto que yo pueda secarlas, aunque, para buscar calor que las seque, tenga que incendiar á Ginebra: que ese corazón de mi Margarita sólo ha de palpitar entre mis brazos y de amor, no entre las correas del potro, ni entre los garfios del tormento, aunque tenga yo que dar al tormento y al potro hasta la última fibra de mi carne, hasta la última astilla de mis huesos: (1) que ese divino cuerpo no salió de las manos de su Hacedor para consumirse como seco sarmiento en las hogueras calvinistas, aunque haya de consumirse en el eterno fuego el alma que Dios me dió. (2) Ya lo sabes tú, Walter: no es tuya esta mujer: ¡no lo será! ¡Ántes que lo fuese!... (Desnuda el puñal y lo levanta en alto, pero sin acercarse ni mostrar intención de herir.)

MARGARITA.

¡No, Conrado!... ¡quita ese hierro!

SERVET.

¡Insensato! ¡ni lo digas, ni lo pienses!

CONRADO.

No temáis: todavía no. Hay otros medios. Cuando se agoten... ¡Ah!... cuando se agoten, no os pongáis entre ese hombre y yo. Dejadme: adiós. (Sale por el fondo precipitadamente.)

SERVET.

¡Loco está!

JACOBO.

¿Tú y yo lo estamos menos, por ventura? ¡Tú, con tus teologías y misterios! ¡yo con mis ciencias! ¡con su amor él! ¡Bah!... ¡todo es uno, y quién sabe si todo es nada!

ESCENA II.

MARGARITA, WALTER, SERVET, JACOBO.

MARGARITA.

(Acercándose á Servet: ambos vienen al proscenio.) ¿Qué intentará?

SERVET.

No lo sé: la fiebre y la desesperación son malos consejeros.

MARGARITA.

Mira, Servet, por horrible que sea, es preciso declararle la verdad, para impedir algo más horrible.

SERVET.

Dudé hasta ahora; pero ahora creo que tienes razón.

JACOBO.

(1) Y ahora dudo yo de que la tengáis y conservéis vosotros.

MARGARITA.

Le va en ello á Conrado la salvación del alma.

JACOBO.

Á que acabe de perderla le ayudáis, si de ella algo le queda por perder, que no debe ser mucho, según las cosas que le oí.

MARGARITA.

No, Jacobo. Te engañas: *el delirio* habla en él, no la *voluntad*.

JACOBO.

Lenguaraz y atrevido es *él* de ordinario; y *ella*, como al sexo conviene, callada, modesta

[redacted]ida. ¡Ay, si el delirio se apodera de Con– [redacted] (2)

SERVET.

[redacted]ilencio!... (Señalando hacia el fondo.)

MARGARITA.

[redacted]l vuelve. (Pausa. Los tres se aproximan á la puerta del [redacted]do. Conrado pasa rápidamente de izquierda á derecha. Sólo se [redacted]e un instante cruzar por fuera.)

SERVET.

No: pasa: corre: huye ¿pero de quién?

JACOBO.

(Con amargura.) De sí mismo, sin duda. Así vamos todos; pero nos alcanzamos al fin.

SERVET.

Del portalón venía al parecer, y ahora creo que por el jardín cruza. (Mirando por la ventana enrejada.)

MARGARITA.

¡Dios mío, como un insensato iba! ¿Le viste? (Á Servet.)

SERVET.

Di más bien, que como una fiera enjaulada que se revuelve y busca salida.

JACOBO.

Eso: al fin dísteis con ello. Como fiera enjaulada que busca por dónde escapar. ¡Pobre Conrado! mitad león, mitad niño: maridaje imposible.

MARGARITA.

¿Pero qué pretende? ya que tú lo has adivinado. (Á Jacobo.)

JACOBO.

¿No te lo dijo él mismo? salvarte.

MARGARITA.

¿De qué manera?

JACOBO.

Él te lo explicará, que aquí llega.

ESCENA III.

MARGARITA, SERVET, JACOBO, WALTER, CONRADO.

CONRADO.

(Entrando con ímpetu por la derecha.) ¡Tampoco por el jardín! ¡tampoco!

MARGARITA.

¡Conrado!

CONRADO.

Dejadme: dejadme. Á ver... á ver... esa ventana no es muy alta... (Precipitándose á la ventana de la izquierda y mirando por ella.) ¡Ah!... todo oscuro... No: en aquel ángulo una luz: alrededor unos bultos negros... Servet, Jacobo, aquí... (Los dos y Margarita se acercan.) Decidme, ¿qué veis? ¿qué sombras son aquellas?

SERVET.

(1) Mi vista es poco penetrante, Conrado: un punto de luz veo, pero no más.

JACOBO.

Con claridad ves, según dices, entre los resplandores del cielo; pero torpe eres, en efecto, para las sombras de este bajo y miserable mundo. Déjame á mí.

CONRADO.

Sí; mira, mira bien. (2)

JACOBO.

¡Ah! ya distingo.

CONRADO.

¿Qué?

JACOBO.

Una linterna y unos hombres: acertaste, Conrado.

CONRADO.

¿Qué hombres son?

JACOBO.

Soldados del Consejo y esbirros del Consistorio: los que me trajeron y me custodian, y la guardia de honor de Walter: orden les dieron delante de mí de no dejar salir á nadie de esta casa.

CONRADO.

Condenación.

MARGARITA.

Calma, Conrado.

SERVET.

Valor, hijo mío.

CONRADO.

¡Por todas partes lo mismo! ¡Centinelas á la entrada; y alrededor del jardín, espías; y esbirros y soldados al pié de ese muro, y aquí *ella* y *él!* (Señalando á Margarita y á Walter.) ¡No... no... es inútil que me revuelva... no hay salida!

JACOBO.

¿Pues qué pensabas, pobre mozo? ¿que no tenías más que coger en tus brazos á Margarita, huir con ella por el muelle, meterte en la barca que preparaste y apretar los remos? ¡Ah! ¡las cosas en el mundo no se arreglan á gusto de las víctimas! Eso, que el maestro llama *el deber*, cuesta más caro. La fatalidad os envuelve en círculo de hierro: tú y Walter estáis frente á frente, y entre vosotros Margarita. ¡Huir! ¡qué cómodo sería huir! pero no es posible. ¡Luchar! ¡cuánto cuesta! pero es preciso. (1) Pregúntale á Servet, y él te dirá que esas luchas mortales que en el fondo del alma riñen deberes y pasiones, tu Hacedor las permite; que cuando en el mar invisible del pensamiento la tempestad se desata, es que ha pasado el espíritu de Dios sobre sus aguas. (2)

CONRADO.

Pues bien, la lucha: yo la acepto.

SERVET.

Á ella, sí; pero aún no: no estás en tu razón.

CONRADO.

Ni quiero estarlo: momentos hay en que la

razón sobra, Servet. ¡Mira allá en Oriente la luz del día! ¡luz maldita! No vacilaré; no. ¡Hiero!... ¡mato!... ¡silencio eterno! (Señalando hacia el lecho.) ¡Llegan!... ¡me entrego!... ¡yo el asesino!... ¡al suplicio!... ¡Vosotros huís!... ¡ella se salva!... ¡que Dios me juzgue!

SERVET.

¡No: jamás!... (Los dos se aproximan á él con ansiedad.)

MARGARITA.

¡Jamás, Conrado!...

CONRADO.

¡Oh, no temáis: esperaré, esperaré justicias de la tierra, si las hay; prodigios del cielo, si el cielo me los concede; la muerte de ese hombre, si ella bien á bien llega; pero cuando Lafontaine se aproxime, y Walter abra sus labios, este puñal será justicia, y será prodigio, y será muerte!

SERVET.

¡Antes á mí!

MARGARITA.

¡Á mí antes! (Conrado en pié y sombrío les hace señal de que esperen.)

ESCENA IV.

MARGARITA, CONRADO, SERVET, JACOBO, WALTER, BERTA por el fondo.

BERTA.

Conrado... Margarita...

SERVET.

(1) ¿Qué quieres, Berta?

BERTA.

¿Yo? nada. No puede querer quien no tiene voluntad, y la perdí há tiempo, que á conservarla no estaríamos ya en Ginebra. (2)

SERVET.

¿Á quién buscas?

BERTA.

Á Conrado ó á Margarita, para ver qué ordenan, y si doy ó no paso franco á ese hombre.

CONRADO.

¿Y quién es ese hombre? ¿quién pretende entrar en esta casa?

BERTA.

¿No lo he dicho? Pues el hombre es Galifa.

CONRADO.

(1) Jamás le conocí.

BERTA.

Pues ya le conoceremos todos, á lo que yo presumo, como ha de conocerle la pobre Juana cuando asome el día.

MARGARITA.

¡Ah!... ¡Juana!

SERVET.

En suma ¿quién es?

BERTA.

Pues un hombre, que cuando anda por el mundo algún hereje como tú, ó alguna hechicera como Juana, ó algún insensato como cualquiera de nosotros, va y toma, y clava de punta en el centro de la plaza de Champel un buen pilar, bien recto, y bien alto, y bien provisto de sólida cadena y á su alrededor prepara á modo de plataforma ó pira, un gran montón de haces de leña, y ramaje, y sarmientos, si los hay, y cuando todo está dispuesto y á punto, crúzase de brazos y espera. (2)

CONRADO.

¿Pero á qué viene ese hombre?

BERTA.

Á cumplir su obligación, como que es quien coge la tea y prende fuego á los haces; primero de cara al reo y luego todo alrededor.

CONRADO.

¿Pero qué pretende?

BERTA.

Pues echó ayer la vista Galifa, por entre las tablas que cercan el jardín, á las secas ramas de unos rosales marchitos, y entre sacarlos á la plaza ó ir á la orilla del lago á cortar la leña que le falta, prefiere su pereza lo primero, y á nuestra puerta acude, pidiéndonos auxilio, como á buenos calvinistas que supone que somos, para la obra piadosa que trae entre manos desde media noche, y ha de terminar antes de que se anuncie la alborada.

MARGARITA.

¡Calla, Berta! ¡calla! ¡eso es horrible!

BERTA.

Pues óyele á él, y te dirá que es obra de caridad: la leña que tiene abajo es verde, y arde mal, y hace humo, ¡mucho humo y poco fuego! ¡Cá, si á veces dura *más de dos horas*! Esa será

buena, decía Galifa, para un cierto español á quien van dando caza; á ese sí, porque es duro, y terco, y gran hereje.

JACOBO.

Basta, Berta. (Servet deja caer la cabeza sobre el pecho y queda sombrío.)

BERTA.

(1) No, si él lo dice. Á ese, aunque nos dé para comprar leña seca un magnífico collar que es fama que siempre lleva, porque los de allá, los de tierra de moros, son muy ostentosos; á ese, *la otra, la que dura*. ¡Pero á Juana, decía casi enternecido, si la ví ayer, si es tallo de lirio, hoja de azucena, botón de rosa! Con la primera llamarada de ese rosal no tenemos mujer, y sin penar, sin sufrir yo te lo fío.

CONRADO.

¡Ah, mi Margarita! (Como amparándola.) (2)

JACOBO.

¡Ah! ¡Servet!... ¡haz que no sean las palabras de Berta la fúnebre profecía de tu suerte!

(Acercándose á él y estrechándole la mano. Dos grupos: Conrado en uno protegiendo á Margarita; en otro Jacobo como suplicando á Servet; en medio Berta.)

SERVET.

¡Y bien... si lo fuesen... si lo fuesen... el eterno Dios recibiría mi espíritu! ¡el hijo de Dios eterno, tendría compasión de mí! ¡Ni Calvino, ni Farel oirían, en esas dos horas que me prometen, más que este grito que arranca de lo profundo de mi alma! ¡Ellos, *hijo eterno de Dios*! ¡Yo, *hijo de Dios eterno!* (1) ¡No hay dolor que me doblegue, ni tormento que me humille, ni hay llama tan viva como viva es mi creencia! (2) Pero tú no comprendes estas cosas, buena anciana, no hablemos más de ello.

BERTA.

Bueno; pues decidme, qué debo hacer, si darle entrada, ó cerrarle la puerta y dejarle que vocee allá fuera.

CONRADO.

Cierra la puerta y mándale al infierno. (Se sienta á la mesa y queda pensativo.)

JACOBO.

Al infierno ya se irá él: la puerta no se la cierres: y en cuanto á dejarle vocear, mira que es peligroso encender riñas y alentar gritos delante de esta casa.

MARGARITA.

Bien dices, Jacobo: pero lo que ese hombre pretende es horrible. No, no será. Sin embargo, no le irritemos.

BERTA.

En que hemos de pechar para su hoguera está empeñado.

MARGARITA.

Me espanta ese hombre... No importa... yo iré. Ven tú, Berta; las dos hemos de convencerle. (Aparte á Servet.) (Entre tanto... tú y Jacobo... ¿me comprendes?...) (Señalando á Conrado.)

SERVET.

(Sí, todo: la verdad.) (Aparte á Margarita.)

MARGARITA.

(Dios os inspire.) (Aparte á Servet.) Vamos. (Á Berta.) (¡Conrado!... ¡Ah! ¡mi Conrado!) Ven, ven tú. (Á Berta.)

BERTA.

Será inútil.

MARGARITA.

¿Quién sabe?... ¡Dios mío, Dios mío, dame fuerzas! (Salen Margarita y Berta.)

ESCENA V.

CONRADO, SERVET, JACOBO, WALTER.

Jacobo se aproxima á la ventana, abre las hojas de cristal y queda en ella hasta que el diálogo indique que debe separarse.

JACOBO.

(Aparte.) Yo creo que la fiebre de Walter se ha pasado á mis venas.)

SERVET.

¡Conrado!... ¿Qué pensamientos son los tuyos? (Acercándose.)

CONRADO.

No lo sé. Mis ideas se confunden, mi cabeza vacila, no distingo el bien del mal. ¡Ah! ¡mi buen amigo, mi salvador, aconséjame! (Levantándose.)

SERVET.

¿Quieres mi consejo?

CONRADO.

Sí, lo deseo; y además tu amparo y tu ayuda.

SERVET.

Pues oye. (Pequeña pausa.) Margarita es sagrada para tí; ¿no es cierto?

CONRADO.

¡Sí lo es! ¡Dios mío!

SERVET.

Y bien, más sagrado es para tí Walter. (Pequeña pausa. Conrado le mira con asombro. Esta escena queda encomendada al talento del actor.)

CONRADO.

¡Él!... ¡Walter!... ¡Más que Margarita!

SERVET.

Sí.

CONRADO.

(Despues de meditar un momento.) Ya: porque es débil, porque no puede defenderse, porque el sagrado de la hospitalidad le escuda ¿no es por eso?

SERVET.

¡Por todo eso, y por algo más que todo eso! (Nueva pausa. Nuevo asombro de Conrado que mira fijamente á Servet.)

CONRADO.

No te comprendo.

SERVET.

Yo te digo, que entre tu vida y la vida de ese hombre, la vida de ese hombre es primero.

CONRADO.

Tan poco vale la mía, que no se la disputo.

BERTA.

Yo agrego, que entre él y yo... ya ves, que yo te salvé la vida, que te quiero como á un hijo, que de tu lealtad estoy confiado... (Dice esto acercándose á él y cogiéndole la mano con efusión.)

CONRADO.

¿Y qué?

SERVET.

¡Que *él* es para tí más que tu salvador y tu maestro!

CONRADO.

(Separa su mano y retrocede unos pasos hacia la ventana donde se apoya Jacobo.) Tan generoso fuiste siempre de tu sangre y de tu vida, que no es mucho que ni á un sér tan miserable como ese, que empieza á retorcerse sobre el lecho, se la disputes.

SERVET.

¡Ah! no me comprendes aún; pero tienes el instinto del peligro y huyes. (Acercándose á él.)

CONRADO.

Es verdad, no te comprendo; pero es inútil

que sigas. (Le mira con recelo y retrocede aún más, hasta acercarse á Jacobo.) ¿Para qué?

SERVET.

Para que acabes de comprenderme.

CONRADO.

(¿Le oyes, Jacobo? ¡ha perdido el juicio! ¿verdad?) (Á Jacobo en voz baja y señalando á Servet.)

JACOBO.

(Quizá tengas razón; y mira, él es terco en sus locuras, le conozco; por eso no procuré atajarle.) (Aparte á Conrado.)

SERVET.

Escucha esto no más. (Trayéndole al centro.) Por salvar la vida de Walter, si es preciso, debes sacrificar la de Margarita.

CONRADO.

¡Yo!... ¡la vida de Margarita!... ¡por la de Walter!... ¡Ella por él... por él!... ¡y tú lo dices!... ¡y tú lo piensas!... ¡Ah! maestro, yo te venero, yo te admiro; á donde sube tu inteligencia soberana, jamás logró ¡ni cómo era posible! remontarse la mía; pero... perdóname, maestro... ¡En todo lo que dices, en todo lo que escribes, en cuanto piensas, hay algo que ma-

ravilla, que ofusca, que confunde, que espanta, que enloquece!... Yo ofenderte no quisiera... yo te respeto, yo te amo... Pero, maestro, maestro... ¡vive Dios, que ahora comprendo lo que dicen de tí! (Durante este parlamento se separa Jacobo de la ventana.)

SERVET.

(Herido en lo vivo y sin poder contenerse.) ¡Dicen lo que dicen con la misma razón que lo dices tú! ¡Les hablo de Dios padre, eterno padre de todos, y no me entienden!... (Aparte y con enojo.) (¡Le hablo del suyo, y no me entiende tampoco!) (Pausa.)

CONRADO.

Servet, me pesa si te ofendí; olvida mis palabras.

SERVET.

No, no me ofendiste; pero dejemos esto y volvamos á lo tuyo.

CONRADO.

Terco eres.

SERVET.

Díme, ¿desde que Walter te vió, no pudiste observar que era para tí lo que no era para los demás?

CONRADO.

¿Yo?... No.

SERVET.

Pues todos lo observaron.

CONRADO.

Sí, me lo dijeron; pero la explicación es fácil.

SERVET.

¿Á ver cuál? (Con interés.)

CONRADO.

Walter tuvo un hijo.

SERVET.

¡Sí! (Con afán.)

CONRADO.

Que llevaba mi mismo nombre.

SERVET.

¡Eso! (También con afán.)

CONRADO.

Un hijo á quien perdió.

SERVET.

¡Es verdad! (Como siempre y con creciente interés.)

CONRADO.

Á quien dicen que, por furor religioso, él, por su propia mano... (Imitando con el ademán un golpe.)

SERVET.

¡Eso sí que no es verdad! (Con energía.)

CONRADO.

¿Y qué me importa?...

SERVET.

¡Insensato!... ¡Ven!... (Acercándose á él y cogiéndole por un brazo.)

CONRADO.

¡No!... ¡suelta!... ¿á dónde?... ¡Servet!... ¡suelta!...

SERVET.

(Llevándole al lecho.) ¡Mira!... ¡mira!...

CONRADO.

Sí...

SERVET.

¡Es Walter!

CONRADO.

Sí...

SERVET.

¡El dolor ha purificado su rostro; el odio, los malos pensamientos, el espíritu de muerte han ennegrecido y torturado el tuyo; y *él* que sube y *tú* que desciendes, os encontráis en el camino!

CONRADO.

¡Yo!... ¿con Walter?

SERVET.

Sí: mira bien.

CONRADO.

¡Ya veo, pero suelta!

SERVET.

Recoge ese rostro en tu memoria: grábalo en ella: reténlo un instante no más... y ahora sígueme...

CONRADO.

¿Á dónde?... ¿á dónde me llevas?... (Resistiéndose.)

SERVET.

(Aproximándose con Conrado á la ventana, que como se ha dicho debe estar cerca del lecho y con su hoja de cristal abierta. Todos los movimientos y accidentes de esta escena quedan encomendados al talento de los actores.) ¡La alborada comienza: cárdena viene y triste ilumina tu fren-

te! El cristal de esa ventana no es mal espejo... mírate en él, Conrado, y recuerda el pálido rostro de aquel hombre que muere!

CONRADO.

¡Maldición!... ¡su rostro, sí!... ¡en la sombra que tras el cristal se extiende!...

SERVET.

¡Pues el tuyo es!

MARGARITA.

¡Ah!... ¡mentira!... (Aferrándose con las manos á su cara como si pugnase por arrancar sus propias facciones.)

SERVET.

¡Ley es de naturaleza, luego es ley de verdad!

CONRADO.

¿Qué ley es esa?

SERVET.

¡La de la sangre!

CONRADO.

¡La mía será que me ahoga!

SERVET.

¡Ó la suya, que iguales son, y juntas estuvieron!

CONRADO.

¿Qué?... ¡iguales!... ¡juntas!... ¡Yo!... ¡él!... ¡Ese hombre!... ¡No!... ¡Dí que no!

SERVET.

¿Por qué he de mentir?

CONRADO.

¡Porque mientes!... ¡porque mientes!... ¡porque eres un impostor! ¡un impostor! ¡lo eres!... ¡lo eres!... ¡lo eres!... ¡El mundo entero lo vocea!... ¡Calvino dice verdad!... ¡Decir tú... que él... él!... ¡Si no te creo... si no creo nada... si no creo á nadie!... ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Dios mío! ¡Dios mío, ten compasión de mí! (Cae de rodillas junto al lecho y oculta el rostro entre los paños del mismo.)

SERVET.

(Contemplando á Conrado.) ¡Desdichado!

JACOBO.

Ya conseguiste tu objeto.

SERVET.

Todavía no. Ahora lucha: luego vencerá.

JACOBO.

¡Quién vencerá!

SERVET.

El deber.

JACOBO.

¿Y qué es el deber? tú lo entiendes á tu manera, y á la mía lo entiendo yo.

SERVET.

Pero él es *uno*, como *uno* es Dios, como *una* es su ley.

JACOBO.

Unico eres, Servet, en esto de sutilezas.

MARGARITA.

(Desde dentro.) ¡Conrado!... ¡Conrado!...

CONRADO.

¡Margarita!... ¡ah!... ¡ella me llama!... ¡sí, voy!... (En este momento, por automática agitación, Walter extiende el brazo y sujeta á Conrado: éste hace un movimiento para levantarse, pero cae de nuevo.) ¡No!... ¡no puedo!... ¡su mano me oprime y me retiene!... ¿Pero no la oís?... ¡es su voz! (Á Servet y Jacobo: ambos se acercan á la ventana del fondo.)

JACOBO.

Sí... mira, Servet, ¿ves aquella luz?... allá van.

SERVET.

Sí les veo: un hombre con una antorcha va por entre las sombras del jardín... y de trecho en trecho se pára, buscando secos ramajes... es Galifa. Á una mujer se lleva consigo á la fuerza... ¡qué hermosa es!... ¡qué espanto y qué dolor se adivinan en ella!... ¡es Margarita! Se les ve... desaparecen... tornan á aparecer... ¡Grupo fantástico, verdugo y ángel, seguid vuestro camino! ¡Furor religioso, tienes forma de sayón! ¡Piedad cristiana, tienes forma de mujer!... ¡Id!... ¡id!... ¡cruzad las sombras, pechad para la hoguera, la tea que ha de prenderla os guía!... ¡Inútil resistir, pobre Margarita! ¡Hoy es él más fuerte que tú; pero llora, llora, sigue llorando, tú le vencerás!

MARGARITA.

¡Conrado!...

CONRADO.

¡Ah!... ¡ella otra vez!... (Poniéndose en pié.) ¡Y el día que se acerca!... (Señalando hacia la ventana de la izquierda.) ¡Y la muerte que llega!... (Señalando al lecho.) ¡Y aquel hombre que ya puso sus infames manos sobre mi adorada Margarita! (Señalando hacia el jardín.) ¡Y yo aquí, sin pensamiento, sin voluntad ¡Yo debo hacer algo: ¿verdad que sí?

¿pero qué debo hacer? Si arrojando sombras encima de aquel cielo pudiese apagar la luz del día y hacer que no llegase nunca... ¡qué feliz! Si dándole mi vida lograse salvar á ese que muere... pero había de quedar en perpetuo sueño... ¡vivir, sí; despertar no!... ¡ah, entonces, qué ventura! Si de algún modo pudiese yo sacar á Margarita de este abismo y trasponer aquel anfiteatro de montañas, ó sobre las alas de los arcángeles, ó prestándome Satanás sus negras alas... ¡qué dicha, qué dicha suprema! Dime tú, Servet, tú que todo lo sabes, ¿qué debo hacer para conseguir todo esto? Tú... mi único amigo... mi maestro... mi verdadero padre... no me abandones.

SERVET.

Valor: siempre hay un medio de vencer á la desgracia.

CONRADO.

¿Un medio? (Con afán.)

SERVET.

Sí.

JACOBO.

Pues entonces hay dos.

CONRADO.

¿Dos?... pues hablad. Tú primero: ¿cuál es? (Á Servet.)

SERVET.

Mirar á tu conciencia: leer lo que en ella ha escrito Dios: cumplirlo y basta. Con ello toda desdicha queda deshecha, toda mala fortuna queda vencida, toda sombra es ya luz.

CONRADO.

Pero así ¿impediré... que *él*... hable? (Señalando á Walter.)

SERVET.

No lo espero.

CONRADO.

¿Y entonces tampoco salvaré á Margarita?... ¡Dí!... ¡Responde!...

SERVET.

¡De furores humanos... quizá no!

CONRADO.

¿Pues entonces de qué sirve lo que dices? (Á Servet.) Habla tú, Jacobo.

SERVET.

¡Jacobo, piensa lo que vas á decir!

CONRADO.

¿Es algo para salvar á Margarita?

JACOBO.

Sí.

CONRADO.

¡Pues habla y no pienses en lo que digas!

JACOBO.

(1) Oye y resuelve este problema. Que ya la muerte vino á buscar sus víctimas no cabe duda, pues por algo penetró en la casa, y llevóse á la fuerza á Margarita á buscar leña seca, maese Galifa, el gran purificador de almas y de cuerpos en esta libre ciudad de Ginebra.

CONRADO.

¡Sigue!... ¡acaba!... ¡acaba por Dios santo!

JACOBO.

Hay tiempo: el instante supremo de la crisis se aproxima, pero aún no estamos en ella: ya llegará á punto, que en estos casos la luz y la muerte van á la par.

CONRADO.

¡No importa! acaba. (2)

JACOBO.

Pues sea. Si Walter habla, Servet y Margarita...

CONRADO.

¡Caen en el abismo! ¡lo sé! ¡crimen de herejía y complicidad con herejes!... ¡Ah, mi Margarita!

JACOBO.

¡Si Walter enmudece... *él*... es el único que cae en el abismo!

CONRADO.

¡Él!... ¡en el abismo!... ¡Dios mío!... (Retrocediendo.)

JACOBO.

¡Oh! no temas, puedes salvarle: yo le salvé con este filtro que él llama diabólico; tal es de maravilloso. Toma. Toma, Conrado... (Dándole el frasco del filtro.) ¡Ahí tienes hielo para su fiebre, aire para su pecho, reposo para su angustia, calma para su dolor, gotas de vida para su sangre!

SERVET.

¡Sí, Conrado; con lo que aquí resta puedes darle la vida!

JACOBO.

Pero por breve espacio: unos días, unas horas, tal vez no más que el tiempo necesario

para que pronuncie al oído de Lafontaine esta palabra: «¡Margarita!»

SERVET.

¡Satanás te inspira: la tentación eres! (Á Jacobo.) ¡No le oigas, hijo mío! (Á Conrado.)

JACOBO.

¿Yo? no. La vida de su padre le entrego en ese filtro; pero una duda se agita en mi conciencia, y yo os digo: *En sus labios está la muerte*: *¿hay que sellarlos?* Resolved vosotros; que resuelva él. Y ahora ¿me comprendes, Conrado?

CONRADO.

¡Sí, te comprendo: muerte para mi padre ó muerte para mi amor y muerte para Servet! ¡Mira si te he comprendido!

JACOBO.

¡Al fin!... ¡eso!... Pues decídete, que ya es tiempo.

CONRADO.

¡Dejadme!... ¡dejadme pensar!... De modo que si lo que tú me has dicho tantas veces es cierto (Á Jacobo.); si el hombre es tierra, y la tierra se deshace en polvo, y al deshacerse, alma, conciencia, memoria y voluntad se des-

vanecen también en la nada, como relámpagos que en noche tempestuosa brillan un punto, y luego del negro caos se borran... ¡oh, entonces! ¡entonces sacrificar á una hora de vida para ese hombre manchado de sangre, dos existencias enteras, nobles y puras, la de Margarita y la de Servet, es delirio monstruoso, es inconcebible demència, es repugnante crimen!

SERVET.

No, Conrado, no es eso.

CONRADO.

Eso es, si no hay más vida que la vida de aquí. Si sólo estas vidas que vemos han de compararse y medirse, más son dos existencias enteras consagradas al bien, á la verdad, al amor, que el rápido centellear de un punto de existencia, toda odio, y sangre, y muerte. ¡No, Servet, contra esto no hay razones, ni valen palabras, ni prosperan argucias!

SERVET.

Pero, desdichado, ¿tú lo crees?

CONRADO.

Yo creo, que si al otro lado del sepulcro no hay más que silencio y negrura, y el mar va-

cío de una eternidad inmóvil, el arrepentimiento postrero es estéril para el pecador; aquel hombre está juzgado; tú eres un pobre demente al exigirnos sacrificios en nombre de su salvación; y yo, que llevo su sangre, daré pruebas de cordura, cruzándome de brazos al pié de su lecho, espiando su agonía impasible, abriendo de par en par esa ventana para que se marche al espacio su último suspiro, y haciendo pedazos contra el suelo este imprudente cristal, que vidas nos brinda, cuando deseamos muertes. ¡De la tierra vengo, ella es mi madre, sólo con ella tengo deberes y así los cumplo! (Haciendo ademán de arrojar el frasco, pero no más que el ademán.)

SERVET.

¡Conrado! (Sujetándole el brazo.)

CONRADO.

¡Si todo esto es verdad, aparta, aparta, Servet, que Jacobo tiene razón!

JACOBO.

Tú lo has dicho. (Acercándose á Conrado.)

CONRADO.

Pero ¡ay! ¡si no la tienes! (Á Jacobo.) ¡Si aquel acierta! (Señalando á Servet.) Si en ese cuerpo que se agita hay un alma, y esa alma me pide á

mí, á su hijo, una hora de memoria para recordar, una hora de conciencia plena para arrepentirse, una hora de voluntad para querer el bien; y yo, por dichas transitorias, por pasiones humanas, por dos vidas terrenas, que comparadas con lo infinito son dos puntos, lo que me pide le niego, y ciño con mis crispados dedos este frío cristal, como pudiera ceñir y apretar su helada garganta, y le dejo morir, y le dejo caer en el abismo... ¡ah, entonces, Jacobo... el insensato eres tú, la víctima es él, y el criminal soy yo!... ¡Y mis días serán días de horribles remordimientos; y mis noches, noches de infernales torturas; y mi agonía, la agonía del parricida!... ¡No!... ¡más!... ¡mucho más!... ¡más que parricida de un cuerpo! ¡parricida de un alma!... ¡Ah, tú no sabes lo que es esto, tú que no crees en ella!

JACOBO.

Pues escoge; pero pronto, porque la claridad aumenta, la aurora refleja sus tintas rosadas sobre el lago, la crisis llega, y esa respiración que oyes es el eco profundo de la lucha entre la vida y la muerte.

SERVET.

Sí, Conrado, por última vez, piensa y decide.

CONRADO.

¡Pensar!... ¡no quiero pensar!... ¡me volvería loco!... ¡No quiero oir más que un grito que resuena aquí dentro! (Golpeándose el pecho.) ¡Seré imbécil! ¡seré insensato! ¡lo que tú quieras! (Á Jacobo.) ¡todo eso que yo decía antes!... ¡pero es mi padre! ¡he de salvarle!... (Acercándose al lecho.) ¡Qué angustia en su rostro! ¡qué dolorosa contracción en sus labios! ¡qué sudor frío en su frente!... ¡Déjame, Jacobo! ¡Déjame tú!... ¡te digo que voy á salvarle! (Precipitándose sobre el lecho.)

SERVET.

(Acompañándole con afán.) ¡Ah! ¡al fin! ¡sí, pronto!

MARGARITA.

(Desde dentro.) ¡Conrado!... ¡á mí!... ¡socorro!

CONRADO.

(Deteniéndose.) ¡Ah!... ¡no quiero que muera Margarita! ¡Aparta tú, Servet!... ¡déjame solo! (Se separa del lecho; en este momento entra Margarita.)

ESCENA VI.

Conrado, Servet, Jacobo, Walter, Margarita.

MARGARITA.

(Entra por la derecha dando señales de espanto.) ¡Conrado!... ¡Conrado!... ¡Dios mío!

CONRADO.

¡Margarita!... (Corriendo á su encuentro.)

MARGARITA.

¡Sálvame!... ¡sálvame!... ¡aquel hombre!... ¡ah! ¡si oyeras qué cosas tan horribles dice!... ¡sus manos sobre mí!... ¡eran tenazas!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡huyamos, huyamos de Ginebra!... ¡la muerte está aquí!... ¡No! ¿verdad que no? ¡tú no querrás que muera tu pobre Margarita!... ¡La muerte, Conrado! ¡la muerte!... ¡ampárame en tus brazos!

SERVET.

La muerte, sí; pero en aquel lecho. ¡Walter muere!

MARGARITA.

¡Ah!... (Mirando hacia el lecho, pero sin separarse de Conrado.)

SERVET.

Y Conrado, en ese cristal que oprime, tiene su vida.

MARGARITA.

Pues bien...

SERVET.

¡Pues duda!

MARGARITA.

¿Por qué?

SERVET.

¡Por tí!... ¡por tu amor!

MARGARITA.

¡Dios mío!...

SERVET.

¡Sálvale!... ¡sálvale tú!... ¡en esa duda está la verdadera muerte! ¡Adiós!... ¡adiós, hija mía!... ¡Ahora ven! (Á Jacobo cogiéndole con autoridad é imperio por el brazo.)

JACOBO.

(Aparte á Servet.) ¡Con ella le dejas!... con ella, que es crédula, que es débil...

SERVET.

¡Crédula!... ¡débil!... ¡sublime, digo yo!

JACOBO.

Sublime será; pero mujer al fin.

SERVET.

Por eso confío.

JACOBO.

Por eso temo.

SERVET.

(1) Vamos. (Llevándole hacia la derecha mientras dura el último diálogo.)

JACOBO.

¡Te pierdes y la pierdes! (Llegando á la puerta.)

SERVET.

Que salvo lo que más importa, eso creo. (2)

JACOBO.

¡Margarita, piensa en tu amor!

SERVET.

¡Margarita, piensa en Conrado! (Salen Servet y Jacobo por la derecha.)

ESCENA VII.

CONRADO, MARGARITA, WALTER.

Margarita y Conrado estrechamente unidos en primer término. Walter comienza á agitarse en el lecho, pero sin exageración; movimientos débiles y como angustiosos. La última vez que se acercó Conrado descorrió las cortinas, y se ve por completo el cuerpo del moribundo. Comienza á amanecer; la luz de la mesa palidece, y los primeros albores del día penetran débilmente por las dos ventanas. Por la del jardín se ve el follaje. Toda esta escena en voz un tanto apagada, y, por decirlo así, íntima.

MARGARITA.

¡Conrado!...

CONRADO.

¡Margarita!...

MARGARITA.

Mira... ¡es tu padre! ¡Ese hombre que muere es tu padre!

CONRADO.

Lo sé.

MARGARITA.

Pues vamos... Acércate á su lecho... Te espera.

CONRADO.

¿Y tú?

MARGARITA.

Contigo: siempre juntos. Contigo iría hasta el crimen, ¡cómo no he de ir allí!... ¡á salvar á tu padre! (Dan unos pasos, estrechamente unidos, hacia Walter: después se detiene Conrado.)

CONRADO.

Pero ¿y nuestro amor y nuestra dicha, Margarita?

MARGARITA.

Si le dejásemos morir... ¿podríamos ser dichosos con ese recuerdo?

CONRADO.

No.

MARGARITA.

Pues ya ves que es preciso. (Siguen adelantando hacia el lecho.)

CONRADO.

Tú lo quieres: sea. Pero oye: si tú mueres, ¡yo muero también!

MARGARITA.

Eso sí. ¡Cómo vivir sin tu Margarita!... ¡Pero pronto!... ¡pronto!

CONRADO.

Toma. (Queriendo darle el frasco.)

MARGARITA.

No, tú: has de ser tú. (Dulcemente.)

CONRADO.

Sí... yo... ¡ah, padre mío! ¡padre mío!

MARGARITA.

Yo le sostengo... (Levantando la cabeza de Walter.) Así... pronto... ¡Sudor de agonía empapa su frente!... ¡pronto por Dios!...

CONRADO.

¡El corazón me salta!... ¡mi mano tiembla!... ¡no veo!... ¡Ah! ¡sus labios!... ¡áridos están!...

Al fin... (Dándole el filtro.) Déjale que repose. (Margarita deja caer la cabeza de Walter.) ¡Dios mío, cómo pude dudar!... ¡Bendita seas!... (Cogiendo entre las suyas las manos de Margarita y besándolas con efusión.)

MARGARITA.

¡Ya estoy tranquila: ya no me espanta aquel hombre: aquí siento un consuelo!... (Poniendo la mano sobre el corazóu.)

CONRADO.

Yo también, Margarita.

MARGARITA.

Conrado...

CONRADO.

¿Quién sabe? Quizá seremos dichosos.

MARGARITA.

¿Por qué no?... Él te amaba... Yo le salvé...

CONRADO.

¡Ni aunque tuviera entrañas de tigre!

MARGARITA.

¡Cómo! ¿si es tu sangre?

CONRADO.

¡No: no es posible!

MARGARITA.

Yo creo que pronto volverá en sí: estas crisis son en él muy rápidas. Así fué la primera.

CONRADO.

¡Dios mío!... ¡Dios mío!... (Acercándose aún más al lecho y juntando las manos.) ¡Si recobrase pronto el sentido!... ¡yo le suplicaría tanto!... Padre... óyeme... ¿me oyes?... ¡soy yo, padre!...

MARGARITA.

Escucha... ruído en la plaza... (Se precipita á la ventana.)

CONRADO.

(Sin atender á Margarita observa con creciente angustia á su padre.) ¡Sus labios se agitan!... ¡Creo que vuelve en sí!... ¡Se abren sus ojos!... ¡Padre, mírame!... Quiero hablarte antes de que llegue Lafontaine... antes... ¿me comprendes?

MARGARITA.

Lafontaine con soldados del Consistorio... ¿Por qué viene esa gente?... ¡Ah, la ejecución de Juana!

CONRADO.

(Con desesperación: cogiendo las manos á Walter y besándolas.) ¡Por Dios!... ¡por el amor que me tienes!...



¡por la memoria de mi madre!... ¿Me ves?... ¿me conoces? ¿me oyes?...

MARGARITA.

(Echándose sobre el barandal con ansiedad y como para ver mejor.) ¡Nicolás llama... Berta abre la puerta... ya sube... Jesús nos valga! (Se retira con espanto de la ventana y viene vacilante al centro del proscenio.)

CONRADO.

(Abrazándose á su padre con frenesí.) ¡Luz, ven á sus ojos!... ¡Pensamiento, más aprisa!... ¡Vida, acude á mi padre!... (Separándose de su padre con la expresión trágica y desesperada que su talento inspire al actor.) ¡Ah, mi castigo! De mala gana te traje ¡oh vida! ¡y de mala gana vienes!

MARGARITA.

¡Ya está ahí!... (Prestando oído.)

CONRADO.

¡Sí!... (Lo mismo. Walter procurando incorporarse en el lecho.) ¡Condenación!... ¡ya es tarde!

MARGARITA.

¡Conrado!... (Abrazándose á él.)

CONRADO.

¡Mi Margarita! (Lo mismo.)

ESCENA VIII.

MARGARITA, CONRADO, WALTER, LAFONTAINE.

Margarita y Conrado á la derecha formando un grupo. Lafontaine entra por el fondo: quedan fuera los esbirros. Walter incorporado en el lecho y mirando con vaguedad á todas partes. El volver en sí de Walter y todas las escenas siguientes quedan encomendadas á la inspiración del actor.

LAFONTAINE.

¿Y Walter? (Á Conrado y Margarita.)

CONRADO.

Allí está.

LAFONTAINE.

¿Volvió en sí?

CONRADO.

Mírale.

LAFONTAINE.

(Aproximándose.) ¡Ah, mi bravo compañero! por vez segunda escapas de la muerte: eres duro como coleto de hugonote. ¿Te acuerdas de la palabra que me diste?... ¡Eh!... no te oigo: ¿qué dices?... ¿te acuerdas?

WALTER.

Sí.

LAFONTAINE.

Al cabo desatóse tu lengua: eres buen calvinista: tratándose del servicio de Dios, no hay quien pueda contigo.

WALTER.

Sí, eso.

LAFONTAINE.

Y urge mucho, porque si se nos escapa Servet...

WALTER.

¡No!... ¡Servet, no!... (Animándose al oir este nombre.)

LAFONTAINE.

Pues díme dónde se oculta.

WALTER.

Espera... (Procurando recordar.)

LAFONTAINE.

¡Ah! ¿se te olvidó?

WALTER.

¡No!... ¡no!... ¡aquí está! (Golpeándose la frente.)

LAFONTAINE.

¡Sí, brava jornada!... ahí, su imagen; pero ¡él... él... su cuerpo infame, su alma maldita!

WALTER.

¡Aquí también!... ¡pero... no encuentro la palabra... la palabra!... (Conrado y Margarita siguen este diálogo con profunda ansiedad y se van acercando al lecho de Walter.) ¡Ah, por fin! (Reparando en Margarita y extendiendo el brazo hacia ella.) Sí... ella... ella... ¿lo ves?... (Á Lafontaine.)

LAFONTAINE.

¿Ella lo sabe?... ¿Es eso?

WALTER.

¡Eso es, sí!... Pero no es eso... más... más... la *palabra!* (Buscando la palabra que le falta y sin encontrarla; Margarita retrocede y se ampara de Conrado instintivamente.)

LAFONTAINE.

¿Por qué palideces?... ¿por qué tiemblas?... ¿por qué te ocultas? (Á Margarita.)

WALTER.

(Con explosión de alegría.) ¡Ah!... ¡al fin!... eso: *¡ocultar!*... ¡ella... ella le *oculta!*... ¡yo lo decía!...

LAFONTAINE.

¿En esta casa?

WALTER.

Sí.

LAFONTAINE.

¿Será verdad?

WALTER.

¡Sí... lo digo yo!... ¿qué?... ¡dudas!

LAFONTAINE.

¡Qué es dudar!... ¡por él voy!... (Asomándose á la puerta.) ¡Adentro la gente!... ¡Aquí está Servet!... ¡Orden del Consistorio!... ¡Buscad! (Pasan por el corredor soldados con antorchas; otros quedan en la puerta del fondo.) Gracias, Walter, siempre el mismo. ¡Y tú, encubridora de herejes, eres mía! (Á Margarita.)

CONRADO.

¿Tuya?... ¡prueba, prueba, cobarde! (Poniéndose delante de Margarita.)

LAFONTAINE.

¡Ella y tú!... ¡hola!... ¡aquí! (Llamando á los soldados ó esbirros que quedan á la puerta: éstos le obedecen y entran.)

CONRADO.

¡Padre!... ¡padre mío!... ¡por cuanto hayas amado! ¡por la vida que me diste! ¡por el Dios en quien creas! ¡sálvala! (Dice esto extendiendo los brazos hacia su padre, pero sin abandonar á Margarita y protegiéndola siempre de Lafontaine y de sus hombres que están en la puerta en ademán de arrojarse sobre ella.)

WALTER.

(Procurando incorporarse aún más en el lecho.) ¡Ese!...

¡quién es ese!... ¡su voz!... ¡espera, á ese no! (Dirigiéndose á Lafontaine.) ¡Conrado!...

CONRADO.

¡Sí!... ¡yo!... ¡tu hijo!...

WALTER.

¡Ah!... ¡mi hijo!... ¡no le toquéis!... ¡lo prohibo!... ¡yo mando!... ¡yo soy quien manda!

LAFONTAINE.

No le hagáis caso: delira: adelante: los dos. (Dice esto dirigiéndose á su gente y señalando á Conrado y Margarita.) ¡Á mí Servet! (Sale por el fondo.)

CONRADO.

¡Y vosotros á mí! (Coge la espada que estará sobre la mesa: tira de ésta hacia la derecha como para hacer una barricada ó defensa: se coloca detrás y cubre con su cuerpo á Margarita. La luz cae, se apaga y queda la escena casi á oscuras: sólo la ilumina la claridad del alba que penetra por la ventana del jardín.)

ESCENA IX.

MARGARITA, CONRADO, WALTER, SOLDADOS.

Los soldados se precipitan sobre Conrado y éste los recibe á estocadas, sin dejar que se acerquen á Margarita; lucha violenta: Walter se retuerce desesperado sobre el lecho.

MARGARITA.

¡Protégele, Virgen Santa!

CONRADO.

¡Rayo y sangre!... (Estos dos gritos y el último de Conrado en la escena anterior, muy rápidos, casi simultáneos.)

WALTER.

(Queriendo arrojarse del lecho.) ¡Así!... ¡firme en la canalla!... ¡espera!... ¡ya voy!... (Mientras dice esto logra saltar del lecho, pero cae á tierra; se levanta, vacila, vuelve á caer: todo esto queda encomendado al actor.) ¡Mi espada!... Ira del cielo, mi espada!... ¡así!... ¡así!...

CONRADO.

(Conrado, llevado de su ímpetu, sale de detrás de la mesa y hace etroceder al pronto á los soldados. Después le rodean y le hieren.) Ah!... (Cayendo en tierra.)

WALTER.

(Al verle caer se pone en pié agarrándose á la cama y da un grito errible.) ¡Miserables! (Los soldados se detienen y se sepaan de Conrado. Margarita se precipita sobre él y le abraza.)

MARGARITA.

¡Conrado!...

UN SOLDADO.

¡Ella!

LOS DEMÁS.

¡Sí!... ¡ella! (Se precipitan sobre Margarita y procuran rancarla de Conrado.)

CONRADO.

¡Margarita!... ¡no!... ¡no!... ¡es mía!... ¡ah!

MARGARITA.

¡Dejadme... dejadme!... ¡Conrado!... ¡no!... ¡soy suya! ¡Conrado! (Simultáneo. Lucha rápida para arrancar á Margarita de los brazos de Conrado: al fin lo consiguen, y Conrado queda en tierra mientras se llevan á su amada.)

MARGARITA.

¡Adiós!... ¡te amo!... ¡te amo!... (Ya en la puerta, casi fuera.)

CONRADO.

¡Ella!... ¡ella!... ¡ya no está!... ¡Margarita!... ¡Margarita!...

ESCENA X.

CONRADO, WALTER.

La escena casi á oscuras, sin más luz que la pálida del amanecer que penetra por las ventanas.

WALTER.

(Buscando por la sala da al fin con el cuerpo de Conrado.) ¡Conrado!... ¡No he podido!... ¡No tenía mi espada!... ¿Qué es esto?... ¡Sangre!... ¡sangre!... ¡Hijo mío!...

CONRADO.

¡Salva á Margarita!... ¡y te perdono... y te amo!... ¡pero has de salvarla!

WALTER.

¡Sí!... ¡sí!... ¡pero tú!... ¡yo no quiero que mueras!

CONRADO.

¡No!... ¡ella!... ¡ella!...

WALTER.

¡Tú primero!... ¡Cuánta sangre!... ¡Socorro!... ¡Es mi hijo!... ¡Aquí todos!... ¡Conrado!... ¡tú mismo... oprime tus heridas!... ¡Son muchas!... ¡todas... yo no puedo!... ¡no puedo!... (Procurando atajar la sangre con sus manos.) ¡Socorro!... ¡Se escapa la sangre por entre mis dedos!... ¡Vertí tanta, y no puedo atajar la de un hombre!... ¡Socorro!... ¡hijo mío!... ¡socorro!

ESCENA XI.

WALTER, CONRADO, SERVET, JACOBO, dos soldados con hachones. Los dos últimos entre los soldados, por la derecha, primer término. La única luz, la rojiza de las hachas: al final de la escena el resplandor de la hoguera que se ve por la ventana de la derecha.

WALTER.

¡Servet!... ¡se muere!... ¡es mi Conrado!...

SERVET.

¡Ah!... ¡Conrado!...

JACOBO.

¡Infeliz!...

CONRADO.

¡Padre!... ¡ella!... ¡sálvala!... ¡y te amaré!... ¡cuánto te amaré!... ¡Margarita!... ¡padre!... ¡adiós!... **(Cae muerto.)**

WALTER.

(Arrodillado junto al cadáver de Conrado y volviéndose hacia Servet.) ¡Pronto!... ¡su vida!... ¡dame su vida!...

SERVET.

¡Imposible!...

WALTER.

¿Qué dices?... ¿que ha muerto?... ¡impostor... siempre impostor!

JACOBO.

Mira esa sangre: esa es tu obra. (Á Servet.)

SERVET.

(Á Jacobo.) Mientes. Mira esas lágrimas: son las primeras: ¡mi obra es esa! (Dice esto señalando á Walter, que está de rodillas junto á Conrado, y á quien iluminan los hachones.) ¡Adiós, Conrado!... ¡Adiós, hijo mío! (Se dirige con Jacobo hacia el fondo, entre los dos soldados: Walter, siempre de rodillas, los sigue con la vista. Este es el momento en que por la ventana se ve el resplandor de la hoguera.)

WALTER.

¡Y nos dejas!... ¡y le abandonas!... ¿á dónde vas, Servet?

SERVET.

¡Á luchar!... ¡á morir!... ¡Gloria á Calvino! (Salen por el fondo.)

ESCENA XI.

CONRADO, muerto; WALTER, de rodillas junto á él.

La escena á oscuras: el resplandor de la hoguera en la ventana de la izquierda iluminando el grupo.

WALTER.

¡Solos!... ¡nos dejan solos!... ¡no importa, yo salvaré su vida!... ¡Qué frío está!... ¡siempre

está frío!... ¡ah! ¡mis besos le darán calor! (Se detiene con horror al ir á besarle.) ¡Pero no... no puede ser!... ¡yo hablé... y le maté al hablar!... ¡Mis labios no pueden tocarle!... ¡no!... *¡en mis labios está la muerte!* (Queda de rodillas junto á Conrado, queriendo besarle y sin atreverse.)

FIN DEL DRAMA.



[redacted]

EL GRAN GALEOTO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

PRECEDIDO DE UN DIÁLOGO EN PROSA

POR

JOSÉ ECHEGARAY

Representado por primera vez en el Teatro Español el 19 de Marzo de 1881.

PERSONAJES DE ESTE DRAMA
Y ACTORES QUE LO DESEMPEÑARON EN LA NOCHE
DEL ESTRENO.

TEODORA, Srta. Mendoza.
DON JULIÁN, Sr. Donato.
DOÑA MERCEDES, Sra. Calderón.
DON SEVERO, Sr. Valentín.
PEPITO, D. Ricardo Calvo.
ERNESTO, D. Rafael Calvo.
UNO DE LOS TESTIGOS, D. José Calvo.
DOS CRIADOS, Sres. Paris y Fernando Calvo.

ÉPOCA MODERNA: AÑO 18.....

La escena en Madrid.

Á TODO EL MUNDO

dedico este drama, porque á la buena voluntad *de todos*, y no á méritos míos, debo el éxito alcanzado.

Á todos, sí: al *público*, que con profundo instinto y alto sentido moral, comprendió desde el primer momento la idea de mi obra, y la tomó cariñosamente bajo su protección; á la *prensa*, que tan noble y generosa se ha mostrado conmigo y que me ha dado pruebas de simpatía que jamás olvidaré; á los *actores*, que ya con inmenso talento y altísima inspiración, ya con exquisita delicadeza y profundo sentimiento, unas veces con honrada y magnífica energía, otras con acentos cómicos dignos de los grandes maestros del arte de la declamación, y siempre con la discreción y el tacto más perfectos cuando había peligros que evitar, han dado vida en la escena á los personajes de mi obra.

Á todos debo y á todos doy en estas desaliñadas frases prueba humilde, pero sincera, de mi profunda gratitud.

JOSÉ ECHEGARAY.

[illegible]

[illegible] amicably but in

[illegible] amicable.

[illegible] storms



EL GRAN GALEOTO.

DIÁLOGO.

La escena representa un gabinete de estudio. Á la izquierda un balcón: á la derecha una puerta: casi en el centro una mesa con papeles, libros y un quinqué encendido: hacia la derecha un sofá. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Ernesto sentado á la mesa y como preparándose á escribir.

ERNESTO.

¡Nada!... ¡imposible!... Esto es luchar con lo imposible. La idea está aquí: bajo mi ardorosa frente se agita; yo la siento; á veces luz interna la ilumina, y la veo... La veo con su forma flotante, con sus vagos contornos, y de

repente suenan en sus ocultos senos voces que la animan, gritos de dolor, amorosos suspiros, carcajadas sardónicas... ¡todo un mundo de pasiones que viven y luchan!... ¡y fuera de mí se lanzan, y á mi alrededor se extienden, y los aires llenan! Entonces, entonces me digo á mí mismo:—«este es el instante,»—y tomo la pluma, y con la mirada fija en el espacio, con el oído atento, conteniendo los latidos del corazón, sobre el papel me inclino... pero, ¡ah sarcasmo de la impotencia!... ¡Los contornos se borran, la visión se desvanece, gritos y suspiros se extinguen... y la nada, la nada me rodea!... ¡La monotonía del espacio vacío, del pensamiento inerte, del cansancio soñoliento!— Más que todo eso: la monotonía de una pluma inmóvil y de un papel sin vida, sin la vida de la idea. ¡Ah!... ¡cuántas formas tiene la nada, y cómo se burla, negra y silenciosa, de creadores de mi estofa! Muchas, muchas formas: lienzos sin colores, pedazos de mármol sin contornos, ruídos confusos de caóticas vibraciones; pero ninguna más irritante, más insolente, más ruín que esta pluma miserable (tirándola), y que esta hoja en blanco. ¡Ah!... ¡no puedo llenarte, pero puedo destruirte, cómplice vil de mis ambiciones y de mi eterna humillación! Así... así... más pequeños... aún más pequeños... (Rompiendo el papel.—Pausa.) ¿Y

qué?... La fortuna que nadie me ha visto; que por lo demás, estos furores son ridículos y son injustos. No... pues yo no cedo. Pensaré más, más... hasta vencer, ó hasta estrellarme. No; yo nunca me doy por vencido. Á ver... á ver si de este modo...

ESCENA II.

Ernesto y Don Julián. Éste por la derecha, de frac y con el abrigo al brazo.

DON JULIÁN.

(**Asomándose á la puerta, pero sin entrar.**) Hola, Ernesto.

ERNESTO.

¡Don Julián!

DON JULIÁN.

¿Trabajando aún?... ¿Estorbo?...

ERNESTO.

(**Levantándose.**) ¡Estorbar!... ¡Por Dios, don Julián!... Entre usted, entre usted. ¿Y Teodora? (**D. Julián entra.**)

DON JULIÁN.

Del Teatro Real venimos. Subió ella con mis hermanos al tercero á ver no sé qué compras de Mercedes, y yo me encaminaba hacia

mi cuarto cuando ví luz en el tuyo, y me asomé á darte las buenas noches.

ERNESTO.

¿Mucha gente?

DON JULIÁN.

Mucha, como siempre; y todos los amigos me preguntaron por tí. Extrañaban que no hubieses ido.

ERNESTO.

¡Oh!... ¡qué interés!

DON JULIÁN.

El que tú mereces, y aún es poco. Y tú, ¿has aprovechado estas tres horas de soledad y de inspiración?

ERNESTO.

De soledad, sí; de inspiración, no. No vino á mí, aunque rendido y enamorado la llamaba.

DON JULIÁN.

¿Faltó á la cita?

ERNESTO.

Y no por vez primera. Pero si nada hice

de provecho, hice en cambio un provechoso descubrimiento.

DON JULIÁN.

¿Cuál?

ERNESTO.

Este: que soy un pobre diablo.

DON JULIÁN.

¡Diablo! Pues me parece descubrimiento famoso.

ERNESTO.

Ni más, ni menos.

DON JULIÁN.

¿Y por qué tal enojo contigo mismo? ¿No sale acaso el drama que me anunciaste el otro día?

ERNESTO.

¡Qué ha de salir! Quien sale de quicio soy yo.

DON JULIÁN.

¿Y en qué consiste ese desaire que juntos hacen la inspiración y el drama á mi buen Ernesto?

ERNESTO.

Consiste en que al imaginarlo, yo creí que

la idea del drama era fecunda, y al darle forma, y al vestirla con el ropaje propio de la escena, resulta una cosa extraña, difícil, antidramática, imposible.

DON JULIÁN.

Pero, ¿en qué consiste lo imposible del caso? Vamos, díme algo, que ya voy entrando en curiosidad. (Sentándose en el sofá.)

ERNESTO.

Figúrese usted que el principal personaje, el que crea el drama, el que lo desarrolla, el que lo anima, el que provoca la catástrofe, el que la devora y la goza, no puede salir á escena.

DON JULIÁN.

¿Tan feo es? ¿tan repugnante ó tan malo?

ERNESTO.

No es eso. Feo, como cualquiera: como usted ó como yo. Malo, tampoco: ni malo ni bueno. Repugnante, no en verdad; no soy tan escéptico, ni tan misántropo, ni tan desengañado de la vida estoy, que tal cosa afirme, ó que tamaña injusticia cometa.

DON JULIÁN.

Pues entonces ¿cuál es la causa?

ERNESTO.

Don Julián, la causa es, que el personaje de que se trata no cabría materialmente en el escenario.

DON JULIÁN.

¡Virgen santísima, y qué cosas dices! ¿Es drama mitológico por ventura y aparecen los titanes?

ERNESTO.

Titanes son, pero á la moderna.

DON JULIÁN.

¿En suma?

ERNESTO.

¡En suma, ese personaje es... *todo el mundo*, que es una buena suma!

DON JULIÁN.

¡*Todo el mundo*! pues tienes razón, todo el mundo no cabe en el teatro; he ahí una verdad indiscutible y muchas veces demostrada.

ERNESTO.

Pues ya ve usted, cómo yo estaba en lo cierto.

DON JULIÁN.

No completamente. *Todo el mundo* puede

ondensarse en unos cuantos tipos ó caracte-
es. Yo no entiendo de esas materias, pero
ngo oído que esto han hecho los maestros
nás de una vez.

ERNESTO.

Sí, pero en mi caso, es decir, en mi drama,
o puede hacerse.

DON JULIÁN.

¿Por qué?

ERNESTO.

Por muchas razones que fuera largo el ex-
licar, y sobre todo á estas horas.

DON JULIÁN.

No importa; vengan algunas de ellas.

ERNESTO.

Mire usted, cada individuo de esa masa to-
al, cada cabeza de ese mónstruo de cien mil
abezas, de ese titán del siglo que yo llamo
odo el mundo, toma parte en mi drama un ins-
ante brevísimo; pronuncia una palabra no
nás, dirige una sola mirada, quizá toda su
cción en la fábula es una sonrisa; aparece un
unto y luego se aleja; obra sin pasión, sin sa-
a, sin maldad, indiferente y distraído; por
istracción muchas veces.

DON JULIÁN.

¿Y qué?

ERNESTO.

Que de esas palabras sueltas, de esas miradas fugaces, de esas sonrisas indiferentes, de todas esas pequeñas murmuraciones y de todas esas pequeñísimas maldades, de todos esos, que pudiéramos llamar rayos insignificantes de luz dramática, condensados en un foco y en una familia, resulta el incendio y la explosión, la lucha y las víctimas. Si yo represento la totalidad de las gentes por unos cuantos tipos ó personajes simbólicos, tengo que poner en cada uno lo que realmente está disperso en muchos, y resulta falseado el pensamiento; unos cuantos tipos en escena, repulsivos por malvados, inverosímiles porque su maldad no tiene objeto; y resulta además el peligro de que se crea que yo trato de pintar una sociedad infame, corrompida y cruel, cuando yo sólo pretendo demostrar, que ni aun las acciones más insignificantes, son insignificantes ni perdidas para el bien ó para el mal, porque sumadas por misteriosas influencias de la vida moderna, pueden llegar á producir inmensos efectos.

DON JULIÁN.

Mira, no sigas, no sigas: todo eso es muy metafísico. Algo vislumbro, pero al través de muchas nubes. En fin, tú entiendes de estas cosas más que yo: si se tratase de giros, cambios, letras y descuentos, otra cosa sería.

ERNESTO.

¡Oh, no; usted tiene buen sentido, que es lo principal!

DON JULIÁN.

Gracias, Ernesto, eres muy amable.

ERNESTO.

¿Pero está usted convencido?

DON JULIÁN.

No lo estoy. Debe haber manera de salvar ese inconveniente.

ERNESTO.

¡Si fuera eso solo!

DON JULIÁN.

¿Hay más?

ERNESTO.

Ya lo creo. Dígame usted, ¿cuál es el resorte dramático por excelencia?

DON JULIÁN.

Hombre, yo no sé á punto fijo qué es eso que tú llamas *resorte dramático;* pero yo lo que te digo es, que no me divierto en los dramas en que no hay amores, sobre todo amores desgraciados, que para amores felices tengo bastante con el de mi casa y con mi Teodora.

ERNESTO.

Bueno, magnífico; pues en mi drama casi, casi, no puede haber amores.

DON JULIÁN.

Malo, pésimo, digo yo. Oye, no sé lo que es tu drama, pero sospecho que no va á interesar á nadie.

ERNESTO.

Ya se lo dije yo á usted. Sin embargo, amores pueden ponerse, y hasta celos.

DON JULIÁN.

Pues con eso, con una intriga interesante y bien desarrollada, con alguna situación de efecto...

ERNESTO.

No, señor; eso sí que no: todo ha de ser sencillo, corriente, casi vulgar... como que el dra-

ma no puede brotar á lo exterior. El drama va por dentro de los personajes; avanza lentamente; se apodera hoy de un pensamiento, mañana de un latido del corazón; mina la voluntad poco á poco.

DON JULIÁN.

¿Pero todo eso en qué se conoce? ¿Esos estragos interiores, qué manifestación tienen? ¿quién se los cuenta al espectador, dónde los ve? ¡Hemos de estar toda la noche á caza de una mirada, de un suspiro, de un gesto, de una frase suelta! Pero, hijo, eso no es divertirse; para meterse en tales profundidades se estudia filosofía.

ERNESTO.

Nada; repite usted como un eco todo lo que yo estoy pensando.

DON JULIÁN.

No; yo tampoco quiero desanimarte. Tú sabrás lo que haces. Y ¡vaya!... aunque el drama sea un poco pálido, parezca pesado y no interese... con tal que luego venga la catástrofe con bríos... y que la explosión... ¿eh?

ERNESTO.

¡Catástrofe... explosión!... casi casi, cuando cae el telón.

DON JULIÁN.

¿Es decir, que el drama empieza cuando el drama acaba?

ERNESTO.

Estoy por decir que sí; aunque ya procuraré ponerle un poquito de calor.

DON JULIÁN.

Mira, lo que has de hacer es escribir *ese segundo drama*, ese que empieza cuando acaba el primero; porque el primero, según tus noticias, no vale la pena y ha de darte muchas.

ERNESTO.

De eso estaba yo convencido.

DON JULIÁN.

Y ahora lo estamos los dos; tal maña te has dado, y tal es la fuerza de tu lógica. ¿Y qué título tiene?

ERNESTO.

¡Título!... Pues esa es otra... Que no puede tener título.

DON JULIÁN.

¿Qué?... ¿Qué dices?... ¡Tampoco!...

ERNESTO.

No, señor; á no ser que lo pusiéramos en griego para mayor claridad, como dice don Hermógenes.

DON JULIÁN.

Vamos, Ernesto; tú estabas durmiendo cuando llegué: soñabas desatinos y me cuentas tus sueños.

ERNESTO.

¿Soñando?... sí. ¿Desatinos?... tal vez. Y sueños y desatinos cuento. Usted tiene buen sentido y en todo acierta.

DON JULIÁN.

Es que para acertar en este caso no se necesita gran penetración. Un drama en que el principal personaje no sale; en que casi no hay amores; en que no sucede nada que no suceda todos los días; que empieza al caer el telón en el último acto, y que no tiene título, yo no sé cómo puede escribirse, ni cómo puede representarse, ni cómo ha de haber quien lo oiga, ni cómo es drama.

ERNESTO.

¡Ah!... pues drama es. Todo consiste en darle forma, y en que yo no sé dársela.

DON JULIÁN.

¿Quieres seguir mi consejo?

ERNESTO.

¿Su consejo de usted?... ¿De usted, mi amigo, mi protector, mi segundo padre? ¡Ah!... ¡Don Julián!

DON JULIÁN.

Vamos, vamos, Ernesto, no hagamos aquí un drama sentimental á falta del tuyo que hemos declarado imposible. Te preguntaba si quieres seguir mi consejo.

ERNESTO.

Y yo decía que sí.

DON JULIÁN.

Pues déjate de dramas; acuéstate, descansa, vente á cazar conmigo mañana, mata unas cuantas perdices, con lo cual te excusas el matar un par de personajes de tu obra, y quizá de que el público haga contigo otro tanto, y á fin de cuentas tú me darás las gracias.

ERNESTO.

Eso sí que no. El drama lo escribiré.

DON JULIÁN.

Pero, desdichado; tú lo concebiste en pecado mortal.

ERNESTO.

No sé cómo, pero lo concebí. Lo siento en mi cerebro; en él se agita; pide vida en el mundo exterior, y he de dársela.

DON JULIÁN.

Pero ¿no puedes buscar otro argumento?

ERNESTO.

Pero ¿y esta idea?

DON JULIÁN.

Mándala al diablo.

ERNESTO.

¡Ah, don Julián! ¿Usted cree que una idea que se ha aferrado aquí dentro se deja anular y destruir porque así nos plazca? Yo quisiera pensar en otro drama, pero éste, éste maldito de la cuestión no le dejará sitio hasta que no brote al mundo.

DON JULIÁN.

Pues nada... que Dios te dé feliz alumbramiento.

ERNESTO.

Ahí está el problema, como dice Hamlet.

DON JULIÁN.

¿Y no podrías echarlo á la inclusa literaria de las obras anónimas? (En voz baja y con misterio cómico.)

ERNESTO.

¡Ah, don Julián! Yo soy hombre de conciencia. Mis hijos, buenos ó malos, son legítimos; llevarán mi nombre.

DON JULIÁN.

(Preparándose á salir.) No digo más. Lo que ha de ser está escrito.

ERNESTO.

Eso quisiera yo. No está escrito por desgracia; pero no importa, si yo no lo escribo, otro lo escribirá.

DON JULIÁN.

Pues á la obra; y buena suerte, y que nadie te tome la delantera.

ESCENA III.

ERNESTO, DON JULIÁN, TEODORA.

TEODORA.

(Desde fuera.) ¡Julián!... ¡Julián!...

DON JULIÁN.

Es Teodora.

TEODORA.

¿Estás aquí, Julián?

DON JULIÁN.

(Asomándose por la puerta.) Sí, aquí estoy; entra.

TEODORA.

(Entrando.) Buenas noches, Ernesto.

ERNESTO.

Buenas noches, Teodora. ¿Cantaron bien?

TEODORA.

Como siempre. ¿Y usted ha trabajado mucho?

ERNESTO.

Como siempre: nada.

TEODORA.

Pues para eso, mejor hubiera sido acompañarnos. Todas mis amigas me han preguntado por usted.

ERNESTO.

Está visto que *todo el mundo* se interesa por mí.

DON JULIÁN.

¡Ya lo creo!... Como que de *todo el mundo* vas á hacer el principal personaje de tu drama. Figúrate si les interesará tenerte por amigo.

TEODORA.

(Con curiosidad.) ¿Un drama?

DON JULIÁN.

¡Silencio!... Es un misterio... no preguntes nada. Ni título, ni personajes, ni acción, ni catástrofe... ¡lo sublime! Buenas noches, Ernesto. Vamos, Teodora.

ERNESTO.

Adiós, don Julián.

TEODORA.

Hasta mañana.

ERNESTO.

Buenas noches.

TEODORA.

(Á D. Julián.) Qué preocupada estaba Mercedes.

DON JULIÁN.

Y Severo hecho una furia.

TEODORA.

¿Por qué sería?

DON JULIÁN.

¿Qué sé yo? En cambio Pepito, alegre por ambos.

TEODORA.

Ese siempre. Y hablando mal de todos.

DON JULIÁN.

Personaje para el drama de Ernesto. (Salen Teodora y D. Julián por la derecha.)

ESCENA IV.

ERNESTO.

Diga lo que quiera don Julián, yo no abandono mi empresa. Fuera insigne cobardía. No, no retrocedo... adelante. (Se levanta y se pasea agitadamente. Después se acerca al balcón.) Noche, protégeme, que en tu negrura, mejor que en el manto azul

del día, se dibujan los contornos luminosos de la inspiración. Alzad vuestros techos, casas mil de la heróica villa, que, por un poeta en necesidad suma, no habéis de hacer menos que por aquel diablillo cojuelo que traviesamente os descaperuzó. Vea yo entrar en vuestras salas y gabinetes damas y caballeros, buscando, tras las agitadas horas de públicos placeres, el nocturno descanso. Lleguen á mis aguzados oídos las mil palabras sueltas de todos esos que á Julián y á Teodora preguntaban por mí. Y como de rayos dispersos de luz, por diáfano cristal recogidos, se hacen grandes focos; y como de líneas cruzadas de sombra se forjan las tinieblas, y de granos de tierra los montes, y de gotas los mares, así yo, de vuestras frases perdidas, de vuestras vagas sonrisas, de vuestras miradas curiosas, de esas mil trivialidades que en cafés, teatros, reuniones y espectáculos dejáis dispersas, y que ahora flotan en el aire, forje también mi drama, y sea el modesto cristal de mi inteligencia, lente que traiga al foco luces y sombras, para que en él brote el incendio dramático y la trágica explosión de la catástrofe. Brote mi drama, que hasta título tiene, porque allá, bajo la luz del quinqué, veo la obra inmortal del inmortal poeta florentino, y dióme en italiano lo que en buen español fuera buena imprudencia y mala

osadía escribir en un libro ó pronunciar en la escena. Francesca y Paolo, válganme vuestros amores. (Sentándose á la mesa y preparándose á escribir.) ¡Al drama!... ¡El drama empieza! Primera hoja: ya no está en blanco... ya tiene título. (Escribiendo.) EL GRAN GALEOTO. (Escribe febrilmente.)

FIN DEL DIÁLOGO.

ACTO PRIMERO.

La escena representa un salón en casa de D. Julián.—En el fondo una gran puerta: más allá un pasillo transversal: después la puerta del comedor, que permanece cerrada hasta el final del acto.—Á la izquierda del espectador, en primer término, un balcón; en segundo término, una puerta. Á la derecha en primero y segundo término, respectivamente, dos puertas.—En primer término, á la derecha, un sofá; á la izquierda una pequeña mesa y una butaca. Todo lujoso y espléndido.—Es de día, á la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

TEODORA, DON JULIÁN.—Teodora asomada al balcón: Don Julián sentado en el sofá y pensativo.

TEODORA.

¡Hermosa puesta de sol!
¡qué nubes, qué luz, qué cielo!
Si en los espacios azules
está el porvenir impreso,
como dicen los poetas
y nuestros padres creyeron;
si en la esfera de zafir
escriben astros de fuego,
de los humanos destinos
el misterioso secreto,
y es esta espléndida tarde,
página y cifra del nuestro,

¡qué venturas nos aguardan,
qué porvenir tan risueño,
cuánta vida en nuestra vida,
cuánta luz en nuestro cielo!
¿No es verdad? (Dirigiéndose á Julián.)
Pero ¿qué piensas?
Ven, Julián; mira aquel lejos.
¿No me contestas?

DON JULIÁN.

(Distraído.) ¿Qué quieres?

TEODORA.

¿No me escuchaste? (Acercándose á él.)

DON JULIÁN.

El deseo
siempre está donde estás tú,
que eres su imán y su centro;
pero á veces importunos,
acosan al pensamiento
preocupaciones, cuidados,
negocios...

TEODORA.

De que reniego,
pues de mi esposo me roban
la atención, si no el afecto.

Pero ¿qué tienes, Julián? (Con sumo cariño.)
algo te preocupa, y serio
debe ser, pues hace rato
que estás triste y en silencio.
¿Tienes penas, Julián mío?
pues las reclama mi pecho,
que si mis dichas son tuyas,
tus tristezas yo las quiero.

DON JULIÁN.

¿Penas? ¡siendo tú dichosa!
¿Tristezas? ¡cuando poseo
de todas las alegrías
en mi Teodora el compendio!
En mostrando tu semblante,
de la salud de tu cuerpo
como fruto, esas dos rosas;
y tus ojos ese fuego,
que es el resplandor del alma,
que se entiende por dos cielos;
en sabiendo, como sé,
que yo solo soy tu dueño,
¿qué tristezas, ni qué penas,
ni que sombras, ni qué duelos,
pueden impedirme ser,
del corazón hasta el centro,
el hombre más venturoso
que existe en el universo?

TEODORA.

¿Y tampoco son disgustos
de negocios?

DON JULIÁN.

El dinero
no me hizo perder jamás
ni el apetito, ni el sueño:
y como siempre le tuve,
no aversión, mas sí desprecio,
él se vino hacia mis arcas
sumiso como un cordero.
Y fuí rico, y rico soy,
y hasta que muera de viejo,
don Julián de Garagarza,
en Madrid, Cádiz y el Puerto,
gracias á Dios y á su suerte,
será, Teodora, el banquero,
si no de mayor fortuna,
más seguro, y de más crédito.

TEODORA.

Pues bien, entonces ¿por qué
estabas hace un momento
tan preocupado?

DON JULIÁN.

¡Pensaba!
y pensaba en algo bueno.

TEODORA.

No es maravilla, Julián,
siendo tuyo el pensamiento. (Con mimo.)

DON JULIÁN.

¡Lisonjera! ¡no me adules!

TEODORA.

Pero sepa yo qué es ello.

DON JULIÁN.

Quería encontrar remate
para cierta obra de mérito.

TEODORA.

¿Para la fábrica nueva?

DON JULIÁN.

No es obra de piedra y fierro.

TEODORA.

¿Pero es?...

DON JULIÁN.

De misericordia
obra, y de lejanos tiempos
deuda sagrada.

TEODORA.

(Con alegría natural y espontánea.)

Ya sé.

DON JULIÁN.

¿Sí?

TEODORA.

Pensabas en Ernesto.

DON JULIÁN.

Acertaste.

TEODORA.

¡Pobre chico!
bien hacías. ¡Es tan bueno,
tan noble, tan generoso!

DON JULIÁN.

Todo á su padre: ¡modelo
de lealtad y de hidalguía!

TEODORA.

¡Vaya! ¡y de mucho talento!
veintiseis años... ¡y sabe!
¿qué sé yo?... ¡si es un portento!

DON JULIÁN.

¿Si sabe? ¡pues ahí es nada!
y ese es el mal: porque temo

que allá perdido en sublimes
esferas su pensamiento,
no sepa andar por el mundo,
que es prosáico y traicionero,
y no se paga jamás
de sutilezas de ingenio,
hasta tres siglos después
de habérselas dicho el muerto.

TEODORA.

En teniéndote por guía...
porque, tú Julián... ¿no es cierto?
no piensas abandonarle.

DON JULIÁN.

¡Abandonarle! muy negro
era menester que fuese
el corazón, que en el pecho
me late, para que yo
olvidase lo que debo
á su padre. Por el mío
arriesgó Don Juan de Acedo
nombre y caudal, y la vida
acaso. Si ese mancebo
necesita de mi sangre,
que la pida; que la tengo
siempre dispuesta á pagar
deudas del nombre que llevo.

TEODORA.

¡Bien, Julián! ¡ese eres tú!

DON JULIÁN.

Tú lo viste: me dijeron
hace un año, ó poco más,
que el buen don Juan era muerto,
y que su hijo en la miseria
quedaba, y faltóme tiempo
para meterme en el tren,
ir á Gerona, cogerlo
casi á la fuerza, hasta aquí
volver con él, y en el centro
de esta sala colocarle
y decirle: «Eres el dueño
de lo mío, que ya es tuyo,
porque á tu padre lo debo.
Si quieres, amo serás
de esta casa, ó cuando menos
por segundo padre tenme,
que si no alcanzo al primero,
por lo mucho que valía,
tras él voy con el deseo;
y en cuanto á quererte... ¡vaya!
quién es más, allá veremos.»

TEODORA.

Es verdad: eso dijiste;
y el pobre... como es tan bueno,

rompió á llorar como un niño,
y colgósete del cuello.

DON JULIÁN.

Es un niño: dices bien;
y pensar en él debemos
y en su porvenir. Y ahí tienes
por qué preocupado y serio
me viste há poco, buscando
forma y modo á lo que pienso
hacer por él, mientras tú
me brindabas con un bello
panorama, y un celaje,
y un rojo sol, que desdeño,
desde que brillan dos soles
más puros en nuestro cielo.

TEODORA.

Pues no adivino tu idea.
¿Lo que piensas por Ernesto
hacer?

DON JULIÁN.

Tal dije.

TEODORA.

¿Pues cabe
hacer más de lo que has hecho?
Hace un año vive aquí

con nosotros, como nuestro.
Ni aun cuando hijo tuyo fuese,
ni mi propio hermano siendo,
le mostraras más cariño,
ni en mí hallara más afecto.

DON JULIÁN.

Está bien: pero no basta.

TEODORA.

¿Que no basta? Pues yo creo...

DON JULIÁN.

Tú piensas en lo presente
y yo en lo futuro pienso.

TEODORA.

¿Lo futuro? ¿el porvenir?
pues fácilmente lo arreglo.
Mira: vive en esta casa
cuanto quiera, años enteros,
como suya, pues es claro;
hasta que allá, con el tiempo,
por ley justa y natural,
se enamore y le casemos.
Entonces, de tu fortuna
le entregas con noble empeño
una buena parte; vánse
á su casa, desde el templo,

ella y *él:* que el refrán dice,
y yo á su razón me atengo,
que el casado casa quiere,
y no porque vivan lejos,
hemos de olvidarle nunca,
ni hemos de quererle menos.
Y ya lo ves: son felices:
nosotros más, por supuesto.
Tienen hijos: ¿quién lo duda?
¡nosotros más!... ¡por lo menos (Con mimo.)
una niña!... se enamoran
ella y el hijo de Ernesto,
y se casan...

(La volubilidad, el gracejo, los matices de este parlamento, quedan encomendados al talento de la actriz.)

DON JULIÁN.

¡Pero á dónde
vas á parar, justo cielo! (Riendo.)

TEODORA.

Hablabas de porvenir
y este porvenir te ofrezco;
que si no es este, Julián,
ni me gusta, ni lo acepto.

DON JULIÁN.

Es como tuyo, Teodora.
Pero...

TEODORA.

¡Ay, Dios! ya tiene un pero.

DON JULIÁN.

Mira, Teodora, nosotros
pagamos lo que debemos,
al amparar á ese joven
desdichado, como á deudo,
y á la obligación se agregan
exigencias del afecto,
que vale tanto por sí,
como por hijo de Acedo.
Pero en toda acción humana
siempre hay algo de complejo,
siempre hay dos puntos de vista,
y siempre tiene un reverso
la medalla. Con lo cual
decirte, Teodora, quiero,
que en este caso, son casos
más que contrarios, diversos,
el de dar y recibir
protección, y que me temo
que al fin le sepan mis dones
á humillación por lo menos.
Él es noble, y es altivo,
y casi, casi, soberbio,
y á su situación, Teodora,
es forzoso hallarle término.

Hagamos por él aún más,
y finjamos hacer menos.

TEODORA.

¿De qué modo?

DON JULIÁN.

Vas á ver...
Pero él viene. (Mirando hacia el fondo.)

TEODORA.

Pues silencio.

ESCENA II.

TEODORA, DON JULIÁN, ERNESTO por el fondo.

DON JULIÁN.

Bien venido.

ERNESTO.

Don Julián...
Teodora...
(Saluda como distraído y se sienta junto á la mesa, quedando pensativo.)

DON JULIÁN.

¿Qué tienes? (Acercándose á él.)

ERNESTO.

Nada.

DON JULIÁN.

Algo noto en tu mirada,
y algo revela tu afán.
¿Tienes penas?

ERNESTO.

¡Desvarío!

DON JULIÁN.

¿Tienes disgustos?

ERNESTO.

Ninguno.

DON JULIÁN.

¿Acaso soy importuno?

ERNESTO.

¡Usté importuno! ¡Dios mío!
(Levantándose y acercándose á él con efusión.)
No, su cariño le inspira:
su amistad es su derecho;
y lee dentro de mi pecho
cuando á los ojos me mira.
Algo tengo, sí, señor;
pero todo lo diré.
Don Julián, perdone usté:
y usté también: ¡por favor! (Á Teodora.)

Yo soy un loco, y un niño,
y un ingrato: en puridad,
ni merezco su bondad,
ni merezco su cariño.
Yo debiera ser dichoso
con tal padre y tal hermana,
y no pensar en mañana,
y sin embargo es forzoso
que piense. La explicación
me sonroja... ¿No me entienden?...
Sí, sí, que ustedes comprenden
que es falsa mi situación.
De limosna vivo aquí. (Con energía.)

TEODORA.

Esa palabra...

ERNESTO.

Teodora...

TEODORA.

Nos ofende.

ERNESTO.

Sí, señora,
dije mal; pero es así.

DON JULIÁN.

Y yo te digo que no.

Si de limosna, y no escasa,
alguien vive en esta casa,
ese no eres tú: soy yo.

ERNESTO.

Conozco, señor, la historia
de dos amigos leales,
y de no sé qué caudales
de que ya no hago memoria.
Á mi padre le hace honor
rasgo de tal hidalguía;
pero yo lo mancharía
si cobrase su valor.
Yo soy joven, don Julián,
y aunque es poco lo que valgo,
bien puedo ocuparme en algo
para ganarme mi pan.
¿Será esto orgullo ó manía?
No lo sé y el tino pierdo;
pero yo siempre recuerdo
que mi padre me decía:
«Lo que tú puedas hacer,
»á nadie lo has de encargar;
»lo que tú puedas ganar,
»á nadie lo has de deber.»

DON JULIÁN.

De modo que mis favores
te humillan y te envilecen;

tus amigos te parecen
importunos acreedores.

TEODORA.

Usted discurre en razón;
usted sabe mucho, Ernesto;
pero mire usted, en esto
sabe más el corazón.

DON JULIÁN.

Esa altivez desdeñosa
no mostró mi padre al tuyo.

TEODORA.

La amistad, según arguyo,
era entonces otra cosa.

ERNESTO.

¡Teodora!

TEODORA.

Es noble su afán.
(Señalando á su esposo.)

ERNESTO.

Es cierto, soy un ingrato:
ya lo sé: y un insensato...
perdone usted, don Julián.
(Profundamente conmovido.)

DON JULIÁN.

¡Su cabeza es una fragua!
(Á Teodora refiriéndose á Ernesto.)

TEODORA.

¡Si no vive en este mundo!
(Á D. Julián, lo mismo.)

DON JULIÁN.

Eso sí, sabio y profundo,
y se ahoga en un charco de agua.

ERNESTO.

¡Qué de esta vida no sé, (Tristemente.)
ni hallo en ella mi camino!
Es verdad; mas lo adivino
y tiemblo no sé por qué.
¡Que en las charcas de este mundo
como en alta mar me anego!
Me espantan más; no lo niego,
mucho más que el mar profundo.
Hasta el límite que marca
suelta arena el mar se tiende:
por todo el espacio extiende
emanaciones la charca.
Contra las olas del mar
luchan brazos varoniles:
contra miasmas sutiles
no hay manera de luchar.

Y yo, si he de ser vencido,
que no humilla el vencimiento,
en el último momento
sólo quiero, y sólo pido,
ver ante mí, y esto baste,
al mar que tragarme quiera,
á la espada que me hiera
ó á la roca que me aplaste.
Á mi adversario sentir,
su cuerpo y su furia ver,
y despreciarle al caer,
y despreciarle al morir.
Y no aspirar mansamente
mi pecho, que se dilata,
el veneno que me mata
esparcido en el ambiente.

DON JULIÁN.

¿No te dije? ¡perdió el seso! (Á Teodora.)

TEODORA.

Pero, Ernesto, ¿á dónde vamos?

DON JULIÁN.

Con el caso que tratamos
¿qué tiene que ver todo eso?

ERNESTO.

Que al verme, señor, aquí,

amparado y recogido,
lo que he pensado, he creído
que piensan todos de mí:
que al cruzar la Castellana
en el coche con ustedes,
con Teodora ó con Mercedes
al salir una mañana,
al ir á su palco al Real,
al cazar en su dehesa,
al ocupar en su mesa
de diario el mismo sitial;
aunque á su optimismo pese,
el caso es, señor, que todos,
con estos ó aquellos modos,
se preguntan: ¿quién es ese?
¿Será su deudo?—No tal.
¿Su secretario?—Tampoco.
¿Su socio?—Si es socio, poco
trajo á la masa social.
Eso murmuran.

DON JULIÁN.

Ninguno.
Eso sueñas.

ERNESTO.

Por favor...

DON JULIÁN.

Pues venga un nombre.

ERNESTO.

Señor...

DON JULIÁN.

Me basta sólo con uno.

ERNESTO.

Pues lo tienen á la mano:
está en el piso tercero.

DON JULIÁN.

¿Y se llama?

ERNESTO.

Don Severo.

DON JULIÁN.

¿Mi hermano?

ERNESTO.

Justo: su hermano.
¿No basta? Doña Mercedes,
su noble esposa y señora.
¿Más? Pepito. Con que ahora
á ver qué dicen ustedes.

DON JULIÁN.

(Con enojo.) Pues digo, y juro, y no peco,
que *él*, más que severo, es raro;

que *ella* charla sin reparo,
y que el chico es un muñeco.

ERNESTO.

Repiten lo que oyen.

DON JULIÁN.

Nada:
esas son cavilaciones.
Donde hay nobles intenciones,
y á la gente que es honrada,
le importa poco del mundo:
cuanto el murmurar más recio,
más soberano el desprecio,
y más grande y más profundo,

ERNESTO.

Eso es noble y eso siente
todo pecho bien nacido;
pero yo tengo aprendido
que lo que dice la gente,
con maldad ó sin maldad,
según aquel que lo inspira,
comienza siendo mentira
y acaba siendo verdad.
¿La murmuración que cunde
nos muestra oculto pecado,
y es reflejo del pasado,

ó inventa el mal y lo infunde?
¿Marca con sello maldito
la culpa que ya existía,
ó engendra la que no había
y da ocasión al delito?
El labio murmurador
¿es infame, ó es severo?
¿es cómplice, ó pregonero?
¿es verdugo, ó tentador?
¿remata, ó hace caer?
¿hiere por gusto, ó por pena?
Y si condena, ¿condena
por justicia ó por placer?
Yo no lo sé, don Julián:
quizá las dos cosas son;
pero el tiempo y la ocasión
y los hechos lo dirán.

DON JULIÁN.

Mira, no entiendo ni jota
en esas filosofías.
Presumo que son manías
con que tu ingenio se agota;
pero en fin tampoco quiero
afligirte ni apurarte.
¿Quieres, Ernesto, crearte,
independiente y severo
una posición honrada
por tí solo? ¿no es así?

ERNESTO.

Don Julián...

DON JULIÁN.

Responde.

ERNESTO.

(Con alegría.) Sí.

DON JULIÁN.

Pues la tienes alcanzada.
Me encuentro sin secretario:
de Londres me brinda uno,
pero no quiero ninguno,
más que un sér estrafalario,
(Con tono de cariñosa reconvención.)
que su pobreza prefiere
su trabajo y sueldo fijo,
como cualquiera, á ser hijo
de quien por hijo le quiere.

ERNESTO.

Don Julián...

DON JULIÁN.

Pero exigente
(Con tono de cómica severidad.)
y hombre de negocios soy,
y mi dinero no doy
nunca de balde á la gente.

Y he de explotarte á mi gusto,
y he de hacerte trabajar
y en mi casa has de ganar
únicamente lo justo.
Diez horas para el tintero,
despierto al amanecer,
y contigo voy á ser
más severo que Severo.
¡Esto serás ante el mundo!
víctima de mi egoismo...
pero Ernesto... ¡siempre el mismo
de mi pecho en lo profundo!
(Sin poder contenerse, cambiando de tono y abriéndole los brazos.)

ERNESTO.

¡Don Julián!... (Abrazándole.)

DON JULIÁN.

¿Aceptas?

ERNESTO.

Sí.
Haga de mí lo que quiera.

TEODORA.

Al fin domaste la fiera. (Á D. Julián.)

ERNESTO.

¡Todo por usted! (Á D. Julián.)



DON JULIÁN.

Así:
asi te quiero. Ahora escribo
á mi buen corresponsal:
le doy como es natural
las gracias, y que concibo
el mérito extraordinario
del inglés de que hace alarde,
pero que ha llegado tarde,
porque tengo secretario.
(Dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.)
Eso ahora... pero andar
deja al tiempo... ¡Socio luego!
(Volviendo y fingiéndose que habla con misterio.)

TEODORA.

¡Calla por Dios!... te lo ruego,
¡no ves que se va á espantar! (Á D. Julián.)
(Sale D. Julián por la derecha, primer término, riendo bondadosamente y mirando á Ernesto.)

ESCENA III.

TEODORA, ERNESTO. Al final de la escena anterior comenzó á anochecer, de suerte que al llegar á este momento el salón está ya completamente oscuro.

ERNESTO.

¡Ah que su bondad me abruma!

¿cómo pagarle, Dios mío?

(Se deja caer en el sofá profundamente conmovido. Teodora se acerca á él y queda á su lado en pié.)

TEODORA.

Dando de mano al desvío
y á la desconfianza. En suma,
teniendo juicio y pensando
que de veras le queremos,
que lo que fuimos seremos,
y en fin, Ernesto, que cuando
Julián promete, no es vana
su promesa y la mantiene,
de manera que usted tiene,
en *él*, padre, y en *mí*, hermana.

ESCENA IV.

TEODORA, ERNESTO, DOÑA MERCEDES, DON SEVERO. Los dos últimos se presentan por el fondo y en él se detienen. El salón á oscuras: sólo una pequeña claridad en el balcón, hacia el cual se dirigen Teodora y Ernesto.

ERNESTO.

¡Ah, qué buenos son ustedes!

TEODORA.

¡Y usted qué niño! De hoy más
no ha de estar triste.

ERNESTO.

Jamás.

DOÑA MERCEDES.

(¡Qué oscuro!) (Desde fuera en voz baja.)

DON SEVERO.

(Lo mismo.) (Vamos, Mercedes.)

DOÑA MERCEDES.

No hay nadie. (Pasando la puerta.)

DON SEVERO.

(Deteniéndola.) Gente hay allí.
(Se quedan los dos en el fondo observando.)

ERNESTO.

Teodora, mi vida entera,
y otras mil, gustoso diera
por el bien que recibí.
No me debe usted juzgar
por mi carácter adusto:
de hacer alarde no gusto
de amor, pero yo sé amar,
y también aborrecer,
que en propios iguales modos
en mi pecho encuentran todos
lo que en él quieren poner.

MERCEDES.

¿Qué dicen? (Á Severo.)

DON SEVERO.

Cosas extrañas
que no oigo bien.
(Teodora y Ernesto siguen hablando en voz baja en el balcón.)

MERCEDES.

Si es Ernesto.

DON SEVERO.

Y ella... es ella... por supuesto.

MERCEDES.

Teodora.

DON SEVERO.

Las mismas mañas:
siempre juntos. ¡No hay paciencia!...
Y esas palabras... ¿Qué espero?

MERCEDES.

Es verdad: vamos, Severo,
es ya caso de conciencia.
Todos dicen...

DON SEVERO.

(Avanzando.) Á Julián
he de hablar hoy mismo y claro.

MERCEDES.

Pero también es descaro
el de ese hombre.

DON SEVERO.

¡Voto á san!
El de él, y el de ella.

MERCEDES.

¡Infeliz!
¡es tan niña! De ella yo
me encargo.

TEODORA.

¿Á otra casa? no.
¿Dejarnos? ¡pues es feliz
la idea! No lo consiente
Julián.

DON SEVERO.

(Á Mercedes.) Ni yo, ¡vive Cristo!
(En voz alta.)
¡Eh, Teodora! ¿no me has visto?
¿Se recibe así á la gente?

TEODORA.

(Separándose del balcón.)
¡Don Severo!... ¡qué placer!

MERCEDES.

¿No se come? qué ¿no es hora?

TEODORA.

¡Ah, Mercedes!

MERCEDES.

Sí, Teodora.

DON SEVERO.

(Aparte.) (¡Cómo finge! ¡qué mujer!)

TEODORA.

Pediré luces.
(Tocando un timbre que está sobre la mesa.)

DON SEVERO.

Bien hecho:
la gente debe ver claro.

UN CRIADO.

Señora... (Presentándose en el fondo.)

TEODORA.

Luces, Genaro. (El criado sale.)

DON SEVERO.

Quien sigue el camino estrecho
del deber y la lealtad,
y es siempre lo que parece,
no se apura ni enrojece
por la mucha claridad.

(Entran criados con luces: el salón queda espléndidamente iluminado.)

TEODORA.

(Después de una pequeña pausa dice con naturalidad y riendo.)

Eso me parece á mí
y á cualquiera. (Dirigiéndose á Mercedes.)

MERCEDES.

Por supuesto.

DON SEVERO.

¡Hola, hola, don Ernesto,
con que estaba usted aquí,
con Teodora, cuando entré? (Con intención.)

ERNESTO.

(Friamente.) Aquí estaba por lo visto.

DON SEVERO.

Por lo visto, no, ¡por Cristo!

que en las sombras no se ve.

(Acercándose á él, dándole la mano y mirándole fijamente. Teodora y Mercedes hablan aparte.)

(Aparte.) (Su color es encendida,
y parece haber llorado.
De niño y de enamorado
se llora sólo en la vida.)
¿Y Julián? (En voz alta.)

TEODORA.

Pues allá dentro,
se fué á escribir una carta.

ERNESTO.

(Aparte.) (Aunque mi paciencia es harta,
me saca este de mi centro.)

DON SEVERO.

Voy á verle. ¿La comida
da tiempo? (Á Teodora.)

TEODORA.

Tiempo de sobra.

DON SEVERO.

Bien: pues manos á la obra.

(Aparte restregándose las manos y mirando á Teodora y Ernesto.)

Adiós. (En voz alta.)

TEODORA.

Adiós.

DON SEVERO.

¡Por mi vida!
(Aparte y mirándolos rencorosamente al salir.)

ESCENA V.

TEODORA, MERCEDES, ERNESTO. Las dos mujeres se sientan en el sofá. Ernesto en pié.

MERCEDES.

Hoy no nos ha visto usté. (Á Ernesto.)

ERNESTO.

No.

MERCEDES.

Ni tampoco á Pepito.

ERNESTO.

No, señora.

MERCEDES.

Está solito
allá arriba.

ERNESTO.

(Aparte.) (Que lo esté.)

MERCEDES.

(Á Teodora con severidad y misterio.)
(Yo quisiera que se fuese,
porque he de hablarte...

TEODORA.

¿Tú?

MERCEDES.

(Lo mismo que antes.) Sí.
De asuntos graves.

TEODORA.

Pues dí.

MERCEDES.

Como no se marcha ese...

TEODORA.

No te comprendo. (Todo en voz baja.)

MERCEDES.

¡Valor!
(Le coge la mano y se la estrecha afectuosamente. Teodora la mira con asombro sin comprender nada.)
Haz porque nos deje presto.

TEODORA.

Si tú te empeñas...)
(En voz alta.) Ernesto...
Si me hiciera usté un favor...

ERNESTO.

Con mil amores.

MERCEDES.

(Aparte.) (Con uno
y sobra.)

TEODORA.

Pues... suba usté
y á Pepito... vamos... que...
pero acaso le importuno
con este encargo.

ERNESTO.

No tal.

MERCEDES.

(Aparte.) (¡Con qué dulzura y qué tono!)

TEODORA.

Que... si renovó el abono
de nuestro palco del Real
como le dije: ya sabe.

ERNESTO.

Con mucho gusto: al momento.

TEODORA.

Gracias, Ernesto: yo siento...

ERNESTO.

¡Por Dios! (Dirigiéndose al fondo.)

TEODORA.

¡Adiós!

(Sale Ernesto por el fondo.)

ESCENA VI.

TEODORA, MERCEDES.

TEODORA.

¡Cosa grave!
¡Alarmada estoy, Mercedes!
Ese tono, ese misterio...
¿se trata?

MERCEDES.

De algo muy serio.

TEODORA.

¿Pero de quién?

MERCEDES.

Pues de ustedes.

TEODORA.

¿De nosotros?

MERCEDES.

De Julián,
de Ernesto y de tí. Ya ves.

TEODORA.

¿De los tres?

MERCEDES.

Sí; de los tres.

(Teodora contempla con asombro á Mercedes: pequeña pausa.)

TEODORA.

Pues dí pronto.

MERCEDES.

(Aparte.) (¡Ganas dan!...
Pero no, cierro la mano,
que es el asunto escabroso.)
Mira, Teodora, mi esposo (En voz alta.)
al fin del tuyo es hermano,
y de una familia todos

venimos á ser, de suerte
que en la vida y en la muerte,
por estos ó aquellos modos,
nos debemos protección,
y ayuda, y consejo... es claro;
hoy, yo te brindo mi amparo,
y mañana, en la ocasión,
sin sonrojos en la tez
acudimos al de ustedes.

TEODORA.

Y cuenta con él, Mercedes.
Pero acaba de una vez.

MERCEDES.

Hasta hoy no he querido dar,
Teodora, este paso; pero
hoy ya, me dijo Severo:
«De aquí no puede pasar;
»que de mi hermano el honor,
»cual mi propio honor estimo,
»y al ver ciertas cosas gimo
»de vergüenza y de dolor.
»Siempre indirectas oyendo,
»siempre sonrisas mirando,
»siempre los ojos bajando
»y de las gentes huyendo.
»En ésta, de infamias lid
»es necesario acabar,

»que no puedo tolerar
»lo que se dice en Madrid.»

TEODORA.

¡Sigue, sigue!

MERCEDES.

Pues escucha.

(Pausa. Mercedes mira fijamente á Teodora.)

TEODORA.

Vamos: ¿qué dicen, Dios mío?

MERCEDES.

Mira: cuando suena el río
agua lleva poca ó mucha.

TEODORA.

¡No sé si suena ó no suena,
si agua lleva mucha ó poca:
sólo sé, que ya estoy loca!

MERCEDES.

(Aparte.) (Pobre niña, me da pena.)
(En voz alta.)
Pero en fin, ¿no has comprendido?

TEODORA.

¿Yo? no.

MERCEDES.

(Aparte.) (Torpeza es también.)
(En voz alta y con energía.)
¡Está en ridículo!

TEODORA.

¿Quién?

MERCEDES.

¿Quién ha de ser? Tu marido.

TEODORA.

(Levantándose con ímpetu.)
¿Julián? ¡Mentira! Villano
quien habló de esa manera.
¡Ah, si Julián le tuviera
al alcance de su mano!

MERCEDES.

(Calmándose y haciéndola sentar otra vez junto á ella.)
Necesitara tener
manos para mucha gente,
que si la fama no miente
todos son de un parecer.

TEODORA.

Pero en fin ¿qué infamia es esa?
¿cuál el misterio profundo?

¿qué es lo que repite el mundo?

MERCEDES.

¿Con que te pesa?

TEODORA.

¡Me pesa!
¿Pero qué?

MERCEDES.

Mira, Teodora:
eres muy niña; á tu edad
se cometen, sin maldad,
ligerezas... ¡y se llora
después tanto!... ¿Todavía
no me comprendes? Dí.

TEODORA.

No.
¿Por qué he de entenderte yo
si esa historia no es la mía?

MERCEDES.

Es la historia de un infame,
y es la historia de una dama..

TEODORA.

¿Y ella se llama?... (Con ansia.)

MERCEDES.

Se llama...

TEODORA.

¿Qué importa como se llame?...

(Conteniéndola.)

(Teodora se separa de Mercedes sin levantarse del sofá: Mercedes se le acerca á medida que habla. Este movimiento de repugnancia y alejamiento en Teodora, de protección é insistencia en Mercedes, muy marcado.)

MERCEDES.

El hombre es ruín y traidor,
y exige de la mujer,
por una hora de placer,
una vida de dolor.
La deshonra del esposo,
de la familia la ruina,
y la frente que se inclina
bajo sello vergonzoso;
como social penitencia
el desprecio en los demás,
¡y Dios que castiga aún más
con la voz de la conciencia!

(Ya están al otro xtremo del sofá: Teodora huye del contacto de Mercedes, inclina hacia atrás el cuerpo y se cubre el rostro con las manos: al fin ha comprendido.)

Ven á mis brazos, Teodora...
(Aparte.) (¡Pobrecilla, me enternece!)
ese hombre no te merece.

TEODORA.

¿Pero á dónde va, señora,
con ese arrebato ciego?
¡si no es miedo, ni es espanto;
si no hay en mis ojos llanto:
si en mis ojos sólo hay fuego!
¿Á quién oyó lo que oí?
¿Quién es ese hombre? ¡será!...
¿él acaso?...

MERCEDES.

Ernesto.

TEODORA.

¡Ah!... (Pausa.)
La mujer, yo: ¿no es así?
(Señal afirmativa de Mercedes. Teodora se levanta.)
Pues escucha aunque te irrites:
cuál es más vil no sé yo,
si el mundo que lo inventó
ó tú que me lo repites.
¡Maldito el labio mundano
que dió forma á tal idea!
¡y maldito quien lo crea
por imbécil ó villano!
¡tan maldita y tan fatal,
que sólo por no arrancarla
de mi memoria y llevarla

en ella, ya soy criminal!
¡Jesús, nunca lo pensé;
Jesús, nunca lo creí:
tan desgraciado le ví
que como á hermano le amé!
Julián fué su providencia...
y él es noble y caballero...
(Deteniéndose, observando á Mercedes y volviendo el rostro.)
(Aparte.) (¡Cómo me mira!... no quiero
alabarle en su presencia.
¡De modo que ya, Dios mío,
he de fingir!) (Acongojándose visiblemente.)

MERCEDES.

Vamos, calma.

TEODORA.

(En voz alta.)
¡Qué angustia siento en el alma...
qué desconsuelo... y qué frío!...
¡Por la pública opinión
de esta manera manchada!...
¡Ay mi madre!... ¡madre amada!...
¡Ay Julián del corazón!
(Cae sollozando en el sillón de la izquierda. Mercedes procura consolarla.)

MERCEDES.

Yo no presumí... perdona...

no llores... Si no creía
nada serio... ¡Si sabía
que tu pasado te abona!
Pero siendo el caso así,
has de confesar también
que de cada ciento, cien,
de tu Julián y de tí
dirán con justo rigor,
que fuísteis harto imprudentes
dando ocasión á las gentes
á pensar en lo peor.
Tú, joven de veinte abriles;
Julián en su cuarentena,
y Ernesto la mente llena
de fantásticos perfiles...
En sus asuntos tu esposo,
el otro en sus fantasías,
más ocasiones que días,
y tu pensamiento ocioso...
La gente que os ve en paseo,
la gente que os ve en el Real...
mal hizo en pensar tan mal;
pero, Teodora, yo creo
que en justicia y en razón,
en todo lo que ha pasado,
el mundo puso el pecado
y vosotros la ocasión.
La moderna sociedad,
permíteme que te diga,

que la culpa que castiga
con más saña y más crueldad,
y en forma más rica y varia,
en la mujer y en el hombre,
es, Teodora, y no te asombre,
la imprudencia temeraria.

TEODORA.

(Volviéndose á Mercedes; pero sin atender á su parlamento.)
¿Y dices que Julián?...

MERCEDES.

¡Sí;
es la mofa de la corte!
Y tú...

TEODORA.

De mí... no te importe.
¡Pero Julián!... ¡ay de mí!
¡tan bueno!... ¡tan caballero!...
cuando sepa...

MERCEDES.

Lo sabrá,
porque ahora mismo estará
hablando con él Severo.

TEODORA.

¡Qué dices!

DON JULIÁN.

(Desde dentro.) ¡Basta!

TEODORA.

¡Dios mío!

DON JULIÁN.

¡Que me dejes!

TEODORA.

¡Ay de mí!
Vámonos pronto de aquí...

MERCEDES.

(Después de asomarse á la primera puerta de la derecha.)
¡Sí, pronto, que es desvarío!...
(Teodora y Mercedes se dirigen hacia la izquierda.)

TEODORA.

(Deteniéndose.)
Pero ¿por que?... ¡no parece
sino que yo soy culpable!
¡La calumnia miserable
no mancha sólo, envilece!
¡Es engendro tan maldito,
que, contra toda evidencia,
se nos mete en la conciencia
con el sabor del delito!

¿Por qué de un necio terror
me oprimen los ruines lazos?

(En este momento aparecen en la puerta de la derecha, primer término, D. Julián y detrás D. Severo.)

¡Julián!

DON JULIÁN.

¡Teodora!

(Corre á él, que la oprime apasionadamente contra su pecho.)

¡En mis brazos!
Este es tu puesto de honor.

ESCENA VII.

TEODORA, MERCEDES, DON JULIÁN, DON SEVERO.—El orden de los personajes, de izquierda á derecha, es el siguiente: Mercedes, Teodora, D. Julián, D. Severo. Teodora y D. Julián forman un grupo: ella en los brazos de él.

DON JULIÁN.

Pase por primera vez,
y ¡vive Dios! que es pasar;
pero quien vuelva á manchar
con lágrimas esta tez,

(Señalando á Teodora.)

yo juro, y no juro en vano,
que no pasa, si tal pasa,
los umbrales de esta casa,
ni aun siendo mi propio hermano.

(Pausa. D. Julián acaricia y consuela á Teodora.)

DON SEVERO.

Repetí lo que la gente
murmura de tí, Julián.

DON JULIÁN.

Infamias.

DON SEVERO.

Pues lo serán.

DON JULIÁN.

Lo son.

DON SEVERO.

Pues deja que cuente
lo que todo el mundo sabe.

DON JULIÁN.

¡Vilezas, mentira, lodo!

DON SEVERO.

Pues repetirlo...

DON JULIÁN.

No es modo
ni manera de que acabe. (Pequeña pausa.)

DON SEVERO.

No tienes razón.

DON JULIÁN.

Razón
y de sobra. Fuera bueno,
que me trajeses el cieno
de la calle á mi salón.

DON SEVERO.

¡Pues será!

DON JULIÁN.

¡Pues no ha de ser!

DON SEVERO.

¡Mío es tu nombre!

DON JULIÁN.

¡No más!

DON SEVERO.

¡Y tu honor!

DON JULIÁN.

Piensa que estás
delante de mi mujer. (Pausa.)

DON SEVERO.

(Á D. Julián en voz baja.)
(¡Si nuestro padre te viera!)

DON JULIÁN.

¡Cómo!... Severo ¿qué es esto?

DOÑA MERCEDES.

Silencio, que viene Ernesto.

TEODORA.

(Ap.) (¡Qué vergüenza!... ¡si él supiera!...)
(Teodora vuelve el rostro y lo inclina: D. Julián la mira fijamente.)

ESCENA VIII.

TEODORA, MERCEDES, DON JULIÁN, DON SEVERO, ERNESTO, PEPITO: los dos últimos por el foro.—El orden de los personajes es el siguiente, de izquierda á derecha: Mercedes, Pepito, Teodora, Don Julián, Ernesto, D. Severo. Es decir, que al entrar Ernesto y Pepito se separan; aquél viene al lado de D. Julián, éste al de Teodora.

ERNESTO.

(Observando un instante desde el fondo el grupo de Teodora y de D. Julián.)
(Aparte.) (Ella y él... no es ilusión.
¿Si será lo que temí?...
Lo que á ese imbécil oí...
(Refiriéndose á Pepito, que en este momento entra.)
No fué suya la invención.)

PEPITO.

(Que ha mirado con extrañeza á uno y otro lado.)
Salud y buen apetito,

porque se acerca la hora.
Aquí está el palco, Teodora.
Don Julián...

TEODORA.

Gracias, Pepito.
(Tomando el palco maquinalmente.)

ERNESTO.

¿Qué tiene Teodora?
(Á D. Julián en voz baja.)

DON JULIÁN.

Nada.

ERNESTO.

(Como antes.) Está pálida y llorosa.

DON JULIÁN.

(Sin poder contenerse.)
No te ocupes de mi esposa.
(Pausa. D. Julián y Ernesto cruzan una mirada.)

ERNESTO.

(Aparte.) (¡Miserables! Fué jornada
completa.)

PEPITO.

Loco de atar.
(Á su madre en voz baja señalando á Ernesto.)

Porque le dí cierta broma
con Teodora... toma, toma...
¡que me quería matar!

ERNESTO.

(En voz alta; triste pero resuelto y con ademán noble.)
Don Julián, pensé despacio
en su generosa oferta...
y aunque mi labio no acierta...
y anda torpe y va reacio...
y aunque conozco que yo
ya de su bondad abuso...
en fin, señor, que rehuso
el puesto que me ofreció.

DON JULIÁN.

¿Por qué?

ERNESTO.

Porque soy así:
un poeta, un soñador.
Nunca mi padre, señor,
hizo carrera de mí.
Yo necesito viajar;
soy rebelde y soy inquieto;
vamos, que no me sujeto
como otros, á vegetar.
Espíritu aventurero,
me voy cual nuevo Colón...

En fin, si tengo razón,
que lo diga don Severo.

DON SEVERO.

Habla usted como un abismo
de ciencia y como hombre ducho.
Hace mucho tiempo, mucho,
que pensaba yo lo mismo.

DON JULIÁN.

¿Con que sientes comezón
de mundos y de viajar?
¿Con que nos quieres dejar?
Y los medios... ¿cuáles son?

DON SEVERO.

Él... se marcha... á donde sienta
que ha de estar más á su gusto.
Lo demás, para ser justo,
ha de correr de tu cuenta. (A D. Julián.)
Cuanto quiera... no concibo
que economice ni un cuarto.

ERNESTO.

(Á Severo.) Ni yo deshonras reparto,
ni yo limosnas recibo. (Pausa.)
Pero, en fin, ello ha de ser,
y como la despedida
fuera triste, que en la vida...

quizá no los vuelva á ver,
es lo mejor que ahora mismo
nos demos un buen abrazo... (Á D. Julián.)
y rómpamos este lazo...
y perdonen mi egoismo.
(Profundamente conmovido.)

DON SEVERO.

(Aparte.) (¡Cómo se miran los dos!)

TEODORA.

(Aparte.) (¡Qué alma tan hermosa tiene!)

ERNESTO.

Don Julián, ¿qué le detiene?
este es el último adiós.
(Dirigiéndose á D. Julián con los brazos abiertos. D. Julián le recibe en los suyos y se abrazan fuertemente.)

DON JULIÁN.

No: las cosas bien miradas
ni el último, ni el primero:
es el abrazo sincero
de dos personas honradas.
De ese proyecto insensato
no quiero que me hables más.

DON SEVERO.

Pero ¿no se va?

DON JULIÁN.

Jamás.
Yo no mudo á cada rato
el punto en que me coloco,
ó aquel plan á que me ciño,
por los caprichos de un niño
ó los delirios de un loco.
Y aun fuera mayor mancilla,
el sujetar mis acciones
á necias murmuraciones
de la muy heróica villa.

DON SEVERO.

Julián...

DON JULIÁN.

Basta, que la mesa
nos aguarda.

ERNESTO.

¡Padre mío!...
no puedo.

DON JULIÁN.

Pues yo confío
en que podrás. ¿Ó te pesa
mi autoridad?

ERNESTO.

¡Por favor!

DON JULIÁN.

Vamos allá, que ya es hora.
Dále tú el brazo á Teodora (Á Ernesto.)
y llévala al comedor.

ERNESTO.

¡Á Teodora!... (Mirándola y retrocediendo.)

TEODORA.

(Lo mismo.) ¡Ernesto!...

DON JULIÁN.

Sí:
como siempre.
(Movimiento de duda y vacilación en ambos. Al fin se acerca Ernesto, y Teodora se apoya en su brazo, pero sin mirarse, cortados, conmovidos, violentos. Todo ello queda encomendado á los actores.)
(Á Pepito.) Y vamos, tú...
el tuyo... ¡por Belcebú!
á tu madre. Y junto á mí
(Pepito da el brazo á Mercedes.)
Severo, mi buen hermano:
(Apoyándose en él un momento.)
y así... en familia comer,
y que rebose el placer

con las copas en la mano!
¿Hay quien murmura? corriente:
pues que murmure ó que grite,
á mí se me da un ardite
de lo que dice la gente.
Palacio quisiera ahora
con paredes de cristal,
y que á través del fanal
viesen á Ernesto y Teodora
los que nos traen entre manos,
porque entendiesen así
lo que se me importa á mí
de calumnias y villanos.
Cada cual siga su suerte.

(En este momento aparece un criado con traje de etiqueta: de negro y corbata blanca.)

La comida.

CRIADO.

Está servida.

(Abre la puerta del comedor: se ve la mesa, los sillones, lámpara colgada del techo, etc.; en suma, una mesa y un comedor de lujo.)

DON JULIÁN.

Pues hagamos por la vida
que ya harán por nuestra muerte.
Vamos... (Invitando á que pasen.)

TEODORA.

Mercedes...

MERCEDES.

Teodora...

TEODORA.

Ustedes...

MERCEDES.

Pasen ustedes...

TEODORA.

No: vé delante, Mercedes.

(Mercedes y Pepito pasan delante y se dirigen al comedor lentamente. Teodora y Ernesto quedan todavía inmóviles y como absortos en sus pensamientos. Ernesto fija en ella la vista.)

DON JULIÁN.

(Aparte.) (El la mira y ella llora.)

(Siguen muy despacio á Mercedes: Teodora vacilante, deteniéndose y enjugando el llanto.)

¿Se hablan bajo? (Á D. Severo aparte.)

DON SEVERO.

No lo sé,
pero presumo que sí.

DON JULIÁN.

¿Por qué vuelven hacia aquí

(Ernesto y Teodora se han detenido y han vuelto la cabeza furtivamente. Después siguen andando.)

la vista los dos?... ¿por qué?

DON SEVERO.

Ya vas entrando en razón.

DON JULIÁN.

¡Voy entrando en tu locura!
¡Ah! ¡la calumnia es segura:
va derecha al corazón!
(Él y D. Severo se dirigen al comedor.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

La escena representa una sala pequeña y excesivamente modesta, casi pobre.—Una puerta en el fondo: á la derecha del espectador otra puerta, una sola: á la izquierda un balcón.—Un estante de pino con algunos libros; una mesa; un sillón.—La mesa á la izquierda: sobre ella una fotografía de D. Julián en su marco; al lado otro marco igual al anterior, pero sin ningún retrato: ambos son bastante pequeños.—También sobre la mesa un quinqué apagado, un ejemplar de la Divina Comedia del Dante, abierto por el episodio de Francesca, y un pedazo de papel medio quemado: además papeles sueltos y el manuscrito de un drama.—Algunas sillas.—Todos los muebles pobres, en armonía con la pobreza del cuarto. Es de día.

ESCENA PRIMERA.

DON JULIÁN, DON SEVERO, un CRIADO. Los tres entran por el fondo.

DON SEVERO.

¿No está el señor?

CRIADO.

No, señor;
ha salido muy temprano.

DON SEVERO.

No importa, le esperaremos;

porque supongo que al cabo
don Ernesto ha de venir.

CRIADO.

Es lo probable, que el amo
es puntual como ninguno
y como ninguno exacto.

DON SEVERO.

Bueno; vete.

CRIADO.

Sí, señor.
Si algo mandan, fuera aguardo.
(Sale el Criado por el fondo.)

ESCENA II.

DON JULIÁN, DON SEVERO.

DON SEVERO.

¡Qué modestia! (Mirando el cuarto.)

DON JULIÁN.

¡Qué pobreza
dirás mejor!

DON SEVERO.

¡Vaya un cuarto!
Una alcoba sin salida:
(Mirando por la puerta de la derecha; luego por la del foro.)

la antesala: este despacho,
y pare usté de contar.

DON JULIÁN.

Y empiece á contar el diablo
de ingratitudes humanas,
de sentimientos bastardos,
de pasiones miserables,
de calumnias de villanos,
y no acabará jamás
aunque cuente aprisa y largo.

DON SEVERO.

La casualidad lo quiso.

DON JULIÁN.

Ese no es el nombre, hermano.
Lo quiso... quien yo me sé.

DON SEVERO.

¿Y quién es ese? ¿yo acaso?

DON JULIÁN.

Tú también. Y antes que tú
los necios desocupados,
que de mi honor y mi esposa
sin rebozo murmuraron.
Y después yo, que cobarde,
y celoso, y ruín, y bajo,

dejé salir de mi hogar
á ese mancebo, que ha dado
pruebas de ser tan altivo,
como yo de ser ingrato.
Ingrato: ¿porque tú ves
mi ostentación y regalo?
¿el lujo de mis salones,
de mis trenes el boato,
el crédito de mi firma,
los caudales que gozamos?
Pues todo, ¿sabes de dónde
procede?

DON SEVERO.

Y hasta olvidado
lo tengo.

DON JULIÁN.

Tú lo dijiste:
el olvido: premio humano
á toda acción generosa,
á todo arranque bizarro,
que en su modesto retiro,
sin trompetas ni reclamos,
realice un hombre por otro,
como amigo ó como honrado.

DON SEVERO.

Eres injusto contigo:

tu gratitud llegó á tanto,
que tu honor y hasta tu dicha
casi le has sacrificado.
¿Qué más se puede pedir?
¿Ni qué más hiciera un santo?
Todo su término tiene:
lo bueno como lo malo.
Es orgulloso... empeñóse...
y aunque te opusiste... claro...
él es dueño de sí mismo,
de su persona y sus actos,
y una mañana dejó,
porque quiso, tu palacio,
y en este zaquizamí
metióse desesperado.
Es muy triste; pero, amigo,
¿quién ha podido evitarlo?

DON JULIÁN.

Todos, si estuviesen todos
atentos á sus cuidados,
y de las honras ajenas
no se llevasen pedazos,
al revolver de sus lenguas
y al señalar de sus manos.
¿Qué les importaba, dí,
que yo cumpliendo un sagrado
deber, hiciese de Ernesto
un hijo y ella un hermano?

¿Es suficiente, en mi mesa,
ó en paseo, ó en el teatro,
junto á una joven hermosa,
ver á un mancebo gallardo,
para suponer infamias,
y para aventar escándalos?
¿Acaso el amor impuro,
en este mundo de barro,
es entre hombres y mujeres
único supremo lazo?
¿No hay amistad, gratitud,
simpatía, ó tal estamos,
que juventud y belleza
sólo se unen en el fango?
Y aun suponiendo que fuese
lo que suponen menguados,
¿qué falta me hacen los necios
para vengar mis agravios?
Para ver tengo mis ojos,
para observar mis cuidados,
y para vengar injurias
hierro, corazón y manos.

DON SEVERO.

Bien, pues hicieron muy mal
las gentes que murmuraron;
pero yo, que soy tu sangre,
que llevo tu nombre... vamos,
¿debí callar?

DON JULIÁN.

¡No, por Dios!
Pero debiste ser cauto,
y con prudencia, á mí solo,
hablarme del triste caso,
y no encender un volcán
en mi casa y en mi tálamo.

DON SEVERO.

Pequé sólo por exceso
de cariño; pero aun cuando
reconozca yo mi culpa;
aunque confiese que el daño
entre el mundo y yo lo hicimos,
él, infamias inventando,
y yo, recogiendo torpe
los ecos mil del escándalo;
(Acercándose á él con expresión de interés y cariño.)
lo que es tú, Julián, estás
limpio y libre de pecado;
con que escrúpulos desecha
y ensancha tu pecho hidalgo.

DON JULIÁN.

No puedo ensanchar mi pecho,
que albergue en mi pecho he dado
á eso mismo, que condenan
mi entendimiento y mis labios.

Yo las calumnias del mundo
con indignación rechazo:
mienten, digo á voz en cuello,
y repito por lo bajo,
«¿y si mintiendo no mienten,
y si aciertan por acaso?»
De modo que en esta lucha
de dos impulsos contrarios,
para los demás soy juez,
y soy su cómplice en tanto.
Y en mí mismo me consumo;
conmigo mismo batallo;
la duda crece y se ensancha;
ruge el corazón airado,
y ante mis ojos de sangre
se extiende rojizo manto.

DON SEVERO.

¡Deliras!

DON JULIÁN.

No, no deliro;
el alma te muestro, hermano.
¿Acaso piensas que Ernesto
mi casa hubiese dejado,
si yo, con firme propósito
de oponerme y de estorbarlo,
cuando él cruzó sus umbrales,
le hubiera salido al paso?
Se fué, porque allá en el fondo

de mi espíritu turbado,
traidora voz resonaba
diciéndome: «deja franco
»el portillo á la salida,
»y cierra bien en pasando,
»que en fortalezas de honor
»es mal alcaide el confiado.»
Y en lo interior un deseo,
y otro deseo en los labios:
y «vuelve, Ernesto,» en voz alta,
y «no vuelvas» por lo bajo,
á un mismo tiempo, con él,
con apariencias de franco,
¡era hipócrita y cobarde,
era astuto y era ingrato!
No, Severo, no se porta
así, quien es hombre honrado.
(Se deja caer en el sillón que está junto á la mesa, mostrando gran abatimiento.)

DON SEVERO.

Así se porta, quien cuida
á esposa de pocos años,
y de espléndida hermosura,
y de espíritu exaltado.

DON JULIÁN.

¡No hables tal de mi Teodora!
es espejo que empañamos

con nuestro aliento, al querer
imprudentes acercarnos.
¡La luz del sol reflejaba,
antes que del mundo airado,
las mil cabezas de víboras
se acercasen á mirarlo!
Hoy bullen en el cristal
dentro del divino marco;
pero sombras son sin cuerpo,
ha de espantarlas mi mano,
y otra vez verás en él
el limpio azul del espacio.

DON SEVERO.

Mejor que mejor.

DON JULIÁN.

No así.

DON SEVERO.

¿Pues qué falta?

DON JULIÁN.

¡Falta tanto!
Advierte que estas internas
luchas, que te he confesado,
han hecho de mi carácter
otro carácter contrario.
Ahora mi esposa me ve

siempre triste, siempre huraño;
no soy el mismo que he sido,
por serlo me esfuerzo en vano;
y ella debe preguntarse
al observar este cambio:
«¿Dónde está Julián, Dios mío;
»dónde está mi esposo amado?
»¿qué hice yo para perder
»su confianza? ¿qué villanos
»pensamientos le preocupan
»y le arrancan de mis brazos?»
Y una sombra entre los dos
se va de este modo alzando,
y nos separa y aleja
lentamente y paso á paso.
No ya más dulces confianzas,
no ya más coloquios plácidos,
heláronse las sonrisas,
los acentos son amargos,
en mí recelos injustos,
en Teodora triste llanto,
yo herido en mi amor, y en ella,
heridos, y por mi mano,
su dignidad de mujer,
y su cariño. Así estamos.

DON SEVERO.

Pues estamos en camino
de perdición. Si tan claro

ves lo que pasa ¿por qué
no pones remedio?

DON JULIÁN.

Es vano
mi esfuerzo. Yo sé que soy
injusto de ella dudando:
es más, si por hoy no dudo;
pero ¿quién dice que al cabo,
yo perdiendo poco á poco,
y él poco á poco ganando,
no será verdad mañana,
lo que hoy mentira juzgamos?
(Cogiendo por el brazo á D. Severo y hablándole con reconcentrada energía y mal contenidos celos.)
Yo, el celoso; yo, el sombrío;
yo, el injusto; yo, el tirano;
y él, el noble y generoso,
siempre dulce y resignado,
con la aureola del martirio,
que á un mozo apuesto y gallardo
sienta también á los ojos
de toda mujer, es llano
que él lleva la mejor parte
en este injusto reparto,
y que gana lo que pierdo,
sin que pueda remediarlo.
Esto es lo cierto: no dudes:
y agrega que con reclamos

infames, llega traidor
el mundo á los dos en tanto,
y aunque dicen con verdad
«¡pero si no nos amamos!»
á fuerza de repetirlo
acabarán por pensarlo.

DON SEVERO.

Si así estás, mira, Julián,
yo creo que lo más sano
es dejar que Ernesto lleve
todo su proyecto á cabo.

DON JULIÁN.

Pues á estorbárselo vengo.

DON SEVERO.

Pues eres un insensato.
¿Á *Buenos Aires* pretende
marcharse? pues ni de encargo:
váyase en buque de vela,
viento fresco y mucho trapo.

DON JULIÁN.

Y á los ojos de Teodora
¿quieres que aparezca ingrato,
y miserable, y celoso?
¿tú no sabes, pobre hermano,

que hombre á quien mujer desprecia,
podrá ser su amante al cabo,
pero que si lleva nombre
de esposo, está deshonrado?
¿Quieres que mi esposa siga,
á través del mar amargo,
con el pensamiento triste,
al infeliz desterrado?
¿No sabes, que si yo viese
sobre su mejilla el rastro
de una lágrima no más,
y pensase que era el llanto
por Ernesto, la ahogaría
entre mis crispadas manos?

(Con reconcentrado furor.)

DON SEVERO.

¿Pues entonces, qué debemos
hacer?

DON JULIÁN.

Sufrir: que el cuidado
de preparar desenlace
para este drama, está á cargo
del mundo que lo engendró
solamente con mirarnos;
tal su mirada es fecunda
en lo bueno y en lo malo.

DON SEVERO.

Presumo que viene gente.
(Acercándose al fondo.)

UN CRIADO.

No puede tardar el amo.
(Desde dentro, pero sin presentarse.)

ESCENA III.

DON JULIÁN, DON SEVERO, PEPITO por el fondo.

DON SEVERO.

¿Tú por aquí?

PEPITO.

(Aparte.) (¡Toma, ya
lo supieron! me he lucido.)
(En voz alta.) Pues todos hemos venido.
Adiós, tío; adiós, papá.
(Aparte.) (Nada: saben lo que pasa.)
(En voz alta.)
¿Conque ustedes... por supuesto,
buscando vendrán á Ernesto?

DON SEVERO.

¿Pues á quién en esta casa?

DON JULIÁN.

¿Y tú estarás al corriente
de lo que trata ese loco?

PEPITO.

¿De lo qué?... Pues claro: un poco.
Sé... lo que sabe la gente.

DON SEVERO.

¿Y es mañana cuando?...

PEPITO.

No:
mañana se ha de marchar,
y tiene que despachar
hoy mismo.

DON JULIÁN.

(Con extrañeza.) ¿Qué dices?

PEPITO.

¿Yo?
lo que dijo Pepe Uceda
á la puerta del Casino
ayer noche: y es padrino
del Vizconde de Nebreda.
Conque si él no acierta... Pero,

¡miran ustedes de un modo!
¿Acaso no saben?...

DON JULIÁN.

Todo.

(Con resolución, previniendo un movimiento de su hermano.)

DON SEVERO.

Nosotros...

DON JULIÁN.

(Aparte.) (Calla, Severo.)
Que parte mañana oimos, (En voz alta.)
y que hoy... se juega la vida...
y á evitar duelo y partida...
como es natural, vinimos.

(En toda esta escena D. Julián finge estar enterado del lance para sonsacar á Pepito, aunque claro es que sólo venía por el viaje de Ernesto. Todos los pormenores y accidentes del diálogo quedan encomendados al talento del actor.)

DON SEVERO.

(Aparte á D. Julián.) (¿Qué duelo es ese?)

DON JULIÁN.

(Aparte á D. Severo.) (No sé;
pero lo sabremos pronto.)

PEPITO.

(Aparte.) (Vamos, pues no he sido un tonto.)

DON JULIÁN.

Nosotros sabemos que...
(Con tono de estar muy enterado.)
con un vizconde...

PEPITO.

Sí tal.

DON JULIÁN.

¡Tiene Ernesto concertado
un duelo!... Nos lo ha contado
cierta persona formal
que lo supo en el instante.
¡Dicen que es grave la cosa!...
(Señas afirmativas de Pepito.)
¡Una riña escandalosa!...
¡Y mucha gente delante!... (Lo mismo.)
¡Que tú mientes!... ¡que yo miento!
¡y palabras en montón!...

PEPITO.

(Interrumpiendo con el placer y el afán del que sabe más.)
¡Palabras!... ¡un bofetón!
¡más grande que un monumento!

DON SEVERO.

¿Quién á quién?

PEPITO.

Ernesto al otro.

DON JULIÁN.

¡Ernesto!... ¿no te enteraste? (Á D. Severo.)
Ese Vizconde dió al traste
con su paciencia. En un potro
le tuvo... Vamos... de modo...
que el pobre chico rompió.

PEPITO.

Cabal.

DON JULIÁN.

Si te dije yo,
que nos lo han contado todo.
(Con suficiencia.)
¿Y el lance es serio?
(Con ansiedad mal contenida.)

PEPITO.

Muy serio.
Pena el decirlo me da,
pero con ustedes ya
es inútil el misterio.

DON JULIÁN.

¿Con qué objeto, ni á qué fin?...
(Se acerca con ansiedad á Pepito, y éste hace una pausa y se da todo el tono del que comunica una mala noticia.)

PEPITO.

¡Pues á muerte! (Les mira con aire de triunfo.)
(Movimiento de D. Julián y de D. Severo.)
Y el Vizconde
ni se espanta, ni se esconde:
¡y es un gran espadachín!

DON JULIÁN.

Y la disputa... ¿por qué?
Á Nebreda se le imputa...

PEPITO.

Si casi no hubo disputa...
yo les diré cómo fué.
(Pausa: se acercan á Pepito con ansiedad profunda.)
Como Ernesto proyectaba
dejar mañana á Madrid,
por si pasaje en el Cid
á tiempo en Cádiz lograba;
y como Luis Alcaraz
prometida le tenía
una carta, que decía
que era de efecto eficaz
como recomendación,
á recogerla se fué
el pobre chico al café
con la mejor intención.
No estaba el otro: le espera:

ninguno allí le conoce,
y prosiguen en el goce
sublime de la tijera,
sin reparar en su faz,
ni en sus dientes apretados
unos cuantos abonados
á la mesa de Alcaraz.
Venga gente, y caiga gente:
mano larga, y lengua lista:
¡allí se pasó revista
á todo bicho viviente!
Y en medio de aquel cotarro,
con más humo que echa un tren,
entre la copa de Ojén,
la ceniza del cigarro,
y alguno que otro terrón
de azúcar, allí esparcido,
quedó el mármol convertido
en mesa de disección.
Cada mujer deshonrada,
una copa de lo añejo:
cada tira de pellejo,
una alegre carcajada.
En cuatro tijeretazos,
dejaron aquellos chicos
las honras hechas añicos,
las damas hechas pedazos.
Y sin embargo, ¿qué fué,
ni qué era aquello en verdad?

Ecos de la sociedad
en la mesa de un café.
Esto no lo digo yo,
ni lo pienso, por supuesto.
Esto me lo dijo Ernesto,
cuando el lance me contó.

DON JULIÁN.

¡Acaba! ¿no acabarás?

PEPITO.

Por fin, entre nombre y nombre,
el nombre sonó... de un hombre,
y Ernesto no pudo más.
«¿Quién se atreve á escarnecer
á un hombre de honor?» exclama:
y le responden: «¡La dama!»
y nombran una mujer.
Brotando fuego el semblante
se arroja sobre Nebreda:
el pobre Vizconde rueda;
y es un campo de Agramante
aquel centro principal.
Resumen de la jornada:
hoy es el duelo y á espada,
en un salón. No sé cuál.

DON JULIÁN.

(Cogiéndole por un brazo con furor.)
¿Y el hombre era yo?

PEPITO.

¡Señor!

DON JULIÁN.

¿Y Teodora la mujer?
¡Dónde fueron á caer
ella, mi nombre y mi amor!
(Se desploma sobre el sillón ocultando el rostro entre las manos.)

DON SEVERO.

(Aparte á Pepito.)
(¡Qué has hecho, desventurado!

PEPITO.

¿No dijo que lo sabía?
Pues yo... por eso... Creía...)

DON JULIÁN.

¡Deshonrado! ¡deshonrado!...

DON SEVERO.

¡Julián! (Acercándose con cariño.)

DON JULIÁN.

Es verdad: ya sé
que es preciso tener calma...
pero ¡ay! ¡que me falta el alma

cuando me falta la fé!
(Cogiéndose á su hermano con ansia.)
Pero ¿por qué de este modo
nos infaman, cielo santo?
¿Dónde hay razón para tanto
revolver y echarnos lodo?...
No importa, yo sé cumplir
como cumple un caballero.
¿Cuento contigo, Severo?

DON SEVERO.

¿Si cuentas?... ¡Hasta morir!
(Se aprietan la mano con energía.)

DON JULIÁN.

¿El duelo? (Á Pepito.)

PEPITO.

Á las tres.

DON JULIÁN.

(Aparte.) (¡Le mato!
Sí... ¡le mato!...) Vamos. (Á D. Severo.)

DON SEVERO.

¿Dónde?

DON JULIÁN.

Á buscar á ese Vizconde.

DON SEVERO.

¿Tratas por ventura?...

DON JULIÁN.

Trato...
trato de hacer lo que puedo:
de vengar mi honra ofendida
y de salvarle la vida
al hijo de Juan Acedo.
(Á Pepito.) ¿Quiénes los padrinos son?

PEPITO.

Los dos: Alcaraz y Rueda.

DON JULIÁN.

Los conozco. Aquí se queda
ese por si hay ocasión (Señalando á Pepito.)
y vuelve Ernesto...

DON SEVERO.

Entendido.

DON JULIÁN.

Tú, sin inspirar recelo,
averiguas dónde el duelo
debe ser.

DON SEVERO.

Ya lo has oído.

DON JULIÁN.

Ven.

DON SEVERO.

Julián ¿qué tienes?

DON JULIÁN.

¡Gozo!
¡como há mucho no sentí!
(Cogiéndole el brazo nerviosamente.)

DON SEVERO.

¡Qué diablo, no estás en tí!
¿gozo?

DON JULIÁN.

De ver á ese mozo.

DON SEVERO.

¿Á Nebreda?

DON JULIÁN.

Sí: repara,
que hasta hoy la calumnia fué
impalpable, y no logré
ver cómo tiene la cara.

¡Y al fin sé dónde se esconde;
al fin tomó cuerpo humano,
y se me viene á la mano
bajo forma de un Vizconde!
Devorando sangre y hiel
tres meses ¡por Belcebú!
y ahora... figúrate tú...
¡frente á frente, yo con él!
(Salen por el fondo D. Julián y D. Severo.)

ESCENA IV.

PEPITO.

¡Pues señor, vaya un enredo!
y un enredo sin motivo.
Aunque también fué locura,
por más que diga mi tío,
poner bajo el mismo techo,
casi en contacto continuo,
á una niña como un sol,
y á Ernesto, que es guapo chico,
con un alma toda fuego,
y dado al romanticismo.
Él perjura que no hay nada,
que es un afecto purísimo,
que como hermana la quiere,
y que es su padre mi tío;
pero yo, que soy muy zorro,
y que aunque joven he visto

muchas cosas en el mundo,
de hermanazgos no me fío,
cuando los hermanos son
tan jóvenes y postizos.
Mas supongamos que sea,
como dicen, su cariño:
la gente ¿qué entiende de eso?
¿qué obligación han suscrito
para pensar bien de nadie?
¿No los ven siempre juntitos
en el teatro, en el paseo,
á veces en el Retiro?
pues el que los vió, los vió,
y como los vió, lo dijo.
«*Que no,*» me juraba Ernesto,
que «*casi nunca*» han salido
de ese modo. ¿Fué una vez?
pues basta. Si les han visto
cien personas ese día,
es para el caso lo mismo,
que haberse mostrado en público
no en un día, en cien distintos.
Señor ¿ha de hacer la gente
información de testigos,
y confrontación de fechas,
para averiguar si han sido
muchas veces ó una sola,
cuando pasearon juntitos
su simpatía purísima

y su fraternal cariño?
Esto ni es serio, ni es justo,
y además fuera ridículo.
Lo que vieron dicen todos
y no mienten al decirlo.
Les ví una vez.—Otra yo.
Una y una, dos: de fijo.
Y yo también.—Ya son tres,
y ese cuatro y aquel cinco.
Y de buena fé sumando
se llega hasta lo infinito.
Y vieron, porque miraron,
y en fin, porque los sentidos
son para usados á tiempo,
sin pensar en el vecino.
Que él se ocupe de lo suyo,
y recuerde, que en el siglo,
el que quita la ocasión,
quita calumnia y peligro.
(Pequeña pausa.)
Y cuidado que concedo
la pureza del cariño,
y este es asunto muy grave,
porque á mis solas cavilo,
que estar cerca de Teodora
y no amarla, es ser un risco.
Él será sabio, y filósofo,
y matemático, y físico,
pero tiene cuerpo humano,

y la otra cuerpo divino,
y basta *corpo di baco*,
para cuerpo de delito.
¡Si estas paredes hablasen!
¡si los pensamientos íntimos
de Ernesto, forma tangible
tomasen, aquí esparcidos!...
Vamos á ver, por ejemplo,
aquel marco está vacío,
y en el otro don Julián
luce su semblante típico.
Antes estaba Teodora
pendant haciendo á mi tío,
¿por qué su fotografía
habrá desaparecido?
¿Para evitar tentaciones?
(Sentándose junto á la mesa.)
si esta es la causa, ¡malísimo!
Y peor si dejó el cuadro
para mejorar de sitio,
y cerca del corazón
buscar misterioso abrigo.
Vamos á ver, ¡acusad,
de la sospecha diablillos,
que flotáis por el espacio
tejiendo invisibles hilos!
¡acusad sin compasión
á ese filósofo místico!
(Mirando á la mesa y observando el Infierno del Dante.)

Y esta es otra: ni una vez
á ver á Ernesto he venido,
que en su mesa no encontrase
abierto este hermoso libro.
«Dante: Divina comedia, (Leyendo.)
su poema favorito.
Y no pasa del pasaje (Mirando otra vez.)
de Francesca, por lo visto.
Tiene dos explicaciones
el caso: ya lo concibo.
Ó que Ernesto no lee nunca,
ó que siempre lee lo mismo.
Pero aquí noto una mancha:
como si hubiese caído
una lágrima. ¡Señor,
qué misterios y qué abismos!
¡y qué difícil es ser
casado y vivir tranquilo!
¿Un papel hecho ceniza?...
(Recogiéndolo de la mesa ó del suelo.)
No, que aún queda algún vestigio.
(Se levanta y se acerca al balcón procurando leer en el pedazo de papel. En este momento entra Ernesto y se detiene observándole.)

ESCENA V.

PEPITO, ERNESTO.

ERNESTO.

¿Qué estás mirando?

PEPITO.

¡Hola, Ernesto!
pues... un papel que flotaba...
el aire se lo llevaba...

ERNESTO.

(Tomándolo y devolviéndoselo después de un instante de observación.)
No recuerdo lo que es esto.

PEPITO.

Eran versos. Tú sabrás.
(Leyendo, pero con dificultad.)
«El fuego que me devora.»
(Aparte.) (Pues, consonante á Teodora.)

ERNESTO.

Cualquier cosa.

PEPITO.

(Desistiendo de leer.) Y nada más.

ERNESTO.

Nuestra vida simboliza
ese papel sin valor:
unos gritos de dolor,
y unos copos de ceniza.

PEPITO.

¿Pero fueron versos?

ERNESTO.

Sí.
Á veces no sé qué hacer:
dejo la pluma correr...
y anoche los escribí.

PEPITO.

¿Y para ayudar al estro,
y ponerte en situación,
buscabas inspiración
en el libro del maestro?

ERNESTO.

Me parece...

PEPITO.

No hay que hablar...
es una obra jigantesca.
Episodio de Francesca. (Señalando el libro.)

ERNESTO.

(Con ironía é impaciencia.)
Hoy estás para acertar.

PEPITO.

No en todo ¡por Belcebú!

ahí mismo, donde está abierto,
algo dice, que no acierto,
y que has de explicarme tú.
Leyendo un libro de amor,
por pasatiempo tan solo,
diz que Francesca y Paolo
llegaron donde el autor
gallardamente celebra,
demostrando no ser zote,
amores de Lanzarote,
y de la reina Ginebra.
Tal fuego, para tal roca:
trajo un beso el libro aquel,
y un beso le dió el doncel,
loco de amor en la boca.
Y en tal punto y ocasión,
el poeta florentino,
con acento peregrino,
y sublime concisión,
dice, lo que aquí hallarás,
(Señalando el libro.)
y lo que yo no alcancé:
que Galeoto el libro fué,
y que no leyeron más.
¿No leyeron? entendido,
y no está mi duda ahí.
Pero ese Galeoto, dí,
¿por qué sale y quién ha sido?
Y tú lo debes saber,

es el título del drama
(Señalando unos papeles que se supone que son el drama.)
que escribiste y tanta fama
te ha de dar. Vamos á ver.
(Coge el drama y lo examina.)

ERNESTO.

De la reina y Lanzarote
fué Galeoto el medianero,
y en amores, *el tercero*
puede llamarse por mote,
y con verdad, *el Galeoto;*
sobre todo si se quiere
evitar nombre que hiere,
y con él un alboroto.

PEPITO.

Bueno: justo: lo concibo,
¿pero no hay en castellano
nombre propio y á la mano?

ERNESTO.

Muy propio y muy expresivo.
Este oficio que en doblones
convierte las liviandades,
y concierta voluntades,
y se nutre de aficiones,
nombre tiene y yo lo sé,
pero es ponerme en un brete

hacer que diga... y concrete
(Señalando el drama.)
lo que al cabo no diré.
(Le arranca el drama y lo arroja sobre la mesa.)
En cada caso especial,
uno especial también noto,
pero á veces es Galeoto
toda la masa social.
Obra entonces sin conciencia
de que ejerce tal oficio,
por influjos de otro vicio
de muy distinta apariencia;
pero tal maña se da
en vencer honra y pudor,
que otro Galeoto mayor,
ni se ha visto, ni verá.
Un hombre y una mujer
viven felices y en calma,
cumpliendo con toda el alma
uno y otro su deber.
¡Nadie repara en los dos,
y va todo á maravilla;
pero esto en la heróica villa
dura poco, vive Dios!
Porque ocurre una mañana,
que les miran al semblante,
y ya desde aquel instante,
ó por terca, ó por villana,
se empeña la sociedad,

sin motivo y sin objeto,
en que ocultan un secreto
de impureza y liviandad.
Y ya está dicho y juzgado:
no hay razón que les convenza,
ni hombre existe que les venza,
ni honra tiene el más honrado.
Y es lo horrible de esta acción,
que razón, al empezar,
no tienen, y al acabar,
acaso tienen razón.
¡Porque atmósfera tan densa
á los míseros circunda,
tal torrente los inunda,
y es la presión tan intensa,
que se acercan sin sentir,
y si ligan sin querer,
se confunden al caer,
y se adoran al morir!
El mundo ha sido el ariete
que virtudes arruinó:
él la infamia preparó:
fué Galeoto y... (Aparte.) (¡Vete, vete,
pensamiento de Satán,
que tu fuego me devora!)

PEPITO.

(Aparte.) (Si discurre así Teodora,
¡Dios proteja á don Julián!)

(En voz alta.) ¿Y acaso sobre ese tema
fueron los versos de anoche?

ERNESTO.

Ciertamente.

PEPITO.

¡Que derroche
su tiempo con esa flema,
y que esté... así... tan sereno...
sin ocuparse de nada,
quien ha de cruzar su espada
muy pronto sobre el terreno
con Nebreda, que en rigor,
con un florete en la mano
es mucho hombre! ¿No es más sano
y no te fuera mejor,
preparar un golpe recto,
ó una parada en tercera,
que exprimirte la mollera
sobre tal verso incorrecto,
ó sobre tal consonante
declarado en rebeldía?
¿Con toda tu sangre fría
no piensas que estar delante
del Vizconde es serio?

ERNESTO.

No.
Y en buena razón me fundo.

Si le mato, gana el mundo:
si me mata, gano yo.

PEPITO.

¡Bueno! mejor es así.

ERNESTO.

No hablemos más del asunto.

PEPITO.

(Aparte.) (Ahora con maña pregunto...)
¿Y es hoy mismo?
(Acercándose á él y en voz más baja.)

ERNESTO.

Hoy mismo: sí.

PEPITO.

¿Vais á las afueras?

ERNESTO.

No.
No era posible á tal hora.
Un lance que nadie ignora...

PEPITO.

¿En alguna casa?

ERNESTO.

Yo
lo propuse.

PEPITO.

¿Dónde?

ERNESTO.

Arriba.
(Todo esto con frialdad é indiferencia.)
Un cuarto desalquilado:
gran salón: luz de costado...
Sin que nadie lo perciba,
mejor sitio que da un cerro,
para el caso que se trata,
nos da un puñado de plata.

PEPITO.

¿Y ya sólo falta?...

ERNESTO.

¡Hierro!

PEPITO.

Hablan fuera... gente viene...
(Acercándose al fondo.)
¿Los padrinos? (A Ernesto.)

ERNESTO.

Podrá ser.

PEPITO.

Parece voz de mujer...
(Asomándose á la puerta.)

ERNESTO.

Pero por qué les detiene...
(Acercándose también.)

ESCENA VI.

Ernesto, Pepito, Criado.

CRIADO.

(Con cierto misterio.)
Preguntan por el señor.

PEPITO.

¿Quién pregunta?

CRIADO.

Una señora.

ERNESTO.

Es extraño.

PEPITO.

¿Pide? (En voz baja al Criado.)

CRIADO.

(Lo mismo á Pepito.) Llora.

PEPITO.

¿Es joven? (En voz alta.)

CRIADO.

Pues en rigor,
yo no lo puedo decir:
la antesala es muy oscura,
y la señora procura
de tal manera cubrir
la cara, que el percibirla
ya es empresa y ya es trabajo;
y habla tan bajo, tan bajo,
que no hay manera de oirla.

ERNESTO.

¿Quién será?

PEPITO.

Quien quiere verte.

ERNESTO.

No adivino...

PEPITO.

(Aparte.) (Está perplejo.)
Oye, á tus anchas te dejo:
un abrazo y buena suerte.
(Dándole un abrazo y tomando el sombrero.)
¿Qué esperas, bobalicón? (Al Criado.)

CRIADO.

Que mande el señor que pase.

PEPITO.

En asuntos de esta clase
se adivina la intención.
Y después, hasta el momento
en que salga la tapada,
no abras la puerta por nada
aunque se hunda el firmamento.

CRIADO.

¿Con que la digo que sí?

ERNESTO.

Bueno. Adiós.
(Á Pepito, que está ya en la puerta.)

PEPITO.

Adiós, Ernesto.
(Salen él y el Criado por el fondo.)

ERNESTO.

¿Una dama?... ¿Qué pretexto?...
¿O qué razón?...
(Pausa: en este momento se presenta en la puerta del fondo, y en ella se detiene cubriéndose con un velo, Teodora.)
Ya está aquí.

ESCENA VII

TEODORA, ERNESTO. Ella en el fondo, sin atreverse á avanzar: él en primer término volviéndose hacia ella.

ERNESTO.

Usted hablarme deseó:
si usted se digna, señora...
(Invitándola á que pase.)

TEODORA.

Perdón, Ernesto. (Levantando el velo.)

ERNESTO.

¡Teodora!

TEODORA.

Hago mal, ¿no es cierto?

ERNESTO.

(Cortado y balbuciente.) Yo...
no lo sé... porque yo ignoro...

honra tal á que debí...
¿Pero qué digo? ¡ay de mí!...
¡si en mi casa su decoro
ha de hallar respeto tal...
que ya más no pueda ser! (Con exaltación.)
¿por qué, señora, temer,
que en ello pueda haber mal?

TEODORA.

Por nada... y un tiempo ha sido,
¡que para siempre ha pasado!
en que, ni hubiera dudado,
ni hubiera, Ernesto, temido;
en que cruzara un salón
cualquiera, de usted cogida,
sin la frente enrojecida,
sin miedo en el corazón;
en que al partirse de aquí...
como dicen que mañana,
á la tierra americana,
parte usted... yo misma... sí...
como aquellos que se van...
acaso no han de volver...
como es tan triste perder...
un amigo... ante Julián...
ante el mundo... conmovida...
pero sin otro cuidado...
yo misma... le hubiera dado...
¡los brazos por despedida!

ERNESTO.

(Hace un movimiento, y luego se detiene.)
¡Ah, Teodora!...

TEODORA.

Pero ahora...
presumo que no es lo mismo.
Hay entre ambos un abismo.

ERNESTO.

Tiene usted razón, señora.
Ya no podemos querernos,
ni siquiera como hermanos:
ya se manchan nuestras manos,
si se aproximan al vernos.
Lo que ha sido ya se fué:
es necesario vencerse:
es preciso aborrecerse.

TEODORA.

(Con ingenuidad y angustia.)
¡Aborrecernos! ¿por qué?

ERNESTO.

¡Yo aborrecerla! ¿tal dije?
¿á usted, pobre niña?

TEODORA.

Sí.

ERNESTO.

No haga usted caso de mí:
y si la ocasión lo exige,
y mi vida há menester,
mi vida, Teodora, pida,
que dar por usted la vida
será... (Con pasión.)
(Transición: conteniéndose y cambiando de tono.)
cumplir un deber.
(Pequeña pausa.)
¡Aborrecer! si mis labios
dijeron palabra tal,
fué que pensaba en el mal,
que pensaba en los agravios
que sin querer hice yo
á quien tanto bien me hacía.
Usted, Teodora, debía
aborrecerme: yo... no.

TEODORA.

(Con tristeza.) Mucho me han hecho llorar:
razón tiene usted en esto;
(Con mucha dulzura.)
pero á usted... á usted, Ernesto,
yo no le puedo acusar.
Ni pensando sin pasión
hay nadie que le condene:
porque usted ¿qué culpa tiene
de tanta murmuración?

¿ni del ponzoñoso afán
que muestra ese mundo impío,
ni del carácter sombrío
de nuestro pobre Julián?
de su enojo, que es dolor;
de su acento, que me hiere;
¡de la pena con que muere,
porque duda de mi amor!

ERNESTO.

¡Eso es lo que no concibo,
y en él, aún menos que en otro;
lo que me pone en un potro;
lo que juro por Dios vivo,
que no es digno de merced,
ni hay pretexto que lo escude;
que exista un hombre que dude
de una mujer como usted.
(Con profunda ira.)

TEODORA.

¡Bien paga su duda fiera
mi Julián!

ERNESTO.

(Espantado de haber acusado á D. Julián delante de Teodora.)

¡Qué dije yo!
¿Yo acusarle?... ¡No!... Dudó,
(Apresurándose para disculpar á D. Julián y para borrar el efecto de lo que dijo.)

como dudara cualquiera;
como duda quien adora;
si no hay cariño sin celos;
¡hasta del Dios de los cielos
hay quienes dudan, Teodora!
Es natural egoismo:
es que el dueño de un tesoro,
guarda su oro porque es oro,
y teme por él. Yo mismo,
si por arte sobrehumano
consiguiera hacerla mía,
¡dudaría!... ¡dudaría!...
¡hasta de mi propio hermano!

(Con creciente exaltación: de repente se detiene al observar que otra vez, y por distinto lado, va á caer en el mismo abismo de que antes huyó. Teodora en este mismo instante oye voces hacia la puerta del fondo y se dirige á ella.)

(Aparte.) (¿Á dónde vas, corazón?
¿qué hay en tu seno profundo?
¡dices que calumnia el mundo,
y tú le das la razón!)

TEODORA.

Escuche usted... gente viene...

ERNESTO.

Las dos apenas...
(Acercándose al fondo.) ¿Serán?...

TEODORA.

(Con cierto terror.)
¡Esa es la voz de Julián!...
¡Entrará!

ERNESTO.

No... se detiene...

TEODORA.

(Lo mismo, como preguntando á Ernesto.)
Si es Julián...
(Hace un movimiento para dirigirse á la puerta de la derecha: Ernesto la detiene respetuosa pero enérgicamente.)

ERNESTO.

Si es él, aquí:
nuestra lealtad nos escuda.
Si es... esa gente que duda,
entonces, Teodora, allí.
(Señalando la puerta de la derecha.)
Nada... nada... (Escuchando.)

TEODORA.

¡El corazón
me salta!

ERNESTO.

No hay que dudar,
marchóse quien quiso entrar,

ó todo fué una ilusión.
(Viniendo al primer término.)
Por Dios, Teodora...

TEODORA.

(Lo mismo.) Tenía
que hablar con usted, Ernesto,
y el tiempo pasa tan presto...

ERNESTO.

¡Vuela el tiempo!

TEODORA.

Y bien, decía...

ERNESTO.

Teodora... perdón le pido;
pero... acaso no es prudente...
si llegase gente... y gente
debe llegar...

TEODORA.

He venido
precisamente por eso...
para evitarlo.

ERNESTO.

¿De modo?...

TEODORA.

De modo que lo sé todo,
y que me horroriza el peso
de esa sangre que por mí
quieren ustedes verter:
la siento en mi frente arder,
¡la siento agolparse aquí!
(Oprimiéndose el pecho.)

ERNESTO.

¡Porque afrentada se esconde,
afrentada y encendida,
hasta que arranque la vida
yo por mi mano al Vizconde!
¿Lodo quiso? ¡tendrá lodo
de sangre!

TEODORA.

(Con espanto.) ¿Su muerte?

ERNESTO.

Sí.
(Reprimiendo un movimiento de súplica de Teodora.)
Usted dispone de mí,
conmigo lo puede todo:
todo, con una excepción:
¡la de lograr que yo sienta,
recordando aquella afrenta,
por Nebreda compasión!

TEODORA.

(Con acento lloroso y suplicante.)
¿Y por mí?

ERNESTO.

¿Por usted?

TEODORA.

Sí;
¡será el escándalo horrible!

ERNESTO.

Es posible.

TEODORA.

¿Qué es posible?
¡y lo dice usted así!
¡sin procurar evitarlo,
cuando yo misma intercedo!

ERNESTO.

Evitarlo yo no puedo,
pero puedo castigarlo.
Esto pienso, y esto digo,
y esto corre de mi cuenta:
otros buscaron la afrenta,
pues yo buscaré el castigo.

TEODORA.

(Acercándose á él, y en voz baja, como temiendo oirse á sí misma.)

¿Y Julián?

ERNESTO.

¿Julián? ¿y bien?...

TEODORA.

¡Si lo sabe!...

ERNESTO.

Lo sabrá.

TEODORA.

¿Y qué dirá?

ERNESTO.

¿Qué dirá?

TEODORA.

¿Qué en mi defensa... que quién...
pudo mostrar su valor...
sino mi esposo... que me ama?

ERNESTO.

¿En defensa de una dama?
cualquiera que tenga honor.
Sin conocerla; sin ser

pariente, amigo, ni amante:
con escuchar es bastante
que insultan á una mujer.
¿Que por qué á ese duelo voy?
¿que por qué la defendí?
Porque la calumnia oí
¡y porque yo soy quien soy!
¿Quién hay que defensas tase,
ni tal derecho repese?
¿no estaba yo? ¡pues quien fuese,
el primero que llegase!

TEODORA.

(Que le ha oído atentamente y como dominada por el acento enérgico de Ernesto, se acerca á él y le estrecha la mano con efusión.)

¡Eso es noble y es honrado
y es digno de usted, Ernesto!

(Se detiene, se aleja de Ernesto, y dice tristemente lo que sigue.)

Pero mi Julián con esto,
Ernesto, queda humillado.

(Con profunda convicción.)

ERNESTO.

¡Él humillado!

TEODORA.

Sí á fe.

ERNESTO.

¿Por qué razón?

TEODORA.

Sin razón.

ERNESTO.

¿Quién lo dirá?

TEODORA.

La opinión
de todos.

ERNESTO.

¿Pero, por qué?

TEODORA.

Cuando llegue hasta la gente
que un insulto he recibido,
y que mi esposo no ha sido
quien ha dado al insolente
su castigo... y además
(Bajando la voz y la cabeza, y huyendo la mirada de Ernesto.)
que usted su puesto ha tomado,
sobre el escándalo dado,
habrá otro escándalo más.

ERNESTO.

(Convencido, pero protestando.)
Si en lo que hayan de decir
hay que pensar para todo,
vive Dios que ya no hay modo
ni manera de vivir.

TEODORA.

Pero es como digo yo.

ERNESTO.

Es así; pero es horrible.

TEODORA.

¡Pues ceda usted!

ERNESTO.

Imposible.

TEODORA.

¡Yo se lo suplico!

ERNESTO.

No.
Y bien mirado, Teodora,
más vale que ante Nebreda,
suceda lo que suceda,

que lo que ha de ser se ignora,
acuda yo; porque al fin,
á ese Vizconde malvado,
lo que le falta de honrado,
le sobra de espadachín.

TEODORA.

(Algo herida de la especie de protección, un tanto humillante, que Ernesto dispensa á D. Julián.)
Corazón tiene también
mi esposo.

ERNESTO.

¡Suerte fatal!...
Ó yo me explico muy mal,
ó usted no me entiende bien.
Yo conozco su valor,
pero entre hombres de coraje,
cuando hay un sangriento ultraje
á la fama ó al honor,
no se puede adivinar
lo que puede suceder:
ni quién llegará á caer,
ni quién logrará matar.
Y si ese hombre, en conclusión,
vence en el lance funesto,
entre don Julián y Ernesto
no es dudosa la elección.
(Con sinceridad, pero con tristeza.)

TEODORA.

(Con verdadera angustia.)
¿Usted?... ¡Eso no!... ¡Tampoco!

ERNESTO.

¿Por qué? si es esa mi suerte...
Nadie pierde con mi muerte,
y yo mismo pierdo poco.

TEODORA.

(Casi sin poder contener el llanto.)
¡No diga usté eso por Dios!...

ERNESTO.

¿Pues qué dejo yo en el mundo?
¿qué amistad, qué amor profundo?
¿qué mujer seguirá en pos
de mi cadáver, llorando
con llanto de enamorada?

TEODORA.

(Sin poder contener las lágrimas.)
Toda la noche pasada...
por usté estuve rezando...
y dice usted que ninguno...
¡Yo no quiero que usted muera!
(Con explosión.)

ERNESTO.

¡Ah!... ¡se reza por cualquiera!
¡sólo se llora por uno! (Con pasión.)

TEODORA.

¡Ernesto!... (Con extrañeza.)

ERNESTO.

(Asustado de sus propias frases.)
¿Qué?

TEODORA.

(Separándose de él.) Nada...

ERNESTO.

(Con timidez: bajando la cabeza y huyendo también de Teodora.)

Sí...
si ya le dije hace rato
que yo soy un insensato:
no haga usted caso de mí.

(Pausa: quedan silenciosos, pensativos: lejos uno de otro y sin osar mirarse.)

TEODORA.

¡Otra vez! (Señalando hacia el fondo.)

ERNESTO.

(Siguiendo el movimiento de Teodora.)
¡Gente ha venido!...

TEODORA.

(Acercándose al fondo y prestando oído.)
Y quieren entrar...

ERNESTO.

(Lo mismo.) No hay duda.
¡Allí, Teodora!... (Señalándole el cuarto.)

TEODORA.

¡Me escuda
mi honor!

ERNESTO.

Si no es su marido.

TEODORA.

¡No es Julián!

ERNESTO.

No.
(Llevándola á la derecha.)

TEODORA.

Yo esperaba...
(Deteniéndose junto á la puerta y suplicante.)
Renuncie usted á ese duelo.

ERNESTO.

Si he llegado ¡vive el cielo!
á su rostro...

TEODORA.

¡Lo ignoraba!...

(Con desesperación; pero comprendiendo que todo arreglo es imposible.)

¡Pues huya usted!

ERNESTO.

¡Que huya yo!

TEODORA.

¡Por mí! ¡por él! ¡por Dios vivo!

ERNESTO.

Odiarme... sí... ¡lo concibo!
¡Pero despreciarme!... ¡no!

(Con desesperación.)

TEODORA.

Una palabra no más.
¿Vienen por usted?

ERNESTO.

No es hora.

TEODORA.

¿Lo jura usted?

ERNESTO.

Sí, Teodora.
¿Me aborrece usted?

TEODORA.

¡Jamás!

PEPITO.

(Desde fuera.) Nada... ¡verle necesito!...

ERNESTO.

¡Pronto!

TEODORA.

Sí. (Entra por la derecha.)

PEPITO.

¿Quién se me opone?

ERNESTO.

¡Ah! la calumnia se impone
y hace verdad el delito.

ESCENA VIII.

Ernesto, Pepito. Este por el fondo, sin sombrero y profundamente agitado.

PEPITO.

¡Vete al infierno!... ¡entraré!
¡Ernesto!... ¡Ernesto!...

ERNESTO.

¿Qué pasa?

PEPITO.

Yo no sé cómo decirlo...
y es necesario...

ERNESTO.

Pues habla.

PEPITO.

¡La cabeza me da vueltas!
¡Jesús! ¡Jesús! ¡quién pensara!

ERNESTO.

Pronto y claro ¿qué sucede?

PEPITO.

¿Qué sucede? ¡una desgracia!
Supo don Julián el duelo: (Muy rápido.)

vino á buscarte, no estabas:
se fué á ver á tus padrinos,
y todos juntos á casa
del Vizconde.

ERNESTO.

¿De Nebreda?
¿Pero cómo?

PEPITO.

¡Vaya en gracia!
Como quiso don Julián,
que era tromba que arrastraba
voluntades, conveniencias...
todo, todo...

ERNESTO.

¡Sigue, acaba!

PEPITO.

(Separándose de Ernesto y acercándose al fondo.)
Ya suben...

ERNESTO.

¿Quiénes?

PEPITO.

Pues ellos...
Le traen en brazos... (Asomándose.)

ERNESTO.

¡Me espanta
lo que dices!... ¡Sigue!... ¡pronto!...

(Cogiéndole con violencia y trayéndole al primer término.)

PEPITO.

Le obligó á batirse: nada,
no hubo medio: y el Vizconde
dijo, «pues los dos,» y á casa:
á la tuya... Don Julián
sube: tu fámulo atranca
la puerta y jura que tú
con una señora estabas
y que no entra nadie, nadie.

ERNESTO.

¿Y entonces?

PEPITO.

Don Julián baja
diciendo: «mejor: á mí
por entero la jornada.»
Y él, Nebreda, los padrinos,
mi padre, y yo que llegaba,
arriba todos.... ya sabes...

ERNESTO.

¿Y se han batido?

PEPITO.

¡Con rabia!
¡con furor! como dos hombres
que van buscando con ansia
un corazón que aborrecen
tras la punta de una espada.

ERNESTO.

¿Y Don Julián?... ¡No!... ¡mentira!

PEPITO.

Ya están aquí.

ERNESTO.

¡Calla! ¡calla!
¡dí quién es!... ¡y dílo bajo!

PEPITO.

Por acá.

(Se presentan en el fondo D. Julián, D. Severo y Rueda. Traen á D. Julián mal herido entre los otros dos. El orden de izquierda á derecha es: Severo, Julián, Rueda.)

ERNESTO.

¡Jesús me valga!

ESCENA IX.

ERNESTO, DON JULIÁN, DON SEVERO, PEPITO, RUEDA.

ERNESTO.

¡Don Julián!... ¡mi bienhechor!
¡mi amigo!... ¡mi padre!
(Precipitándose á su encuentro llorando.)

DON JULIÁN.

(Con voz débil.) Ernesto...

ERNESTO.

¡Maldito yo!

DON SEVERO.

Vamos presto.

ERNESTO.

¡Padre!

DON SEVERO.

¡Le vence el dolor!

ERNESTO.

¡Por mí!

DON JULIÁN.

No es cierto...

ERNESTO.

¡Por mí!...
¡perdón!
(Cogiéndole la mano á D. Julián por el lado de la derecha, y arrodillándose ó inclinándose.)

DON JULIÁN.

No lo has menester.
Cumpliste con tu deber:
yo con mi deber cumplí.

DON SEVERO.

¡Un lecho!
(Suelta á D. Julián: le sustituye Pepito.)

PEPITO.

(Señalando la puerta de la derecha.)
¡Vamos á entrar!

ERNESTO.

¡Nebreda!... (Con acento terrible.)

DON SEVERO.

No más locura,
¿ó es que quieres por ventura
acabarlo de matar?

ERNESTO.

¡Locura!... ¡Veremos!... ¡Oh! (Frenético.)

¡Vengan dos... es mi derecho!
(Precipitándose hacia el fondo.)

DON SEVERO.

(Dirigiéndose á la derecha.)
A tu alcoba y en tu lecho...
(Ernesto, que ya estaba en el fondo, se detiene espantado.)

ERNESTO.

¿A dónde?

DON SEVERO.

Adentro.

PEPITO.

¡Sí!

ERNESTO.

¡No!
(Se precipita y cubre la puerta con su cuerpo. El grupo que conduce á D. Julián, casi desfallecido, se detiene mostrando asombro.)

DON SEVERO.

¿Tú le niegas?...

PEPITO.

¡Estás loco!

DON SEVERO.

¡Aparta!... ¿No ves?... ¡se muere!

DON JULIÁN.

¡Pero qué dice!... ¡no quiere!...

(Incorporándose y mirando con mezcla de asombro y espanto á Ernesto.)

RUEDA.

¡No comprendo!

PEPITO.

¡Yo tampoco!

ERNESTO.

¡Está muriendo!... ¡y me implora!...
¡y duda!... ¡padre!...

DON SEVERO.

¡Ha de ser!

(Por encima del hombro de Ernesto empuja la puerta: Teodora se presenta.)

ERNESTO.

¡Jesús!

DON SEVERO, PEPITO.

¡Ella!

RUEDA.

¡Una mujer!

TEODORA.

(Precipitándose sobre él y abrazándole.)
¡Mi Julián!

DON JULIÁN.

(Separándola para mirarla, y por un violento esfuerzo poniéndose en pie y desprendiéndose de todos.)
¿Quién es? ¡Teodora!
(Cae sin sentido en tierra.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración del primer acto: en vez del sofá una butaca.— Es de noche: un quinqué encendido sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

PEPITO escuchando en la puerta de la derecha, segundo término: después viene al centro.

Al fin la crisis pasó,
ó al menos no se oye nada.
¡Pobre don Julián! muy grave:
muy grave. De la balanza
está en el fiel su existencia:
á un lado la muerte aguarda,
y al otro lado otra muerte,
¡la del honor, la del alma!
Dos abismos más profundos
que un amor sin esperanza.
¡Diablo! ¡que me voy volviendo,
con las tragedias de casa,
más romántico que el otro
con sus coplas y sus dramas!
¡Qué! ¡si tengo la cabeza
hecha toda un panorama,

de escándalos, desafíos,
muertes, traiciones é infamias!
¡Jesús, qué día! ¡y qué noche!
¡y lo peor es lo que falta!
(Pequeña pausa.)
Vamos, que también ha sido
imprudencia temeraria,
en tal estado sacarle...
y traerle... ¡pero vaya!...
¿quién á mi tío se opone,
cuando entre las dos arcadas
poderosas de sus cejas,
una idea se le graba?
Y hay que darle la razón:
ninguna persona honrada
teniendo un soplo de vida,
en tal caso y en tal casa,
se hubiera quedado. Y él,
es hombre de temple y alma.
¿Quién viene?... (Acercándose al fondo.)
Mi madre. Sí.

ESCENA II.

PEPITO, MERCEDES por el fondo

MERCEDES.

¿Y Severo?

PEPITO.

No se aparta
ni un momento de su hermano.

Mucho pensé que le amaba,
pero á tanto no creí
que su cariño llegara.
¡Si sucede lo que temo!...

MERCEDES.

¿Y tu tío?

PEPITO.

Sufre y calla.
Algunas veces, «¡Teodora!»
dice con voz ronca y áspera;
«¡Ernesto!» dice otras veces,
y entre las manos la sábana
arruga. Después se queda
inmóvil como una estatua,
en el espacio vacío
fija tenaz la mirada,
y helado sudor de muerte
su frente copioso baña.
De pronto la calentura
vigor le presta: en la cama
se incorpora: escucha atento:
dice que *ella* y *él* le aguardan:
se arroja, quiere venir,
y sólo á fuerza de lágrimas
y de súplicas, mi padre
consigue calmar sus ansias.
¿Calmar? no: ¡que por sus venas

lleva su sangre abrasada,
las iras del corazón,
del pensamiento las llamas!
Vamos, madre, que da angustia
ver la contracción amarga
de su boca; ver sus dedos
crispados como dos garras;
y aquel cabello en desorden
y aquellas pupilas anchas,
que parece que codician,
y beben desesperadas,
todas las sombras que flotan
alrededor de la estancia.

MERCEDES.

¿Y tu padre al verle?...

PEPITO.

¡Gime,
y jura tomar venganza!
Y también dice «¡Teodora!»
y también «¡Ernesto!» clama:
¡quiera Dios no los encuentre;
porque si los encontrara,
quién sus enojos disipa,
quién sus furores ataja!

MERCEDES.

Tu padre es muy bueno.

PEPITO.

Mucho.
Pero con un genio, ¡vaya!...

MERCEDES.

Eso sí, muy pocas veces,
muy pocas veces se enfada;
pero como llegue el caso...

PEPITO.

¡Es un tigre de Bengala!...
salvo el respeto debido.

MERCEDES.

Siempre con razón sobrada.

PEPITO.

No sé si siempre la tiene;
pero esta vez no le falta.
¿Y Teodora?

MERCEDES.

Arriba queda.
Quiso bajar... ¡y lloraba!...
¡una Magdalena!...

PEPITO.

¡Ya!
¿arrepentida ó liviana?

MERCEDES.

No digas eso: ¡infeliz!
¡si es una niña!

PEPITO.

Que mata,
inocente y candorosa,
dulce, purísima y mansa,
á don Julián. De manera,
que si vale tu palabra,
y es una niña, y tal hace
casi al borde de la infancia,
deja á los años correr
y Dios nos tenga en su gracia.

MERCEDES.

Ella casi no es culpable.
Tu amiguito, el de los dramas,
el poeta, el soñador...
¡el infame! fué la causa
de todo.

PEPITO.

Si no lo niego.

MERCEDES.

¿Y por dónde anda?

PEPITO.

¡Pues anda!...
Ernesto á estas horas corre
por las calles y las plazas,
huyendo de su conciencia
y sin poder evitarla.

MERCEDES.

¿Pero la tiene?

PEPITO.

Es posible.

MERCEDES.

¡Qué tristezas!

PEPITO.

¡Qué desgracias!

MERCEDES.

¡Qué desengaño!

PEPITO.

¡Cruel!

MERCEDES.

¡Qué traición!

PEPITO.

¡De mano airada!

MERCEDES.

¡Qué escándalo!

PEPITO.

¡Sin igual!

MERCEDES.

¡Pobre Julián!

PEPITO.

¡Suerte aciaga!

ESCENA III.

MERCEDES, PEPITO, CRIADO.

CRIADO.

Don Ernesto.

MERCEDES.

¡Y él se atreve!...

PEPITO.

¡Es osadía que pasma!

CRIADO.

Yo pensé...

PEPITO.

Pensaste mal.

CRIADO.

Viene solo de pasada.
Al cochero que traía,
le dijo: «Ya salgo: aguarda.»
De modo...

PEPITO.

(Consultando con su madre.)
¿Qué hacer?

MERCEDES.

Que pase.

(Sale el criado.)

PEPITO.

Yo le despido.

MERCEDES.

Con maña.

ESCENA IV.

MERCEDES, PEPITO, ERNESTO por el fondo. Mercedes sentada en la butaca: al otro lado, en pie, Pepito: en segundo término Ernesto, sin que nadie se vuelva á saludarle.

ERNESTO.

(Aparte.)
(¡Desdén; silencio hostil; asombro mudo!
¡Prodigio de maldad y de insolencia
seré desde hoy, sin culpa que me manche...
para todos!... ¡que todos me desprecian!)

PEPITO.

Escucha, Ernesto.
(Volviéndose hacia él y con acento duro.)

ERNESTO.

¿Qué?

PEPITO.

(Lo mismo.) Quiero decirte...

ERNESTO.

¿Que salga acaso?

PEPITO.

(Cambiando de tono.) ¡Yo!... ¡Jesús, qué idea!...
Era... no más... que preguntar... si es cierto...
(Como buscando algo que decir.)
que después... al Vizconde...

ERNESTO.

(Con voz sombría y bajando la cabeza.)

Sí.

PEPITO.

¿Tu diestra?...

ERNESTO.

Salí loco... bajaban... los detuve...
subimos otra vez... cierro la puerta...
dos hombres... dos testigos... dos espadas...
Después... no sé... dos hierros que se estre-
[chan...
¡un grito!... ¡un golpe!... un ¡ay!... sangre que
[brota...
un asesino en pie... y un hombre en tierra.

PEPITO.

¡Qué diablo! tiras bien. ¿Oye usted, madre?

MERCEDES.

¡Más sangre aún!

PEPITO.

Lo mereció Nebreda.

ERNESTO.

(Acercándose.)
¡Mercedes, por piedad!... ¡una palabra!

¿Don Julián?... ¿Don Julián?... ¡Si usted supiera
cuál es mi angustia... mi dolor!... ¿Qué dicen?

MERCEDES.

Que la herida mortal dentro la lleva
y más se encona cuanto más al lecho
de muerte y de dolor usted se acerca.
Salga usted de esta casa.

ERNESTO.

Quiero verle.

MERCEDES.

Salga usted pronto.

ERNESTO.

No.

PEPITO.

¡Tal insolencia!...

ERNESTO.

Es muy digna de mí. (Á Pepito.)
(Á Mercedes con tono respetuoso.)
Perdón, señora:
soy como quieren los demás que sea.

MERCEDES.

¡Por Dios, Ernesto!

ERNESTO.

Mire usted, Mercedes,
cuando á un hombre cual yo se le atropella,
y sin razón se le declara infame,
y al crimen se le obliga y se le lleva,
la lucha es peligrosa... para todos;
pero no para mí, que en lucha fiera
con invisibles seres, he perdido
honra, cariño, amor, y no me resta
ya por perder más que girones tristes
de insípida y monótona existencia.
Sólo vine á saber si hay esperanza...
¡no más! ¡no más!... pues bien, ¿por qué [me niegan
este consuelo?
(Suplicando á Mercedes.) ¡Una palabra!

MERCEDES.

Vamos...
dicen... que está mejor.

ERNESTO.

¿Pero de veras?...
¿No me engañan?... ¿Es cierto?... ¿Lo asegu- [ran?...
¡Usted es compasiva!... ¡Usted es buena!...
¿Será verdad?... ¿será verdad, Dios mío?...
¡Que se salve, Señor!... ¡que no se muera!
¡que torne á ser feliz!... ¡que me perdone!

¡que me abrace otra vez!... ¡que yo le vea!
(Cae en el sillón próximo á la mesa, y oculta el rostro entre las manos sollozando. Pausa.)

MERCEDES.

Si oye tu padre... si tu padre viene...
(Se levanta Mercedes, y ella y Pepito se acercan á Ernesto.)
¡Juicio!... ¡Valor!... (**Á Ernesto.**)

PEPITO.

¡Que un hombre llanto vierta!
(**Aparte.**) (Estos seres nerviosos son terribles:
¡lloran y matan por igual manera!)

ERNESTO.

Si llanto vierto, si el sollozo acude
á mi garganta en convulsión histérica,
si débil soy, como mujer ó niño,
no piensen que es por mí. ¡Por él! ¡por ella!
por su dicha perdida: por su nombre,
manchado para siempre: por la afrenta
que á cambio de su amor y beneficios
les dió... ¡no mi maldad! ¡mi suerte negra!
¡Por eso lloro! ¡y si el pasado triste
con lágrimas ¡ay Dios! borrar pudiera,
en lágrimas mi sangre trocaría
sin dejar una gota por mis venas!

MERCEDES.

¡Silencio por piedad!

PEPITO.

Luego más tarde
hablaremos de llantos y tristezas.

ERNESTO.

Si todos hablan hoy ¿por qué nosotros
no hemos de hablàr también? La villa entera
es hervidero y torbellino móvil
que llama, absorbe, atrae, devora, anega,
tres honras, y tres nombres, y tres seres,
y entre espumas de risa se los lleva,
por canalizos de miseria humana,
al abismo social de la vergüenza,
y en él hunde por siempre de los tristes
¡el porvenir, la fama y la conciencia!

MERCEDES.

Más bajo, Ernesto.

ERNESTO.

No; si ya son voces,
si murmullos no son: ¡si el aire atruenan!
Ya nadie ignora el trágico suceso;
mas cada cual lo dice á su manera.
Todo se sabe siempre ¡gran prodigio!
más nunca la verdad ¡suerte funesta!
(Ernesto en pie: á su lado, y mostrando interés por saber lo que corre por la villa, Mercedes y Pepito.)
Los unos, que en mi casa sorprendida

Teodora por su esposo, yo con ciega
furia le arremetí, y al noble pecho
infame hierro le asestó mi diestra.
Los otros, mis amigos por lo visto,
de asesino vulgar al fin me elevan
á más noble región: yo le dí muerte,
pero en lucha leal... ¡un duelo en regla!
Hay sin embargo quien la historia sabe
con más exactitud, y *ese* ya cuenta,
que tomó don Julián mi vez y puesto
en el pactado lance con Nebreda.
¡Llegué tarde!... por cálculo ó pavura,
ó porque en brazos... ¡No! mis labios quema
la frase impura, y mi cerebro loco
es todo llamas que volcán semejan.
Buscad lo que más mancha; lo más bajo;
lo más infame; lo que más subleva;
lodos del corazón, cienos del alma,
escoria vil de míseras conciencias;
echadlo al viento, que las calles cruza,
con ello salpicad labios y lenguas,
y la historia tendréis de este suceso,
y encontraréis en ella lo que resta
de dos hombres de honor y de una dama
cuando sus honras por la villa ruedan!

MERCEDES.

Es triste, no lo niego; pero acaso
no todo es culpa en la opinión ajena.

PEPITO.

Fué Teodora á tu casa... en ella estaba...

ERNESTO.

Para evitar el duelo con Nebreda.

PEPITO.

¿Pues por qué se ocultó?

ERNESTO.

Porque temimos
que fuese mal juzgada su presencia.

PEPITO.

La explicación es fácil y sencilla:
lo difícil, Ernesto, es que la crean;
porque hay otra más fácil y más llana...

ERNESTO.

¿Y que deshonra más? ¡y esa es la buena!

PEPITO.

Pues concede que al menos en Teodora
si malicia no fué... fué ligereza.

ERNESTO.

¡El delito es prudente y cauteloso!
¡en cambio, qué imprudente la inocencia!

PEPITO.

Pues mira, sólo hay ángeles y santos
como apliques á todos esa regla.

ERNESTO.

Pues bien, tienes razón: tales calumnias
¿qué importan, ni qué valen, ni qué pesan?
¡Lo horrible es que se mancha el pensamiento
al ruín contacto de la ruín idea!
¡Que á fuerza de pensar en el delito
llega á ser familiar á la conciencia!
Que se ve repugnante y espantoso...
¡pero se ve!... ¡de noche en la tiniebla!
¡Esto sí...
(Aparte.) (¿Pero qué?... ¿Por qué me escuchan
con curiosa mirada y faz suspensa?)
(En voz alta.)
Yo soy quien soy; mi nombre es nombre hon-
[rado:
si sólo por mentir maté á Nebreda,
¿por trocar en verdades sus calumnias
yo, conmigo culpable, qué no hiciera?

PEPITO.

(¡Y negaba!... Si es claro.) (Aparte á Mercedes.)

MERCEDES.

(Aparte á Pepito.) (Hay extravío.)

PEPITO.

(Lo que hay en puridad es que confiesa.)

MERCEDES.

(En voz alta.)
Retírese usté, Ernesto.

ERNESTO.

No es posible.
Si yo esta noche lejos estuviera
de aquel lecho... señora, perdería
¡el juicio!... ¡la razón!...

MERCEDES.

¿Pero si llega
Severo, y si le ve?

ERNESTO.

¿Y qué me importa?
Él es hombre leal... ¡mejor!... ¡que venga!
Huye quien teme, y teme quien engaña;
y no es fácil que yo ni huya, ni tema.

PEPITO.

Pues se acercan. (Después de escuchar.)

MERCEDES.

¡Es él!

PEPITO.

(Yendo al fondo.) No es él: Teodora.

ERNESTO.

¡Es Teodora!... ¡Teodora!... ¡Quiero verla!

MERCEDES.

¡Ernesto! (Con severidad.)

PEPITO.

¡Ernesto!

ERNESTO.

Sí... para pedirle
que me perdone.

MERCEDES.

¿Usted no considera?...

ERNESTO.

Lo considero todo y lo comprendo.
¿Juntos los dos? ¡Ah! no. Basta: no teman.
¡Dar por ella mi sangre; dar mi vida,
mi porvenir, mi honor, y mi conciencia!...
pero ¿vernos? jamás; ya no es posible.
¡Vapor de sangre entre los dos se eleva!
(Sale por la izquierda.)

ESCENA V.

MERCEDES, PEPITO.

MERCEDES.

Déjame á solas con ella.
Vete con tu padre adentro.
Quiero llegar hasta el centro
de su corazón. Y mella
le han de hacer, lo sé de sobra,
mis palabras.

PEPITO.

Pues las dos
os quedáis.

MERCEDES.

Adiós.

PEPITO.

Adiós.
(Sale por la derecha segundo término.)

MERCEDES.

Pongamos mi plan por obra.

ESCENA VI.

TEODORA, MERCEDES. Teodora entra tímidamente, se detiene junto á la puerta de D. Julián (segundo término, derecha) y escucha con ansia ahogando con el pañuelo sus sollozos.

MERCEDES.

Teodora...

TEODORA.

¿Eres tú?...
(Viniendo á su encuentro.)

MERCEDES.

Valor.
Con llorar ¿qué se consigue?

TEODORA.

¿Cómo sigue?... ¿cómo sigue?
¡La verdad!

MERCEDES.

Mucho mejor.

TEODORA.

¿Se salvará?

MERCEDES.

Ya lo creo.

TEODORA.

¡Mi vida por él, Dios mío!

MERCEDES.

(La trae cariñosamente al primer término.)
Y después... después confío
en tu juicio... que harto veo
por tu llanto y tu ansiedad
tu arrepentimiento.

TEODORA.

Sí:
(Mercedes asiente y parece satisfecha.)
hice muy mal ¡ay de mí!
en ir á verle: es verdad.
(Desagrado de Mercedes al ver que no es la clase de arrepentimiento que creía.)
Pero anoche me dijiste
lo del insulto y el duelo...
Yo te agradezco ese celo,
aunque el daño que me hiciste,
no lo puedes sospechar,
ni explicártelo sabría:
¡ay qué noche, madre mía!
(Cruzando las manos y mirando al cielo.)
¡qué gemir, qué delirar!
¡De mi Julián los enojos!...
¡el escándalo!... ¡la afrenta!...
¡la sangre!... ¡la lid violenta!...

¡todo pasó ante mis ojos!
Y también el pobre Ernesto,
muriendo tal vez por mí...
¿Por qué me miras así?
¿Pero qué mal hay en esto?
¿Es que no estás convencida?
¿Piensas como los demás?

MERCEDES.

(Con tono seco.) Pienso que estaba de más
que temieses por la vida
de ese joven.

TEODORA.

No: ¡Nebreda
es famoso espadachín!
Ya ves... mi Julián...

MERCEDES.

Al fin
tu Julián vengado queda,
y el espadachín tendido
de un golpe en el corazón:
de suerte que sin razón
(Con intención y dureza.)
has llorado y has temido.

TEODORA.

¿Y fué Ernesto?... (Con interés.)

MERCEDES.

Ernesto, sí.

TEODORA.

¡Al Vizconde!

MERCEDES.

Frente á frente.

TEODORA.

(Sin poder dominarse.)
¡Ah! ¡qué noble y qué valiente!

MERCEDES.

¡Teodora!

TEODORA.

¿Qué quieres? dí.

MERCEDES.

(Con severidad.) Te adivino el pensamiento.

TEODORA.

¿Mi pensamiento?

MERCEDES.

Sí.

TEODORA.

¿Cuál?

MERCEDES.

¡Bien lo sabes!

TEODORA.

Hice mal
al demostrar mi contento
por ver á Julián vengado:
mas del alma impulso ha sido
que refrenar no he podido.

MERCEDES.

No es eso lo que has pensado.

TEODORA.

¿Pero tú lo has de saber
mejor que yo misma?

MERCEDES.

(Con profunda intención.) Mira,
cuando mucho el alma admira
va camino del querer.

TEODORA.

¡Que yo admiro!

MERCEDES.

La bravura
de ese mozo.

TEODORA.

¡Su nobleza!

MERCEDES.

Da lo mismo, así se empieza.

TEODORA.

¡Eso es delirio!

MERCEDES.

¡Es locura!
pero en tí.

TEODORA.

¡No cede!... ¡no!...
¡Siempre esa idea maldita!...
¡Lástima inmensa, infinita!
eso es lo que siento yo.

MERCEDES.

¿Por quién?

TEODORA.

¿Por quién ha de ser?
por Julián.

MERCEDES.

¿Nunca has oído
que van lástima y olvido
á la par en la mujer?

TEODORA.

¡Calla por Dios!... ¡por piedad!

MERCEDES.

Quiero alumbrar tu conciencia
con la voz de mi experiencia
y la luz de la verdad. (Pausa.)

TEODORA.

Te escucho, y al escucharte,
no mi madre, no mi hermana,
no mi amiga; me parece,
tal me suenan tus palabras,
que Satanás por tus labios
aconseja, inspira y habla.
¿Por qué quieres convencerme,
que mengua y mengua en el alma,
el cariño de mi esposo,
y que en ella impuro se alza
otro cariño rival
con fuego que quema y mancha?
¡Si yo quiero como quise!
Si yo diera, hasta agotarla,
toda la sangre que corre
por mis venas y me abrasa,
por sólo un punto de vida
(Señalando hacia el cuarto de D. Julián.)

de aquel de quien me separan.
Si yo entraría ahora mismo,
si tu esposo me dejara,
y en mis brazos á Julián,
inundándolo de lágrimas,
con cariño tan entero
y tal pasión estrechara,
¡que se fundieran sus dudas
al calor de nuestras almas!
Y porque á Julián adore,
¿he de aborrecer ingrata
al que noble, generoso,
por mí su vida arriesgaba?
¿Y no aborrecerle es ya...
amarle? ¡Jesús me valga!...
Tales cosas piensa el mundo,
oigo historias tan extrañas,
tan tristes sucesos miro,
tales calumnias me amagan,
que á veces dudo de mí,
y me pregunto espantada:
¿seré lo que dicen todos?
¿llevaré pasión bastarda
en el fondo de mi sér,
quemándome las entrañas,
y sin saberlo yo misma,
en hora triste y menguada,
por potencias y sentidos
brotará la infame llama?

MERCEDES.

¿Luego me dices verdad?

TEODORA.

¡Si digo verdad!

MERCEDES.

¿No le amas?

TEODORA.

¡Mira, Mercedes, que yo
no sé cómo te persuada!
¡Tal pregunta en otro tiempo
la sangre me sublevaba,
y ahora, ya lo ves, discuto
si soy ó no soy honrada!
¿Es esto serlo de veras?
¿es serlo con toda el alma?
¡No! ¡sufrir la humillación
es ser digna de la mancha!...

(Se oculta el rostro entre las manos y cae en la butaca de la derecha.)

MERCEDES.

No llores: vamos, te creo.
No llores, Teodora... basta.
No más. Ya sólo te digo,
y concluyo, una palabra.

Ernesto no es lo que crees:
no merece tu confianza.

TEODORA.

Es bueno, Mercedes.

MERCEDES.

No.

TEODORA.

Quiere á mi Julián.

MERCEDES.

Le engaña.

TEODORA.

¡Otra vez!... ¡Jesús mil veces!

MERCEDES.

No digo que tú escucharas
su pasión: tan sólo digo...
digo tan sólo, *que te ama*.

TEODORA.

¡Él á mí? (Con asombro y levantándose.)

MERCEDES.

¡Lo saben todos!
Hace poco en esta sala,

delante de mí, de mi hijo...
¡ya ves tú!...

TEODORA.

(Con ansia.) Y bien... acaba.
¿Qué?

MERCEDES.

¡Que confesó de plano!
¡Y con frase arrebatada
juró que por tí daría
vida, honor, conciencia y alma!
¡Y al llegar tú, quiso verte,
y sólo á fuerza de instancias
conseguí que se marchase
adentro! Y estoy en ascuas
por si le encuentra Severo
y sus enojos estallan.
Y ahora ¿qué dices?

TEODORA.

(Á pesar suyo ha seguido esta relación con una mezcla extraña de interés, asombro y terror: algo indefinible.)

¡Dios mío,
será verdad tanta infamia!
¡Y yo que por él sentía!...
¡Y yo que le profesaba
cariño tan verdadero!...

MERCEDES.

¿Otra vez lloras?

TEODORA.

¡El alma
no ha de llorar desengaños
de esta vida desgraciada!
Un sér tan noble, tan puro...
ver cómo se hunde y se mancha...
Y dices que está allí dentro...
¡él!... ¡Ernesto!... ¡Virgen santa!
Mira, Mercedes... Mercedes...
¡que se aleje de esta casa!

MERCEDES.

Eso quiero yo también
y tu energía me agrada. (Con verdadero gozo.)
¡Perdóname!... ¡que ahora creo!...
(Abrazándola con efusión.)

TEODORA.

¡Y antes no?
(La actriz dará á esta frase toda la intención que el autor ha querido que tenga.)

MERCEDES.

Silencio... calla...
él se acerca.

TEODORA.

(Con ímpetu.) ¡No he de verle!
Díle tú... ¡Julián me aguarda!
(Dirigiéndose á la derecha.)

MERCEDES.

(Deteniéndola.) Imposible... ya lo sabes...
y él mis órdenes no acata:
y ahora que conozco á fondo
tus sentimientos, me agrada
que encuentre el desprecio en tí
que antes halló en mis palabras.

TEODORA.

¡Déjame!

ERNESTO.

¡Teodora!... (Deteniéndose al entrar.)

MERCEDES.

Aparte á Teodora.) (Es tarde.
Cumple tu deber y basta.)
(En voz alta á Ernesto.)
El mandato que hace poco
de mis labios escuchaba,
va á repetirlo Teodora
como dueña de esta casa.

TEODORA.

(No me dejes. (En voz baja á Mercedes.)

MERCEDES.

¿Temes algo? (Lo mismo á Teodora.)

TEODORA.

¡Yo temer!... No temo nada.)
(Le hace señal de que salga.)
(Sale Mercedes por la derecha, segundo término.)

ESCENA VII.

TEODORA, ERNESTO.

ERNESTO.

Que saliese... fué el mandato.
(Pausa. Los dos guardan silencio y no se atreven á mirarse.)
¿Y usted... lo repite ahora?
(Teodora hace una señal afirmativa, pero sin fijar la vista en él.)
Pues no tema usted, Teodora:
yo lo cumplo y yo lo acato.
(Triste y respetuoso.)
¡Los demás no hallarán modo
de obediencia, aunque les pese! (Con dureza.)
De usted... aunque me ofendiese...
de usted... yo lo sufro todo. (Con sumisión.)

TEODORA.

¡Ofenderle, Ernesto!... no.
¿Cree usted que yo?...
(Sin mirarle, contrariada y temerosa.)

ERNESTO.

No lo creo.

(Nueva pausa.)

TEODORA.

Adiós... su dicha deseo.
(Sin volverse ni mirarle.)

ERNESTO.

Adiós, Teodora.
(Se detiene un momento, pero Teodora no se vuelve, ni fija en él los ojos, ni le tiende la mano. Al fin se aleja. Después de llegar al fondo vuelve y se acerca á ella. Teodora le siente venir y se estremece, pero no dirige á él la vista.)

Si yo
todo el mal que á mi pesar,
por mi maldecida suerte,
le he causado, con mi muerte
ahora pudiese borrar,
bien pronto no quedaría,
lo juro como hombre honrado,
ni una sombra del pasado,
ni un suspiro de agonía,
ni esa triste palidez,
(Teodora levanta la cabeza y le mira con profundo terror.)
ni esa mirada que espanta,
ni un sollozo en su garganta,
(Teodora ahoga, en efecto, un sollozo.)
ni una lágrima en su tez.

TEODORA.

(Aparte alejándose de Ernesto.)
(¡Mercedes dijo verdad!...
y yo ciega, inadvertida...)

ERNESTO.

Un adiós de despedida,
uno solo, ¡por piedad!

TEODORA.

Adiós... sí... yo le perdono
el mal que nos hizo.

ERNESTO.

¡Que hice!
¡Yo, Teodora!

TEODORA.

Usted lo dice.

ERNESTO.

¡Esa mirada!... ¡Ese tono!...

TEODORA.

¡No más, Ernesto, por Dios!

ERNESTO.

¿Qué hice yo que mereciera?...

TEODORA.

Como si yo no existiera:
todo acabó entre los dos.

ERNESTO.

¡Ese acento!... ¡ese desdén!...

TEODORA.

(Con dureza y extendiendo el brazo hacia la puerta.)
¡Salga usted!

ERNESTO.

¡Que salga... así!

TEODORA.

¡Mi esposo se muere allí...
y aquí me muero también!...
(Vacila y tiene que apoyarse en el respaldo de la butaca para no caer.)

ERNESTO.

¡Teodora!... (Precipitándose para sostenerla.)

TEODORA.

¡Tocarme, no!
(Rechazándole con energía.)
¡Sola!
(Pausa. La actitud y las miradas de los actores, las que su talento les inspire.)

Ya el pecho se ensancha.

(Quiere dar unos pasos: de nuevo le faltan las fuerzas y de nuevo quiere sostenerla Ernesto. Ella le rechaza y se aleja de él.)

ERNESTO.

¿Por qué no?

TEODORA.

(Con dureza.) ¡Porque usted mancha!

ERNESTO.

¿Que yo mancho?

TEODORA.

Cierto.

ERNESTO.

¡Yo!
(Pausa.) ¿Pero qué dice, Dios mío?...
¡Ella también!... ¡Imposible!
¡Si la muerte es preferible!...
¡No es verdad!... ¡Yo desvarío!...
¡Diga usted que no, Teodora!
¡Una frase por el cielo:
de perdón, ó de consuelo,
ó de lástima, señora!
¡Yo me resigno á partir,
y á no verla á usted ya nunca,

aunque esto desgarra y trunca,
y mata mi porvenir!
Pero es, si á mi soledad
me siguen, con su perdón,
su afecto, su estimación...
¡por lo menos su piedad!
¡Es creyendo, que usted cree
que soy leal, que soy honrado;
que ni mancho, ni he manchado;
ni afrento, ni afrentaré!
¡Me importa poco del mundo,
desdeño sus maldiciones,
y me inspiran sus pasiones
el desprecio más profundo!
¡Hiera terco, ó hiera cruel,
murmure de lo que fuí,
nunca pensará de mí
todo lo que pienso de él!
¡Pero usted! ¡el sér más puro
que forjó la fantasía!
¡usted! ¡por quien yo daría,
una y mil veces, lo juro,
y con ansia, con anhelo,
en esta insensata guerra,
no ya mi vida en la tierra,
sino mi puesto en el cielo!
¡usted sospechar que yo
de traiciones soy capaz,
que no está el alma en mi faz!...

eso, Teodora... ¡eso, no!
(Con profunda emoción, con angustia profundísima, con acento desesperado.)

TEODORA.

(Con creciente ansiedad.)
No me ha comprendido usted.
Separémonos, Ernesto.

ERNESTO.

¡Así no es posible!...

TEODORA.

¡Presto!...
¡se lo pido por merced!...
Julián... sufre... (Señalando hacia su cuarto.)

ERNESTO.

Ya lo sé.

TEODORA.

Pues no lo olvidemos.

ERNESTO.

No.
¡Pero también sufro yo!

TEODORA.

¡Usted, Ernesto!... ¿por qué?

ERNESTO.

¡Por su desprecio!

TEODORA.

No hay tal.

ERNESTO.

Usted lo dijo.

TEODORA.

Mentí.

ERNESTO.

¡No! fué por algo: y así
no sufrimos por igual.
¡En este luchar eterno,
en esta implacable guerra,
él sufre como en la tierra
y *yo* como en el infierno!

TEODORA.

¡Por Dios!... ¡se abrasa mi frente!

ERNESTO.

¡Se oprime mi corazón!

TEODORA.

¡Basta, Ernesto, compasión!

ERNESTO.

¡Eso pido solamente!

TEODORA.

¿Piedad?

ERNESTO.

¡Pues eso, piedad!
De mí... ¿qué teme?... ¿ó qué piensa?
(Acercándose á ella.)

TEODORA.

Perdone usted si hubo ofensa...

ERNESTO.

Ofensa, no. ¡La verdad!...
¡La verdad es lo que quiero!...
¡y la pido de rodillas,
con el llanto en las mejillas!
(Se inclina ante Teodora y le coge una mano. En este momento, en la puerta que corresponde al cuarto de D. Julián, aparece D. Severo y en ella se detiene.)

DON SEVERO.

(Aparte.) (¡Miserables!)

TEODORA.

¡Don Severo!

ESCENA VIII.

TEODORA, ERNESTO, DON SEVERO. Ernesto se separa hacia la izquierda. D. Severo viene á colocarse entre él y Teodora.

DON SEVERO.

(Á Ernesto con ira reconcentrada, y en voz baja para que no les oiga D. Julián.)
Por no encontrar ni frase ni palabra,
que mi cólera exprese y mi desprecio,
habré de contentarme con decirle
¡es usté un miserable!... salga presto.

ERNESTO.

(Lo mismo.)
Por respeto á Teodora y á esta casa,
porque sufre, quien sufre, en aquel lecho,
habré de contentarme, señor mío,
con poner la respuesta... en el silencio.

DON SEVERO.

(Creyendo que sale y con cierta ironía.)
Callar y obedecer es lo prudente.

ERNESTO.

No me ha entendido usted: si no obedezco.

DON SEVERO.

¿Se queda usted?

ERNESTO.

En tanto que Teodora
no reitere el mandato, aquí me quedo.
Iba á salir há poco para siempre,
y Dios ó Satanás me detuvieron.
Vino usted, me arrojó, y á sus injurias,
cual si fuesen conjuros del infierno,
raices sentí brotar, que de mis plantas
se agarraban firmísimas al suelo.

DON SEVERO.

Voy á probar, llamando á los criados,
si á palos las arrancan.

ERNESTO.

Pruebe.

(Ernesto da un paso hacia D. Severo con aire amenazador. Teodora se precipita entre los dos y le contiene.)

TEODORA.

¡Ernesto!

(Volviéndose después con energía y dignidad hacia su cuñado.)

Olvida usted sin duda, que es mi casa,
mientras viva mi esposo, que es su dueño.
Para mandar aquí, los dos tan sólo
autoridad tenemos y derecho.

(Á Ernesto con dulzura.)

No por él... por mi causa, por mi angustia...

(Ernesto no puede ocultar su alegría al ver que Teodora le defiende.)

ERNESTO.

Teodora, ¿usted lo quiere?

TEODORA.

Se lo ruego.

(Ernesto se inclina respetuosamente y se dirige al fondo.)

DON SEVERO.

¡Me confunde y me asombra tu osadía,
tanto... no; mucho más que la de Ernesto!

(Acercándose amenazador á Teodora. Ernesto, que ha dado unos pasos, se detiene; pero luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, sigue su camino.)

¡Alzar osas la frente, desdichada,
y delante de mí! ¡La frente al suelo!

(Ernesto hace movimientos análogos á los anteriores, pero más acentuados.)

Tú, tímida y cobarde ¡cómo encuentras,
por defenderle, enérgicos acentos!
¡Bien habla la pasión!

(Ernesto, ya en el fondo, se detiene.)

¡Pero tú olvidas,
que antes de echarle á él, supo Severo
de esta casa arrojarte, que manchabas
con sangre de Julián! ¿Para qué has vuelto?

(Cogiéndola brutalmente un brazo, sujetándola con furor y acercándose más y más á ella.)

ERNESTO.

¡Ah! ¡no es posible!... ¡No!...

(Se precipita entre Teodora y D. Severo y los separa.)

¡Suelta, villano!

DON SEVERO.

¡Otra vez!

ERNESTO.

¡Otra vez!

DON SEVERO.

¡Vienes de nuevo!

ERNESTO.

Pues á Teodora tu insolencia ofende
(Desde este momento no es dueño de sí.)
y me siento con vida, ¿qué remedio?
¡Volver, volver, y castigar tu audacia,
y llamarte cobarde á voz en cuello!

DON SEVERO.

¡Á mí!

ERNESTO.

Sin duda.

TEODORA.

¡No!

ERNESTO.

¡Si él lo ha querido!
¡Si la mano le ví poner colérico
sobre usted, sobre usted!... (Á Teodora.)
¡De esta manera!
(Coge violentamente á D. Severo por un brazo.)

DON SEVERO.

¡Insolente!

ERNESTO.

¡Es verdad; pero no suelto!
¿Tuvo usted madre? Sí. ¿La amaba mucho?
¿La respetaba aún más? ¡Pues así quiero
que respete á Teodora, y que se humille
de esta mujer ante el dolor inmenso!
¡¡De esta mujer más pura y más honrada
que su madre de usted, mal caballero!!

DON SEVERO.

¡Á mí!... ¡tal dice!

ERNESTO.

Sí; y aún no he concluído.

DON SEVERO.

¡Tu vida!...

ERNESTO.

Sí; mi vida: pero luego.
(Teodora quiere separarlos; pero él la aparta dulcemente con una mano sin soltar la otra.)
En un Dios creerá usted: es necesario...
¡un Hacedor!... ¡una esperanza!... Bueno:
¡pues como dobla sus rodillas torpes
ante el altar del Dios que está en los cielos,

ante Teodora han de doblarse, y pronto!
¡Abajo!... ¡Al polvo!

TEODORA.

¡Por piedad!

ERNESTO.

¡Al suelo!

(Le obliga á arrodillarse delante de Teodora.)

TEODORA.

¡Basta, Ernesto!

DON SEVERO.

¡Mil rayos!

ERNESTO.

¡Á sus plantas!

DON SEVERO.

¡Tú!

ERNESTO.

¡Yo!

DON SEVERO.

¡Por ella!

ERNESTO.

¡Sí!

TEODORA.

¡No más!... ¡silencio!

(Teodora aterrada señala hacia el cuarto de D. Julián. Ernesto suelta su presa; D. Severo se levanta y retrocede hacia la derecha. Teodora se lleva hacia el fondo á Ernesto. De este modo ella y él forman un grupo que se aleja.)

ESCENA IX.

TEODORA, ERNESTO, DON SEVERO; después DON JULIÁN y MERCEDES.

DON JULIÁN.

¡Déjame!... (Desde dentro.)

MERCEDES.

¡No por Dios!... (Lo mismo.)

DON JULIÁN.

¡Son ellos... vamos!...

TEODORA.

¡Salga usted!... (Á Ernesto llevándoselo.)

DON SEVERO.

(Á Ernesto.) ¡La revancha!

ERNESTO.

No la niego.

(En este momento se presenta D. Julián, pálido, descompuesto, casi moribundo, y Mercedes conteniéndolo. Al presentarse él, D. Severo está á la derecha, primer término, y Teodora y Ernesto formando un grupo en el fondo.)

DON JULIÁN.

¡Juntos!... ¿Á dónde van?... ¡Que los detengan!
¡Huyen de mí!... ¡Traidores!

(Quiere precipitarse sobre ellos; pero le faltan las fuerzas y vacila.)

DON SEVERO.

(Acudiendo á sostenerle.) ¡No!

DON JULIÁN.

¡Severo,
me engañaban!... ¡mentían!... ¡miserables!

(Mientras pronuncia estas palabras, entre Mercedes y D. Severo le traen á la butaca de la derecha.)

¡Allí!... ¡Mira!... ¡Los dos... ella y Ernesto!
¿Porqué están juntos?...

TEODORA Y ERNESTO.

(Se separan uno de otro.) ¡No!

DON JULIÁN.

¿Por qué no vienen?
¡Teodora!...

TEODORA.

(Tendiéndole los brazos, pero sin acercarse.)
¡Mi Julián!...

DON JULIÁN.

¡Sobre mi pecho!

(Teodora se precipita en los brazos de D. Julián, que la estrecha fuertemente. Pausa.)



¿Ya lo ves?... ¿ya lo ves?... ¡sé que me enga-
(Á su hermano.) [ña!...
¡y en mis brazos la oprimo y la sujeto!...
¡y puedo darle muerte!... ¡y la merece!...
¡y *la miro!... ¡la miro!...* ¡y ya no puedo!

TEODORA.

¡Julián!...

DON JULIÁN.

¿Y aquél?... (Señalando á Ernesto.)

ERNESTO.

¡Señor!...

DON JULIÁN.

¡Y yo le amaba!...
Calla y acércate... (Ernesto se aproxima.)
(Sujetando á Teodora.) ¡Aún soy su dueño!

TEODORA.

¡Tuya!... ¡tuya!...

DON JULIÁN.

¡No finjas!... ¡no me mientas!

MERCEDES.

¡Por Dios santo!... (Procurando calmarle.)

DON SEVERO.

(Lo mismo.) ¡Julián!...

DON JULIÁN.

(Á los dos.) ¡Callad!... ¡silencio!
(Á Teodora.)
¡Si yo te adiviné!... ¡si sé que le amas!
(Teodora y Ernesto quieren protestar, pero no les deja.)
¡Si lo sabe Madrid!... ¡Madrid entero!

ERNESTO.

¡No, padre!

TEODORA.

¡No!

DON JULIÁN.

¡Lo niegan!... ¡y lo niegan!
¡Si es la evidencia! ¡si en mi sér la siento!
¡porque esta calentura que me abrasa
con su llama ilumina mi cerebro!

ERNESTO.

¡Del hervor de la sangre, del delirio,
todas esas traiciones son engendros!
¡Escuche usted, señor!

DON JULIÁN.

¡Vas á mentirme!

ERNESTO.

¡Es inocente! (Señalando á Teodora.)

DON JULIÁN.

¡No!... ¡Si no te creo!

ERNESTO.

¡De mi padre, señor, por la memoria!...

DON JULIÁN.

¡No profanes su nombre y su recuerdo!

ERNESTO.

¡Por el último beso de mi madre!...

DON JULIÁN.

¡No está en tu frente ya su último beso!

ERNESTO.

Por cuanto quiera usted ¡oh, padre mío!
juraré, juraré.

DON JULIÁN.

No juramentos,
ni engañosas palabras, ni protestas...

ERNESTO.

Pues bien, ¿qué quiere usted?

TEODORA.

¿Qué quieres?

DON JULIÁN.

¡Hechos!

ERNESTO.

¿Qué desea, Teodora? ¿qué nos pide?

TEODORA.

¡Yo no lo sé!... ¿Qué hacer? ¿qué hacer, Er-
[nesto?

DON JULIÁN.

(Que les ha seguido con mirada febril y con instintiva desconfianza.)

¡Ah! ¿Delante de mí buscáis engaños?...
¡Os concertáis, infames!... ¡Lo estoy viendo!

TEODORA.

¡Por la fiebre ve usted, no por los ojos!

DON JULIÁN.

¡La fiebre, sí! ¡Como la fiebre es fuego,
la venda consumió que ante la vista
me pusísteis los dos, y al fin ya veo!
Y ahora ¿por qué os miráis?... ¿por qué, trai-
[dores?
¿por qué brillan tus ojos? ¡Habla, Ernesto!

No es el brillo del llanto... Ven... más cerca...
aún más...

(Le obliga á acercarse; le hace bajar la cabeza, y al fin viene á caer de rodillas ante él. De este modo queda D. Julián entre Teodora, que está á su lado, y Ernesto, que está á sus pies. En esta actitud le pasa la mano por los ojos.)

¿Lo ves!... ¡no es llanto!... ¡si están secos!

ERNESTO.

¡Perdón!... ¡perdón!...

DON JULIÁN.

¡Pues si perdón me pides,
confiesas tu maldad!

ERNESTO.

¡No!

DON JULIÁN.

¡Sí!

ERNESTO.

¡No es eso!

DON JULIÁN.

Pues cruzad ante mí vuestras miradas...

DON SEVERO.

¡Julián!...

MERCEDES.

¡Señor!

DON JULIÁN.

(Á Teodora y Ernesto.) ¿Acaso tenéis miedo?
¿No os amáis como hermanos? ¡pues probadlo!
¡De las anchas pupilas á los cercos
salgan las almas, y sus castas luces
en mi presencia mezclen sus reflejos,
que yo veré, porque veré de cerca,
si esos rayos de luz son *luz* ó *fuego!*
Tú, Teodora, también... si ha de ser... vamos...
¡Venid!... ¡los dos!... ¡aún más!
(Hace caer ante él á Teodora; los aproxima á la fuerza y les obliga á mirarse.)

TEODORA.

(Separándose por un violento esfuerzo.)
¡Ah! ¡no!

ERNESTO.

(Procura desasirse, pero D. Julián le sujeta.)
¡No puedo!

DON JULIÁN.

¡Os amáis!... ¡os amáis!... ¡claro lo he visto!
¡Tu vida! (Á Ernesto.)

ERNESTO.

¡Sí!

DON JULIÁN.

¡Tu sangre!

ERNESTO.

¡Toda!

DON JULIÁN.

(Sujetándole de rodillas.) ¡Quieto!

TEODORA.

¡Julián! (Conteniéndole.)

DON JULIÁN.

¿Tú le defiendes?... ¡le defiendes!...

TEODORA.

¡Pero si no es por él!

DON SEVERO.

¡Por Dios!...

DON JULIÁN.

(Á D. Severo.) ¡Silencio!
¡Mal amigo!... ¡mal hijo!...
(Sujetándole á sus pies.)

ERNESTO.

¡Padre mío!

DON JULIÁN.

¡Desleal!... ¡traidor! (Lo mismo.)

ERNESTO.

¡No, padre!

DON JULIÁN.

Voy el sello
á ponerte de vil en la mejilla...
¡hoy con mi mano!... ¡pronto con mi acero!
(Con un resto de suprema energía se incorpora y le golpea en el rostro.)

ERNESTO.

(Da un grito terrible, se levanta y se separa hacia la izquierda cubriéndose la cara.)
¡Ah!

DON SEVERO.

¡Justicia!
(Extendiendo el brazo hacia Ernesto.)

TEODORA.

¡Jesús!
(Se oculta el rostro entre las manos y va á caer en una silla de la derecha.)

MERCEDES.

¡Delirio ha sido!
(Á Ernesto como disculpando á D. Julián.)
(Estos cuatro gritos rapidísimos. Momentos de estupor. D. Julián siempre en pie y mirando á Ernesto. Mercedes y D. Severo conteniéndole.)

DON JULIÁN.

Delirio, no: ¡castigo, vive el cielo!
¿Qué pensabas, ingrato?

MERCEDES.

Vamos... vamos...

DON SEVERO.

Ven, Julián...

DON JULIÁN.

¡Sí, ya voy!

(Se encamina penosamente hacia su cuarto sostenido por D. Severo y Mercedes, pero deteniéndose algunas veces para mirar á Ernesto y Teodora.)

MERCEDES.

¡Pronto, Severo!

DON JULIÁN.

¡Míralos!... ¡los infames!... ¡fué justicia!
¿No es verdad?... ¿no es verdad?... Yo así lo
[creo.

DON SEVERO.

¡Por Dios, Julián!... ¡por mí!

DON JULIÁN.

¡Tú solo! ¡solo!...
¡me has querido en el mundo!...

(Abrazándole.)

DON SEVERO.

¡Yo! ¡sí! ¡cierto!

DON JULIÁN.

(Sigue caminando: cerca de la puerta se detiene y otra vez los mira.)
¡Y ella llora por él!... ¡y no me sigue!...
¡ni me mira! ¡ni ve... que yo me muero!...
¡Me muero... sí!...

DON SEVERO.

¡Julián!

DON JULIÁN.

¡Espera... espera!...
(Deteniéndose en la misma puerta.)
¡Deshonra por deshonra!... ¡Adiós, Ernesto!
(Salen D. Julián, D. Severo y Mercedes por la derecha, segundo término.)

ESCENA X.

TEODORA, ERNESTO. Ernesto cae en el sillón próximo á la mesa, Teodora continúa á la derecha. Pausa.

ERNESTO.

(Aparte.) (¡De qué sirve la lealtad!

TEODORA.

¡De qué sirve la inocencia!

ERNESTO.

¡Se oscurece mi conciencia!

TEODORA.

¡Piedad, Dios mío, piedad!

ERNESTO.

¡Suerte fiera!

TEODORA.

¡Triste suerte!

ERNESTO.

¡Pobre niña!

TEODORA.

¡Pobre Ernesto!)

(Hasta aquí son apartes.)

DON SEVERO.

(Desde dentro: los que siguen son gritos de suprema angustia.)
¡Hermano!

MERCEDES.

¡Socorro!

PEPITO.

¡Presto!

(Ernesto y Teodora se levantan y se acercan uno á otro.)

TEODORA.

¡Gritos de dolor!...

ERNESTO.

¡De muerte!

TEODORA.

¡Vamos pronto!

ERNESTO.

¿Dónde?

TEODORA.

Allí.

ERNESTO.

(Deteniéndola.) No podemos.

TEODORA.

¿Por qué no?
¡Yo quiero que viva! (Con ansia.)

ERNESTO.

(Lo mismo.) ¡Y yo!
pero no puedo...
(Señalando hacia el cuarto de D. Julián.)

TEODORA.

Yo sí.

(Precipitándose hacia allá.)

ESCENA ÚLTIMA.

Teodora, Ernesto, Don Severo, Pepito. La disposición de los personajes es la siguiente: Ernesto, en pie, en el centro; Teodora en la puerta del cuarto de D. Julián: cerrándole el paso D. Severo, que sale un momento después que Pepito.

PEPITO.

¿Dónde vas?

TEODORA.

¡Le quiero ver!
(Con desesperada ansiedad.)

PEPITO.

¡No es posible!

DON SEVERO.

¡No se pasa!...
¡Esa mujer en mi casa!...
¡Pronto... arroja esa mujer! **(Á su hijo.)**
¡Sin compasión!... ¡Al instante!

ERNESTO.

¿Qué dice?

TEODORA.

¡Yo desvarío!

DON SEVERO.

¡Aunque tu madre, hijo mío,
se ponga de ella delante,

has de cumplir mi mandato!
¡Aunque suplique!... ¡aunque implore!
Si llora... nada, ¡que llore!
(Á su hijo con ira reconcentrada.)
¡Lejos... lejos... ó la mato!

TEODORA.

¡Julián manda!...

DON SEVERO.

¡Julián, sí!

ERNESTO.

¿Su esposo?... ¡No puede ser!

TEODORA.

¡Verle!...

DON SEVERO.

¡Pues le vas á ver:
y después... huye de aquí!

PEPITO.

¡Padre!... (Como queriendo oponerse.)

DON SEVERO.

Deja... (Á Pepito separándole)

TEODORA.

¡Si no es cierto!

PEPITO.

¡Si es horrible!

TEODORA.

¡Si es mentira!

DON SEVERO.

¡Ven, Teodora... ven y mira!

(La coge por un brazo, la lleva á la puerta del cuarto de Don Julián, levanta el cortinaje y señala el interior.)

TEODORA.

¡Él!... ¡Julián!... ¡mi Julián!... ¡muerto!...

(Dice esto retrocediendo en ademán trágico, y cae desplomada en el centro.)

ERNESTO.

¡Padre! (Cubriéndose el rostro.)

(Pausa. D. Severo los contempla con mirada rencorosa.)

DON SEVERO.

(Á su hijo señalando á Teodora.)

¡Arrójala!

ERNESTO.

(Poniéndose delante del cuerpo de Teodora.)

¡Cruel!

PEPITO.

¡Señor!... (Dudando.)

DON SEVERO.

(Á su hijo.) Es mi voluntad.
¿Dudas?

ERNESTO.

¡Piedad!

DON SEVERO.

¡Sí: piedad!
¡La que ella tuvo con él!
(Señalando hacia dentro.)

ERNESTO.

¡Ah!... ¡que mi sangre se inflama!
¡Saldré de España!

DON SEVERO.

No importa.

ERNESTO.

¡Moriré!

DON SEVERO.

La vida es corta.

ERNESTO.

¡Por última vez!

DON SEVERO.

No: llama. (Á su hijo.)

ERNESTO.

¡Que es inocente! ¡lo digo
y lo juro!

PEPITO.

Padre... (Como intercediendo.)

DON SEVERO.

(Á su hijo señalando con desprecio á Ernesto.)
Miente.

ERNESTO.

¿Me arrojas á la corriente?
¡Pues ya no lucho, la sigo!
Que pensará, no presiento,
(Señalando á Teodora.)
del mundo y de tus agravios,
que mudos están sus labios,
y duerme su pensamiento.
Pero lo que pienso yo...
eso... ¡lo voy á decir!

DON SEVERO.

¡Inútil! no ha de impedir
que yo mismo...
(Queriendo aproximarse á Teodora.)

PEPITO.

(Conteniéndole.) Padre...

ERNESTO.

¡No! (Pausa.)
Nadie se acerque á esta mujer: es mía.
Lo quiso el mundo: yo su fallo acepto.
Él la trajo á mis brazos: ¡ven, Teodora!
(Levantándola y sosteniéndola en sus brazos en este momento ó en el que el actor crea conveniente.)
¡Tú la arrojas de aquí!... Te obedecemos.

DON SEVERO.

¡Al fin!... ¡infame!

PEPITO.

¡Miserable!

ERNESTO.

Todo.
¡Y ahora tenéis razón!... ¡Ahora confieso!
¿Queréis pasión?... Pues bien ¡pasión, delirio!
¿Queréis amor?... Pues bien ¡amor inmenso!
¿Queréis aún más?... Pues más, ¡si no me es-
[panto!
¡Vosotros á inventar!... ¡yo á recogerlo!
¡Y contadlo!... ¡contadlo!... ¡La noticia
de la heróica ciudad llene los ecos!
Mas si alguien os pregunta quién ha sido
de esta infamia el infame medianero,
respondedle: «¡Tú mismo y lo ignorabas;
y contigo las lenguas de los necios!»

Ven, Teodora, la sombra de mi madre
posa en tu frente inmaculada un beso.
¡Adiós!... ¡me pertenece!... ¡que en su día
á vosotros y á mí nos juzgue el cielo!

(Hace el movimiento de llevarse á Teodora en brazos, desafiando á todos con la mirada y el ademán: D. Severo y Pepito en primer término, en la actitud que se crea conveniente.)

FIN DEL DRAMA.



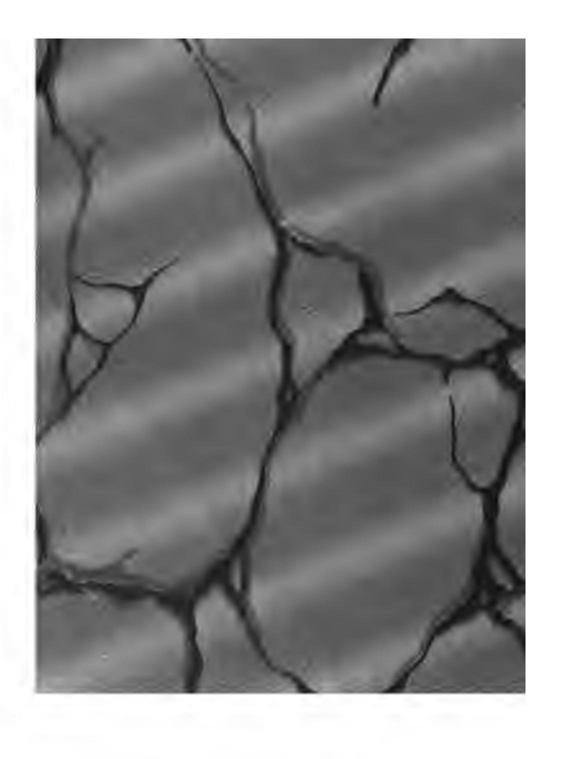
ÍNDICE.

Páginas.

En el seno de la muerte............. 5
La muerte en los labios............. 185
El gran Galeoto..................... 395

[illegible] Robert [illegible] [illegible] that [illegible] The [illegible]
[illegible] the [illegible]
[illegible] that [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]






UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 06385 7166

